LUIS A. SANTAMARÍA

SECRETOS ENTRELAZADOS

NADIE PUEDE ESCAPAR
DE SUS ERRORES

LUIS A. SANTAMARÍA

SECRETOS ENTRELAZADOS

A mis lectores digitales.

Todo esto es por y para vosotros.

Feliz lectura.

Luis Zamarro

ÍNDICE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43

44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60

Gracias por leer Secretos Entrelazados
Un libro gratis
Agradecimientos
Acerca del Autor
Otros thriller de Luis A. Santamaría

Copyright © 2022 Luis A. Santamaría

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni la transmisión bajo cualquier forma o a través de cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

Autor: Luis A. Santamaría

Diseño de cubierta: Pedro Tarancón

Revisión y corrección: Ana Vacarasu

Fecha de edición: Diciembre de 2022

www.luisalbertosantamaria.com

Para Silvia, la mayor heroína de mi historia

PLAYLIST

All Along the Watchtower, de Jimi Hendrix
All I Want for Christmas is You, de Mariah Carey
Sovereign Light Café, de Keane
This is the Life, de Amy Macdonald
Memories, de David Guetta
Up&Up, de Coldplay
Physical, de Dua Lipa
Animal Instinct, de The Cranberries
Bring a Little Loving', de Los Bravos
Summer Wind, de Nancy Sinatra
Things Have Changed, de Bob Dylan
Cache-Cache, de Ludovico Einaudi
Come Together, de Lauren O´Connell
God Gave Me Everything, de Mick Jagger

«Debe de haber una manera de salir de aquí, le dijo el bromista al ladrón».

— All Along the Watchtower, Jimi Hendrix

1

Todos hablarían de la novela.

Los problemas de John Everett, tanto económicos como de autoestima, desaparecerían de la noche a la mañana tras la publicación. Volvería a esa época en la que le costaba pasear por la calle sin que lo reconocieran. Adiós a salir a correr por Hyde Park o el parque del Retiro sin que alguien exclame a su paso: «¡Es John Everett, el escritor!». Seguro que lo detendrían para preguntarle aquello que iba a quitar el sueño a todos: «¿Es cierto lo que se cuenta en la novela? ¿Abel Cardozo hizo eso?». Ya había experimentado la surrealista sensación de sentarse a la mesa de un bar y verse asaltado por lectores y no dudaba que este caso no sería diferente. «Su libro me tiene sin dormir, señor Everett —dirían esta vez—. Su serie de espionaje era buena, pero con esta historia… ¡Se ha superado!» Hasta el dueño de la cafetería donde desayuna cada mañana lo retendría un buen rato junto a la barra para confesarle su zozobra: «¿Me juras que la novela está inspirada en hechos reales, John? No me fastidies… ¿Entonces, de verdad le ocurrió eso a Sol Monroe? Este mundo está loco, ¿no te parece, John? ¿Otro capuchino?»

El caso que promete agitar el universo editorial, el que volverá a poner a John en el candelero, estalló unos años antes, cuando se encontró, en una *suite* del hotel Ritz de Madrid, el cadáver de Sol Monroe, la cantante que rompió todas las listas de éxitos en España. Fue uno de los muchos acontecimientos que John relata en el manuscrito que guarda bajo llave en su maletín y sin los que la pequeña aldea de Hoyos del Espino habría seguido siendo, sin ninguna duda, un lugar tranquilo y medio desconocido para el resto del país.

Todo el mundo hablaría de ese libro, si finalmente, John Everett tomara la decisión de publicarlo.

2

19 de septiembre de 2020
Hotel Ritz, Madrid

Eran las siete de la mañana. La última planta del hotel estaba sumida en el silencio. Fuera, el murmullo de los viandantes y los cláxones de los vehículos que luchaban por un hueco en torno a la estatua del Dios Neptuno daban la bienvenida a un nuevo y resplandeciente día de finales de verano.

Las puertas del ascensor se abrieron y una mujer trajeada, con el pelo tan recogido en un moño que estiraba la piel de su frente, apareció en el pasillo. Sus labios estaban fruncidos en un gesto de enfado y su caminar era decidido. Cada vez era más difícil trabajar para esos niñatos. «Hacen dos bolos y ya creen que son Madonna —refunfuñaba entre dientes a medida que se acercaba a la habitación—. Espero que esta vez cuente con una buena excusa para su demora».

Al llegar se percató de que la puerta estaba entornada. La luz tenue se filtraba por la rendija. Tocó la madera con los nudillos y anunció su presencia, pero no obtuvo respuesta. Decidió tomarse la libertad de entrar. Al fin y al cabo, era su agente y ella ya iba tarde; si la pillaba intimando con un hombre, ella se lo habría buscado.

Ojalá hubiera sido eso lo que se encontró al entrar, pero no fue así.

Lo que vio le arrancó un gemido ahogado. Salió corriendo para avisar en la recepción del hotel y llamar a emergencias.

A medida que la noticia se propagaba, los medios de comunicación fueron invadiendo el Ritz como una plaga.

El cuerpo de Sol Monroe yacía sin vida dentro de la bañera. Para cuando se lo llevaron, el agua roja ya estaba fría.

3

4 de enero de 2022
Sevilla

Fue por casualidad que sucediera ese preciso día. Al fin y al cabo, las tormentas no se pueden controlar.

Esa noche llovió como si alguien hubiera quitado el tapón del cielo.

El timbre del teléfono rasgó la calma del dormitorio a las 4:38. El hombre —que desde hacía un tiempo no contaba con nadie que lo ayudara a llenar la cama de matrimonio— se sobresaltó, aunque no se despertó, porque no estaba dormido. Hacía un año que no conciliaba bien el sueño.

Justamente un año.

Quien llamaba era Tomás. Debía de haber sucedido algo. Su abogado era de las pocas personas que conocían su número fijo y tenía la orden de no llamar, salvo en casos de extrema urgencia. Una consigna que cumplía con la máxima diligencia. Aquello, pues, debía de ser grave, lo cual, teniendo en cuenta el día que marcaba el calendario, era como una gran ironía. De haber creído en las supersticiones, el hombre habría enloquecido.

—Me parece que será mejor que venga.

Hicieron falta pocas palabras más. El hombre se apoyó en el colchón para incorporarse. En el cuarto de baño se aseó lo justo. Después se vistió deprisa, enfundó sus castigados pies en uno de sus pares de mocasines y se puso el abrigo por encima del suéter, antes de salir por la puerta. Ni siquiera ese día funesto iban a dejarlo tranquilo.

Las alcantarillas de las pedregosas calzadas del centro de la ciudad escupían agua a borbotones. Una capital como Sevilla no está preparada para absorber el agua con la eficacia de otras ciudades del norte, como Vigo o Bilbao, y esa primera semana del año iba camino de convertirse en la más lluviosa del siglo en la capital hispalense. Los vecinos ya se saludaban con tópicos como «Voy a vender el coche para comprar una canoa», o «¡Siempre he querido vivir una temporada en Venecia!».

Desde el otro extremo de la calle, dejando atrás las Setas, nombre

bajo el cual se conoce popularmente a la estructura de madera y hormigón en forma de pérgola, ubicada en la céntrica plaza de la Encarnación por su indiscutible parecido con una colosal agrupación de hongos, el hombre vio con cierto alivio que la situación estaba controlada. Tirando de iniciativa, Tomás había avisado a los bomberos, quienes ya se encontraban achicando agua.

«Para eso le pago una pasta», pensó el hombre.

Aceleró el paso cuando percibió la magnitud de los daños.

Al verlo aparecer bajo el paraguas a la luz de las farolas, esa noche moteada por un millón de alfileres de agua, Tomás corrió a su encuentro. No pareció sorprenderle que su jefe hubiera llegado con el aspecto de quien afronta una placentera tarde en el hipódromo.

—Los del seguro ya están al tanto. Ellos se ocuparán de todo.

—¡Gracias, Tomás! ¿Así que los desperfectos son graves? —quiso saber el hombre a medida que se aproximaban al local a paso ligero.

El abogado hizo una mueca.

—El agua ha llegado hasta el sótano y ya cubre los primeros estantes. Y sigue lloviendo, ¡joder! ¿Es que no va a parar nunca?

Se detuvieron en la puerta, iluminados por los halos de las linternas que danzaban en el interior. A través del cristal, el hombre echó un rápido vistazo. El equipo de bomberos trabajaba a marchas forzadas para impedir que el agua siguiera ganando terreno. Sin embargo, no encontró a quien buscaba.

—¿Dónde está? —preguntó.

—He intentado localizarla en su apartamento, señor. Pero no me contesta al teléfono.

Pensando en el día que marcaba el calendario, el hombre supo que no la encontrarían allí.

—Llámala al móvil, está fuera de casa.

—¿Fuera de casa un martes a estas horas, con la que está cayendo?

—Tú hazme caso. Al móvil. Y que venga aquí inmediatamente.

—Sí, señor.

—Ahora ayúdame a entrar. Quiero ver el estropicio.

El hombre se adentró en la librería a duras penas. No estaban sus mocasines pensados para caminar bajo un nivel de agua como aquel. Tratando de no resbalar, aferrado en todo momento al brazo de Tomás y con los pies congelados, fantaseó con la idea de una ducha caliente nada más volver a casa. O quizá se la diera directamente en la oficina. Total, esa noche estaba perdida.

En ese momento ignoraba hasta qué punto estaba equivocado.

Consiguió avanzar hasta el mostrador, desde donde hizo cálculos de cuánto —dinero y trabajo— iba a costarle la broma.

Todo (la inundación, los daños, ella) quedó en segundo plano cuando lo vio. La gélida sensación le subió entonces de los pies a la

nuca. Al contrario que la tormenta, aquello no podía representar una casualidad.

4

5 de enero de 2022
Madrid

Cargado con la bolsa de plástico que le han dado en la churrería, John Everett se abre paso entre la multitud por las calles del centro. Había pensado dar un paseo para ver la decoración, pero la ola de frío ha llegado a la capital y a esas horas de la tarde ya la siente en los huesos. A pesar del temporal, media ciudad se ha echado a la calle para hacer lo que suele hacerse en esta época del año: comprar lotería, presenciar con los niños el espectáculo luminoso de Cortilandia y tomarse unas cuantas fotos bajo el árbol de Sol. Alimentar el espíritu navideño, en definitiva. No importa que el cielo esté cayendo sobre las cabezas de todos; el centro de Madrid siempre está atestado durante las fiestas de fin de año.

Extrañamente melancólico, piensa en Mónica cuando pasa por delante de un escaparate que expone ropa de bebés. Ella no ha querido acompañarlo en su tarde de compras. Un día de enero como ese, con nieve semi derretida en las aceras y velitas de Navidad en los ojos de todos, suele resultar odioso para ella. «¿Por qué esa alegría repentina por el agua que se vuelve blanca y por el calculado derroche masivo de las últimas fuentes de energía mundiales por parte de los grandes almacenes?», ha opinado Mónica, que aborrece esas chorradas, cuando él estaba saliendo por la puerta. Por otro lado, el de hoy no es un buen día para ella, y su humor esa tarde era el previsible. Ya empezaba a ser costumbre que se expresara en ese tono.

Para alargar el paseo y porque sigue costándole pasar por una librería sin echar una ojeada, se baja la visera de la boina y se mete en una de esas famosas franquicias de la Gran Vía. El aire caliente lo abraza nada más cruzar la puerta corredera de cristal, seduciéndolo, invitándolo a quedarse toda la tarde y dejarse medio sueldo en la caja registradora. Mariah Carey suena de fondo. El multimillonario y machacón villancico parece barruntar la tragedia.

Unos minutos después está dejando caer el último de Ken Follet sobre el mostrador.

—Me llevo este. —El olor a churro escapa de la bolsa e impregna el aire de un pesado aroma a fritanga. Si hay alguien a dieta cerca,

estará haciéndole la puñeta.

La dependienta, una mujer lo bastante mayor y resolutiva como para ser la dueña del negocio, pasa el ejemplar por el lector de código de barras y lo introduce en una bolsa con publicidad de la tienda. Solo lo mira a la cara para cobrarle. Se queda sin aliento.

—¿Usted es…?

La media sonrisa de John sirve como respuesta.

—Oh, no me lo puedo creer. ¡John *Redhead* Everett en la librería!

John se obliga a no hacer muecas de desaprobación al escuchar su apodo. Más aún después de que su amor propio haya sido pisoteado.

Como a casi cualquier autor de cierto renombre, al británico le gusta rondar los estantes de las librerías y bibliotecas para ver su novela expuesta. Es un vicio egotista que nunca admitiría delante de Mónica. Esa tarde, tras dar varias vueltas en torno a las secciones de *Novedades*, *Grandes éxitos* y *Misterio*, ha probado suerte con el habitáculo reservado para las publicaciones en otros idiomas. A diferencia del resto del establecimiento, ese rincón se asemejaba a un mercadillo de libros de segunda mano. Sin clasificar, sin ordenar. Medio tirado sobre una pila de la saga *Twilight*, agonizaba un único ejemplar de bolsillo de la versión original de *Huida a contrarreloj*, su mayor *bestseller*. Al verlo abandonado a su suerte, John ha sentido que se le encogía el estómago. Casi preferiría no haberlo encontrado.

Así que se ha convertido en uno de esos autores… ¿Cómo demonios ha sucedido? ¿En qué momento pasó a ser una mera pregunta de Trivial?

Hubo una época en la que todas las tiendas, incluidas gasolineras y supermercados, exhibían sus libros como trofeos. En los locales más detallistas, hasta los apilaban formando torres y pirámides de papel. *¡Muérete de intriga con el nuevo thriller del autor del momento!*, gritaban los carteles. El rostro de Johnny Everett, el pelirrojo de sonrisa tímida, lo perseguía fuera donde fuese. Y no solo en Oxford, su ciudad natal, o en la capital, también en Nueva York, París, Tokio y Madrid.

En una ocasión, hace diez años, cuando tenía veinticinco y acababa de firmar su primer gran contrato editorial, una crítica literaria de cierta edad, especialista en reseñar novelas eróticas, no pudo resistirse a usar el titular *Redhead Everett, el nuevo talento literario de dedos traviesos*. El texto, de tono ligeramente picante, estaba redactado con el único objetivo de poner nerviosas a las lectoras de la revista y contenía al menos una decena de símiles sexuales con el autor emergente, John Everett. Por si fuera poco, la columnista ilustraba el artículo con una foto robada en la que John, apoyado de costado sobre la barra de un bar, con los ojos entornados y el dedo índice en sus labios fruncidos, parecía estar seduciendo a alguna afortunada. En realidad, solo repasaba la carta del restaurante, indeciso sobre qué

plato pedir.

Ese fue el primero de muchos otros artículos de prensa rosa que llegarían después y que, sin duda fueron la cara negativa de la repentina fama. La consagración que todo novelista joven necesita vino de la mano de posteriores publicaciones de éxito que, con el paso del tiempo, hicieron olvidar la etiqueta de rompecorazones que le había sido asignada. No obstante, nunca consiguió enterrar por completo el apodo de Redhead y todavía se siente incómodo cada vez que lo oye.

Todo eso, la fama, los artículos, las giras y los *bestseller* fueron antes de que muriera Patrick, su agente y mentor. Para John, el viejo fumador de pipa era como un chute invisible de inspiración a distancia. Ahora que no cuenta con él, vuelve a ser el chico inseguro con pánico por la página en blanco.

Y luego está Mónica. Haberla conocido, todas las aventuras vividas con ella, el traslado a Madrid y el embarazo han supuesto para John, hombre casero y poco amante de los sobresaltos, como un largo paseo en montaña rusa sin arnés de seguridad. No se arrepiente de nada de lo vivido a su lado, pero qué duda cabe que ya no tiene la cabeza centrada en sus historias de misterio, como cuando todo giraba en exclusiva en torno a su faceta de escritor.

Por primera vez en su vida ha tenido la certeza de que podría quitarse la boina sin miedo a que nadie a su alrededor lo reconociera. ¡Y qué asco de certeza!

Tras ojear su libro, con pena lo ha dejado en su lugar y ha regresado a la concurrida sala principal, donde se ha hecho con un Follet. Uno de los de la punta de la pirámide.

—¡A este invita la casa! —ofrece la dependienta, alzando la bolsa con el libro.

—No es necesario. Por favor, cóbremelo.

Seis palabras con claro acento británico son suficientes para que la mujer tiemble aún más.

—¿Me permite al menos sacarle una foto? —casi suplica. El comentario, así como los gestos nerviosos e infantiles de la mujer, pueden significar admiración, aunque también podría ser vergüenza por haber eliminado de todos los estantes y escaparates al hombre que tiene delante.

John accede. Mientras posa incómodamente para el selfi, le vibra el móvil dentro del bolsillo del pantalón.

—Los del club de lectores van a alucinar cuando lo vean. Pienso imprimirla y enmarcarla. La pondré aquí, en la pared de atrás.

De nuevo, la media sonrisa de John.

—¿Un autógrafo sería mucho pedir?

«Puedo firmarle el único libro de bolsillo con mi nombre que tiene

cogiendo polvo en el rincón menos transitado de la librería», está tentado de responder. Pero él no es así. Al fin y al cabo, no es culpa de la graciosa mujer que la proliferación de John Everett tienda peligrosamente a cero. Igual dejar de referirse a él en tercera persona sería un primer paso.

Finalmente estampa su firma en la solapa del desgastado libro de John Grisham que la dependienta lleva en su bolso —«Voy leyendo *La tapadera* durante mis viajes en metro», explica—, y pisa la calle con el olor a churro frito subiéndole por un brazo, el robusto ejemplar de un autor verdaderamente exitoso pesándole en el otro y la novedosa y desalentadora sensación de que su vida avanza sobre arenas movedizas, recorriéndole la médula.

Una nueva vibración del móvil lo pilla caminando hacia la boca del metro. Es una llamada que no espera.

5

5 de enero de 2022
Madrid

El tintineo del manojo de llaves y el ruido seco de la puerta principal cuando John entra en casa no es suficiente para que Mónica se vuelva a mirarlo. Está sentada en la butaca del salón, con las piernas cruzadas y la espalda curvada hacia el ordenador portátil que tiene sobre la mesa de centro. El fulgor de la pantalla se refleja en su rostro, y le brillan las pupilas entre sombras naturales que delatan cierto insomnio.

En esa postura, apenas se aprecia que su vientre está dilatándose día a día.

Antes de acercarse para besarla, John ya sabe, por las voces que salen del ordenador, que ella está viendo la noticia del juicio, en diferido. No es la primera vez que la visualiza en lo que va del día, John ya conoce a su compañera lo bastante para sospecharlo.

Ella le devuelve el beso sin apartar la mirada de la pantalla.

—He traído churros —anuncia John mientras deja la bolsa sobre la mesa del comedor. Se frota las manos con vehemencia—. ¡Brrrrr, *Jesus*, hace un frío de mil demonios ahí fuera! ¡Qué a gusto estás aquí!

Mónica emite un chasquido con la boca para que mantenga silencio. La reportera de pie de calle, del canal veinticuatro horas, está dando la noticia que el Cuerpo Nacional de Policía ha hecho oficial ese martes, a las once de la mañana. Ya solo queda que la protagonista, la inspectora Mónica Lago de la brigada de Homicidios, dé la cara ante los micrófonos y las cámaras que la esperan a las puertas de la Jefatura. A pesar de que sabe con puntos y comas cada pregunta formulada y cada respuesta declarada, Mónica se empeña en torturarse viéndolo de nuevo.

—¿Tiene algo que decir respecto a la sentencia, inspectora Lago? —preguntó el primer reportero acercando el micrófono, en cuya funda de gomaespuma podía verse el logo de uno de los programas más ácidos de la parrilla televisiva.

Anclada en las escaleras del sobrio edificio junto a su abogado, Mónica miraba al horizonte y respiraba hondo antes de contestar.

—Invéntese usted algo. Total, es lo que siempre hace.

El tono no era, ni de lejos, desagradable, al menos para aquellos que saben cómo se las gasta la inspectora cuando no tiene un buen día. El reportero, sin embargo, no pareció encajar bien la respuesta y contraatacó:

—Solo hago mi trabajo con profesionalidad. ¿Usted puede decir lo mismo?

El ataque escondía una cita acompañada de un titular envenenado, y Mónica habría caído en la trampa si el reportero no se hubiese mostrado tan entusiasmado al acercar el micrófono a la boca de la inspectora. Gracias a ello, logró contener la primera respuesta que se le pasó por la mente. Hacía pocas semanas que un juez había fallado en contra de Mónica y ahora sus superiores la suspendían de empleo y sueldo. Dos palos en muy poco tiempo. Ella estaba dispuesta a acatar la sentencia, pero ¿qué pasaría si se enfrentara a un periodista en directo y en plena vía pública? Decidió que no quería averiguarlo y meditó un instante lo que iba a contestar.

—Hice lo que debía para resolver un caso complicado y de extrema urgencia. La justicia lo vio de otro modo y tengo que aceptar la decisión del tribunal, así como la de mis jefes. No puedo decir nada más.

—Pero se le olvidó que un policía debe cumplir el código.

—¿Qué puedo decir? Había que tomar una decisión y es lo que hice.

—Entonces, ¿no se arrepiente de sus actos? —exclamó el de Onda Cien, alargando el brazo con cierta desesperación por conseguir su titular.

—El caso fue resuelto satisfactoriamente.

—¿Eso es un no?

—Corra a la redacción y dele una vuelta, a ver si lo pilla.

A pesar de la tensión, el resto de periodistas no pudieron reprimir una sonrisa por la ácida respuesta.

—¿Cómo se siente, inspectora? —Era el turno de la televisión local, que, al parecer, había enviado al nuevo becario. Mónica intercambió una mirada con su abogado que, minutos antes la había prevenido de que alguien le formularía la cuestión de rigor. *¿Cómo te sientes?* era la clásica estupidez que los periodistas novatos preguntaban a los ganadores de un premio tras recoger el galardón.

—Solo puedo decir que lamento que el Cuerpo por el que he dado mi vida no haya llegado a otra conclusión, pero me alegro de que por fin haya acabado todo.

—Veinte mil euros de indemnización por daños y perjuicios y la suspensión temporal de empleo y sueldo —gritó una, esgrimiendo un micrófono cuyo logo no le sonaba a Mónica de ninguna emisora.

—Saldré de esta.

Al verla inclinada hacia el ordenador, con la punta de la nariz casi rozando la pantalla y mordiéndose las uñas, a John se le parte el alma. Cansado de que ella se martirice con esa basura televisiva, coge un churro y se acerca al ventanal que Mónica suele mantener con las cortinas corridas. El piso está decorado con simpleza y austeridad. El espacio común para el salón y la cocina que raramente usan cuenta con una robusta mesa de comedor de madera maciza, unas cuantas estanterías funcionales y, mirando al televisor —que raramente encienden—, un sofá de piel de imitación. Cada verano, Mónica promete cambiarlo por otro de tela y así lleva ocurriendo desde que ella se mudó, hace ya seis años. Mientras mastica el bollito, John echa un vistazo a la calle Orense, cerca del distrito financiero Azca, donde las compras navideñas de hoy parecen llegar a su recta final.

—¿Qué tal los recados? —pregunta Mónica al aire, como si acabara de percatarse de que él está allí con ella.

—Bien. He traído churros.

—Qué ricos.

John le ofrece el que tiene en la mano.

—¿Quieres probar?

—No, mañana para desayunar.

John asiente.

—Se te quedarán fríos y duros —insiste.

Ella no responde. Su atención continúa centrada en la pantalla.

—¿Has hablado con Rayco? —pregunta John sin dejar de mirar a la calle.

Rayco Medina lleva tres años jugándose la vida junto a Mónica. Aunque trabajó a su lado en el caso del ataque al Kosta, por el que, en cierto modo, Mónica ha perdido temporalmente el empleo, el peso de la justicia nunca llegó a recaer sobre él; al contrario, a día de hoy sigue protagonizando artículos y documentales televisivos como el héroe del Kosta. En esos momentos se encuentra de viaje en el sudeste asiático con su novia y sus hijas.

—Sí, ha llamado en cuanto se ha enterado. Estaba preocupado. Te envía recuerdos.

—¿Tú cómo estás?

Ella se encoge en el sofá, con cara lúgubre.

—Sobreviviré. Pero es que me cabrea que se rían en mis narices. Eso me jode más que la sanción, te lo prometo.

—¿A qué te refieres?

—Me he cruzado con Morata a la salida de Jefatura, nada más despachar a los carroñeros del micro —se desahoga—. Ese hijo de perra se está regodeando. ¡Él tiene la culpa de todo, joder! ¡Me la jugó por detrás!

John siente que Mónica está a punto de estallar, de soltar toda la

tensión acumulada durante los últimos días. Esas semanas ha dado la impresión de tener una nube oscura encima de ella, persiguiéndola allá a donde vaya, y John sabe que debe ser paciente. Atraviesa el salón, rodea el sofá y apoya ambas manos sobre su cuello para ejercer, como a ella le gusta, ligeras presiones en círculos por debajo de la melena rubia, esa tarde anudada en una rápida trenza.

—Vamos, Moni, cálmate. En tu estado no deberías alterarte.

Ella se vuelve, interrumpiendo el masaje que apenas ha comenzado.

—No me digas que no me altere. Me acaban de degradar y pisotear públicamente, después de resolver el caso de terrorismo más complejo de la década. ¡Al carajo con todo!

—Moni, *c'mon*, son gajes del oficio.

—Es fácil decirlo cuando vienes de comprar churros, ¿sabes?

Se produce un silencio. Uno de esos silencios que no son agradables. Uno de esos silencios que por lo general terminan en confrontación. Con el fin de evitarla, John da un paso atrás. No es suficiente para aplacar las ganas que tiene de dar un grito del que seguramente más tarde se arrepentiría, así que simplemente carraspea y abandona la estancia.

Aún no se explica cómo demonios han salido las cosas tan mal. Todo comenzó el mismo día del juicio. El tribunal acababa de fallar en contra de Mónica en un asunto relacionado con cierta pequeña infracción cometida por ésta durante la *Operación Kosta*, que es el nombre que utilizó la prensa vasca para referirse a los dramáticos sucesos ocurridos en el teatro Kosta, en Getxo, el pasado mes de septiembre. Al final, el tribunal concluyó que la infracción no tenía nada de pequeña y sentenció a Mónica a pagar una multa que ascendía a los veinte mil euros.

A la salida del juzgado, la inspectora vio a Morata montarse en su roñoso utilitario de segunda mano. José Ramón Morata, *Joserrata* para aquellos que, como Mónica, no tragan a ese cabrón. Según su parecer, siempre tiene que haber un pedante lameculos en toda Jefatura que se precie y a ellos les había tocado el mayor de todos. A ojos de Mónica, Morata era un pésimo policía y una persona mezquina, rencorosa y competitiva que incordiaba a los nuevos con chistes machistas y comentarios infantiles. Además, no escondía su rechazo por las policías, especialmente las que, como ella, ascendían en un mundo de hombres, sin necesidad de tirar de sus encantos femeninos —de los que a la inspectora le sobraban, por otra parte—, por mucho que él difamara lo contrario.

Todavía sofocada por la ira e impotencia acumuladas durante el juicio, Mónica incumplió su regla personal más sagrada, una que en su día se grabó a fuego en la mente, cuando el divorcio casi acabó con su

carrera hace años: «Mon, ni se te ocurra volver a mezclar lo personal con lo profesional».

Arrancó el Mini Cooper y siguió a Morata dejando un par de manzanas de distancia; era mera precaución, digamos perfeccionismo de oficio, pues ese zampabollos no se habría percatado ni aunque le hubiera ido dando ráfagas con las largas. Mónica descubrió que lo que Joserrata ahorraba en el coche se lo gastaba en la vivienda, un coqueto chalet adosado situado en un barrio residencial en las afueras. Mónica invadió el acceso a la casa subiendo el Cooper al bordillo y se apeó con prisa para cortar el paso a Morata antes de que éste corriera a refugiarse bajo llave. Ella jura que no fue así, pero más tarde los vecinos aseguraron que oyeron gritos, insultos y más de una amenaza.

La cosa habría quedado en un simple calentón si Mónica no hubiese reparado en ella. La planta baja del adosado contaba con dos ventanales que daban al patio frontal. Uno de ellos tenía las cortinas corridas y a través del cristal se podía ver un espejo en la pared del fondo. Esa mañana, el azar quiso que el enfrentamiento verbal con Joserrata dejara a Mónica en un punto exacto de la calle desde donde, a través de la ventana, el espejo reflejaba la imagen de una mujer joven tendida en el sofá.

Medio desnuda.

E inmóvil.

¿Qué chica duerme un martes hasta la una de la tarde y ni siquiera se levanta cuando se está produciendo un altercado a la puerta de la casa donde vive? Por otro lado, ¿Morata tenía hijas? Mónica habría jurado que no.

Más adelante, ella discutiría con John en numerosas ocasiones si hubiera actuado de la misma manera de haberse tratado de otra persona. ¿Habría sospechado Mónica de Morata, habría hecho todo lo que hizo, de no ser por el odio que le profesaba? Seguramente, no.

El asunto se había convertido en algo personal, era algo innegable. Cierto día, en un momento de la tarde cuando la Jefatura quedó vacía y Morata, hacía rato que había cerrado el chiringuito —el policía era famoso en el Cuerpo por su alergia a las horas extra—, Mónica se deslizó a su mesa y empezó a abrir cajones y revolver papeles como loca. Encontró una llave en el primer cajón. «¿Guardar la llave de tu taquilla personal en un cajón sin seguridad? Serás imbécil».

Había empezado la fase de investigación.

En la taquilla de Morata encontró, entre mucha porquería, una carpeta con algunos recibos del banco y varias facturas. Le llevó un buen rato repasarlas todas. ¿Qué buscaba? Ni siquiera lo sabía. Algo que lo incriminara, que le diera información sobre la joven que yacía en el sofá de su casa en condiciones lamentables. Buscaba algo que le permitiera hundir la vida de ese cerdo de una vez por todas.

Dio con algo prometedor, la copia de un recibo que hizo saltar sus alarmas. No era un recibo corriente. El mes anterior, Morata había ingresado mil doscientos euros a una cuenta extranjera. El concepto era lo que más llamaba la atención: `MENSUALIDAD H.H. MORATA`. «¿En qué estás metido, pedazo de gordinflón?» Esa noche, cuando John ya dormía, Mónica se sirvió una copa de Rueda y se acomodó en el sofá con su portátil sobre las rodillas. En Internet había poca información respecto a nada relacionado con H.H. Aparte de las prendas de ropa Helly Hansen y un grupo musical de los años sesenta de escaso tirón que se hacía llamar Hermanos Hermoso, encontró poca cosa. En la tercera página de Google, un blog casero con muy pocos seguidores hablaba sobre *Hijos de Hímero*, una organización criminal surgida en Hungría tras la Segunda Guerra Mundial. Según el artículo, sus miembros, todos varones, secuestraban a mujeres vírgenes y las sometían físicamente durante varios días. El blog carecía del mínimo rigor histórico y fuentes verídicas, pero fue todo lo que Mónica necesitaba para que se activase su mecanismo interior que la movía a pasar a la acción. Era un mecanismo que solía jugar en su favor. No fue el caso esa vez.

Al día siguiente, aprovechando que Joserrata estaba acumulando grasa en la Jefatura, entró en su casa por la fuerza. Ni siquiera se molestó en pedir una orden de registro, ya que estaba segura de que se la denegarían. Al final, se trataba de un compañero contra el que Mónica carecía de pruebas. Este último dato, el de la orden de registro, acabó siendo diferencial cuando José Ramón Morata la denunció por allanamiento de morada y daños psicológicos contra su sobrina.

¡Su sobrina!

Resultó que Joserrata estaba cuidando de la hija de su hermana porque esta, viuda reciente, se encontraba en un viaje de negocios que duraría un par de semanas. La adolescente, que padecía de agorafobia y sufría fuertes episodios de ansiedad —los somníferos y tranquilizantes la dejaban grogui durante gran parte del día, de ahí que Mónica la viera despatarrada en el sofá a horas tan poco habituales—, pegó un grito que se escuchó en todo el vecindario cuando Mónica entró en el salón con el cañón de la pistola por delante.

Hablando en plata, la había jodido bien.

John camina hacia el dormitorio y por mantenerse ocupado, guarda el abrigo en el armario. En una esquina junto a la cama, sobre una improvisada mesita que Mónica le dispuso de manera temporal para que él pudiera trabajar, descansa su portátil junto a un bloc de notas con su nombre, un par de bolígrafos de tinta roja y una lámpara flexo. El piso se ha quedado pequeño para los dos —tres, en unos

meses—, pero Mónica y John acordaron aguantar al menos hasta que nazca el bebé, teniendo en cuenta que la salud financiera de la pareja ha vivido momentos mejores. Si desplegara la pantalla del portátil, vería el editor de texto con un solitario `CAPÍTULO 1` que gobierna una página en blanco desde que lo escribió, hace ya dos semanas, pero John pasa de largo sin apenas mirar de soslayo el terminal.

«Un año, dos meses y veintidós días», piensa. Es el tiempo que llevan juntos. El suficiente para no dudar en abandonar Oxford y asentarse en Madrid con ella, con quien ya ha puesto un árbol de Navidad y con quien dentro de unos meses tendrá un hijo. Si por él fuera, estarían juntos cuarenta años más. Hasta que la muerte los separe, como se dice en las bodas, aunque por el momento no entra en sus planes casarse. Esas ceremonias no son para Mónica Lago.

Se deja caer sobre la cama de matrimonio y se pierde en las sombras que pinta la lámpara contra el techo. Finalmente se rinde y accede con el móvil a la aplicación del banco, donde está la información de la cuenta de ahorros que comparte con Mónica. Aunque no puede exteriorizarlo delante de ella, le preocupa que la cifra sea más baja cada mes. Desconoce si Mónica es consciente de la magnitud del agujero económico que tienen encima, pero no se atreve a sacar el tema. Y menos, después de las malas noticias de esa mañana.

El problema es que él ya no genera ni la décima parte de ingresos que antes. Es la doble cara del éxito editorial: si no escribes, no publicas, y si no publicas, no ingresas. ¿Quién le iba a decir a él, *Redhead* Everett, autor del top ventas *Huida a contrarreloj*, que iba a sufrir problemas económicos? Confiaba en que, rompiendo el contrato de alquiler de su *loft* en Oxford y contando con el colchón que Mónica tenía ahorrado, capearía el temporal hasta que la inspiración volviera a tocar a su puerta y un nuevo éxito llenara sus bolsillos de billetes. No esperaba que un giro del destino obligaría a Mónica a pagar veinte mil euros. Y eso sin tener en cuenta que en unos meses habrá en casa un nuevo estómago que alimentar y muchos pañales en los que invertir.

Harto de dar vueltas en torno al problema que parece multiplicarse en tamaño a cada minuto, se incorpora de la cama y se despereza de un estirón. La casa entera está sumida en un silencio absoluto.

—Hoy he recibido una llamada curiosa —comenta de vuelta al salón, procurando adoptar un tono neutro que no inicie una discusión. Cuando pulsa el interruptor, la luz le molesta a Mónica, que entorna unos ojos brillantes y enrojecidos. Ha cerrado el portátil. Lo mira desde el sofá.

—Ven aquí —le dice dando una palmadita en el cojín—. Perdona por lo que te he dicho, me siento fatal. No te lo mereces.

Se sorbe la nariz.

John se acomoda junto a ella y la besa en los labios. Ya casi no se acuerda del temporal que arrecia ahí afuera.

—Cuéntame lo de esa llamada —le pide ella.

Más animado, con el sabor de su chica en sus labios, John se acomoda en su lado favorito del sofá. No escatima en detalles a la hora de explicar la extraña conversación telefónica:

—¿Hablo con John Everett? —preguntó una voz desconocida que sonaba preocupada, pero a la vez esperanzada, al otro lado de la línea.

—Así es. ¿Quién es?

—Perdone que le moleste en estas fechas señaladas. Mi nombre es Lorenzo Guirao. —John lo apuntó mentalmente como si se tratara de un personaje de sus novelas—. Soy empresario y me gustaría ofrecerle un trabajo. Pago bien.

—¿Un trabajo? Lo siento, me temo que se confunde de persona. Yo soy escritor, al menos hasta el momento.

—Oh, no. Disculpe, no me he expresado bien. Soy el presidente de una editorial.

Everett se detuvo en mitad de la Gran Vía. Cargado con los churros con chocolate y con su nuevo libro, se esforzó por afinar el oído entre el gentío que lo rodeaba. Muchas editoriales, especialmente las más pequeñas o de reciente creación, atraen a los autores desesperados, esos que venderían a su madre por ser publicados de la mano de una editorial, con la promesa de un contrato a cambio de un adelanto económico. Un adelanto que, por supuesto, suele salir del bolsillo del propio escritor. «Para la impresión de los primeros ejemplares —esgrimen siempre—. Pero no te preocupes, esos ejemplares se amortizan rápido en ferias de libros y entre los familiares». A John, que tuvo la suerte de ir de la mano de Patrick casi desde el principio y que sabe lo que significa ser publicado por editoriales de *alta gama*, como él las llama, le parece que esas prácticas son mezquinas y amorales y que se aprovechan de la ilusión de los más inexpertos, para sacar el negocio adelante. ¡Toda una estafa, vamos!

En una ocasión, unos días antes de firmar su primer gran contrato editorial, John había asistido a una fiesta en una librería en Praga, donde vivía con su novia austriaca de entonces. Un amigo de ella inauguraba el local y para darse a conocer, contrató a una banda de jazz, un catering a base de mini sándwiches y canapés e invitó a todos los agentes, editores y críticos literarios del país. Solo algunos se presentaron al evento. Entre ellos se encontraba Mía *Nosequé*, una estilosa y bien peinada joven de largas pestañas que lo abordó, armada con dos copas de vino blanco, una vez finalizado el discurso inaugural. Después de plantarle dos besos en la cara y entregarle una de las copas, se presentó como la jefa de relaciones públicas de una

editorial especializada en el género de intriga. Tras una larga conversación en la que ella alternó las virtudes de John como escritor con poco sutiles caricias en el brazo, le entregó su tarjeta y le hizo prometer que la llamaría.

Aquello solo le reportó a John una monumental bronca de su novia por tontear con «esa guarra entaconada». Sobre lo que salió de esa prometida llamada, de la que su novia, por supuesto, no se enteró, estuvieron riéndose Patrick y él durante años. La gran oferta incluía un adelanto de dos mil euros por una novela cuyos derechos digitales, editoriales y audiovisuales se quedaría la firma durante los siguientes cinco años.

—Perdona, pero dos mil euros me parecen pocos por la venta de todos los derechos —negoció John.

La joven editora balbució al otro lado de la conexión.

—¿Pocos? Creo que ha habido una confusión. Los dos mil tendrías que ponerlos tú a cambio de la impresión de doscientos ejemplares que, por supuesto, serían tuyos para que los vendieras o regalaras a tu conveniencia.

¡Serían suyos para que los vendiera o regalara a su conveniencia! Con más educación de lo que la chica seguramente merecía, John rechazó la oferta y colgó, pidiendo que por favor no volviera a llamarlo.

Everett se preguntaba si Lorenzo Guirao no sería otro Mía Nosequé, un embaucador que tal vez pensaba engañar a uno de los autores británicos más vendidos de la última década, por mucho que estuviera en horas bajas.

—En ese caso debería llamar a mi agente —contestó secamente.

—Ya lo he hecho. ¿No ha contactado con usted?

John recordó entonces su móvil vibrando en su bolsillo mientras se sacaba la foto con la dependienta de la librería. Nada más colgar a Guirao, comprobó que, en efecto, quien lo había llamado era Craig, su exasperante agente.

—No he podido atenderlo. En fin, ya que estamos hablando, háble me de su oferta.

—Precisamente por eso le llamaba. Me gustaría que nos viésemos en persona para que pueda explicarle los detalles.

John emitió un chasquido silencioso con los labios. Estaban empezando a congelársele los pies, ahí parado sobre la nieve manchada.

—¿No puede hablarme de la novela que quiere que escriba, y ya?

—Oh, no se trata de ese tipo de encargo editorial. Lo único que puedo decirle por ahora es que deseo ofrecerle un trabajo biográfico.

John ladeó la cabeza y resopló. Una nube de vaho convirtió su boca en una chimenea.

—¿Quiere que yo escriba unas memorias? ¿De quién?

—De un personaje de lo más interesante, se lo aseguro.

—No es usted muy preciso.

—Le pido disculpas. Cuando nos veamos se lo contaré todo con pelos y señales.

—No escribo biografías.

—Pago bien.

Una respuesta que le calentó las entrañas como un buen trago de Johnnie Walker en un día lluvioso.

—¿Dónde sería la cita?

—Mi empresa está en Sevilla.

—Sevilla… ¿Y cuándo?

—Lo antes posible. Mañana mismo, si le parece bien.

Tras colgar, John se quedó un rato de pie asimilando la conversación, sin duda una de las más absurdas que había mantenido en mucho tiempo. No tenía ni idea de por qué ese hombre quería que escribiera unas memorias, pero lo cierto era que había conseguido despertar su curiosidad.

—¿Las memorias de quién? —quiere saber Mónica, cuyos ojos han vuelto a brillar con la historia de John.

—No me lo ha dicho, no tengo ni idea.

—¿Y qué opina Craig?

—Lo he llamado desde el metro. Dice que esta semana está libre y que volará a Sevilla, si finalmente me decido a aceptar el encuentro. Se ve que no se fía de mí.

—Yo diría más bien que tú no te fías de él —bromea ella.

—Es cierto, no lo aguanto. Debería despedirlo y buscarme a otro.

—Por la miseria que te cobra no encontrarías ni a un chimpancé disléxico.

John sonríe a la vez que niega con la cabeza. En ocasiones se siente como el protagonista de un chiste sin gracia.

—Creo que al menos deberías ir y ver de qué clase de trabajo se trata. —Mónica adopta un gesto pícaro. John casi puede ver el símbolo del dólar reflejado en sus pupilas—. Ha dicho que pagará bien.

—Eso no importa. Yo no escribo memorias, Moni.

—Últimamente tampoco escribes nove…

Mónica enseguida se da cuenta de su desafortunado comentario y se interrumpe, pero el daño ya está hecho. Dando la conversación por concluida, John se levanta y se dirige a la nevera para servirse una cerveza. Tiene la decisión tomada: va a rechazar el trabajo. Lo que no sabe es que esa misma noche, a eso de las once y media, recibirá un mensaje de texto de Lorenzo Guirao, apremiándolo:

¿Se ha decidido, Mr. Everett?

Mónica vuelve a estar a su lado, en la cocina, robándole el botellín de la boca y dando un largo trago.

—¿La compartimos?

John piensa que es extraño como, en mitad de una conversación derrotista y trascendental como la que están teniendo, un solo gesto puede provocarle tal inesperada erección. Ella siempre ha causado ese efecto en él, especialmente cuando discuten.

—Johnny, escucha. Los dos sabemos que no nos podemos permitir rechazar trabajos. Estamos juntos en esto, tenemos que coger el toro por los cuernos.

—El único toro que me preocupa ahora es nuestro hijo. No voy a dejarte sola en pleno embarazo.

—No me vengas con chorradas . Es un simple viaje a Sevilla. Si piensas que voy a permitir que cargues con nuestros problemas tú solo, es que aún no sabes una mierda sobre mí.

—Sé que eres más fuerte que yo, Moni. Por eso tenemos que estar juntos y ser inteligentes.

—¿Y te parece inteligente rechazar un curro sin conocer siquiera la oferta?

—Ya te lo he dicho. No sé escribir memorias. Ya no sé escribir nada, en realidad.

—Oye, siento lo que te he dicho hace un minuto. No iba en serio.

—Sabes que sí. Y no te culpo, porque es la verdad.

Mónica deja la cerveza en la pila y mete la mano por debajo de la camisa de John. Permanecen callados durante varios minutos mientras ella lo acaricia.

—Bésame —le pide ella.

John no solo la besa, también la aúpa sobre la encimera. Le lame el cuello a la vez que se desabrocha los vaqueros. Los gemidos que Mónica emite son una pequeña victoria para terminar un día de mierda como ese. John se siente eufórico por ello. La escarchada ventana de la cocina es testigo de una colosal granizada mientras él descarga rítmicamente en ella todos sus bloqueos y preocupaciones.

Los churros y el chocolate van a quedarse fríos, pero ¿a quién le importa?

Después de reconciliarse con Mónica y de analizar la situación desde una perspectiva más realista, John ve la oferta de otro color. Ella ha terminado de convencerlo.

«Ha conseguido despertar mi curiosidad. Por favor, dígame la hora y la ubicación exactas», responde al mensaje de Lorenzo Guirao casi en el acto.

Unas horas más tarde de la salida del sol estará cogiendo un tren con destino a Sevilla.

6

Diciembre de 2019
Madrid

Cuando la vida te lanza un revés, uno se hace todo tipo de preguntas. ¿Ha sido culpa mía? ¿Podía haberlo evitado?

También todo tipo de reproches, como «no debí haberle dicho aquello», u «ojalá no hubiera bebido tanto».

Esa tarde, Sergio Palacios bebió como un loco. Nunca fue un alcohólico, al menos no diagnosticado profesionalmente, aunque sí solía empinar el codo, en especial cuando se sentía nervioso o agobiado. Y ese día bebió más de la cuenta.

Pero lo que ocurrió no tuvo nada que ver con su embriaguez. Es algo que Sergio entendió con el tiempo. Hubo culpables, de eso no cabía duda; acciones malintencionadas que hicieron que todo se precipitara como piezas de dominó hacia un abismo de dolor y sufrimiento.

Aunque, de no encontrarse tan bebido, quizá no habrían discutido. Es posible que no se hubieran dicho esas cosas tan horribles y puede, solo puede, que ella no hubiera salido por la puerta esa tarde.

La cruda realidad, no obstante, es que ocurrió y de nada servía pensar en el «qué hubiera pasado si…».

Otra cosa en lo que pensaba mucho Sergio era en la aleatoriedad e imprevisibilidad de la vida. En los textos de ciencias lo llaman *libre albedrío*, que no es más que un término técnico para suavizar el hecho de que, joder, estamos solos en esta centrifugadora llamada vida y nadie está a salvo de ser aplastado en cualquier instante.

Ojalá se hubiera percibido un murmullo misterioso en el viento. O un profundo escalofrío en los huesos. Una canción etérea que sólo Eva o él hubieran podido oír. Una tensión en el aire. Alguna premonición típica de película de terror. Algo. Hay desgracias en la vida que casi se esperan —lo que hizo que él ingresara en el centro de menores, por ejemplo, o la muerte de su padre— y después hay otros momentos oscuros, momentos de inesperada violencia que lo cambian todo. La vida de Sergio antes de la tragedia. Y su vida después. Lamentablemente, las dos tenían poco en común.

Sergio y Eva vivían en un tercero interior del centro de Madrid e

iban a casarse. Estaban en esa época de la vida en la que los grandes proyectos se acumulan y, en aras del máximo disfrute de cada uno de ellos, se tienden a listar y ordenar como en un manual de instrucciones. Este año, la boda; el año que viene, la casa; y al siguiente, ¡el niño!

Lo malo de los planes es eso, que solo son planes. Ideas abstractas que flotan en la imaginación de cada uno, creando realidades futuras que, por un motivo u otro, rara vez se cumplen.

En lo que a Sergio y Eva respectaba, ellos tenían muy claro que, tras la boda, se centrarían en buscar una bonita casa en las afueras. Con perro, jardín y garaje.

Esa era otra cosa a la que Sergio no paraba de darle vueltas: si se hubieran mudado antes, de no haber esperado a que pasase la maldita boda, no habría sucedido lo que sucedió. Habría sido imposible.

Eva, además, llevaba en su vientre una sorpresa adicional de la que Sergio no fue consciente hasta unas horas después de que ocurriera todo.

En honor a la verdad, esa tarde fue presa de la ira. Sergio apretó los labios y cerró los puños para no dejarse llevar por la sensación. Solía funcionar y esa vez casi lo consigue. Aspiró hondo, se volvió contra la pared y hasta se mordió los nudillos. Ya notaba que su ritmo cardíaco se calmaba cuando ella pronunció esas palabras. Eran como descargas eléctricas indefinibles e inquietantes, que solo pueden provocar algunas palabras pronunciadas por alguien que te quiere (o te quería). Instintivamente se volvió hacia ella e hinchó el pecho como un animal acosado al que no le queda otro recurso que mostrar su dentadura.

Llegado a ese punto, Sergio se había quedado sin explicaciones. Ya le había dicho que, fuera lo fuese que hubiera escuchado por ahí, no era verdad. Que le estaba dando demasiada importancia. Que lo que contaba eran los cinco años que llevaban juntos. Solo le quedaba suplicarle a su querida futura mujer, a quien no se atrevía a mirar a los ojos. Llorarle. Gritarle.

El televisor estaba emitiendo una reposición de *Love Actually*, una de las películas preferidas de ambos. El piso se llenó de voces alegres y reconocibles. Los únicos lazos entre ellos.

Todo lo demás había desaparecido.

Ella volvió a decir esa frase. Cuatro palabras que nunca debieron oírse:

—No te reconozco, Sergio.

Esta vez lo dijo entre lágrimas y gimoteos.

Sergio volvió a sentir las descargas en lo más profundo de su cuerpo y supo con seguridad que si no reaccionaba en ese momento, todo lo que había construido iba a derrumbarse en cuestión de

segundos. Estaba en una situación realmente incómoda. Lo había descubierto y no tenía la manera de demostrar que ella se equivocaba.

Porque lo cierto, lo más jodido, era que Eva tenía razón.

De pronto, ella lo miró con los ojos hundidos en lágrimas.

—Vale, te escucho. Cuéntamelo.

Le estaba dando una última oportunidad. Ni una palabra cálida. Nada de Sergi, que era como ella lo llamaba habitualmente, ni siquiera su nombre completo como consuelo. Solo ese «Vale, te escucho, cuéntamelo».

Sergio cerró los ojos. Le pidió que lo creyera, que nada de lo que había oído era ni remotamente verdad y que estaban tratando de joderle la vida.

Durante un instante doloroso solo se oyó la respiración fatigada de ella. Luego Eva irguió la cabeza con arrogancia, como cuando trataba con gente a quien no consideraba digna de su respeto.

Lo que sucedió después quedó guardado en la memoria de Sergio como breves recortes de una película sin montar. Eva portaba una mochila, que al parecer tenía preparada desde hacía varios días, lo que significaba que lo que estaba a punto de hacer no era fruto de un calentón. Pésimas noticias.

Había cruzado la puerta y estaba entrando al ascensor. Casi no volvió el rostro para dedicarle una última mirada.

Esa mirada. De ese día en adelante sería lo último que vería Sergio antes de caer dormido cada noche y lo primero que vendría a su mente al despertarse.

—¡Eva! —suplicó.

—Vete al infierno.

Una bruma llenó rápidamente su cerebro hasta anular todos sus sentidos. Tardó en reaccionar. De no haberlo hecho, es posible que la hubiera alcanzado. ¿Cómo habría procedido entonces? Arrodillándose y llorando, seguramente. El caso es que bajó corriendo las escaleras y cuando llegó al portal, ella ya estaba subiéndose a su moto.

Vio a cámara lenta cómo su prometida sacudía la cabeza con desprecio. Por un momento, Sergio se quedó sin respiración.

Sintió un temblor bajo sus pies cuando la moto arrancó en un rugido.

Puede que ella esperase que él corriera tras la moto gritando su nombre, como en las películas. ¡Eva!, ¡Eva! En una comedia romántica de manual, el protagonista pararía un taxi y gritaría aquello de *¡Siga a esa moto!* Rápidamente darían alcance a Eva, el taxista detendría el vehículo cerrándole el paso y Sergio se apearía con un discurso preparado. Entonces se besarían, sonaría una canción pegadiza y aparecerían los títulos de crédito. ¿Era eso lo que esperaba?

Lo que fuera que esperase, resultó que no estaban en una comedia

romántica. Sergio seguía anclado al asfalto de su calle, preguntándose cómo había llegado a esa situación, cuando un violento impacto se oyó un par de manzanas más allá. Esa vez Sergio sí corrió.

Pero era demasiado tarde.

Un camión de reparto de fruta se había saltado un *Stop*. Eva aterrizó en la acera como una marioneta sin hilos y falleció en la ambulancia de camino al hospital.

En cuanto al bebé, ni siquiera sobrevivió al impacto.

7

6 de enero de 2022
Tren de alta velocidad, en algún punto entre Sevilla y Madrid

John deja la taza de café en la barra del vagón cafetería y contempla la ventana, con el móvil a la oreja. La noche ha caído al otro lado. Es seis de enero y la nieve, inexistente en Sevilla, empieza a aparecer sobre la meseta según el tren se dirige al norte. Mientras el móvil da tono, el escritor observa su propio reflejo en el cristal. Ha sido un día largo fuera de casa, en el que ha comido poco y apenas ha dormido. *Redhead Everett* ahora más bien parece *Homeless Everett*.

—Tenemos que hablar —salta en cuanto oye la voz de Mónica al otro lado. Siente la tensión de su mano en el teléfono.

—¿Ya estás de vuelta?

—Sí, estoy en el tren. Llegaré tarde.

—¿Qué tal ha ido?

Es una pregunta que requiere de un largo rato de conversación. Por suerte, al viaje aún le queda más de una hora y Craig, que ha decidido volver con él para hacer turismo por Madrid antes de regresar a Londres, en estos momentos ronca plácidamente en su asiento, a dos vagones de distancia. John cambia el teléfono de oreja y empieza a describir el extraño día a Mónica.

Esa mañana ha cogido un Uber que lo ha llevado a la estación de Atocha. Desde allí, un tren de alta velocidad como en el que se encuentra ahora lo ha catapultado, en un visto y no visto, al centro de la capital hispalense. John tiene carné de conducir y un Porsche esperándolo en un garaje de Oxford —el viejo 911 Carrera de segunda mano fue un capricho financiado con las regalías recibidas por su primer gran contrato—, pero no vio la necesidad de llevárselo a Madrid, al menos por ahora.

Craig lo estaba esperando en la estación de Santa Justa. John sonrió al verlo con la americana roja —casi no recordaba el mal gusto de su agente para la ropa, todo lo contrario que para los negocios— y su alborotado pelo rizado, más voluminoso que la última vez que se vieron. Juntos fueron en taxi a la sede de la editorial. Estaba cerca, así que llegaron en menos de diez minutos, tiempo suficiente para que John pudiera admirar la catedral de Sevilla a través de la ventanilla

trasera del vehículo. En alguna parte había leído que se trataba de la catedral de estilo gótico más grande del mundo y si no lo era, desde luego era la más grande que John había visto. Se quedó embobado al forzar el cuello para atisbar la punta de la Giralda, cuyo campanario renacentista le hizo regresar por un segundo a su querida Oxford. Para el escritor, la aguja de la torre guardaba cierta similitud con la de la Iglesia Universitaria Santa María la Virgen, cúspide de la ciudad británica, aunque algo le decía que su amigo Kevin, licenciado en historia del arte, le habría dedicado un buen sermón por tal ofensiva y equivocada comparación. John no perdió el tiempo y abrió el bloc de notas de su móvil para redactar una descripción en bruto de todo lo que veía. Nunca se sabía si podría utilizarlo en alguna futura novela, si es que volvía a escribir una.

En el vestíbulo fueron recibidos en persona por Lorenzo Guirao, presidente de Papyre. Tras una rápida aunque muy cordial presentación —un recio apretón de manos seguido de un *¿qué tal el viaje, señores?*—, les pidió que lo acompañaran.

Durante el trayecto en ascensor al séptimo piso, John miró de reojo al presidente. Guirao mediría poco más de ciento sesenta centímetros, pero proyectaba una larga sombra desde lo más alto del organigrama de Papyre. Era un hombre de edad avanzada y de pectoral ancho, piel curtida y labios demasiado carnosos en una cara de pocos amigos. Un cabello lacio y blanco peinado de lado insinuaba unos genes fuertes contra la alopecia. Destacaban las gafas de elegante montura dorada que enmarcaban el rostro de alguien que había probado tanto la parte exitosa como la amarga de la vida.

Entraron en el anexo del despacho de Guirao, una sala de reuniones alargada, de unos veinte metros cuadrados, situada en una esquina del acristalado edificio. A lo largo de su carrera, John ha tenido la oportunidad de visitar las oficinas de muchas editoriales. Las hay tradicionales, en las que las pilas de libros colocadas sin ningún orden concreto dan la bienvenida a los visitantes desde cada pared, miren estos a donde miren; espacios donde el característico olor a imprenta de un libro nuevo es capaz de atrapar a cualquier aficionado a la literatura; luego están las modernas, construidas y distribuidas siguiendo un estilo contemporáneo de oficina, más luminosas y diáfanas y en las que cuesta encontrar un libro más allá de en los carteles publicitarios que cubren las paredes. Y son precisamente estos pósteres los encargados de engatusar a las visitas en este caso, con sus rótulos impactantes —*¡El bestseller más leído del año!*— y cifras de récord. Las oficinas de Papyre eran de este segundo tipo, aunque John prefiere las del primero.

Tras cogerle el abrigo, Guirao se sentó en el extremo de una larga mesa que ocupaba toda la sala, donde esperaban dos hombres

trajeados y de expresión adusta, cuyos nombres John olvidó enseguida. Sí se quedó con el motivo por el que estaban allí: eran el abogado de Guirao y el consejero delegado de la editorial. El primero le tendió una carpeta a su jefe. Este la tomó y acto seguido invitó a John y Craig a ocupar los asientos contiguos, de forma que pudieran hablar en cercanía y sin alzar la voz. Sobre la mesa, frente a cada asiento, alguien había dispuesto un vaso y una botellita de agua. John pudo leer la inscripción D. C. ZOLA grabada en el cristal de su vaso y constató que el resto carecía de tal marca. Junto al ventanal había una mesita con ruedas donde el servicio de catering había dispuesto una jarra de café recién hecho y una bandeja con un surtido de bollos.

—Gracias por aceptar mi invitación con tan poca antelación, señor Everett.

—Una invitación que me ha sorprendido.

—¿Conocía Sevilla?

—Lo cierto es que no.

—Es una ciudad con mucha vida, creo que le fascinará. Si quiere, podemos reservarle una habitación en el hotel Eurostars, muy cerca de aquí, en pleno centro.

—Me gustaría regresar a Madrid esta misma tarde.

—En ese caso iré al grano. Quiero contratarle para un trabajo editorial.

—Sí, ya me lo dijo por teléfono. Mi agente, aquí presente, me ha puesto al corriente de los detalles. Algo sobre escribir unas memorias, ¿no es así?

Guirao asintió con la cabeza. No pestañeó.

—¿Las de quién?

—Dígame, ¿qué sabe de la industria de la música?

John respondió sin carraspear:

—Nada.

Los hombres trajeados se dedicaron una mirada furtiva. Era evidente que no estaban acostumbrados a tanta naturalidad. Craig, por su parte, dio a John un codazo sutil en el costado.

—Es decir —ahora John sí carraspeó—, tengo toda la colección de Oasis y también me van Franz Ferdinand, Marvin Gaye y, por supuesto, The Who. Pero me limito a comprar el vinilo, desempolvarlo de un buen soplido y colocar la aguja para que empiece a sonar. El cómo y quién ha producido el disco, me trae sin cuidado.

Los cuatro hombres que lo acompañaban se escudriñaron en silencio.

—Déjenme ponerles en contexto —habló Guirao, como si llevase un discurso preparado de antemano—. ¿Le dice algo el nombre de Fabián Castro, señor Everett?

—Me suena.

—¡Y no es para menos! —Lorenzo Guirao los deleitó con una carcajada equina—. Fabián Castro es uno de los productores musicales más exitosos de las últimas décadas. En los años noventa levantó un imperio desde cero, convirtiéndose en el descubridor de los mayores colosos de la música latina de la actualidad.

Mientras hablaba, le iba pasando fotografías de archivo que guardaba en el interior de la carpeta. Si los conocimientos de John en arquitectura avergonzaban a sus colegas, los que tenía en ese tipo de música latina no eran mejores, pero aun así conocía todos esos rostros. No era de extrañar, pues estaba harto de verlos en carteles, marquesinas, portadas de revistas, anuncios televisivos e incluso participando en cameos cinematográficos. En las fotos, todos ellos posaban en compañía de un hombre bronceado, de sonrisa ensayada y cabello tintado, con el clásico brillo en los ojos de quien vive enamorado del hombre del espejo. John dedujo que se trataba de Fabián Castro.

—¿Ésta no ha ganado un Grammy hace poco? —preguntó John levantando el último retrato.

—En efecto, con el de este año ya lleva once.

—Impresionante.

John, a quien le interesaba más bien poco la historia de esa gente y solo pensaba en llegar a tiempo para coger el último tren de la tarde, se fijó en una fotografía enmarcada que acompañaba a un buen número de libros de todo tipo en el mueble de la pared del fondo. Era el típico retrato familiar en el que los fotografiados posan, con mayor o menor acierto, con sonrisas un tanto forzadas. John no podía distinguirlo bien desde donde estaba sentado, pero se jugaba un brazo a que el hombre que aparecía en el centro era Lorenzo Guirao con algunos años —y canas— menos. A su lado había una mujer de más o menos su edad y un adolescente que les sacaba un par de cabezas a ambos. John dedujo que se trataba de su familia.

—Fascinado por nuestra gastronomía y con un repentino interés por la música flamenca —prosiguió Guirao—, hace más de una década, Fabián Castro hizo las maletas y se afincó en nuestro país. Mientras disfrutaba de unas lujosas vacaciones en Marbella, conoció a Carmen, Miss España en el año 2004, con quien se casó. Desde entonces viven en España a tiempo completo, combinando su residencia de Puerto Banús con la mansión que hace poco mandaron construir en la sierra de Gredos y a la que acuden siempre que desean huir del calor —el presidente bajó la voz— y de los periodistas.

—Veo que conoce bien la vida de ese hombre.

—Todo esto es *vox populi*. Cualquiera que haya metido el hocico en un par de revistas del tema, lo sabe.

—Comprendo. —John tenía la continua sensación de estar

haciendo el ridículo.

—Castro lleva tiempo buscando publicar su autobiografía y nos ha elegido a nosotros con ese fin. —Guirao por fin centró el tiro en el tema motivo del encuentro—. Hemos pensado en usted para que la escriba.

John se agitó en su asiento, en parte feliz porque la reunión tocaba a su fin. Se disponía a contestar, cuando el hombre añadió un detalle que lo dejó atónito:

—Tiene el tiempo que necesite para terminar el trabajo. El único requisito es que se instale en la mansión de Castro, en Hoyos del Espino, subiendo la sierra de Gredos, durante el periodo en que estén trabajando juntos. Él ha aceptado gustoso, tiene habitaciones de sobra en el edificio dedicado al personal de servicio.

John se inclinó hacia su agente para preguntarle por lo bajo por ese lugar del que nunca había oído ni una palabra. Craig le habló entre susurros de la sierra de Gredos: un remanso de paz entre extensas praderas y afiladas montañas, a unos doscientos kilómetros de Madrid. No necesitó mencionarle los cinco grados centígrados bajo cero en invierno para que John terminara de decidirse.

—¿Está usted loco? —reaccionó Everett en voz alta, volviéndose hacia Guirao. Craig se llevó el puño a la boca y fingió una tos—. Lo lamento, pero no puedo aceptar este trabajo.

Lorenzo Guirao miró a su regazo y cerró los ojos por unos pocos segundos, como si precisara de un descanso antes de volver a la carga. John advirtió que la mano derecha le temblaba ligeramente. A continuación, el presidente los sorprendió a todos pidiendo a los presentes que lo dejaran a solas con Everett. A regañadientes, pero sin una réplica, estos se levantaron y abandonaron la sala, con sus respectivos palos bien metidos por sus correspondientes traseros.

Guirao intercambió una mirada con Craig.

—Usted también, si no le importa.

El agente se despidió de John dándole un cariñoso apretón en el hombro que escondía una advertencia: «no la cagues».

Guirao aprovechó la interrupción para levantarse y servirle a John una taza de café y un mini cruasán.

—En ocasiones, un cambio de registro es todo lo que necesitamos para retomar el vuelo, señor Everett —le dijo en tono paternal, una vez que se quedaron a solas.

«Estupendo, ahora se pone trascendental», pensó John mientras daba un sorbo al café —¡soluble!— y se preguntaba dónde desembocaría la reunión.

—¿Y esas memorias no podría escribirlas en su casa de Marbella? Se me antoja más apetecible.

Guirao rio como se ríe un padre ante una ocurrencia ingeniosa de

su hijo pequeño.

—Me temo que no. Durante estos meses, Castro estará aislado en la sierra, disfrutando de una de sus pasiones: sus caballos.

—Un hombre de gustos sencillos, qué duda cabe.

Por un instante, Guirao abandonó su papel de patriarca condescendiente y John pudo imaginarse a un editor sin escrúpulos en sus mejores tiempos, afectado por algún contratiempo o a punto de cerrar un contrato multimillonario. Sus ojos perdieron parte del brillo.

—Ya hemos acordado con él la publicación de sus memorias, pero lo que necesita es un escritor.

—¿Por qué yo? Quiero decir, soy novelista y nunca he escrito la biografía de nadie. ¿Qué le hace pensar que soy apto para el trabajo?

—¿Por qué usted? —Guirao se levantó con la taza de café entre las manos y se volvió hacia el ventanal. Desde allí arriba había unas vistas imponentes del barrio de Triana, al otro lado del Guadalquivir. John notó que los músculos de la espalda del presidente se tensaban por debajo de la chaqueta—. Porque sabe atrapar a la gente con su forma de contar historias; porque el caso de Londres en que fue, por unas horas, sospechoso del asesinato de su propio mentor, llegó a oídos de Fabián Castro, a quien cautivó; y porque sé que necesita el trabajo.

«De modo que conoce lo de Londres. Este hombre me ha investigado a fondo», pensó John, preguntándose si esos datos sobre su vida también serían *vox populi* para él. Siempre lo aborda una sensación agridulce con el recuerdo de esos días de locos: fue cuando conoció a Mónica y también cuando perdió a Patrick.

—En ese caso, ofrézcame un contrato editorial por una historia de ficción.

—Eso es imposible. Ya tenemos el catálogo de misterio cubierto para este año. Contamos con los mejores autores de thriller del panorama nacional e internacional.

John miró de soslayo a Guirao, sin saber muy bien cómo interpretar lo que este acababa de decir. Resopló.

—¿Es usted consciente de que yo no sé nada sobre la industria musical?

—Espero por su bien que no diga eso en todas sus entrevistas de trabajo.

—La sinceridad es uno de mis fuertes, supongo. O de mis puntos débiles, según se mire.

—¿Los novelistas no se dedican esencialmente a mentir?

—A mí me gusta llamarlo ocultación de la verdad. Y, respondiendo a su comentario, lo cierto es que nunca he acudido a una entrevista de trabajo… hasta hoy.

—Siempre hay una primera vez.

—En realidad, no sabía que esto era una entrevista.

—Y no lo es. El trabajo es suyo si lo quiere.

El móvil vibró sobre la mesa. Era un mensaje de texto de Craig: *Es una gran oportunidad para ti*. A cada minuto que pasaba, John sentía más peso sobre sus hombros. Deseaba salir de allí cuanto antes.

—Mire, me pide que abandone mi vida, que deje de lado a mi mujer embarazada de cuatro meses, para cumplir con un trabajo que no sé hacer.

—Todavía no hemos hablado de su remuneración —replicó Guirao.

—No es necesario.

El presidente extrajo un pañuelo del bolsillo interior de la chaqueta y, valiéndose de una pluma con sus iniciales que llevaba siempre encima, escribió la cifra. John se quedó sin habla.

En el interior del vagón cafetería, resulta innecesario que John termine de contar la historia. Mónica ya tiene suficiente.

—¡Es una pasta, John! —El escritor tiene que separar el teléfono unos centímetros de la oreja. Cuando Mónica se emociona, es capaz de alcanzar un timbre muy alto.

—No sé, Moni, este trabajo implica que me mude al fin del mundo.

—Es la sierra de Gredos, no Groenlandia. Está a unas horas en tren. Y no será para siempre.

—Entonces, ¿te parece bien?

—Negaré haberte dicho esto, pero te echaré mucho de menos, eso no lo dudes nunca. Y sí, creo que debes ir. Y no solo por la pasta. Necesitas un descanso, John. Un *reseteo*. Desconectar para que nuevas ideas vuelvan a ti. Tal vez unas vacaciones pagadas en un lugar inhóspito y desconocido sea lo que necesites para recuperar la inspiración.

—¿Y crees que la voy a recuperar en… —John revisa su bloc, que tiene abierto sobre la mesita y donde ha apuntado los detalles clave de la oferta— en Hoyos del Espino?

—Tal vez. ¿Por qué no?

—Porque mi problema no es la inspiración, todo eso es una mentira, una historieta. Lo que tengo que hacer es sentarme a escribir de una vez. El tema aquí es que no serán unas vacaciones. Tendré que entrevistar a ese estirado de Castro, transcribir sus respuestas, darle forma… A mi todo eso me suena a lo opuesto a unas vacaciones.

—Ya, pero te van a pagar veinte mil pavos por pasarte un mes con el culo pegado a una silla, en un paraje privilegiado y con todos los gastos incluidos. Bajo mi punto de vista, no tienes elección —dice Mónica—. No tenemos elección.

—Vale, nuestra situación es límite, pero creo que, yéndome a la sierra de Gredos me estoy agarrando a un clavo ardiendo.

—¿Acaso hay alternativa?

—No quiero dejarte sola con todo lo que tienes encima.

—No estaré sola. Tengo a Rayco. Y a Mercedes, con quien por fin estoy haciendo buenas migas. ¿Me estará ablandando el embarazo?

—Entonces ¿te parece bien que coja el trabajo?

—Sí, John. Creo que te arrepentirías si no lo hicieras.

John exagera un suspiro.

—¡Qué alivio!

—Alivio, ¿por qué?

—Porque ya he aceptado. Empiezo mañana.

8

6 de enero de 2022
Sevilla

Lorenzo Guirao ha sentido que el corazón le iba a estallar cuando ha estrechado la mano con el escritor y lo ha despedido prometiendo mantenerse en contacto durante el proceso de escritura.

«En Inglaterra, como aquí, dar la mano es un símbolo de acuerdo y confianza —se reafirma, de pie frente al ventanal del anexo de su despacho—. Ya está, no lo pienses más. Finalmente ha aceptado».

Cierra los ojos y relaja los músculos de la cara. Después inspira hondo y exhala con fuerza repetidas veces hasta que nota que la frecuencia cardiaca le baja, tal y como le enseñaron en las sesiones de meditación y control mental a las que acudió después de que su vida se convirtiera en una pesadilla. Se deja llevar, mantener la mente en blanco y concentrarse únicamente en la respiración.

Su subconsciente lo conduce al interior de la librería, dos días atrás. Es la noche de la tormenta y el local está inundado. El agua le cubre los pies, enfundados en sus mocasines y moja los bajos de su pantalón de pinzas. En la calle, Tomás pone a prueba la batería de su teléfono móvil mientras los bomberos tratan de desaguar el local.

Pero él no está atento a nada de eso, porque en sus manos tiene algo que podría cambiarlo todo. O podría no cambiar nada, ¿quién sabe? Lo ha visto en la estantería de detrás del mostrador. Enseguida le ha llamado la atención, porque un cómic de Spiderman de los años ochenta no debería estar en la sección de *Los diez más vendidos*. El nombre fue idea de ella. Siempre ha tenido un ingenio fuera de lo común, aunque ahora a él le fastidie admitirlo. A decir verdad, el éxito de la tienda se lo debe íntegramente a ella, al menos hasta que pasó lo que pasó. Ahora el negocio es un desastre, lo sucedido esa noche da muestra de ello, pero ¿quién puede culparla? ¿Acaso él no ha cambiado en el último año? Que se lo pregunten a su exmujer.

No, definitivamente, *Los diez más vendidos* no es la sección apropiada para un cómic de superhéroes descatalogado. ¿Quién ha tenido el descuido de dejarlo ahí?

Por matar el tiempo mientras ella se digna aparecer, coge el cómic y se pone a ojearlo. De niño, sus preferidos eran El Capitán Trueno y

El Jabato. Los otros, como Superman, Batman o Spiderman pertenecen a otra generación, o quizá es que a Lorenzo no le llamaban tanto la atención. Sea como sea, ahora que lo ojea debe admitir que las aventuras de Peter Parker, cuyas páginas pasa en estos momentos por encima, tienen un estilo cuidado.

Fuera, una mujer habla con Tomás en persona. Está levantándole la voz y, como Lorenzo suponía, va borracha. «Es ella».

Está a punto de dejar el cómic para discutir con ella, cuando le parece ver algo en una de las hojas. Al retroceder, lo confirma. Efectivamente, alguien ha marcado una de las viñetas. «Será posible, estos chavales granujas». Solo que no se trata de un garabato obsceno, como cabría esperar de un adolescente en efervescencia, ni de una frase guarra que, de manera muy poco apropiada, sale de la boca de Mary Jane. En la página siguiente hay más marcas.

—Ya estoy aquí —le suelta ella nada más entrar chapoteando en la librería—. Puedes irte a casa, yo me encargo.

Al verla, constata por enésima vez que sería difícil encontrar a alguien que parezca más fuera de lugar trabajando tras el mostrador de una librería de prestigio. Se trata de una observación tan sensata como inoportuna, porque no está él ahora para dar lecciones de pulcritud, precisamente. En cualquier otro momento, Guirao le recriminaría su poca dedicación al negocio y le haría responsable de los daños causados por la inundación. Eso por no hablar de sus malos modales, a los que ya se ha acostumbrado pero que le hierven la sangre y su más que evidente seseo, fruto de una impresionante cogorza. Pero algo mucho más importante ocupa sus pensamientos ahora.

—¿Has puesto tú este cómic aquí? —pregunta, mostrándole el número noventa y cinco del superhéroe de Marvel.

Los ojos de ella se detienen en la portada. Guirao sabe que es imposible, pero es como si los efectos de la borrachera desaparecieran por arte de magia.

—Yo no he tocado eso en mi vida —susurra. Parece tener la mente en otro lugar.

—Pues estaba en tu sección. ¿Cómo puede ser que un tebeo de hace cuarenta años esté entre los diez más vendidos de la librería? —El presidente de Papyre pasa las hojas hasta detenerse en la primera que está marcada—. Y además, alguien ha intentado escribir encima. ¿Lo ves? —Le muestra las viñetas con los bocadillos saliendo de la boca de Mary Jane y de Peter Parker. Es como si hubieran sido garabateados con un bolígrafo carente de tinta—. Esto no se puede vend…

Se detiene al ver que ella desliza las yemas de los dedos por encima de las marcas.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Alguien… —Ella traga saliva con dificultad y lo mira fijamente a los ojos—. Alguien ha dejado un mensaje. Es una técnica muy efectiva si deseas ocultar algo y solo cuentas con un papel y un lápiz.

—¿Un mensaje? —Guirao puede sentir que su corazón se dispara —. ¿Un mensaje de quién?

Inmediatamente ella rodea el mostrador y rescata un folio en blanco y un lápiz de uno de sus cajones. Acto seguido, coloca el folio sobre la página marcada del cómic y comienza a pintarlo con el lápiz. Al terminar, lo ilumina con la luz de su teléfono móvil. Cuando ambos leen el mensaje desvelado por las marcas bajo el grafito, no le encuentran explicación posible.

Alguien toca a la puerta de la estancia. Cuando sale de su ensoñación, Guirao ve que está sentado en el borde de su silla con el cómic de Spiderman en el regazo. ¿Cómo ha entrado en su despacho? No tiene la menor idea.

La puerta se abre unos centímetros, lo justo para que Tomás asome la nariz. Guirao se apresura a guardar el tebeo en el cajón de su mesa; no quiere que su abogado lo pille con él.

—¿Ha aceptado? —pregunta Tomás.

El empresario endurece el rictus y lo mira fijamente, fingiendo el poderío que —se supone— transmite alguien que observa la vida desde lo más alto de la pirámide.

—Así es. Tenemos escritor. Por favor, habla con Craig Donovan, el abogado del señor Everett, para formalizar el contrato. Y ve adelantando el papeleo con el equipo judicial de Fabián Castro.

—Así lo haré. —Tomás se despide con un guiño y el puño cerrado en señal de victoria—. ¡Felicidades, jefe!

De nuevo a solas, el presidente se quita la máscara de mandamás indestructible y recupera el cómic del cajón. Lo abre por la página concreta, esa que, durante las últimas semanas se ha hartado de examinar. Por primera vez, inesperadamente, hace algo que no se ajusta a la pauta de los otros días. Él mismo se sorprende del repentino ataque emocional que lo acomete tras el crucial acuerdo con John Everett.

—Ya falta poco —susurra y se lleva el cómic a la boca para besarlo.

9

7 de enero de 2022
Hoyos del Espino, Ávila

Antes de coger el autobús hacia la sierra de Gredos, John Everett ya se ha arrepentido varias veces de su decisión, pero le parece más complicado volver a llamar a Craig para echar atrás el contrato, que cumplir con el trabajo, así que la mañana del siete de enero, tras despedirse de Mónica en la estación de autobuses, emprende el viaje.

Ella estaba en lo cierto: Gredos no está lejos. Una vez abandonada la autopista, que completa la gran parte del trayecto, empieza un ascenso plagado de pequeños pueblos aislados del mundo y que se extienden hasta lo alto de la sierra. La ruta pronto se convierte en un camino lleno de curvas pronunciadas y abismos rocosos que inducen al escritor a pensar que la bonificación por el trabajo, al fin y al cabo, quizá no sea tan desproporcionada.

John, que no es nada espiritual, nunca ha sentido tanto la mirada del universo pegada en su cogote.

Los días anteriores ha nevado copiosamente, aunque hoy brilla el sol. Al apearse del autobús, el cielo luce brillante y el aire es gélido. John ha llenado la maleta con su ropa de invierno más gruesa y esa mañana se ha enfundado su Barbour acolchado, pero nada más poner un pie en tierras castellanas, advierte que no lleva ropa suficiente para protegerse de la crudeza del invierno de la sierra.

Un taxi lo conduce a Villa Pegaso, que es como se conoce a la finca de Castro, apartada un par de kilómetros del pueblo. En esa zona las máquinas quitanieves funcionan a pleno rendimiento y a pesar de la temporada de tormenta, el vehículo circula sin problema por la carretera de doble sentido. La nieve, más blanca allí que en el centro de la capital, se acumula en la cuneta, suponiendo un contraste fresco y puro para John.

—¿Es su primera vez en Hoyos? —pregunta el taxista, que ha debido de ver la curiosidad en los ojos de Everett. El acento también habrá tenido algo que ver.

John asiente.

—Es una localidad muy pequeña, apenas llegará a quinientos habitantes. Incluso diría que hay más caballos que humanos en Hoyos

—bromea—. Pero está en un entorno único, como comprobará. Se lo recomiendo especialmente en verano, donde todos los años se celebra un concierto de rock con artistas invitados de auténtica fama mundial. Un año vino John Fogerty, ya sabe, el de la *Creedence*. Está mayor, pero, como se suele decir, el que tuvo, retuvo.

—Gracias por la información, aunque solo estaré unas semanas. Vengo por trabajo.

—Ah, claro, para el señor Castro. Por eso va a Villa Pegaso.

—¿Lo conoce?

—De oídas. No viene mucho y cuando lo hace, no para por el pueblo. Únicamente sale de su finca para realizar excursiones con sus caballos. Apenas recibe visitas.

—Solo las de escritores de poca monta.

El hombre lo mira a través del espejo retrovisor, John apuesta a que lo hace tratando de ubicarlo. Everett se detiene en su rostro por primera vez. Tiene una nariz bulbosa y más bien enorme, igual que todos sus rasgos, largos y penduleantes, como si alguien hubiera esculpido una caricatura suya en chocolate y después la hubiera dejado derretirse al sol. Los ojos de John se desvían todo el rato a un pañuelo de tela que le sobresale del bolsillo de la chaqueta de punto. «Ese pañuelo ha tenido que vivir auténticas pesadillas», piensa.

—¿Es usted escritor?

John asiente.

—¿He leído algo suyo?

—Escribo series de espionaje. Y ahora, por lo visto, memorias de empresarios excéntricos.

—¿Así que es usted el nuevo biógrafo? —quiere saber el hombre, que respira con la pesadez característica de los que no están en forma.

—Perdone, ¿ha dicho el nuevo? ¿Hubo más?

—Claro, no es usted el primer escritor que pasa por aquí. Y no será el último.

John escudriña los ojos bastos y negros que abarcan el espejo, sin saber muy bien cómo interpretar el comentario.

—¿Usted también vive aquí?

—No. Yo vivo en Ávila. Mire, ya estamos.

Han completado el traslado en menos de cinco minutos. John baja del vehículo y se despide del hombre, que le da su nombre —Agustín, «aunque por aquí todos me llaman Agus»— y un papel con nueve cifras escritas a bolígrafo.

—Este es mi número. Llámeme si necesita moverse por aquí. Le haré buen precio.

Cuando el Toyota se pierde ladera abajo, John recorre los alrededores con la mirada, preguntándose qué loco impulso lo ha llevado allí. Se encuentra, literalmente, en un punto aislado en mitad

de una montaña que ha sido aplastada por la tormenta.

Las máquinas quitanieves pasan por las carreteras, pero no por los accesos a las parcelas, razón por la cual John avanza con dificultad por el camino que comunica la verja —le han abierto en cuanto ha llamado al timbre, señal de que lo están esperando— con la entrada principal de la casa, atravesando un jardín ahora brillante por la nieve. Aunque la palabra casa se queda corta, piensa John. No hay duda de que está ante los dominios del gran empresario.

A medida que cruza la finca, se va fijando en las ventanas frontales. El colosal edificio, levantado en piedra y con los marcos y alféizares de madera gruesa, consta de dos alturas. En total, siete ventanas a la vista. Y en ninguna se divisa movimiento. Ningún par de ojos vigilantes en la oscuridad, ni rastro de manos que corran ligeramente las cortinas.

Cuatro peldaños de piedra lo conducen a la entrada, cuya puerta doble se abre justo cuando John agarra la aldaba con la forma de dos testículos de caballo y se dispone a llamar. Un hombre salido de otro mundo lo recibe con una sonrisa esculpida en el rostro. Fabián Castro.

En la reunión de ayer con el presidente de Papyre, éste le mostró una serie de fotografías en las que Castro aparecía acompañado de estrellas de la música de las que había sido productor. En esas fotos salía más joven, pero aún se lo ve sorprendentemente atlético para haber superado la sesentena. Piel aceitunada, ojos de serpiente y una sonrisa aterradora a la que solo le falta la verruga junto a una de las comisuras. Viste un polo de cachemira azul marengo por dentro de unos chinos claros. Unas pocas hebras blancas en la zona de las sienes de su cabello escrupulosamente peinado hacia atrás le confieren el toque justo de humanidad.

—Usted debe de ser el escritor —saluda, cogiéndolo del hombro—. Soy Fabián Castro. Habrá oído hablar de mí.

John podría decirle que, hasta ayer, su nombre y obra le eran tan conocidos como el último ganador de Gran Hermano, pero ve más oportuno mantenerse en silencio y fingir timidez. Siempre es buena idea pasar por un hombre callado, especialmente en los contactos iniciales.

—John Everett. —Le tiende una mano que el productor aprieta vigorosamente.

—Entre, que hace una rasca que pela aquí fuera. El servicio ya le tiene la habitación preparada. ¿Le gustaría asearse y descansar un poco? Había pensado en tomar una copa para irnos conociendo. Estoy deseando empezar.

—Adelante con esa copa. —John alza un dedo—. Entonces ¿voy a alojarme en su casa?

Castro lo mira con extrañeza.

—Puede quedarse en el pueblo, si lo prefiere. Hay hostales y alguna casa rural, creo. Pero aquí estará a gusto y, había pensado que le sería más cómodo a la hora de trabajar. Ya sabe, para no andar yendo y viniendo.

John no encuentra argumentos para rebatirle, así que acepta la habitación.

—Ah, aquí viene Marta. Es la cocinera y asistenta. Siempre le digo que, si sigue mimándome así de bien, acabará quedándose con mi herencia.

John estrecha la mano de una mujer de mediana edad y complexión delgada. Ella le devuelve el saludo sin reaccionar siquiera a la broma de su jefe y le coge el abrigo. «Se lo dejaré en su cuarto, señor», dice. Tiene una voz bonita. John sospecha que, si cambiase la cofia y el uniforme de servicio por un vestido ceñido, pasaría por una exitosa mujer de negocios.

Después de pedir las bebidas —un caipiriña para el empresario y un refresco sin cafeína para el escritor—, Fabián Castro recorre el vestíbulo y abre una doble puerta corredera que da a un gran despacho de paredes granates y amueblado a la última: silla ergonómica, ordenador Mac de nueva generación, mesa amplia, aire acondicionado individual, calefacción por suelo radiante y una ventana que cubre la pared del fondo, a través de la cual se disfruta de una privilegiada vista a la sierra de Gredos, ahora cubierta por un manto blanco. En una esquina, un extravagante juego de ajedrez, cuyas piezas prometen pesar lo suyo, pone la guinda al distinguido despacho. John apostaría consigo mismo a que, si cada vez que el productor ha utilizado el tablero se hubieran reducido cien euros de su valor real, este seguiría costando una fortuna.

Castro hace un gesto con la mano a modo de invitación para que se siente, pero John finge no entenderlo; en su lugar se pasea por el despacho con curiosidad, examinando los discos de oro y platino que cubren una pared. La opuesta está amueblada por una estantería cuya función da la impresión de ser exclusivamente exhibir los distintos trofeos de la industria. Uno de ellos, el único que no parece tener nada que ver con el negocio, es la fotografía enmarcada de una joven de melena rubia cenicienta, hermosa pero de mirada pícara. «Una señorita casi lista para complicarle la vida a más de un hombre», piensa John. De repente, advierte que Castro lo está observando.

—Mi hija —explica, adoptando un tono de *se mira pero no se toca*. ¿Una advertencia? «Por mi parte puede estar tranquilo», se dice Everett.

El delicado momento es interrumpido por Marta, que entra con las bebidas. Cuando vuelve a marcharse, ahora sí, ambos hombres se sientan en dos butacas de cuero, uno enfrente del otro, junto al

ventanal.

Lo primero que desea saber Castro es el procedimiento que llevarán a cabo.

—Yo le realizaré varias entrevistas en las que le haré preguntas sobre su vida —explica John—. Después transcribiré las respuestas y elaboraré un texto que sea vendible y tenga cierta estructura y coherencia cronológica.

—¿Debo contestar a todas las preguntas?

—Es su biografía. Yo solo escribiré lo que usted quiera contarme.

—¡Es broma, muchacho! —Castro le dedica una carcajada áspera —. Dios bendito, está muy tenso aún. ¿Seguro que no quiere un cóctel?

John lo rechaza por segunda vez.

—Estoy trabajando, señor.

—No tenía a los ingleses así de abstemios.

Obviando el tópico, John reconduce la conversación hacia una cuestión que lleva rondándole la mente desde el taxi. «No es usted el primer escritor que pasa por aquí. Y no será el último», ha dicho antes el bueno de Agustín.

—De todas formas, señor Castro, me parece que me está poniendo a prueba.

—¿Por lo del alcohol? ¡Para nada! En mi casa puede beber cuanto quiera, muchacho. Se lo prometo.

—No me refería a eso.

—¿A qué, entonces?

—A sus dudas respecto al procedimiento. Antes ha habido otros autores trabajando en su biografía. —Mira de reojo la fotografía de la joven y da un pequeño sorbo—. ¿Me equivoco?

10

7 de enero de 2022
Sevilla

Yasmín Roca nació en Arroyo de la Miel, Málaga, hace veinticinco años. Su madre era una camarera melillense que acabó mostrando más amor por las botellas de ginebra que por su hija; su padre, un poeta sevillano que se ganaba la vida trabajando en la construcción. Fue él quien se encargó de su educación tras obtener la custodia después del divorcio y se la llevó a Sevilla, lugar donde Yasmín ha echado raíces. De modo que, cuando se hizo adulta, pasó a formar parte de la… cada vez más reducida comunidad de los amantes de los libros. Responder a un nombre de origen árabe provocó que desde niña le llamaran *la morita*, a pesar de sus grandes ojos claros y una piel pálida propensa a quemaduras ante la mínima exposición solar. Sin embargo, no puede negarse que posee ese cruce genético que cualquiera definiría como exótico.

Yasmín está pasando la mañana leyendo el único thriller de John Everett que tiene pendiente. Llevaba unos cuantos meses cogiendo polvo en la sección de misterio de la librería, pero lo sucedido los últimos días ha renovado el interés de Yasmín por el escritor inglés. La obra, de más de trescientas páginas, se titula *Muerte a orillas del Támesis* y es el cuarto volumen de una serie de espías que empezó muy bien, pero que, a su modo de ver, ha ido perdiendo gancho.

Yasmín siempre ha sido una fan incondicional de Everett, tanto a nivel literario como, mmm, físico. Dejando a un lado el morbo inherente que desprende el tímido y exitoso artista pelirrojo, sus primeras publicaciones estaban escritas con un excelente estilo. En *Huida a contrarreloj*, concretamente, más que escribirlas, bailaba con las palabras. Boxeaba. Utilizaba un tono directo y mordaz, pero sobre todo convincente. Esta última novela, sin embargo, carece de ese nervio y naturalidad. Una auténtica pena.

Terminado el libro, Yasmín echa un vistazo al local. Los albañiles están recogiendo sus bártulos, dando por concluido el turno de mañana. Dejando a ellos de lado, la librería continúa inhóspita, como suele ser habitual a última hora de la mañana. El hecho de que hayan tenido que levantar el suelo debido a la inundación del otro día tiene

una relación directa con el bajón en el número de visitas recibidas. A nadie le apetece entrar en una tienda de libros y tener que esquivar pilas de baldosas y sacos de escayola, para no llevarse de recuerdo una mancha blanca en el pantalón.

No. ¿A quién pretende engañar? La ausencia de clientes no se debe únicamente a los trabajos de albañilería. Ya hace meses que echa de menos la visita de muchos clientes que antes eran habituales en la librería. Es como si, al entrar en la tienda y ver tras el mostrador a una adolescente —a pesar de sus veinticinco, aparenta diecisiete— que da la impresión de acabar de levantarse tras haber pasado un fin de semana en la carretera con una banda de heavy metal (porque últimamente se atiborra a alcohol), algo los impulsara a salir escopetados. Con el tiempo, Yasmín ha visto cambiado su apodo de *La morita* por *La borracha*. Además, muchos clientes opinan —alguno hasta lo puso por escrito en un comentario en Google— que sufre cambios de humor drásticos. Varias veces, incluso había pillado a algún cliente descarado hablando de ella por lo bajo, cosas como: «seguro que viene de empalmada, huele a vodka desde aquí» o «tío, mira qué ojeras, eso es de estar toda la noche de juerga, te lo digo yo, que me han dicho que la han visto por ahí hasta las tantas». Ellos creen que no se da cuenta, pero desde detrás del mostrador una se entera de todo.

Hubo un tiempo cuando Lorenzo Guirao trató de reconducir su depresión, pero él también la dio por imposible. «¡Contigo no hay nada que hacer!», concluyó la última vez que discutieron, poco después de la Desaparición, justo antes de salir de su apartamento dando un portazo.

No siempre fue así. Antes de la Desaparición, podía decirse que la librería era un imán para los clientes y no solo para los morbosos que acudían a ver a la borracha, como ahora, sino también para bibliófilos, expertos y hasta familias enteras con niños pequeños. El local acabó convirtiéndose en un sitio de referencia en el barrio para aquellos que disfrutaban del placer de oler las páginas o de sostener una primera edición entre sus manos. Se organizaban sesiones de lectura, eventos entre lectores e incluso alguna que otra presentación de libros publicados por Papyre. En esa época, no tan lejana pero que a Yasmín se le antoja de otra vida, ella era atenta y amable con los clientes. Siempre se presentaba aseada, por entonces con algún kilo de más, y a tiempo para levantar la verja con puntualidad. Lorenzo nunca lo reconocerá y menos ahora que la relación entre ellos es prácticamente inexistente, pero muchos clientes le confesaban que ella era la verdadera alma de la librería. «Con lo joven que es, esta niña sí que sabe llevar a la gente. ¡Qué poco cuesta sonreír a veces!», decían cuando creían que ella no escuchaba. Pero sí lo hacía, porque desde

detrás del mostrador una se entera de todo. Y a Yasmín, cómo no, le volvía loca que hablaran así de ella. Era una época en la que la tienda era su lugar favorito en el mundo.

Pero entonces ocurrió la Desaparición y todo se fue a la mierda como un diente de león en mitad de una tormenta. Sencillamente, una no está preparada para que, de un día para otro le arrebaten un pilar tan importante en su vida. Culpó a Lorenzo de lo que pasó, porque a alguien hay que cargar con la responsabilidad cuando sucede algo así, pero no fue suficiente. Acosada por la mala conciencia, por el *¿y si hubieras?*… por el *todo esto no habría pasado si tú*… se despertaba cada madrugada gritándole a la oscuridad y empapada en sudor. Empezó a beber por las noches para ahuyentar los malos pensamientos y como eso no funcionó, pasó a empinar el codo también durante el día. Perdió diez kilos en los dos primeros meses. Yasmín ya era poca cosa, de serie, así que diez kilos menos en ella la transformaron en el espantapájaros con melena azabache que es ahora. También perdió a Juan, su novio más o menos formal. No es que llevaran juntos media vida, ni que Yasmín se imaginara teniendo bebés con él, pero el chico ofrecía buena conversación y lo pasaban bien juntos, especialmente en la cama. El pobre no aguantó sus cambios de humor tras la Desaparición y ni siquiera cerró la puerta al salir. Yasmín no lo culpa por ello. ¿Quién no hubiera hecho lo mismo en su lugar? A veces, ni siquiera ella se aguanta.

Lo que más le fastidia es que nadie parece entender lo que a ella se le antoja tan evidente. Los problemas que surgen al enfrentarse a cosas rutinarias. Como cuando tropieza accidentalmente con algún episodio clásico de *Friends*. O cuando entra en una librería y ve de pronto una nueva edición de *La princesa prometida* de William Goldman. O cuando, sin verlo venir, suenan por la radio Pereza o los Keane. Cosas tan corrientes como esas te arruinan el día y Yasmín no entiende que a la gente no le entre eso en la cabeza.

Ellos creen que no habla lo suficiente de él y de lo ocurrido en la Desaparición, y que debería ver a un psicólogo. Pero hablar de él duele. Solo pensar en él le devuelve todas las preguntas que quedaron sin respuesta. Tras más de un año sin levantar cabeza, Yasmín está en posición de asegurar que los comentarios bienintencionados —esos son los peores— no hacen más que echar sal a las heridas, apuntalar el daño y hacer hincapié en la miseria. Quien vuelva a decirle frases del tipo *el tiempo lo cura todo*, o *las tragedias siempre ocurren por una razón*, o *las crisis son oportunidades para crecer*, corre el riesgo de que Yasmín le saque los ojos.

Y ese sentimiento la hace sentirse más y más egoísta, lo que alimenta el odio hacia ella misma en un bucle interminable de inquina.

Pero lo peor son las fechas señaladas. Los aniversarios. Puede hacerse promesas, plantearse retos, hasta llenar el espejo del baño de papelitos adhesivos con mensajes motivadores —*¡Tú eres capaz!; El invierno siempre llega a su fin; No puedes detener el futuro y no puedes rebobinar el pasado*— para empezar el día con energía positiva, pero, sin verlo venir, una tarde cualquiera, una llega a casa de la librería y se da de bruces con el calendario, que recuerda que justo hoy se cumple un año sin él. Es lo que sucedió el día de la inundación. La fuerte tormenta, insólita en Sevilla, había logrado despistar a Yasmín hasta que llegó a casa con el abrigo chorreando gotas de agua sobre la tarima y con el paraguas dado la vuelta. Al revisar el móvil, le saltó un recordatorio. Una de las fotos de su galería cumplía justo un año. Ella tenía la manía, casi obsesión, de borrar todas las imágenes y documentos que quedaban en la memoria del teléfono, le gustaba mantenerlo limpio de basura digital, como ella lo llamaba. Pero esa imagen no la había borrado. Hasta le había puesto un título: CITA EN PUENTE DEL DUQUE. Y ya había pasado un año de aquello.

El recordatorio fue un golpe inesperado, imposible de digerir. Lloró a solas en su apartamento. Pataleó, gritó, golpeó las paredes y arrasó con los papelitos del espejo, que acabaron hechos trizas en la papelera. Después salió a correr bajo la tormenta y terminó, no recuerda bien cómo, en la pista de baile de una discoteca. En algún momento del último año había llegado a la conclusión de que la música electrónica perforando sus tímpanos era lo único que conseguía acallar su voz interior.

Eran cerca de las cinco de la madrugada cuando vio en su teléfono que Tomás Moreno había intentado contactar con ella por seis ocasiones. Ni siquiera ese abogado lameculos insistiría tanto de no tratarse de algo urgente.

Cuando Yasmín llegó al lugar, gruñó al pasar junto a él. Y fue el idiota y se acercó, como si ella esperase una respuesta.

—¿Se puede saber dónde te escondes? —la recibió Tomás alzando la voz. A pesar de portar un enorme paraguas que habría cubierto a todo el reparto de *Solo en casa*, llevaba los bajos del traje empapados.

—No es asunto tuyo.

—Es asunto mío si Lorenzo tiene que salir de su piso de madrugada para resolver tus problemas.

—Hazte un favor y saca la lengua de su culo.

—Tienes la librería hecha una mierda.

—¿Dónde está el viejo?

—Lorenzo está dentro. No lo hagas esperar.

—Métete ese tonito por donde te quepa, Tomás.

Yasmín entró en la librería dispuesta a pelear con el viejo, una emoción, avivada por su evidente borrachera, que la volvía aún más

rabiosa de lo normal. Las ganas de pelea, la sensación de ebriedad, todo eso desapareció en el acto, como por arte de magia, al ver el número noventa y cinco de Spiderman en las manos de Lorenzo. Cuando él abrió el cómic por una página concreta y le mostró las viñetas marcadas, Yasmín entendió que la Desaparición, ocurrida hacía justo un año, aún no podía considerarse un caso cerrado.

A la hora de comer, por fin a solas, Yasmín Roca enciende su portátil y accede a la intranet de Papyre, un simple clic de ratón que hace que le suba la adrenalina.

—Ni de coña está cerrado esto —dice en voz alta mientras introduce el usuario y contraseña de Lorenzo en la Intranet.

El presidente de Papyre puede que tenga un olfato especial para los negocios, pero, en lo que se refiere a salvaguardar su confidencialidad digital, demuestra el cuidado de un niño de primaria. Yasmín lo descubrió hace tiempo, cuando todavía se hablaba con él. Se encontraban disfrutando de un agradable almuerzo a la sombra de una terraza, a los pies de la Giralda, cuando el viejo cogió el móvil para realizar una inocente llamada de negocios. Sin pensarlo realmente, movida por su curiosidad innata, Yasmín se fijó de reojo. No le costó leer la combinación numérica que Lorenzo utilizaba para desbloquear su terminal: 198519. El presidente hizo su llamada y después el almuerzo transcurrió con total normalidad, pero las seis cifras habían quedado en la cabeza de la librera. Dormidas, esperando cualquier momento para ser reclamadas. Fue al día siguiente, en un rato muerto en que la librería se encontraba vacía de clientes —algo difícil de ver en esa época boyante—, cuando las seis cifras despertaron en la mente de Yasmín, que enseguida constató que la combinación válida para desbloquear el móvil también servía para acceder al área personal de Lorenzo Guirao en la Intranet de Papyre. «¡Qué torpe!» Ese día solo dedicó cuatro minutos a fisgonear en el correo electrónico de Guirao para comprobar que todo estaba en orden en la empresa. Atendiendo a los últimos emails, vio que el viejo no andaba metido en ningún lío legal. «De nada, Lorenzo».

No volvió a acceder a la cuenta hasta que se produjo la Desaparición. Los días siguientes, Yasmín entraba en secreto al correo corporativo de Lorenzo porque sabía que el viejo movería cielo y tierra para resolver el misterio que los mantenía a todos en vilo. No encontró nada interesante. Al final acabó dándose por vencida y dejó de preocuparse por la correspondencia de Papyre, asumiendo que nunca obtendría nada de valor en ella. Pero todo cambió el otro día, cuando Lorenzo encontró el cómic. Estaba segura de que él contactaría con Everett, y a decir verdad, lo hizo antes de lo que ella pensaba. Al parecer, el viejo andaba tan desesperado como ella.

La decisión de escribir a Fabián Castro en nombre de Lorenzo

Guirao la tomó la otra noche. No podía dormir pensando en lo que había descubierto aquella tarde y con cada vuelta que daba bajo las sábanas, más convencida estaba de lo que tenía que hacer.

Un rápido repaso a los últimos correos de la cuenta del viejo constató que Papyre acababa de firmar un contrato con John Everett para que éste escribiera las memorias del productor discográfico Fabián Castro. «Qué casualidad», se dijo Yasmín entre dientes, por supuesto irónicamente, pues sabía que aquello no respondía para nada al azar. Lorenzo Guirao no ha perdido el tiempo y ha movido ficha y a Yasmín no le cabe duda de que ha utilizado todos los recursos de los que cuenta —y no son pocos— para convencer a Everett.

—Mi turno —masculla, pinchando en el botón de escritura. Después se remanga y con los dedos flotando sobre el teclado, piensa en el tono que utilizaría el presidente de una editorial para referirse a un poderoso hombre de negocios.

Estimado señor Castro,

Espero y confío en que las primeras horas del escritor en Villa Pegaso estén siendo tan agradables como fructíferas.

Quisiera avisarle de que mañana, antes de la hora de la comida, recibirán la visita de una de las freelance que trabaja para la editorial. Se trata de nuestra mejor traductora. He pensado que, a pesar de su dominio del inglés y de los esfuerzos de Everett por mejorar en su castellano, les vendría bien la ayuda de una profesional para que el resultado del libro sea el que todos nosotros esperamos: un auténtico bestseller.

Adjunto a este email le envío la documentación de Yasmín Roca, su nueva traductora.

Atentamente, Don Lorenzo Guirao, presidente de Papyre.

Yasmín se relame al repasar su propio texto. La firma se le antoja pedante, pero la ha copiado de otros emails de Lorenzo, así que dará el pego. El corazón se le embala cuando pulsa el botón de enviar. Después elimina el email de la carpeta de enviados —para no dejar rastro— y reserva un billete de autobús con dirección a Ávila para mañana a primera hora.

Terminado el trabajo, cierra la sesión del servidor de correo y se recuesta en la silla, satisfecha. De pronto se siente llena de una energía de la que carecía desde hace meses. Está tan excitada que podría salir y echar un polvo a cualquier desesperado que pillara por ahí. Pero no, tiene una idea mejor. Quiere seguir indagando, así que abre el explorador y accede a la web de Everett. No pasa de la página de inicio, donde encuentra una biografía del autor:

John Franklin Everett vino al mundo en Londres en 1987 —«tiene, pues, treinta y cinco años», calcula Yasmín—, aunque

nunca ha vivido en la capital. En la escuela, al autor no le interesaba ninguna asignatura excepto la de escritura creativa, por la que, a los diez años ganó su primer premio. Sin embargo, llamarlo su 'primer premio' sugiere que ha habido más, lo cual no es así. Puede que los galardones lleguen, pero mientras tanto pasa la vida escribiendo historias de acción y espionaje. Asegura que hay decenas de libros formando una cola desordenada en su cabeza, clamando por salir. —Atendiendo a sus últimas publicaciones, Yasmín duda que esto sea así—. Antes de convertirse en un prestigioso novelista, Everett estudió su Erasmus en Praga, ciudad en la que finalmente se quedó a vivir durante un periodo lo bastante largo para probar el dulce sabor del amor y sufrir el daño de un corazón roto.

Hasta la fecha cuenta con dieciocho novelas publicadas, siendo *Huida a contrarreloj* el título que lo catapultó a la cumbre. Actualmente, John vive en el centro de Oxford, rodeado de verdes colinas, castillos y pubs. Duda que se vaya a ir alguna vez, pues la cerveza es demasiado buena.

«Falso… Te has ido a Madrid en cuanto has oído los cantos de sirena».

La fotografía de Everett ocupa toda la pantalla. Yasmín contempla su rostro. Sus ojos tristones, que una perfecta sonrisa de falsa autoconfianza no logran disimular. Su flequillo corto, del color de los campos de trigo al atardecer, desgreñado, como si una ráfaga de viento acabara de soplar justo antes de que el fotógrafo disparara, o como si él mismo se hubiera despeinado para fingir despreocupación, lo cual, para la mente analítica de Yasmín, tiene más sentido. En definitiva, un hombre talentoso y a la vista guapo, que no ha llegado a encontrar su lugar en el mundo.

—Ey, *Redhead* Everett —susurra en voz alta antes de morderse el labio inferior—. ¿Escondes tanto como parece?

11

8 de enero de 2022
Hoyos del Espino, Ávila

Al día siguiente a su llegada, John espera la salida del sol para dar una vuelta por el pueblo. Su primera idea ha sido hacer uso de la tarjeta que guarda en su cartera y llamar al taxista cuyo nombre, Agus, quedó bien grabado en su memoria, pero a última hora cambia de opinión. Le apetece tomar el aire, estirar las piernas y dejar que los rayos de sol penetren en su cuerpo.

El frío de la noche lo ha destemplado. Resulta que Villa Pegaso no reluce por igual en todos los aposentos.

Ayer al atardecer, después de su primera toma de contacto con Fabián Castro, este pidió a Marta, a quien había presentado como la cocinera y asistenta de la familia, que lo acompañara a la que iba a ser su habitación. Cumpliendo el deber sin rechistar, Marta lo condujo a través de un largo pasillo que, quizá fueran imaginaciones suyas, envejecía y perdía lustre a medida que avanzaban. La asistenta caminaba delante de él, en silencio y con paso decidido. Desde la retaguardia, John vio como sus hombros se movían con gracia al son de sus pisadas; los huesos de las cervicales se marcaban en el cuello bronceado por debajo de un simple recogido de cabello. Daba la sensación de ser una mujer resolutiva.

Llegaron al final del corredor, un espacio oscuro lleno de viejas puertas de madera. Más que una mansión vanguardista, aquello parecía la residencia de un convento. Ella se detuvo frente a la última puerta e insertó una llave que ahora guarda él en su bolsillo. Una de sus pocas exigencias fue disponer de una dependencia con intimidad donde él pudiera entrar y salir cuando quisiera y la habitación cumple la condición. Al menos cuenta con eso.

Entraron en una pequeña estancia donde John, suspirando de alivio, dejó las maletas.

—Este es el alojamiento habitual del cocinero de Villa Pegaso —explicó Marta—. Como actualmente yo me encargo también de las labores de la cocina, está libre.

El espacio, de unos treinta metros cuadrados distribuidos en tipo *loft*, sin tabiques, constaba de un gran salón con un sofá de dos plazas

frente a un televisor de tubo. No contaba con cocina, pero sí disponía de una pequeña nevera con agua y refrescos, una cafetera Nespresso y una tetera. En los armarios había sobres de té, cápsulas de café y cubertería básica. Junto a la pared del televisor había una vieja chimenea con restos de leña consumida.

—Le sugiero que la vaya encendiendo, por la noche aprieta el frío.

—¿No hay calefacción central?

—En las alas principales de la villa hay un moderno sistema de calefacción a través de suelo radiante, pero no llega hasta aquí.

—¿Y cómo te las arreglas para no morirte de frío? —preguntó John, barriendo el frágil cuerpo de la mujer con la mirada. Sintió lástima por ella.

—Tengo mi propio radiador eléctrico. Debería hacerse con uno. Pero tenga cuidado de no cubrirlos con ropa. Una vez, el que cuida de los caballos casi provocó un incendio.

John echó un vistazo a su alrededor y resopló. «El que cuida los caballos… pero ¿cuánta gente trabaja para este hombre?». Había una ventana con doble acristalamiento en una de las paredes que daba a la parte trasera de la finca y desde donde se veía la subida a la sierra, totalmente cubierta de nieve. El mobiliario en esa parte consistía en un armario ropero, una estantería con una pila de libros antiguos del género *pulp* y una pequeña mesa abatible con dos sillas donde se podía comer y trabajar. Al fondo estaba el cuarto de baño, con una ducha, el retrete, el lavabo y un pequeño dormitorio que se limitaba a una cama de matrimonio cuyo somier amenazaba con hacerlo sufrir. El papel de las paredes, de las que colgaban dos cuadros con motivos navales había perdido su color. Fue suficiente información para deducir que la residencia había sido reformada cuando Castro compró la villa, una reforma de la cual el ala del servicio había quedado excluida.

—Pensé que me alojarían en la habitación de invitados, no en la del cocinero. —De inmediato se dio cuenta de su grosería—. Disculpa, no pretendía que sonara tan mal.

La asistenta respondió con una media sonrisa que gritaba: ¡Pobre ingenuo!

En ese punto de la tarde, aprovechando la compañía, John tenía pensado emplear un rato en charlar con Marta, no solo para empezar a aclimatarse a la que iba a ser su casa durante las siguientes semanas, sino por puro interés profesional. Si quería escribir un libro sobre Fabián Castro, iba a necesitar un surtido variado de opiniones, otras fuentes que aportaran a la paleta de colores distintos puntos de vista sobre Castro y no solo lo que el productor quisiera contarle. Iba a abrir la boca para hablar, cuando Marta le dedicó un «Espero que esté cómodo aquí, si necesita algo, mi estancia es la de la puerta de enfrente. Que descanse». Después, sin mostrar el más mínimo

sentimiento, la mujer salió y cerró tras ella. John valoró llamar a esa puerta más tarde para tener esa primera conversación y ya de paso entrar en calor haciendo uso del radiador eléctrico de Marta, pero se lo pensó mejor. Ella había dejado claro que el acto de bienvenida había concluido; habría muchos otros momentos en los días venideros para hablar sobre Fabián Castro y sus trapos sucios.

Lo primero que hizo nada más quedarse a solas, fue vaciar las maletas e instalarse. Dedicó la siguiente hora a organizar sus cosas de trabajo (la mesa abatible haría de despacho) y a meterse bajo el chorro caliente de la ducha —sus plegarias habían sido contestadas: había corriente de agua caliente—, donde tuvo una visión de sí mismo como *Redhead Everett, el intrépido forajido en páramos salvajes*. Comprobó que el grifo era extremadamente sensible, pasaba de agua hirviendo a agua helada al mínimo roce.

Eran casi las cinco cuando terminó de ordenarlo todo. No sabía qué hacer y se notaba cansado para salir a recorrer el pueblo, así que se sentó en el sofá y llamó a Mónica para contarle las novedades del día y hablarle de su primera impresión sobre Castro y Villa Pegaso, en general. No le dio tiempo a hablarle de Agus el taxista o de Marta la asistenta, porque se cortó la señal. Por lo visto, en ese rincón de la mansión no llegaba la cobertura con claridad, al menos la de la compañía telefónica que tenía contratada. Se puso, pues, a leer un libro que había comprado esa mañana en la estación: *El monje que vendió su Ferrari*, de Robin Sharma. John pensó que, a ese paso, él se convertiría en el monje que quería comprarse un Ferrari. Se rio de su propia ocurrencia. Después de tres capítulos, lo abandonó y se puso a leer una novela de vaqueros que encontró en la vieja estantería. Se quedó dormido con el pensamiento de que su viaje a Gredos había sido un error.

Se despertó en completo silencio e invadido por una penumbra que le invitó a pensar en que había estado varias horas dormido. Miró el reloj para comprobar que, en realidad, solo había sido una cabezada de veinte minutos. Volvió a llamar a Mónica, pero saltó el buzón de voz invitándolo a que dejara un mensaje. No lo hizo. Junto al alfeizar de la ventana había un termómetro de mercurio que marcaba menos cuatro grados. Y eso que todavía lucía el sol.

Estaba buscando leña en el cajón que había junto a la chimenea, cuando oyó la puerta entreabrirse a sus espaldas y se dio media vuelta.

—¿Puedo?

John dio un respingo. ¿Acaso antes no había cerrado con llave? Era una mujer de mediana edad, de rasgos bellos y exuberantes, aunque con algunos kilos de más. Vestía ropa de abrigo cara. John se preguntó si la señora lo habría visitado ya antes, pillándolo roncando

en el sofá.

Se presentó como Carmen Castro, la mujer de Fabián. Al oír aquello, Everett carraspeó y se estrecharon las manos.

—¿Qué te parece tu estancia? —quiso saber la señora de la casa. A diferencia de Fabián y, cómo no, la asistenta, ella no ha dudado en tutearlo.

—Todo es magnífico —contestó, lejos de convencerse, no obstante, de que había hecho lo correcto mudándose allí.

—Me alegra oír eso. Queda poco tiempo para que el sol se ponga del todo. Acompáñame al establo y te enseño dónde está la leña. Ah, y te recomiendo que te pongas botas altas de nieve. No pensarás salir con esos botines de ciudad.

John habría hecho lo que ella le acababa de indicar si dispusiera de ropa apropiada. Apuntó *Botas de nieve* a continuación de *Radiador eléctrico* en su lista de la compra mental, y acompañó a la señora afuera.

Carmen Castro condujo a John por el camino lateral que iba hasta el límite de la finca, allá donde un alto muro de piedra delimitaba la propiedad. Mirándola por el rabillo del ojo, habría asegurado que estudiaba su perfil. La ondulada melena con mechas de color castaño oscuro le caía por los pómulos a medida que caminaban. A John, ese rostro le hizo pensar en una obra de arte mal conservada.

Por el otro lado del muro asomaban las ramas nevadas de los árboles más altos del bosque, que comenzaba en ese punto y subía por la montaña. Era evidente que muchos árboles habían sido talados para construir esa extensión de Villa Pegaso. La señora señaló con el mentón una construcción de madera y piedra junto al muro. A John le recordó a una caseta de perro pero en versión gigante, como si de allí fuese a salir un tiranosaurio de un momento a otro.

—Este es el establo —dijo Carmen—. Dentro encontrarás toda la leña que necesites, puedes entrar y salir las veces que te plazca. Es posible que te cruces con la reina de la casa, está mucho por aquí.

John dudó sobre si se refería a una yegua o a la hija de la familia. De inmediato le vino a la cabeza la fotografía de la joven de melena rubia que esa mañana había visto enmarcada en el despacho de Fabián.

—Estoy hablando de mi hija, Cecilia —aclaró la mujer, como si le leyera el pensamiento.

—¿Viene mucho por aquí?

Emitió un basto resoplido que no pegaba en absoluto con su elegancia de colegio privado.

—Se pasa el día con la yegua, es lo único que hace todo el día.

—Será un placer conocerla.

—No sabes lo que dices. Es una niña maleducada que no ha tenido

que esforzarse en su vida para conseguir lo que tiene. A ver si se busca un novio rico y se marcha de casa de una vez.

John no dijo nada. Se limitó a entrar en la oscuridad del establo y a fingir que buscaba la leña. Ahí dentro olía como huelen todos los establos: a mierda de animal.

—Estarás pensando que soy una zorra por hablar así de mi propia hija.

—En absoluto, señora. Estoy pensando que casi todas las adolescentes se pelean con sus madres.

—Ya entenderás a lo que me refiero cuando la conozcas.

En ese punto de la conversación, John aprovechó el ataque de sinceridad de la mujer para obtener algo de información de cara al trabajo que aún no había empezado.

—Señora Castro, ¿puedo hacerle una pregunta personal?

Advirtió que los hombros de la mujer se tensaban muy ligeramente.

—Faltaría más. Tu trabajo es formular preguntas.

—¿Qué pasó con el cocinero que vivía en mis aposentos actuales?

—Lo despedimos. Ahora la comida la prepara Marta. Y con muy buenos resultados, he de decir.

Estaba claro que se esforzaba por sonar neutra.

—¿Y los otros escritores?

Ella lo miró directamente a los ojos con el ceño muy fruncido.

—¿Otros escritores?

—Sé que hubo otros antes que yo y que no llegaron a terminar la biografía del señor Castro. ¿Es por un problema de actitud de su marido? ¿Por eso la gente aguanta poco aquí? ¿O es simplemente por las crudas condiciones meteorológicas? A lo mejor, si el ala de servicio estuviera mejor acondicionada…

—En esta casa se vive perfectamente y no he debido hablarte de Cecilia con esa confianza. —La señora hizo una pausa y meditó un segundo antes de volver a tomar la palabra—. John, estás aquí para recoger la información que te damos y plasmarla en un montón de papeles con el fin de que la gente de la calle conozca el lado humano de mi marido. El de nuestra familia. —*El lado humano*. ¿Y qué pasaba con el otro lado? John estaba a punto de averiguarlo—. A lo largo de los días descubrirás ciertas cosas feas que, como en muchas otras familias, tratamos de mantener dentro de los confines de Villa Pegaso. Trapos sucios que bajo ningún concepto deben llegar al populacho. —De nuevo esa despectiva forma de dirigirse a la clase media—. Es por ello por lo que la editorial va a pagarte una pasta. ¿Estoy hablando claro?

—Creí que mi trabajo era formular preguntas.

—Que si estoy hablando claro, he dicho.

Si la frase no fue un portazo en las narices, poco le faltó.

—Transparente, señora.

Ella dio por concluida la conversación y se dio la vuelta, dejándolo solo en el lúgubre y hediondo cobertizo. John terminó de recoger leña para un par de días y cargó con ella de vuelta hasta su estancia. El termómetro marcaba siete grados bajo cero cuando llegó. Todo estaba oscuro y John pensó, visto lo visto el primer día, que el riesgo de perder la cabeza en ese lugar era alto e inminente.

Esperando que el segundo día en Gredos fluya todo mejor y sin poder parar de darle vueltas a lo visto hasta ahora en Villa Pegaso, John camina a buen ritmo por el sendero que conduce al pueblo desde la finca. Lleva las manos metidas en los bolsillos del Barbour y el sol de la mañana le da directamente en la cara, pero no es suficiente para aplacar la gelidez que parece flotar de manera constante en ese sitio.

«Antes ha habido otros autores trabajando en su biografía. ¿Me equivoco?», le preguntó ayer a Castro durante la primera toma de contacto en su despacho. El multimillonario no contestó y cambió de tema. Pocos minutos después, la conversación había concluido. Es como si Fabián rehuyera la respuesta deliberadamente. ¿Por qué? Dos palabras que no dejan de brillar dentro de los párpados de John a medida que baja torpemente por el sendero. «Si hubo otros biógrafos antes que yo, ¿por qué no terminaron el trabajo? ¿Y por qué nadie parece querer hablar de ello?».

—¡Mi padre cada vez los coge más guapos!

La voz angelical proviene de su derecha. Al mirar, John pega un salto del susto, provocando su risa, más angelical si cabe. Un caballo adulto de pelaje blanco —más tarde sabrá que es una yegua— se aproxima dando gráciles saltitos y pasa a caminar en paralelo a él. A lomos del animal viaja el ángel, una joven de larga melena y nariz respingona, fresca como una gota de lluvia. Lleva puesto un abrigo grueso de color beis cuya capucha emplumada le protege la cabeza del frío, lo que no evita que el sol incida sobre las puntas de su cabello; al igual que el pelo del animal, brilla como el mar de Brighton al atardecer. John la reconoce de haberla visto en la fotografía del despacho de Castro, a pesar de que ahora se la ve más crecida en todos los sentidos. «Lo bastante para que más de uno pierda la cabeza por ella». De inmediato, se pone en estado de alerta.

—Tú debes de ser Cecilia —dice sin dejar de caminar.

—Si vas a quedarte aquí, vas a tener que aprender a vestirte mejor en esta época del año. —Es la respuesta de la joven. ¿Por qué todos se empeñan en recordárselo?

—De hecho, a eso voy. Tu madre ya me lo dejó claro ayer, y veo que no le falta razón. No sé cómo podéis vivir aquí.

—¿Ya has conocido a la bruja? —John quiere decirle que una hija no debe hablar así de su progenitora, especialmente siendo menor de edad, pero se lo piensa mejor. Nada le apetece menos que aleccionar a una adolescente en plena pubertad—. Pues a mí me encanta esto.

John asiente. El frío ya le ha calado hasta los huesos.

—Menudo susto me has dado —dice, mirando constantemente al animal, de reojo. Acaba de descubrir que no le gustan los caballos.

—Bella es muy buena, no debes tenerle miedo —asegura, acariciando el musculado cuello de la fiera.

—No se lo tengo, es solo que me ha pillado desprevenido. —Un comentario que pierde toda credibilidad cuando ella, dando un fuerte tirón a las riendas, dirige a Bella al camino hasta cortarle el paso. John se detiene sin comprender. ¿A qué está jugando esa niña?

—¿Vas al pueblo? —pregunta. Es obvio que está adoptando una voz ingenua e infantil adrede y John no lo sabe solo porque su madre ya le haya puesto sobre aviso, también porque, como hombre en su treintena, en el pasado ya ha lidiado con algunas de esas mosquitas muertas con envoltorio explosivo.

Asiente y retoma la marcha, pero el animal vuelve a impedirle el paso ocupando su dirección.

—Si quieres, te llevo. ¡Sube!

—No, gracias.

—Nadie rechaza a una Castro. ¿No has aprendido eso todavía?

—Es solo que me apetece caminar. Ahora, si me disculpas.

Con un rápido movimiento de cadera, John consigue esquivar a la yegua y vuelve a encarar el camino que baja al pueblo. Oye a Cecilia gritar a su espalda:

—¡Nos vemos en casa, escritor!

Algo hace que John vuelva la cabeza. Plantada en mitad del camino, dominando tal poderoso animal e iluminada por la luz del sol, a John le viene la imagen de una guerrera vikinga.

—Lo estaré esperando —es lo último que dice, antes de emitir un fuerte grito, *¡Ija!*, ante el que Bella responde cambiando de dirección y galopando camino arriba.

De nuevo a solas, John emplea el resto de la caminata en pensar en la familia Castro. Un multimillonario hombre de negocios, una esposa de armas tomar y una hija que todavía se cree indestructible. Quince partes de sagacidad, diez partes de malas pulgas y dieciséis partes de irreverencia, vaya mezcla.

Desde luego, no va a ser fácil integrarse en aquella familia.

Como le dijo el taxista el día antes —«¿solo llevo aquí un día? Pues se me ha antojado eterno»—, Hoyos del Espino es un pueblo pequeño y tranquilo. El hecho de que sea de difícil acceso es lo que lo convierte

en un lugar tan poco transitado durante el invierno y al mismo tiempo en una de las villas con mejores vistas que John ha visitado nunca.

Subiendo una cuesta encuentra un supermercado Covirán, donde aprovecha para hacerse con algunas provisiones: leche, pan, latas de conserva, pasta y otros productos básicos. Llena tres bolsas hasta arriba y pasa a por su siguiente objetivo, uno de esos lugares donde calentar el cuerpo y el alma, que en su tierra llaman *pubs*.

De repente le invade un profundo abatimiento. No consigue entender cómo se ha dejado persuadir por Lorenzo Guirao. Ahora que está allí, en el culo del mundo, se arrepiente de haber aceptado el encargo. Mónica estaba equivocada, el trabajo en Villa Pegaso es una pérdida de tiempo. Tendría que estar en Madrid, bajo las sábanas con Mónica, por ejemplo, apoyándola en su guerra judicial. Pero también respecto a eso se siente apático. No alberga la menor esperanza de que el caso acabe bien para ella y, por ese motivo, los ánimos en casa no serán los mejores.

Si en ese momento hubiera tenido a Lorenzo Guirao delante, le estaría solicitando la ruptura del contrato. Pero carece de cobertura, el hambre aprieta y el frío le impide pensar con perspectiva.

Han comenzado a castañearle los dientes cuando entra en el Café Maite, que es lo más parecido a un *pub* que encuentra. No recuerda haber tenido nunca tanto frío, ni siquiera aquella vez que llevó a Mónica a visitar las ruinas de Stonehenge y perdieron el autobús de vuelta. Tuvieron que esperar más de una hora bajo la lluvia sin un lugar en el que resguardarse a dos kilómetros a la redonda.

En la barra conoce a Maite, una mujer ancha de unos sesenta años. John se presenta amenazando con que seguramente se convierta en cliente habitual y pide un té verde con leche de almendras y un bocadillo de jamón. Después coge un periódico local que hay en el mostrador —el *Diario de Ávila*— y se acomoda a una mesa cercana al radiador. A través de la ventana ve una vieja ermita cuyo portón ha sido desahogado de nieve para permitir la entrada a las visitas y más abajo, el Milano Real, la joya de la corona de Hoyos, según le ha comentado Maite en las pocas palabras que han intercambiado.

—Es el mejor hotel de la zona. Con *spa* y todo. Y se come de muerte.

—Gracias por la recomendación, pero ya tengo dónde quedarme. —John ha decidido sacar el tema a propósito—. Estoy en Villa Pegaso.

—¡Ah!

—¿La conoce?

—¿Es la residencia del productor ese, no? Paso poco por allí, está en el quinto pino. Pero dicen que siempre se encuentra vacía.

—No, los Castro han vuelto y, al parecer, van a quedarse por una temporada.

Maite ha asentido mientras pasaba el trapo por el mostrador con vehemencia. Algo le decía a John que el nombre Castro no es bien recibido en el pueblo.

—Pues volviendo al Milano, ¿tienes pareja? Te recomiendo que la lleves a pasar una noche romántica si te surge la ocasión —ha cerrado el tema la propietaria antes de que John siguiera indagando.

Ahora, con el bocata de jamón centrifugando entre sus carrillos y los pies todavía un poco fríos, John observa el hotel, con ojos de perro abandonado. Se le antoja como un oasis en mitad del desierto.

Tarda quince minutos en devorar la comida y terminar de ojear el periódico. Se ha fijado más en las fotos y los titulares, porque leer tanto en español le cansa. Cuando corre la última hoja, se percata de que una mujer lo está observando desde la otra punta del bar. Es mayor que Maite y está sentada sola. Su torso es tosco y encorvado. Seguro que, a lo largo de su vida, no han girado la cabeza muchos hombres para mirarla.

No estaba ahí cuando John ha entrado en el bar.

Ella le dedica una sonrisa que seguro que pretende ser amable, pero que a John le parece siniestra. Se pregunta si lo habrá reconocido, aunque algo le dice que es otra cosa. De repente ya no le apetece seguir allí. Por otro lado, siente que ya ha entrado en calor. Apura el té de un solo trago y se levanta para pagar.

—A esta invito yo —se ofrece Maite, mostrando una sonrisa amarilla pero cálida tras la barra.

—No es necesario, de veras.

—A cambio, solo aplaca mi curiosidad: ¿qué hace un chico inglés viviendo con los Castro? ¿Es algún tipo de intercambio? No me digas que han mandado a la insoportable de la niña a pasar una temporada a Inglaterra.

Al parecer, la joven Cecilia es impopular dentro y fuera de Villa Pegaso. Un encanto de cría.

John se ríe.

—Soy escritor. Me han contratado para escribir las memorias de Fabián Castro.

Maite deja de escurrir el trapo en el acto. Una sombra parece cruzarle el rostro como una nube gris en un soleado día de verano.

—Desde luego le echas pelotas, muchacho. Al menos, espero que te estén pagando bien.

Con el ceño fruncido, e inclinado sobre el mostrador, John quiere saber a qué se refiere.

—¿Es por los otros escritores? ¿Usted sabe por qué no terminaron el trabajo?

Ella se lo queda mirando y John trata de adivinar si su expresión es de compasión o preocupación. No le convence ninguna de las dos

alternativas.

—No fueron otros, sino otro —dice—. Solo uno. Dime que te han contado lo que pasó, antes de que aceptaras ese empleo.

De repente a John le cuesta tragar saliva.

—Pues no —masculla.

—Un chico estuvo trabajando en la biografía de Fabián Castro, igual que estás haciendo tú ahora —explica. Ha soltado el trapo y se apoya con las dos palmas en el mostrador—. Se llamaba Abel Cardozo. Desapareció de la noche a la mañana y nunca, nadie ha vuelto a saber de él. Ocurrió hace un año.

12

8 de enero de 2022
Sevilla

John Everett no es de los que montan escándalos. Es un aspecto de su carácter que ha hecho que, en el pasado, lo acusaran de carecer de personalidad. Él, simplemente se ve como un hombre pragmático; es de la opinión de que los gritos y amenazas no ayudan a resolver los problemas. Una vez, antes de que su camino se cruzara con el de Patrick y de que se convirtiera en una celebridad, un agente literario se aprovechó del impresionable escritor. John fue agasajado con la promesa de grandes contratos editoriales, incluso audiovisuales —el hombre llegó a mencionar el nombre de Netflix—, a cambio de un adelanto de mil libras. Él, que ya se veía recogiendo galardones y desfilando por los *photocall* de los distintos estrenos cinematográficos, no dudó en aceptar. Esa misma tarde, mil libras que John no volvió a ver volaron de su cuenta bancaria a la del agente, que, por si no ha quedado claro, se trataba de un estafador. Cuando John levantaba el teléfono para preguntarle por las novedades editoriales, el hombre respondía con evasivas y aludía a la crisis del sector. «Ya nadie lee, John. Las firmas no aceptan nuevos manuscritos, están en la quiebra», le decía constantemente. Unos meses después, gracias a la mano de Patrick Shearer, una de las editoriales más potentes del Reino Unido publicaba el primer volumen de la saga de espionaje más vendida de la década en el país, escrita por John Everett.

John nunca denunció a ese hombre, ni siquiera amenazó con hacerlo. Según su manera de ver las cosas, resultaba más práctico olvidarse, pasar página y seguir plantando cara en el campo de batalla.

Pero lo de ahora es diferente. A medida que el ascensor de Papyre lo lleva a la séptima planta, siente que el Vesubio erupciona en su interior a la altura del estómago.

El último escritor de Fabián Castro desapareció misteriosamente hace un año.

A John no le entra en la cabeza que Lorenzo no se lo mencionara antes de firmar el contrato.

—¿Por qué no me lo dijo? —exclama, nada más irrumpir hecho

una furia en el despacho de Guirao.

El presidente, que se encontraba trasteando en su ordenador, reacciona como el corredor principiante que asiste a un encierro de San Fermín por primera vez y ve los toros corriendo directamente hacia él: recostándose en la silla ergonómica y alzando las palmas de las manos en claro signo de protección.

—¡Everett! ¿Qué hace aquí?

—¡Es usted un cabrón de mierda! —suelta John; lo que, viniendo de él, no es poco. Siente ardor en sus mejillas.

Guirao se levanta y bordea el escritorio hasta situarse cara a cara con él. Un gesto que denota valentía, teniendo en cuenta que John tiene los puños tensos y las sienes más rojas de lo normal.

—Hablemos como seres humanos. ¿Qué ha pasado?

John le resume lo ocurrido esa mañana en el Café Maite, la breve conversación con la mujer que pone nombre al local. No deja pasar la oportunidad para mencionarle una vez más que lo ha engañado deliberadamente. Para finalizar, añade:

—Por supuesto, nuestro contrato queda anulado desde hoy.

—Le ruego que me escuche con atención y que no tome ninguna decisión hasta que haya acabado —suplica el presidente. Parece más vulnerable que el otro día.

John accede. Tiene curiosidad por saber lo que ese mentiroso se saca de la manga esta vez. Pero antes introduce la mano dentro del bolsillo del Barbour disimuladamente y pulsa el botón de una grabadora. «¿Paranoico? ¡Qué va!». Nunca se ha enfrentado en persona al presidente de una editorial y desde luego, no tiene ni idea de lo que trama ese hombre, pero después de lo de Londres ha aprendido a tomar constancia de cada una de las cosas extrañas que le pasaran y su nuevo contrato, no cabe duda, entró en esa categoría desde el instante en el que supo lo del escritor desaparecido.

—Llevo algunos días pensando en lo que quiero decirle, y ahora que por fin ha llegado la hora de hacerlo, no sé muy bien por dónde empezar —dice Guirao—. Le ruego que se siente.

Con la mano, hace un gesto hospitalario que John acepta de mala gana. Después, el presidente arrastra una silla de una esquina del despacho para colocarse delante de él. En una tarde oscura como esa, los halógenos del techo emiten una luz fría que incide en su frente, dibujándole formas en la cara que lo hacen parecer un cadáver. John sospecha que la imagen que él proyecta no es mucho más cálida.

Resulta obvio que el editor ha dedicado esfuerzo en configurar un plan para que él muerda el anzuelo. John tiene la impresión de que todo lo ocurrido desde que hablaron por teléfono el otro día sigue un guion elaborado con precisión: que lo llamara personalmente, el ofrecimiento de hospedaje en un hotel lujoso de Sevilla, los constantes

cumplidos sobre su carrera literaria… y finalmente la desmesurada oferta económica. A John ya no le cabe duda de que Lorenzo Guirao es un hábil manipulador, un experimentado hombre de negocios con el colmillo afilado y habituado a tratar con huesos mucho más duros de roer que él. No es el presidente de una de las editoriales más importantes del país por casualidad.

—Empiece por el principio. Pero dese prisa, ya me ha hecho perder mucho tiempo. Le advierto que no me queda demasiada paciencia.

Guirao entrelaza los dedos de las manos y coge aire.

—El contrato editorial, la biografía de Fabián Castro, no era más que una excusa.

John ladea la cabeza.

—No, a ver, deje que me explique. Es verdad que Castro sí está detrás de ese libro, lleva años estándolo. Y nosotros, desde Papyre vamos a escribirlo y publicarlo. Ahí es donde entra usted, John.

—Sí, eso me quedó claro el otro día. Por mis dotes de escritor —dibuja comillas en el aire con los dedos— y porque sé atrapar a la gente con mi forma de contar historias. Pero eso no responde a la pregunta de por qué nadie me avisó de que hay un caso abierto de desaparición con el anterior autor. ¿Acaso no pensaron que era un detalle que me hubiese gustado conocer antes de firmar el contrato?

—Sí, lo pensamos. Y asumimos el riesgo. Yo lo asumí personalmente. Fui yo quien lo eligió y sabía que esta conversación tendría lugar. La estaba esperando.

—¿Entonces?

—Pensé que, si empezaba el trabajo sin conocer la noticia de la desaparición, con la mente abierta y libre de prejuicios, quizá vería algo que nadie más ha visto hasta la fecha.

—¿Ver *algo*? Perdóneme, pero me estoy perdiendo.

—Como le he dicho antes, el haberle contratado para escribir las memorias de Castro, solo fue un pretexto para que viajara a Hoyos del Espino y ocupara el puesto de Cardozo en el momento de su desaparición.

John acaricia la grabadora con el dedo índice y se asegura de que continúa grabando. Tiene la extraña sensación de estar hablando con un miembro del servicio secreto, en lugar de con un editor.

—A ver si lo estoy entendiendo. ¿Quiere que indague sobre una desaparición que ocurrió hace un año?

Alguien está tocando a la puerta. Ambos se ponen rígidos en la silla. Es Tomás, que asoma la cabeza como la rata hambrienta que John sospecha que es.

—¿Va todo bien? He oído gritos. —Le cambia la expresión cuando ve a John sentado frente a su jefe—. ¡Everett! Pensé que estaba en Ávila.

—Ha venido a recoger unos papeles. Enseguida se va —responde Guirao tirando de reflejos. Después le dedica a su abogado la sonrisa falsa más conseguida que John ha visto en su vida—. Todo va perfectamente.

Cuando Tomás cierra la puerta y los deja a solas de nuevo, el presidente retoma la conversación.

—Solo quiero que observe lo que ocurre entre las paredes de Villa Pegaso y saque sus propias conclusiones. No le pido más.

John se revuelve en la silla. Le está costando mantener la compostura.

—No lo comprendo. ¿Por qué está tan interesado en ese caso? ¿Qué más le da a usted ese pobre muchacho?

Lorenzo Guirao se incorpora con dificultad y, con las manos cruzadas por detrás de la espalda, se vuelve hacia la ventana. Mantiene silencio por unos segundos. En el exterior, fuertes rachas de viento castigan las ramas de las palmeras que acompañan al río. John piensa que no le extrañaría toparse con una buena tormenta en su viaje de regreso a casa. No piensa en otra cosa que cruzar la puerta y abrazar a Mónica, a decir verdad. Finalmente, adoptando una voz más baja e íntima, el presidente habla:

—Abel Cardozo es mi hijo.

13

Diciembre de 2019
Madrid

—Ha tenido una buena vida —dijo el párroco tras el atril durante la misa del funeral de Eva.

Fueron exactamente las mismas palabras que había utilizado el cura que despidió a su padre. Como si fuera algo que enseñaran en un manual de funerales para curas. Su padre tenía treinta y ocho años cuando murió; Eva, treinta y dos. Puede que los dos tuvieran buenas vidas, pero habían sido unas vidas injustamente cortas.

Esas eran las palabras que agobiaban la cabeza de Sergio cuando la misa concluyó y los presentes comenzaron a murmurar a su alrededor. A su lado estaba tía Nati, instándolo con cariño a caminar hacia la salida.

Sergio no percibía las lágrimas al caer tras sus gafas de sol, porque el dolor interior lo nublaba todo. Pero sí que lloró.

Se pasó llorando varias semanas.

En un visto y no visto estaba en el exterior y una maraña de gente se arremolinó a su alrededor para mostrarle sus condolencias. Algunos eran familiares y conocidos, pero muchos otros rostros ni siquiera le sonaban.

«Imagino por lo que debes de estar pasando», le decían. ¿Ellos qué iban a saber? Esas palabras le sentaban como una patada en los riñones.

Sergio estaba envenenado de ira y ni siquiera era consciente.

—Tranquilo, Sergio —le dijo su tía al oído—. Ya nos vamos a casa. Yo cuidaré de ti, como en los viejos tiempos.

Del médico que le transmitió la noticia solo recuerda su bigote encrespado, a lo Velázquez y Dalí y unas cavidades nasales más anchas de lo normal.

—Su pareja, Eva Sánchez, ha fallecido en la ambulancia, señor Palacios —fueron las primeras palabras que salieron de sus labios.

Pasó un tiempo.

—Hemos tratado de salvar al bebé, pero siento informarle de que su corazón ya había parado de latir cuando el equipo sanitario llegó al

lugar del accidente.

Entonces dejó de escuchar.

¿Bebé? ¿Qué bebé? Eva estaba muerta. Hacía solo un par de horas se encontraban discutiendo en casa, podía tocarla, oler su crema hidratante con toques de hierbabuena, ¿y resulta que estaba esperando un bebé?

Eva se había ido con un profundo sentimiento de decepción hacia él, tan fuerte como para no comunicarle el embarazo. Y ahora él debía vivir sin ella. La única persona que lo había querido tal y como era.

Y en cierto modo, la había matado él.

—¿Está escuchando lo que le digo? —dijo el doctor. Él oía, sí, pero no escuchaba. Estaba recogido en su interior. Allí donde la pena, la culpa y la frustración se fundían, donde el rostro de aquellos que lo habían traicionado ardían con la intensidad del fuego de un volcán.

De no haber sido por ellos, ella seguiría viva.

Y pronto habrían sido tres.

Alguna vez lo habían hablado como parte de un juego. Cuando tuvieran un hijo iban a llamarlo Jonathan. María, de haber salido niña. Él prefería Lucía, pero María era el nombre de la abuela de Eva, de modo que habría sido algo difícilmente negociable.

Sergio reprimió los gritos y las lágrimas delante del doctor y abandonó el hospital con la mochila de Eva al hombro, y con una casi palpable sensación de venganza creciendo en su interior.

14

8 de enero de 2022
Sevilla

El fuego del Vesubio, que erupcionaba en el interior de Everett, acaba de ser extinguido como la llama de un candil al arrojarle un vaso de agua por encima. De todas las versiones de la discusión con el presidente, que John llevaba en la cabeza, ninguna se asemejaba lo más mínimo a cómo ha terminado resultando. ¿Abel Cardozo es el hijo de Lorenzo Guirao? De pronto su mente flota hasta la sala de reuniones que hay tras la pared, donde tuvo lugar la entrevista el otro día. Se centra en el mueble del fondo; la fotografía familiar; el chico espigado que posa con ceño fruncido junto a Guirao y su mujer. «Abel Cardozo». Está tan sorprendido que tiene que pedirle que repita lo que acaba de decir para asegurarse de que lo ha entendido bien.

—Ocurrió el cuatro de enero del año pasado. Ese día, Abel cumplía treinta años. Aun así, no celebró ninguna fiesta ni hizo nada especial. La policía interrogó a su entorno más cercano y nadie hizo mención a una celebración, lo cual no me sorprendió, mi hijo era muy poco dado a ese tipo de saraos y más en esa época de su vida.

—¿También lo interrogaron a usted?

—Por supuesto. Pero yo ni siquiera vi a mi hijo ese día. Todo el contacto que tuve con Abel fue un mensaje de texto al móvil que él nunca llegó a contestarme.

—¿No tenía pensado ver a su hijo en su treinta cumpleaños?

—En esa época él vivía en Gredos y yo aquí, en Sevilla.

—Aun así, podía haberlo llamado. ¿Un mensaje de texto? No es lo normal.

Guirao emite un suspiro entrecortado, como si las lágrimas se le estuvieran agolpando al final de la garganta. Parece diez años más viejo.

—Por entonces apenas tenía contacto con él, así que supuse que un mensaje de felicitación al móvil sería suficiente. Cada día me odio por ese detalle.

De pronto, John siente que está dentro de una de sus novelas.

—¿Por qué perdieron el contacto?

—Abel y yo siempre habíamos mantenido una relación excelente.

Antes de que lo pregunte, le adelanto que mi esposa y yo lo adoptamos cuando él tenía doce años, de ahí que no compartamos apellido. Abel decidió mantener el de la mujer que había ejercido como su tutora y maestra durante sus últimos años en el orfanato: Cardozo. Era de origen argentino. Le tenía mucho cariño.

—Entiendo.

—Como le decía, nuestra relación estaba levantada sobre robustos cimientos. Aunque al principio era como tener en casa a un caballo desbocado, con el tiempo llegó a convertirse en un chico muy maduro y un excelente estudiante. Fue el número uno de su promoción en la universidad, ¿sabe? Yo era demasiado severo, ahora lo veo. En cualquier caso, todo fue bien hasta que cumplió veintiocho años.

—¿Qué ocurrió?

—Se independizó para trabajar y hacer su vida. Abandonó el nido, como se suele decir.

—¿A qué se dedicaba su hijo? También escritor, supongo.

—No, Abel era periodista freelance.

—¿Y acabó trabajando en las memorias de Castro gracias a usted, a través de Papyre?

—¿Se refiere a si intercedí aprovechando mi posición en la editorial? Cuando Abel se mudó a Villa Pegaso ya no se hablaba conmigo.

—¿Qué sucedió para que su relación se deteriorara?

—Es que nos estamos adelantando a los acontecimientos. Vayamos paso a paso.

John resopla y mira el reloj. Empieza a ser tarde, pero debe admitir que se siente intrigado por la historia.

—De acuerdo, continúe. Estábamos en que su hijo era periodista. ¿Qué más?

—Salía con una chica. Al principio no hubo problema. Pero al cabo de unos años se fue a vivir con ella. Fue ahí cuando nuestra relación empezó a torcerse.

—¿Por qué?

—Ya se lo he dicho, se fue a vivir con su novia. En pecado.

John alza las cejas sin comprender.

—Esa chica no era una buena influencia, John —aclara el presidente—. Se dedicaba al mundo del espectáculo, vivía de noche y dormía de día. No nos fiábamos de ella. No sé si me ha investigado, pero mi familia, así como la familia de mi mujer, es muy tradicional. Todos hemos sido educados según las costumbres católicas. Somos practicantes y aquí en Sevilla nos conocen por nuestras generosas aportaciones a las asociaciones cristianas, además de por nuestro compromiso con la comunidad. Aquí donde me ve, este viejo fue costalero durante veinticuatro años seguidos en el paso del Silencio en

Semana Santa. No me lo salté ni una sola vez, era el mejor momento del año. De modo que, el hecho de que un hijo mío compartiera lecho con una mujer antes de contraer matrimonio fue para mí como un insulto personal. Una humillación pública. Se lo advertí. Un día tuvimos una bronca muy fuerte.

—¿Por algún motivo en especial?

—Encontré un preservativo en el cajón de su mesilla. Yo le dije algo como que un hijo mío nunca se comportaría así, y le puse un ultimátum: o esa chica, o yo. Él me contestó que, efectivamente, él no era hijo mío, que no compartía mis principios religiosos y que no pensaba dejar a su novia por una creencia estúpida. Desde entonces no hemos vuelto a hablar. Es algo que me martiriza a cada segundo de mi vida.

—Vale. ¿Qué pasó después? ¿Fabián Castro contrató a su hijo para escribir sus memorias, así sin más?

—En absoluto. Antes de eso, Abel se casó con esa chica.

—Y ya no vivieron en pecado nunca más.

Guirao hace un gesto con la mano extendida, como si le doliera hablar de ella.

—El daño ya estaba hecho. De todas formas, aunque yo hubiese querido perdonarlo, no habría podido. Ni siquiera nos invitaron a mi esposa y a mí a la boda. Resultó que su mujer era más talentosa de lo que nadie en la familia había pensado y acabó triunfando en el mundo de la música. Seguro que su cara le suena de haberla visto en algún vídeo musical, moviendo el trasero como una fulana. Ese trasero estaba en todas las malditas partes.

John se da cuenta de que Guirao ha pasado de expresarse con el saber estar de un político, a hablar como un viejo cierrabares. Esa chica saca todo lo peor de él.

—Me extraña. Como le dije el otro día, no estoy puesto en la moda musical actual.

—Ya… —Por alguna razón, Lorenzo ya no lo mira a la cara—. Total, adivine quién se convirtió en el productor musical de ella.

—¿Castro?

—Bingo.

Una idea empieza a planear sobre la bruma densa y tranquila que son los pensamientos de John. «Espera un segundo…»

—Lorenzo.

—¿Sí, John?

—Esa mujer… ¿Cuál es su nombre?

Ahora sí, responde mirándolo fijamente a los ojos:

—Su nombre artístico era Sol Monroe.

Un estremecimiento golpea a John, que de pronto ve la necesidad de levantarse también.

—Sol Monroe es la cantante que apareció muerta en su suite del Ritz en lamentables circunstancias —recuerda en un hilo de voz.

—Ya empieza a comprender.

—Y supongo que Abel, sospechando que Castro estaba relacionado con la muerte de ella, no paró hasta que consiguió entrar en Villa Pegaso con el pretexto de escribir las memorias.

—Creo que será un excelente investigador.

—Y ahora que su hijo ha desaparecido, usted quiere que yo haga lo propio y demuestre que Castro tiene algo que ver.

—Yo no he dicho que Fabián Castro sea el culpable, que quede claro. Pero no me cabe duda de que alguien cercano a él está detrás de todo. Seguramente alguien que vive en su residencia.

John hace un gesto de resignación que culmina rascándose la coronilla.

—Siento lo de su hijo, pero no acabo de entender qué pinto yo en todo esto, Lorenzo.

—Ya se lo he dicho varias veces. Quiero que averigüe quién mató a mi hijo. ¿Por qué lo hizo? ¿Qué hizo con su cuerpo? No se hace una idea de lo difícil que es todo, con esas dudas rondando constantemente mi mente.

—Perdone, ¿ha dicho matar?

—Sí.

John arquea las cejas ante esa afirmación tan rotunda.

—Pensé que su hijo había desaparecido. No me hablaron de ningún crimen.

—Espere, deje que le cuente lo que pasó —dice Guirao alzando las palmas de las manos—. Era invierno, víspera del día de Reyes y los vecinos de los pueblos de la sierra de Gredos estaban sufriendo unas nevadas fuera de lo normal. Usted por entonces vivía en Inglaterra y es posible que no le suene, pero el temporal duró varios días y paralizó muchas zonas del país, incluido Madrid. Hasta le pusieron nombre: lo denominaron Filomena.

—Ni idea.

—La familia Castro no se vio afectada por el temporal, pues estaba disfrutando de las fiestas en su casa de Marbella. Mi hijo Abel, que todavía arrastraba el luto por la misteriosa muerte de su mujer, ocurrida ese mes de septiembre y cuya vida se había reducido al espacio delimitado por los muros de Villa Pegaso, decidió quedarse a pasar las fiestas en la finca, a solas. Quedó pues aislado por Filomena. ¿Entiende lo que eso significa?

John asiente.

—Que su hijo estuvo confinado en Villa Pegaso durante la tormenta. Sin embargo, acaba de decirme que no se hablaba con él. ¿Cómo sabe todo eso?

Guirao sonríe con pesar.

—Figura en el informe policial que fue redactado posteriormente.

—Vale, se quedó atrapado. ¿Y qué pasó? No me diga que se volvió loco como Jack Torrance en El Resplandor.

—Le ruego que guarde un mínimo de respeto, John.

Avergonzado, Everett le pide disculpas y lo conmina a que continúe.

—Como le he dicho, ese día le envié un mensaje, no solo porque era su cumpleaños, sino porque estaba preocupado por él, puesto que yo sabía que vivía en esa sierra y que seguramente estaría atrapado. No me contestó, pero en parte me lo esperaba. No habíamos hablado en más de dos años, ¿y ahora pretendía que me respondiera a un miserable y escueto mensaje de cumpleaños? Total, que no le di importancia. Pero luego pasaron los días y el temporal se agravó. Hablaban de que las carreteras de la sierra estaban completamente cortadas e instaban a la gente a provisionarse con comida en conserva y alimentos imperecederos porque los camiones de suministro no estaban llegando a los supermercados. Toda una locura.

—¿Quién pudo acceder a la finca para matar a su hijo y deshacerse del cadáver, si no era posible moverse debido a la nieve? —pregunta John.

—No lo sé. Con el paso de los días, yo empecé a preocuparme seriamente por él. Se me ocurrió buscar en Internet los teléfonos de los negocios y hoteles de la zona para informarme de cómo estaba la tormenta por allí. Acabé hablando con un ganadero de la comarca, que poseía un tractor. Le conté mi historia y, muy amablemente, se ofreció a intentar llegar a Villa Pegaso y echar un vistazo.

—¿Lo consiguió?

—Sí. Incluso llamó al timbre. No obtuvo respuesta y ahí fue cuando me alarmé del todo. Decidí avisar a la Guardia Civil. Al principio no me hicieron caso. «¿No ve que estos días estamos hasta arriba con lo del temporal?», me gritaron a través del auricular. Pero cuando les dije que era el presidente de Papyre, se volvieron más colaborativos. A veces, en la vida, ayuda tener una posición importante.

—¿Entraron en la finca?

—Sí. Un coche de la Benemérita llamó a Fabián Castro para avisarle de que iban a entrar en su casa porque Abel Cardozo, su biógrafo, se había quedado dentro durante el temporal y estaban preocupados. Castro les permitió el acceso. Desde la Costa del Sol, les dio el contacto de la asistenta, que residía en Ávila. Como es lógico, contaba con un juego de llaves. Los agentes dieron con ella y consiguieron acceder.

Al oír la palabra asistenta, a John le vino a la mente la imagen de

Marta.

—¿Qué encontró la Guardia Civil?

—Absolutamente nada. Allí no había ni rastro de Abel.

—Pero, entonces ¿cómo murió su hijo?

—Lo ignoro. La policía, a través de la operadora de telefonía móvil, rastreó su línea. La última conexión databa del día de su cumpleaños, cerca del río, a un par de kilómetros de Villa Pegaso. Sin embargo, no encontraron el terminal por ninguna parte. A la mañana siguiente peinaron la sierra, por supuesto, sin éxito. También interrogaron a su entorno más cercano y eso incluye amigos y familiares, pero nadie lo había visto desde antes del día de su cumpleaños, el de la desaparición. Pasaron los días y las noches y el equipo de búsqueda empezó a perder la esperanza de encontrarlo. La Guardia Civil fue restando efectivos paulatinamente.

»Cuando por fin pasó el temporal, yo envié a los abogados de Papyre, a Tomás ya lo conoces, a ejercer presión para que continuaran buscando. Tomás habló personalmente con la familia Castro, pero los tres, el matrimonio y la niña, contaban con una coartada sólida: el día del cumpleaños de Abel estaban cerrando un contrato en Marbella para que uno de sus cantantes actuara en el Starlite el verano siguiente. En cuanto a los miembros del servicio, todos fueron sospechosos en mayor o menor medida, pero no se llegó a encontrar ni el menor indicio de prueba contra ninguno de ellos. —Resopla disgustado—. Desde ese día, mi hijo continúa desaparecido sin que nadie lo haya visto.

—¿Desaparecido, dice?

—Como si se lo hubiera tragado la tierra.

—Vale, pero sigo sin entender. Si desapareció, ¿cómo puede estar tan seguro de que alguien lo mató?

—Las personas no nos volatilizamos por arte de magia, John. No funciona así. Si alguien desaparece de la noche a la mañana sin dejar rastro, solo hay una respuesta posible: que haya sido víctima de un crimen y el asesino haya escondido el cuerpo.

—Pudo fugarse. Según me cuenta, su mujer acababa de morir y no se hablaba con su familia. Son dos buenas razones para mandarlo todo al carajo y empezar una nueva vida en otro país.

—Al principio yo también albergué la esperanza de que se hubiera ido. Pero enseguida comprendí que no era posible. Es decir, de ser así, ¿por qué no hablarle a nadie de sus planes? Además, ¿cómo hacerlo durante la semana en la que las vías de transporte se encontraban cortadas? Y aunque hubiera hallado la manera, ¿por qué precisamente en esas circunstancias?

—Se me ocurre que igual tuvo un accidente doméstico, puede que cerca del río, donde dice que su teléfono registró la última conexión.

Quizá quedó inconsciente hasta que, como nadie llegaba para ayudarlo, murió de inanición.

—También lo sopesé. Eso y el suicidio. Pero la policía buscó bajo cada roca y tras cada árbol. También en la finca, hasta en el último rincón. Lo hubieran encontrado.

—Hay otra posibilidad.

—Te escucho.

—Que quisiera escapar de Villa Pegaso, desesperado por tantos días de confinamiento y muriera en el intento. De ser así, podría estar en cualquier recodo de la sierra.

—No habría podido llegar muy lejos, teniendo en cuenta el nivel de nieve acumulada. Y debo recordarle que la Guardia Civil rastreó la zona colindante sin encontrar el mínimo indicio de que Abel hubiera pasado por allí. —Cansado de explicaciones, exhala un largo suspiro —. John, mi hijo estaba investigando el asesinato de su mujer y acabó desapareciendo en el lugar donde vive la familia que trabajaba para ella. Yo personalmente no necesito más pruebas: alguien lo mató porque se estaba acercando demasiado al asesino de Sol. Después se deshizo del cuerpo.

15

Diciembre de 2019
Madrid

Las desgracias, que no terminarían en más de treinta años —si es que terminaron alguna vez—, habían comenzado, hasta donde Sergio creía, en un chalet de las afueras de Sevilla, con una colilla que se mantenía en equilibrio al borde de un cenicero en una mesita de salón.

La colilla consumida cabeceó y cuando los restos de ceniza cayeron dentro del cenicero, la distribución del centro de gravedad cambió y el pitillo se precipitó hacia atrás como un submarinista en el borde de la lancha.

Enmoquetar el salón había sido idea de la madre de Sergio. Jorge Palacios odiaba esa moqueta. Tras morir ella durante el parto, Jorge añadió entarimar el suelo a su lista imaginaria de asuntos pendientes. Seis años después, sin embargo, aún no había encontrado el momento oportuno para acometer la obra.

En contacto con la colilla, en cuya punta los rescoldos de la llama seguían desprendiendo calor, las hebras de la moqueta tardaron en prender, pero una vez que lo hicieron, el fuego se propagó por todo el salón. El hecho de que los muebles fuesen de madera vieja ayudó en la dispersión. La escalera, también de madera, rápidamente invitó al fuego a alcanzar el segundo piso, donde estaban los dormitorios.

Nuria *la Peras* fue la primera en despertarse por el humo, y lo hizo con un repentino y violento ataque de tos. Enseguida notó que tenía los ojos llorosos y le costaba respirar. Después de la fiesta se habían quedado dormidos con la persiana levantada y la luz de la luna, llena en esa noche de otoño, permitió a Nuria ver la nube de humo que flotaba en el dormitorio.

La Peras era un bombón de veintitrés años que trabajaba como camarera en el club de campo del que Jorge Palacios era socio. Cuando Jorge quedó viudo, decidió que no volvería a casarse nunca más. No obstante, la soledad puede adoptar formas muy diversas, como la de un venenoso demonio que se introduce en los pensamientos hasta obligar a uno a hacer cosas que nunca pensaría. Un hombre del porte de Jorge, soltero y con una cuenta corriente de

ese tamaño, se convirtió de la noche a la mañana en todo un imán para las tentaciones. Y Nuria, ese monumento de piel aceitunada a la que todos en el club se referían como *la Peras* por sus encantos evidentes, era sin duda la mayor de las tentaciones.

No es que sucediera de forma habitual, pero cuando Jorge Palacios sentía la llamada de la selva, pegaba un telefonazo a Natividad, la hermana mayor y soltera de su difunta esposa, para que esa noche se quedara con Sergio y acto seguido tiraba de cartera para darse un buen homenaje con Nuria. La mariscada y la demostración de baile en la pista eran opcionales, pero la fiesta en casa ya empezaba a convertirse en una muy placentera tradición.

El primer impulso de la joven camarera fue levantarse a abrir la ventana, liberando la nube de humo y desahogando así un poco el ambiente. Luego zarandeó a Jorge, quien permanecía profundamente dormido. Era un síntoma habitual en él después de ponerse ciego a whiskies y echar un buen polvo. Insistió en el zarandeo y se asustó aún más al comprobar que se encontraba inconsciente, seguramente porque había inhalado demasiado humo.

Nuria no podía perder el tiempo. El humo continuaba entrando a través de la rendija de la puerta. Al acercarse, notó que la tabla estaba ardiendo. En un ataque de insensatez fruto de la desesperación, envolvió su mano con la seda del camisón y giró la manilla de la puerta. Estaba atascada. Entre improperios, dedujo que el fuego habría desprendido algún escombro que estaba impidiendo su movimiento.

Solo le quedaba, pues, salir por la ventana. Se asomó para medir la altura y sintió que el humo la envolvía. Estaban en un primero, así que no habría sido raro que se rompiera algún hueso en la caída. De todas formas, cualquier cosa era mejor que morir abrasada en el chalet de un ricachón que casi le doblaba en edad. Una vez a salvo, avisaría a los bomberos para que volvieran a por Jorge.

Aunque la primera brigada llegó solo tres minutos después de que Nuria *la Peras* aterrizara en el jardín desde la ventana, para entonces Jorge Palacios ya había muerto. El bombero se llamaba Lucas. De todos los datos que tía Nati le dio sobre ese día, Sergio se quedó con ese. Su mente de niño, incapaz de entender lo que significaba haberse quedado huérfano con solo seis años, simplemente relacionó el nombre del bombero con su personaje favorito de los Looney Tunes. Lucas trepó hasta el primer piso valiéndose de una grúa móvil y accedió al dormitorio por la ventana. Una vez dentro, cogió a Jorge por el hombro y lo hizo rodar sobre el colchón para auparlo y sacarlo de la casa, pero al hacerlo vio que ya no respiraba. Los ojos del padre de Sergio miraban fijamente al techo y su boca permanecía abierta. Un hilo de babilla seca se le veía en la comisura de los labios, como distintivo de una cogorza de categoría.

Sergio no tenía abuelos ni hermanos mayores. Fue tía Nati, única familia que le quedaba, quien se encargó de su cuidado y educación.

Tía Nati no lo abandonaba para acostarse con jóvenes tetonas ni bebía whisky entre semana, pero tenía poco dinero, lo que hizo que la vida de Sergio diera un giro en todos los sentidos. Desde ese día se acabaron los colegios privados, los clubes de tenis y los asientos de palco en el Benito Villamarín.

Sergio estaba a gusto con tía Nati, siempre había congeniado con ella. Pasado el impacto inicial por haber perdido a su padre, pronto vio que, si hacía balance, había ganado con el cambio.

Lo peor fue el traslado de colegio. En comparación con su antigua escuela privada, la nueva se asemejaba más a una cárcel. Verjas más altas, patio más pequeño, horarios más estrictos y mobiliario más desgastado. Y luego estaba el comedor. Durante años, ese lugar, en cuyo aire flotaba permanentemente cierto hedor a coliflor, fue para Sergio el sitio más odiado en toda la Tierra. Más adelante, cada vez que leía algo sobre la cárcel de Alcatraz o veía una película ambientada en la famosa prisión-isla, le vendría el comedor del colegio a la cabeza.

Algunos años más tarde, todos darían por hecho que la muerte de Eva había sido por accidente. Que el conductor del camión, en un segundo de descuido, había desviado su mirada al teléfono móvil sobre el asiento del acompañante y no había visto la señal de Stop pintada en la calzada.

Sergio no lo dudaba, ya llevaba muchos años en este mundo para saber que esas desgracias, simplemente ocurren. «No hay que darle más vueltas —es lo que le decían todos—. Así es la vida». Era fácil decirlo.

Pero Sergio también sabía que la vida es una sucesión de actos con sus respectivas consecuencias, que a su vez provocan nuevos actos y vuelta a empezar en un bucle infinito. El efecto acción-reacción funcionando a toda máquina de manera implacable. Si, según decía el proverbio chino, el aleteo de una mariposa en Japón podía provocar un tsunami en el otro lado del mundo, ¿acaso todo lo que le había sucedido desde que era un niño no podía haber causado la muerte de Eva?

Sergio no albergaba ninguna duda.

La única cuestión era identificar cuál había sido el factor desencadenante. La primera ficha de dominó. El sutil aleteo de la mariposa.

Apostaba a que se remontaba a su infancia. Concretamente al día en que su camino se cruzó con el de Laura Estiarte.

Sergio no estaba seguro del todo, pero habría jurado que ella ya estaba allí, en el comedor del colegio, la primera vez que pisó ese

lugar. Lo que sí recordaba con claridad fueron las primeras palabras que la chica le había dedicado. Por algún motivo, hay detalles aparentemente insignificantes en la vida de uno que se quedan para siempre pegados en la memoria como un chicle en la suela del zapato.

—¿Eres nuevo, niño? ¿Te gustan las barritas de pescado? Yo las odio. Te doy mis barritas si me das tus lentejas.

Nada hacía presagiar entonces que aquel peculiar amasijo de pecas amante de las legumbres coparía los primeros puestos de los más vendidos en la categoría de pop nacional bajo el seudónimo de Sol Monroe.

Que la madre de Sergio muriera en el parto llegó a atormentarlo durante una época de su vida cercana a la adolescencia, pero al final consiguió asumir que la vida, a veces, te suelta hostias muy dolorosas y no queda otra que rascarse la mejilla y seguir caminando. Que la casa ardiera intoxicando a su padre cuando él era solo un niño podía clasificarse en la categoría de accidente. Así es la vida. Por lo menos, él no se encontraba en casa esa noche, así que un optimista podría haber asegurado que incluso había tenido suerte.

Pero la aparición de esa niña, de repente en su vida, no señor, eso no había sido ningún capricho del destino. Laura Estiarte había sido su aleteo de la mariposa.

La primera ficha de dominó.

16

8 de enero de 2022
Sevilla

John sigue teniendo la impresión de que el presidente de Papyre está eligiendo cada palabra con celo con la intención de convencerlo, llevarlo a su terreno. Por otra parte, debe admitir que Guirao es un narrador excelente, con un don para mantener la atención de su interlocutor y también que la historia que le está contando es digna de ser volcada sobre el papel y enviada a una editorial. Sin embargo, sigue sin entender cuál es su rol en esa trama de locos.

—Lorenzo, admito que me ha contado una historia que pone los pelos de punta, pero aún no comprendo por qué.

—Se lo he dicho: quiero que se adentre en Villa Pegaso como el caballo de Troya y encuentre al asesino de mi hijo.

—Disculpe mi torpeza. ¿Qué le hace pensar que yo puedo ayudarlo? Solo soy un novelista.

—John, llevo un año exacto en un estado de desesperación constante, dándole vueltas a lo que ocurrió el día del cumpleaños de Abel.

—Es terrible, pero…

—No solo es terrible, me ha arruinado la vida. Desde que pasó, no puedo dormir y mi mujer me ha dejado. —Dibuja un gesto comprensivo con su arrugado rostro—. No puedo culparla.

—Lo siento mucho, pero debo insistir: ¿qué le llamó la atención en mí para que me escogiera?

—Sé que su novia, la madre de su hijo que está en camino, se ha metido en un buen lío. Lo vi en las noticias. No se me ocurre un escritor que necesite el dinero más que usted.

Es un comentario que lo cabrea.

—Así que se trata de eso, de un simple chantaje. Bueno, es un pensamiento algo miserable, Lorenzo. ¿Me contrata porque estoy necesitado?

—Solo en parte.

—¿Solo en parte? Genial. Y obviando lo mezquino de esto último, sigue sin responder a mi pregunta. ¿Por qué cree que yo sería capaz de averiguar lo que le pasó a su hijo? Escribo sobre espías y detectives,

no soy uno de ellos. Le aconsejo que contacte a un profesional. Ahora, si me permite…

John está dándose la vuelta para dirigirse a la salida, cuando Guirao habla alzando la voz. Es un tono autoritario que le recuerda al de su padre. Por primera vez en toda la conversación, siente una mínima conexión con Cardozo; no debió de ser fácil crecer bajo la sombra de ese hombre.

—Hay una cosa que no le he contado, John, posiblemente la más desconcertante. Lo que estoy a punto de revelarle va a parecerle una locura. Solo le pido que me preste atención y se tome el asunto con la seriedad y el respeto que merece.

John suspira. A esas alturas es consciente de que saldrá de ese despacho sin trabajo. No importa cuánto dinero le ofrezca. Si ya tenía pocas ganas de redactar las memorias de un ego con patas, ahora que sabe que se trata de un asunto personal en el que hay dos posibles muertes involucradas —una confirmada—, mucho menos. Solo le queda escuchar lo que ese hombre quiere decirle y despedirse para siempre. A un paso de la puerta del despacho, consulta de nuevo su reloj. Aún tiene tiempo para coger el último tren. Suspira. Luego, se vuelve.

—Estoy teniendo mucha paciencia con usted —contesta—. Le doy exactamente cinco minutos para que hable. Luego pediré un taxi y cogeré un tren a Madrid, donde me espera mi novia.

—Me parece justo.

—Es que no entiendo tanto rodeo. Explíqueme por qué tiene tanto interés en que sea yo el que investigue la muerte de su hijo, para que pueda marcharme de una vez.

—Bien, trataré de ser conciso. —Guirao vuelve a adoptar el rol de hombre abatido y necesitado, solo que a John ya no se la cuela. Sabe que todo es un papel para llevarlo a su terreno—. Veamos, como le decía, necesito una persona que viva en Villa Pegaso e investigue lo ocurrido antes y después de que mi hijo muriera. —John echa un ojo a su reloj—. Está bien, está bien, iré al grano. Quiero a alguien con la mente abierta y espíritu investigador. No es por echarle flores, pero usted posee ambas cosas. Recuerdo que leí *Huida a contrarreloj* y pensé: este escritor escribe como un policía. Es verdad que el hecho de que su pareja Mónica y usted estén atravesando una crisis financiera me viene bien a la hora de poder convencerlo, como ya quedó demostrado el otro día, pero, John, ¿puedo seguir llamándole John?, le doy mi palabra de que esa no es la razón principal de que esté aquí.

—De acuerdo. ¿Cuál es la razón? ¿Y por qué ahora, un año después de la tragedia?

El editor se quita las gafas y, con un preocupante temblor de manos que hace tambalearse la montura, se pone a buscar en las

lentes alguna huella invisible de suciedad. Luego levanta la vista y observa a John.

—El apellido Zola, ¿le dice algo?

Inmediatamente a John le viene a la cabeza Gianfranco Zola, habilidoso futbolista italiano que militó en las filas del Chelsea en la década de los noventa. Recuerda haber tenido su cromo cuando era un niño. Después, un chispazo de inspiración. D. C. Zola. Grabado en el vaso de agua. El otro día, durante la firma.

—Solo sé que había un futbolista con ese apellido —responde.

El editor asiente con la cabeza, como si esperara la respuesta, pero sin poder evitar sentirse decepcionado.

—¿Qué sabe de Abel Cardozo, mi hijo?

John pone los brazos en jarra y se encoge de hombros.

—Lo que usted me acaba de contar. Hasta esta mañana no había oído ese nombre en mi vida. De verdad, Lorenzo, céntrese. Me estaba hablando de un desconcertante detalle.

Lorenzo Guirao asiente. Después se acerca en silencio al escritorio e introduce una llave en el primer cajón, del que extrae un cómic antiguo. Lo coloca en la mesa, orientado hacia John. Es un Spiderman.

—Página dieciséis —dice con una sobriedad nueva en la voz.

John toma el cómic y obedece con la sensación de estar siendo grabado por una cámara oculta. En la página mencionada, una viñeta ha sido marcada.

Acto seguido, Guirao le tiende un folio y un lápiz con la punta afilada.

—Coloque el papel sobre la viñeta y pinte con el lápiz por encima —explica—. Usted no conocía a mi hijo, pero quien lo mató sí lo conoce a usted.

Confuso por el comentario, John sigue las instrucciones. Cuando termina de pintar, se queda de piedra por lo que se lee:

Busca a John Everett y él te llevará a mí
- D. C. Zola -

17

16 de septiembre de 2020
Madrid

Hasta que no llegó al parque del Retiro y se sentó en un banco a la sombra de los árboles, junto al estanque, con la mirada dirigida hacia la inmortalización en bronce de Alfonso XII, no se sintió libre del todo del agobio de la gran ciudad y de la prisión de su cuerpo.

Cerró los ojos y recordó la vieja cantinela: «Tú vales más que nadie», «tú vales más que nadie». Pero sonaba vacía, la entonara como la entonase. Hacía mucho tiempo que no le decían aquellas palabras.

Se reclinó hacia atrás, apoyó las manos sobre las rodillas y empezó una serie de respiraciones muy largas y profundas. Aquello aliviaba un poco la taquicardia.

El paseo por el barrio de Goya, al que había acudido con la idea de echar un vistazo en una tienda de artículos de coleccionista le había pasado factura. Ahora que estaba consiguiendo dormir casi del tirón por las noches, iba y le ocurría eso.

Sergio apretó los labios cuando una pareja joven pasó a su lado empujando un cochecito de niño, exhibiendo su felicidad con descaro. Desvió entonces su atención hacia las aves que, con mucha elegancia, sobrevolaban el estanque prácticamente a ras del agua.

Tenía la sensación de que, mirase a donde mirase, todos eran más felices que él.

No obstante, sabía que eran pataletas infantiles que, en el fondo, le daban igual. Pero lo que había pasado hacía un rato, mierda, eso sí que había sacudido sus cimientos.

No había hecho falta más que una mirada. Un cuarto de hora antes. Solo una mirada.

Cerró los ojos y lo vio todo ante sí. La Puerta de Alcalá erguida a su izquierda mientras él caminaba bordeando la glorieta. Las terrazas de los locales abarrotadas. Un postre apetecible sobre una de las mesas y, tras el plato, ella. Brillante, espléndida, furiosamente perfecta como siempre había sido. Esa sonrisa tan radiante como artificial. Ese aspecto de diosa tras las enormes gafas de sol. Esa energía que solo alguien muy exitoso y popular es capaz de radiar.

Zorra.

¿Qué hacía ella en Madrid? Por un momento había olvidado que era una superestrella. Y las estrellas no se limitan a quedarse en ciudades como Sevilla.

El único alivio era que, en menos de cinco segundos, la habría perdido de vista.

Sergio volvió la cabeza para que su mirada no se cruzara con la de ella. Había funcionado, aunque, pensándolo después, no estaba al cien por cien seguro de que ella no lo hubiera visto.

Si ella lo había saludado o le había dedicado su típico «ey», no pudo saberlo, porque cuando la vio se hizo un silencio en su interior, un vacío absoluto. Empezó a notar los latidos del corazón y la sensación lo reconfortó. Se sintió a salvo. Cuando no te sientes el corazón, es porque está tirado en el barro. Y si lo tienes ahí, cualquier idiota podría pisotearlo al pasar. Pero Sergio lo sintió dentro y por un momento supo que todo saldría bien.

Durante los largos minutos siguientes no se dio cuenta de nada. Simplemente siguió caminando hasta el parque y no reaccionó ante las peticiones de limosna o los ofrecimientos de agua fría por parte de los vendedores ambulantes. Bastante trabajo tenía con calmar su ritmo cardíaco y organizar las ideas.

Ya estaba, el momento había pasado. No había nada de qué preocuparse.

Pero aquella desazón la sentía ahora creciendo como un virus en su interior.

Había transitado por la calle equivocada. Si tan solo hubiera bajado por una paralela, su vida habría podido seguir como antes. Dejando que el tiempo lo curase como solo él sabe hacer.

Sacudió la cabeza. Ahora todo había cambiado. A partir de aquellos segundos funestos ya no podía quitarse a esa mujer de la cabeza.

Con todo lo que eso suponía.

Al final no llegó a entrar en la tienda de artículos de coleccionista. ¿Quién necesitaba una acuarela de la Guerra de la Independencia cuando su vida se encaminaba a la tragedia?

Y allí estaba ahora, solo, sentado en un banco del Retiro, imaginando cómo y contra quién ejecutar su venganza.

Sonrió. De pronto se le ocurrió que a lo mejor la mala suerte no había sido para él. Quizá lo había sido para aquella mala pécora traidora que el destino había permitido que se cruzara de nuevo en su camino, en un momento de extrema inestabilidad.

Así se sintió después de que Laura Estiarte volviera a su vida por penúltima vez.

Laura Estiarte ya era una rompecorazones incluso de niña. Desde que

Sergio entró en el nuevo colegio y ella se fijó en él durante la hora de comedor, estuvieron compartiendo pupitre año tras año. Aunque no empezaron a salir oficialmente juntos —es decir, se dieron el primer beso con lengua— a los trece años, todos se referían a ellos como *la parejita*. Irónicamente, todo era tan dulce y pomposo como una canción pop de las que la ayudarían a forrarse varios años después.

Ella no lo merecía. Tuvieron que pasar décadas, debieron arrollar a Eva, para que Sergio llegara a esa conclusión.

Durante la época del colegio y el instituto fueron inseparables, iban de la mano a todas partes y lo hacían todo juntos. Sergio era bueno en mates y ella, en plástica y biología, de modo que se ayudaban mutuamente con los ejercicios y la preparación de los exámenes. Pasados los años, durante el instituto, ella acabó enseñándole más biología y anatomía humana de lo que contenía el temario.

Sergio creía que siempre estarían juntos y así fue durante los cursos previos al examen de selectividad. Ese mes de junio, Laura anunció que su amiga Begoña y ella se irían a pasar el verano a Cambridge para aprender inglés antes de la universidad. El viaje estaba pagado por los padres de ambas, como premio por las buenas notas en los exámenes de acceso. Tía Nati no podía permitirse llevar a Sergio a Inglaterra, de modo que, ese verano, él se quedó en Sevilla tostándose de calor.

—¿Qué pasa con nosotros? —le preguntó a Laura en el momento de la despedida.

—Solo serán dos meses —respondió poniéndose de puntillas para besarlo, posiblemente porque había visto reflejado en su rostro el miedo por aquello que ella estaba a punto de decir—: Te echaré un huevo de menos, pero sinceramente, *cari*, puede que estar un tiempo separados nos venga bien.

A su corta edad, Sergio ya intuía que esa frase constituía una muerte anunciada.

—Seguro que de esta forma nos damos cuenta de lo mucho que nos queremos —apuntó para rematar.

Sin embargo, eso último lo dijo sin mirarlo directamente a la cara. Después desapareció tras los arcos de seguridad del aeropuerto.

Los primeros días se llamaban a diario, pero las llamadas pronto se fueron distanciando también. Demasiados compañeros nuevos, decía. Muchas cosas que hacer, sitios que visitar, experiencias que vivir.

Si no llega a ser por Abel, ese verano Sergio se habría vuelto loco.

Abel Cardozo llegó al colegio en primero de secundaria. Hasta que no supo la historia de Abel, Sergio creía que su niñez había sido dura. El nuevo chico, abandonado en la puerta de una iglesia nada más nacer, estuvo saltando de orfanato en orfanato hasta que, con doce

años, fue adoptado por un matrimonio muy religioso que solía acercarse a repartir alimentos allá donde más los necesitaban. Era un chico flaco y al igual que Sergio, rubio. Por aquella época, Abel hablaba poco, aunque con el tiempo, Sergio comprobaría que, en esos primeros días, simplemente estaba asustado. Lo cierto era que pocos hablaban tanto como Abel Cardozo si tenía a un amigo delante y la tarde se prestaba a una buena historia.

Abel tenía muchos dones, pero ninguno llamaba tanto la atención de Sergio como su facilidad para las imitaciones. Su preferida era la del actor Robin Williams interpretando a la señora Doubtfire. *Seguro que tu marido era un casanova comparado con mi pobre Winston. ¡Oh, querida! Para él, la preparación erótica era decir: ¡Effie, allá voy!* Sergio lloraba de la risa con esa.

Si Sergio y Laura eran inseparables, con Abel tenía una especie de conexión mística. Entre ellos ocurría lo que suele decirse: se entendían con la mirada, sin necesidad de hablar. Como no podía ser de otra manera, se apuntaron juntos al equipo de fútbol. Después de los partidos acudían a la tienda de golosinas para reponer fuerzas y comentaban la jugada, sentados en un banco del parque. Cuando pasaba alguna chica guapa por delante, Abel soltaba una grosería que le hiciera sonrojarse. Como el corazón de Sergio pertenecía a Laura, éste se limitaba a darle un toque con el codo a la vez que, muerto de vergüenza, clavaba la mirada en el suelo.

En ocasiones tenían que cargar con la prima pequeña de Abel, un terremoto nervioso y malhablado como su primo, de la que Sergio pensaba secretamente que no muy tarde se convertiría en un bombón.

Aquellos fueron buenos años.

—¿Quién te ha enseñado a decir esas cochinadas? —graznaba tía Nati a veces, a la vuelta del colegio. El cambio entre el colegio y casa era radical, como vivir en dos planetas diferentes, porque las palabras preferidas de Abel, como chocho, picha y chupapolla, las cuales estaban completamente prohibidas en su nueva casa, quedaban muy lejos de la educación pulcra de la tía.

Sentado en el banco frente al estanque del Retiro, sintiendo la brisa acariciando su piel, Sergio pensaba en los viejos tiempos, en los primeros amores. Llegó a la conclusión de que nadie termina por olvidarlos del todo, pero, aun así, su caso fue especialmente doloroso. Todavía se preguntaba qué salió mal con Laura. Habían pasado más de diez años, su cabello era más gris y acababa de enterrar a su prometida, pero Sergio aún quería saber qué tenía el gañán de Abel Cardozo que no tuviera él.

18

8 de enero de 2022
Sevilla

John tiene que leer algunas veces más el texto oculto para asegurarse de que lo ha entendido bien.

Por más que le da vueltas, no se le ocurre el motivo por el que su nombre aparece en ese cómic. Sin verlo venir, se le eriza la piel al recordar los mensajes ocultos que Patrick, su viejo mentor, le escondió hace dos años en uno de sus manuscritos. Cielos, cuántas cosas han ocurrido desde entonces.

¿Qué demonios pinta él en esa trama de homicidio?

—El cuatro de enero de 2021 se convirtió en el peor día de mi vida. —Los ojos del editor parecen hundirse un poco más en sus cuencas—. Y ahora alguien está intentando restregármelo.

—¿Quiere usted decir que…? —John no puede apartar la mirada del cómic.

—Exacto. Alguien que se hace llamar Zola, seguramente el autor del crimen de mi hijo, está intentando torturarme y para ello ha dejado este mensaje en un lugar donde sabía que lo encontraría. ¿Entiende ahora mis motivos? ¿Comprende por qué lo contraté precisamente a usted? Desde que di con el cómic, le he dado mil vueltas a la posibilidad de que quizá el asesino de Abel quiere llegar hasta mí, pero lo que parece claro es que definitivamente lo quiere a usted dentro de la ecuación.

—Eso es una estupidez —replica John, tajante.

—No es ninguna estupidez. Alguien escribió su nombre en uno de mis cómics el día que se cumplía un año de la muerte de Abel, que además coincide con el día de su cumpleaños.

John vuelve a negar con la cabeza. Tras los cristales de las gafas de Guirao, sus ojos son como dos inquisitivas canicas negras.

—Ya he oído suficiente. Lorenzo, comprendo que no está pasándolo bien y entiendo que este mensaje pueda resultar confuso. También lo es para mí. Pero voy a serle sincero: lo que me pide me asusta. No soy un hombre de acción. Como me he hartado de decirle, solo soy un escritor, lo mío es sentarme a mi mesa acompañado de una taza de té e inventar historias. No buscar explicación a crímenes

sin resolver que ocurrieron hace un año en el mundo real. ¿Cómo demonios piensa que voy a hacer una cosa así?

—Le doblaré la remuneración.

—No es necesario y esa no es la cuestión. Mire, me está pidiendo que encuentre al asesino de su hijo, que resuelva un caso que la policía no fue capaz de resolver. ¿Se da cuenta? Es un sinsentido.

—Solo le pido que regrese al lugar del crimen y haga un último intento. Si no consigue nada, le pagaré igualmente. Tiene mi palabra.

John suspira.

—Esto es absurdo. En fin… que pase usted una buena tarde. Hasta la vista.

Cansado de la conversación, John se apresura a abrir la puerta y cruzarla antes de que el editor se saque un nuevo conejo de la chistera. Esta vez baja por las escaleras del edificio, no quiere esperar al ascensor. A medida que desciende, nota una mayor tensión en la zona de las sienes, como si ese mensaje oculto en grafito en el cómic creciera dentro de su cabeza.

Busca a John Everett y él te llevará a mí.

¿Por qué él? ¿Qué tiene él que ver con nada de todo eso? No conocía a Cardozo, ni a Sol Monroe y mucho menos a la familia Castro. Por el amor de Dios, si ni siquiera había pisado Hoyos del Espino hasta anteayer.

«Debe de tratarse de un error, ese mensaje no tiene ningún sentido —se dice—. Seguro que se refiere a otro John Everett. A lo mejor hay otro escritor por ahí con mi nombre y que está cubierto de mierda hasta el culo. —Una oleada de esperanza lo embarga—. Sí, seguro que es eso. El pobre Lorenzo ha cometido un error, producto de un malentendido».

En el vestíbulo del edificio se cruza con Tomás, que se detiene y lo observa con el ceño fruncido. John, que no quiere dar más explicaciones y solo piensa en abandonar esa jaula de cristal, baja la mirada y finge no haberlo visto.

El viento caprichoso juega con su flequillo según John sale por las puertas giratorias del colosal edificio. Un taxi se aproxima desde el final de la avenida. Más animado y luchando contra el vendaval, el escritor alza el brazo. El taxista lo ha visto y detiene el vehículo a su altura, junto al bordillo. John está abriendo la puerta trasera, ya se ve acomodado en el sofá al lado de Mónica, cuando alguien le toca en el hombro.

—¡John! —grita. Es Guirao. Ese grano en el trasero, llamado Lorenzo Guirao—. ¡Espere!

El Vesubio vuelve a amenazar con estallar en su interior. «¿Es que ese hombre no acepta un no por respuesta?»

—Mire, señor, siento mucho lo de su hijo, de verdad. Créame

cuando le digo que no me imagino por lo que está pasando. Pero comete un error. Ese mensaje no prueba nada. Apuesto a que hay por ahí alguien que se llama igual que yo y que también es escritor, que conoció a su hijo. Yo no tengo nada que ver en esto, puede confiar en mí. Por última vez: mi respuesta es no. Buenas tardes y buena suerte.

John se vuelve para montarse en el vehículo. Esta vez, el agarrón de Guirao le araña el bíceps.

—¡Hay algo que no ha visto, John! —La voz del editor se alza por encima del silbido del viento. Coge su mano y coloca el cómic en ella —. ¡Página diecisiete!

John observa el Spiderman hecho un rulo entre sus dedos, y después mira los ojos de Guirao, preguntándose si de verdad ese hombre habrá perdido el juicio del todo.

—¿Es que no se rinde nunca?

—¡Abra la página diecisiete y le prometo que lo dejaré ir!

Con más enfado que escepticismo, John abre el cómic y recorre las hojas hasta la diecisiete, que es justo la siguiente a la del primer mensaje. Una nueva viñeta ha sido marcada, solo que, en esta ocasión, el bocadillo en cuestión sale de la boca de Mary Jane.

Tiene un mal presentimiento.

Al igual que ha hecho antes en el despacho, coloca el folio sobre la página del cómic y pinta por encima. De nuevo, un mensaje aparece tras la mancha de lápiz. John siente que se vuelve liviano, que el viento se lo llevará con la facilidad con la que hace volar las plumas, cuando lo lee.

—Esto es… una locura —tartamudea.

Por algún motivo que no entiende, ese D. C. Zola sí se refería a él. Ahora no le cabe la menor duda.

19

16 de septiembre de 2020
Madrid

Al salir de la ducha se quedó un rato contemplando en el espejo su cuerpo desnudo y mojado. La cicatriz del costado era más visible en verano, en contraste con el bronceado típico tras una semana de vacaciones en la costa. Una irregular línea blanca que marcaba la frontera entre el bien y el mal, entre la vida y la muerte. La cicatriz que le quedó tras lo ocurrido el día que lo cambió todo otra vez.

—¡Dios mío! ¿Cómo te la has hecho? —había sido la reacción de Eva al verla.

—Me caí de la bici cuando era niño y me rajé con una rama —mintió él—. Fue una herida aparatosa que dejó marca.

Después Eva había recorrido la marca con los labios y acabaron haciendo el amor. Sergio odiaba que, irónicamente, un momento tan romántico y tierno hubiera quedado estrechamente vinculado a un episodio tan oscuro de su vida.

Ahora, frente al espejo, se acariciaba la piel tirante del costado. Apretó los dientes. Luego se rascó hasta que la zona se volvió roja y escoció. Sus piernas se estremecieron, su respiración se había acelerado.

Salió del cuarto de baño y se vistió, con la imagen de Laura en la mente. Era evidente que el encuentro de aquella tarde junto a la Puerta de Alcalá lo había afectado. Solo pensar en ella abría los poros de su piel y volvía más profundas las arrugas de su frente.

Abrió el cajón de la cómoda y extrajo la elegante cajita de joyería donde aún guardaba el anillo de prometida que le había regalado a Eva, con una rodilla hincada en el último piso de la Torre Eiffel. Un bonito recuerdo del viaje a París. Se quedó varios segundos contemplando la inscripción —EVA Y SERGIO, PARA SIEMPRE, FEBRERO DE 2019— y después besó la joya y la guardó en el bolsillo de la cazadora. Más tarde la tiraría al Manzanares.

Lo siguiente que hizo fue desbloquear el teléfono y buscar el número de Laura Estiarte en su lista de contactos. Antes de marcar, recordó que ahora todos la conocían como Sol Monroe. Contestó al cuarto tono un señor de edad avanzada y marcado acento gallego que

no conocía a nadie con ese nombre. «¿No es esa la chica que canta en bragas?», dijo.

Así que había cambiado de número de teléfono…

Algo desanimado, abrió el portátil y tecleó Sol Monroe en el buscador de Google. Por suerte, la artista contaba con una página web personal sencilla pero con información de contacto. Por supuesto, no había ningún número de teléfono —no hay estrella musical tan estúpida, ni siquiera ella, de publicar su número personal—, pero sí encontró un email de contacto. Seguramente iría directo a la papelera del servidor de correo de su agencia de publicidad, pero valía la pena intentarlo.

Escribió un email breve aunque formal y lo envió.

Su última frase fue:

> Es de vital importancia que pueda hablar con Laura Estiarte (Sol Monroe) personalmente. Es sobre lo ocurrido a partir del 2009. Ella lo entenderá.

2009 fue el año en que Barak Obama se convirtió en el primer presidente afroamericano de los Estados Unidos. Fue el mismo año en el que Maradona invitó a sus detractores a «seguir mamando». El año del nacimiento de una moneda virtual llamada Bitcoin. Fue el año cuando Michael Jackson y Millvina Dean, última superviviente del Titanic, murieron. Pero, para Sergio Palacios, 2009 solo fue el año en que mataron a esa chica.

Laura se había ido a Cambridge y la relación estaba en un punto que no pintaba bien. Por suerte, a Sergio le quedaba Abel para que lo acompañase mientras se lamía las heridas. Dicen que el roce hace el cariño. Abel Cardozo y él ya eran buenos amigos, pero ese verano lo pasaron íntegramente juntos y se volvieron inseparables. Los dos habían aprobado los exámenes de selectividad con buena nota media, de modo que irían a la universidad. Abel haría periodismo y él, informática. Pero eso sería en septiembre. Antes les quedaba disfrutar del que iba a ser el verano de sus vidas.

Vaya si acabó siéndolo…

A esa edad, verano era sinónimo de verbena, de música en la calle, de enormes vasos de plástico hasta arriba de cerveza. Como Sergio no cumpliría los dieciocho hasta septiembre, no bebía —esa era la versión oficial, la que le daba a su tía Nati; la realidad era que ya había pegado algún que otro trago, solo por probar—. Abel, por contra, era el gran bebedor de la clase. Su mayor logro personal, incluso por encima de haber aprobado los exámenes de acceso a la

universidad era haber ganado todos los concursos de cerveza de ese año. Eran premios de los que fardaba con orgullo.

A tía Nati no le gustaba que Sergio anduviera con Abel, por eso él le mentía y le decía que Abel se mezclaba con otra pandilla de amigos. Tampoco le gustaba que saliera por las noches, pero Sergio consiguió negociar esa parte del contrato. Si volvía a casa antes de la una y media, podía salir.

Ese sábado, el reloj del coche marcaba las dos menos diez.

Conducía Abel. Su padrastro, ese librero tan fanático de la fe y el cristianismo le había comprado el coche como recompensa por las buenas notas y su recién estrenada mayoría de edad. Era un Honda Civic con ciento sesenta mil kilómetros a sus espaldas, un saco de chatarra que Abel trataba con devoción. Hasta le puso nombre de mujer: Nina.

Esa noche, los engranajes de Nina estaban siendo puestos a prueba.

—¡Más rápido, tronco! ¡Mi tía me va a matar!

En ese momento, temeroso por la reacción de tía Nati y viéndose castigado sin salir durante el resto del verano, Sergio no parecía ser consciente del mal estado de la carretera, ni de la mala iluminación en ese tramo, ni de los derrapes generados en cada curva pronunciada.

—No puedo pisarle más, tío. Calla y deja de agobiarme.

Sergio no solía volver a casa en el coche de Abel, especialmente si este había bebido. Tenía las normas de su tía bien arraigadas. Pero esa noche se le había ido la noción del tiempo y ya llegaba tarde. Era tirar de Abel o llamar a un taxi. Y pasaba de dejarse veinte euros que no tenía.

Es curioso como un trozo de papel con dos dígitos impresos puede hacer tomar a uno una decisión equivocada que cambiará su vida de manera radical. Eso era algo en lo que Sergio pensaría mucho en los años posteriores. Podría haber pedido un taxi y que su tía lo pagara a su llegada; o podría haber vuelto andando, llegar tarde y asumir el castigo para el resto del verano.

Qué duda cabía que su vida habría sido muy diferente…

Pero nada de eso pasó.

—Ya casi estamos —anunció Abel. Alargaba las eses. No era nada bueno ver a su amigo alargando las eses. Significaba que había bebido más de lo habitual. Sergio se agarró al sujetamanos.

Empezaron a verse los primeros edificios a ambos lados de la carretera y las primeras farolas iluminadas. Eso significaba que estaban llegando al barrio, pero también la presencia de badenes en el carril. Se comieron el primero de ellos. Abel ni siquiera lo vio. Nina voló durante un par de segundos y el aterrizaje fue aparatoso. Los dos amigos rebotaron en sus asientos. Rieron. Era la típica risa nerviosa que esconde el alivio por haber salido indemne de una situación

violenta.

Entonces algo cruzó la calzada.

Solo era una liebre, pero fue suficiente.

Abel dio un volantazo y el eje trasero de Nina se escoró. Derraparon. Al final, Abel logró dominar el vehículo —no iba tan borracho, después de todo— y tomaron la curva sin magullar la carrocería contra el quitamiedos. Sergio resopló. Esta vez no hubo sonrisa nerviosa de alivio. Abel, por el contrario, se volvió eufórico. Empezó a gritar y a golpear el techo con la mano. Después alargó el brazo hasta el hombro de Sergio y apretó en una suerte de masaje amistoso. Acababan de vivir algo que recordarían durante muchos días. La de chicas que se iban a acercar a interesarse por la historia de la liebre y el derrape, ¡cómo iban a fardar!

Abel solo apartó la mirada de la carretera durante un instante, el suficiente para no ver el semáforo. Es otra de las cosas que Sergio recordaría con mucha nitidez. Era de noche, no se habían cruzado con nadie en todo el camino y habían estado a punto de estampar el coche por culpa de una liebre, pero ahí estaba, un semáforo en el único segundo en que Abel no miraba.

Lo otro que nunca se quitaría de la cabeza era que el semáforo estaba en verde. No debería haber pasado nada por haberlo ignorado, porque estaba en verde.

Pero Abel gritó:

—¡No!

La había visto antes que él. La chica plantada en mitad del paso de peatones. Sus ojos caídos a causa de una borrachera de mil demonios. Su expresión de sorpresa previa a que los faros de Nina la envolvieran. El instintivo gesto de llevarse las manos a la cara a pesar de saber que iba a morir aplastada contra el parachoques delantero como un insecto insignificante.

Se oyó un ruido sordo, horrible, un crac metálico y artificial que no se parecía a nada que Sergio hubiera oído antes. Era un sonido que nunca lo abandonaría, aquel que representaba el final de su vida tal y como la conocía. Sergio Palacios nunca había estado tan aterrado.

Miró a su amigo, que permanecía con las manos fundidas con el volante, el pie clavado en el freno y los ojos abiertos e inmóviles. Sabía lo que estaba pensando porque él también había oído ese *crac* metálico y artificial. Lo sabía porque era lo mismo que pasaba por su cabeza.

Sergio tardó unos segundos en reaccionar. Cuando recuperó el control de su cuerpo, Abel ya estaba fuera del coche, junto a la chica tendida en el suelo. Nunca habría creído que alguien moreno como su amigo podría mostrarse tan pálido.

Entonces todo pasó a suceder muy rápido. De repente estaba fuera

del coche y Abel le hablaba muy deprisa, a trompicones. Él no se enteraba bien, pues seguía en estado de *shock*, así que Abel tuvo que darle un par de bofetadas y repetirlo todo.

La chica estaba muerta. Sergio no quería mirar fijamente, pero con el rabillo del ojo había detectado un par de cosas: un brazo doblado de manera poco natural en el paso de peatones y el volante de una falda amarilla manchado de rojo.

Quería llorar, pero no podía.

Abel le dio otra bofetada.

—¡Escúchame, joder!

Entonces le repitió el plan y esta vez Sergio lo procesó.

La policía llegaría pronto, como así sucedió. Cuando eso pasara, Abel ya se habría esfumado de la escena del accidente; él nunca había estado allí. ¿Qué coño hacía esa chica cruzando en rojo a esas horas de la noche? Joder, se lo había buscado. Y Abel estaba a punto de empezar a cursar periodismo en la universidad. ¿Acaso tenía que joderse la vida por una borracha insensata? En cuanto a Sergio, declararía que le había cogido las llaves del coche a Abel sin que este se diera cuenta. Que estaba agobiado porque llegaba tarde a casa y que no había tenido otra alternativa que tomar prestado el Honda Civic de su amigo. Que estaba respetando los límites de velocidad cuando se cruzó la chica y que el semáforo estaba en verde, pero que no la vio porque justo se acababa de pasar una liebre por la calzada.

Abel hablaba sin parar, tropezándose con sus propias palabras, pero él seguía oyendo el horrible sonido.

Crac.

—Yo no… —balbuceó cuando Abel terminó de hablar—… no tengo carné de conducir. Me caerá un buen puro.

Abel lo sujetó por los hombros y lo miró muy fijamente a los ojos. Esa mirada, otra cosa que recordaría con claridad.

—Tío, voy borracho y acabo de atropellar a una chica. Iba a más de cien por hora en una carretera urbana. Si me pillan, me meterán varios años en la cárcel. Será el final de mi vida.

Sergio no necesitaba oír el resto, sabía lo que pasaba por la brillante mente de su amigo. Él era menor de edad, así que, atendiéndose al código penal, no podían encarcelarlo. Además, esa noche no había probado una gota de alcohol, y para colmo el semáforo estaba en verde. Era posible que Sergio recibiera un castigo. Al fin y al cabo, una adolescente había muerto y alguien tendría que pagar por ello. ¿Quién mejor que el chico que estaba conduciendo el coche de su amigo, sin licencia? Para empezar, le esperaba algún tiempo moviéndose en bicicleta, pero, en todo caso, cualquier posible pena quedaría a años luz en severidad comparada con la sentencia que recibiría Abel.

Para terminar de convencerlo y como contraprestación —había que darse prisa, las autoridades no tardarían en llegar—, Abel sacó la caballería y pronunció unas palabras que dejaron a Sergio desnudo y sin capacidad de réplica.

A unos cien metros, en una solitaria casa perdida en medio de la nada, alguien encendió la luz de un dormitorio. Habían llamado la atención del vecindario. Estaban a punto de encontrarlos.

Menos de cinco minutos después llegaron los sanitarios. Luego, la policía. Para entonces, Abel ya se había esfumado. Sergio se había quedado a solas con la chica. En ese corto intervalo de tiempo tuvo el atrevimiento de fijarse en su rostro. Sus ojos estaban abiertos y miraban al cielo, inmóviles. Su boca, semiabierta, dibujaba algo que se parecía a una sonrisa y Sergio eligió pensar que tuvo un último pensamiento feliz antes de morir. Porque estaba muerta, eso lo sabía. Lo supo desde que escuchó ese *crac* horrible.

Le contó todo a la policía. Todo, claro, menos que su amigo Abel conducía el coche. Se cuidó de no mencionarlo ni una sola vez.

Los días siguientes quedaron como una nebulosa de recuerdos inconexos en la cabeza de Sergio. La chica muerta se llamaba Carlota Cava. Tía Nati contrató a un buen abogado con el dinero que el padre de Sergio le había dejado tras su muerte y que estaba reservado para financiar la matrícula de la universidad. El abogado le aconsejó que dijera toda la verdad, resaltando la parte del semáforo en verde.

Toda la verdad. Decir toda la verdad implicaba traicionar a Abel, condenarlo a una vida de mierda.

Se ciñó al plan.

Y mientras tanto, seguía oyendo ese horrible crac.

El fiscal se burló. «¿Espera que nos creamos que, volviendo de fiesta un sábado a las dos de la madrugada, iba respetando el límite de velocidad? —le dijo—. ¿De verdad piensa echarle la culpa a un conejo?»

El juicio no fue bien. En él, tía Nati lloró cuando el juez anunció el veredicto, pero fueron las caras de Milagros y José Luis, los padres de la chica, las que lo obsesionaron. Él lo desafió a mirarlo, pero Sergio no fue capaz.

El sonido del coche impactando contra el cuerpo de su hija no cesaba, nunca le daba una tregua, ni siquiera cuando el juez lo miró severamente y lo condenó a cumplir veintiséis meses encerrado en un centro de menores.

Todo lo que había sido importante hasta la fecha pasó a dar igual. Las notas, los amigos, las chicas, la jerarquía social, todo eso se había evaporado porque él había matado a una menor. Y algo que Sergio aprendió esa funesta noche fue que, cuando matas a alguien, tu visión de la vida, tus prioridades, cambian.

Los más de dos años en el centro se hicieron duros. La educación de tía Nati había sido severa, pero no lo bastante para prepararlo para Kevin y los otros chicos del centro. No llegaron a violarlo ni a darle palizas como en las películas de prisiones que había visto por televisión. A excepción de la que recibió al poco de entrar, cuando se negó a orinar en una pecera que decoraba la secretaría del centro —la fechoría formaba parte de la novatada de iniciación— y Kevin y su pandilla le destrozaron una rodilla a patadas. Esa sí dolió. Y dolería por el resto de su vida, porque Sergio nunca más volvió a caminar sin arrastrar la pierna. Ese día le sirvió para entender que aquella era una jungla en la que sobrevivía el más fuerte.

Acababa de hacer veinte años cuando terminó de cumplir la condena y le concedieron la libertad. Tía Nati estaba esperándolo con el coche listo para llevarlo a casa. Esa misma tarde fue a verlo Abel. Lo miró fijamente —unos ojos que decían *te debo una*— y después lo abrazó casi haciendo sentir a Sergio como si los últimos dos años hubieran sido un mal sueño. Se lo veía cambiado. Más fuerte, con un peinado diferente. Y definitivamente más maduro.

Abel se pasó la tarde bromeando para hacer reír a Sergio. No mencionó a Laura ni una sola vez y cuando Sergio preguntó por su novia, desvió la mirada y rápidamente cambió de tema.

Unos días después saltó el bombazo. Resultaba inevitable que acabara enterándose. Abel y Laura estaban juntos. Habían aprovechado su ausencia para conocerse mejor.

Para Sergio, esa traición era casi peor que la condena del juez. El fin de su vida.

Pero se equivocaba. Su vida no acabó con la traición de su novia y su mejor amigo, ni siquiera con el atropello de esa chica. Cuatro años después conocería a una hermosa mujer llamada Eva, que lo haría inmensamente feliz.

Con el tiempo, se mudarían a Madrid y hablarían de casarse juntos y formar una familia.

Un día, cinco años después de salir del centro de menores, y casi dos antes de que atropellaran a Eva y el mundo se derrumbara bajo sus pies, recibiría una llamada. Un número oculto.

La ignoraría.

Entonces el teléfono sonaría por segunda vez. Y él, pensando en una posible emergencia, contestaría:

—Soy José Luis Cava. Hace siete años mataste a mi hija. Tenemos que hablar.

20

8 de enero de 2022
Sevilla

John Everett se siente algo aturdido mientras avanza hacia el fondo del pasillo, donde, según el chico de la recepción, le espera su habitación.

Tiene los mensajes del cómic clavados en la mente y no deja de repetírselos.

Un cartel en la pared con los dígitos de su habitación indican que ha llegado a su destino. Ha sido un día largo, extraño… y John no piensa más que en tumbarse en la cama y cerrar los ojos.

A pesar del cansancio, no aspira a conciliar el sueño esa noche. No después de la conversación mantenida con Lorenzo Guirao en la sede de Papyre.

Nada más entrar, deja caer la bandolera sobre la cama y se apresura a salir a la terraza, donde se enciende un cigarrillo que consume con ansia. El taconeo que emiten los coches de caballos al atravesar el puente de Triana rompe el silencio. Hoy hay luna llena, pero ni siquiera el astro puede competir en resplandor con el campanario de la Giralda, faro de la ciudad.

John se habría deleitado con las vistas en cualquier otra ocasión, pero no esa noche. De vuelta a la habitación, arroja el mechero y el paquete de tabaco a la papelera. Acaba de comprarlos en el estanco de la esquina después de bajar del taxi, ya que, siguiendo las reglas básicas de quien está luchando por abandonar la adicción a los cigarrillos, no llevaba nada de eso encima.

«Uno y no más, lo juro».

Todavía con la ropa puesta y con el regusto áspero de la nicotina en la lengua, se deja caer sobre la cama. Es cómoda y sobria como el resto de la estancia, ahora que se fija. A pesar de contar con un tiempo escaso, Lorenzo ha podido encontrarle una habitación libre en un moderno y céntrico cuatro estrellas. No es que sea la suite del Four Seasons, pero ni falta que hace.

Lo único que necesita es una ducha muy caliente —que piensa darse en cuanto ordene sus ideas— y cerrar los ojos.

Pero antes de eso necesita un poco más de anestesia. La encuentra

en forma de botella de cerveza en el interior del minibar. Paga Papyre. Mientras bebe, sentado a los pies de la cama, desbloquea el móvil y accede al menú de llamadas. Debería darle un toque a Mónica. Ella ni siquiera sabe que está en Sevilla. John salió tan apresuradamente de Gredos, llevaba tal cabreo, que ni se molestó en poner a su novia al día. Por lo que a ella concierne, él sigue allí, trabajando en la autobiografía de Fabián Castro.

Con el dedo suspendido sobre el contacto de Mónica en la pantalla, John duda. ¿Debería contarle todo lo que acaba de descubrir? Nunca le ha ocultado nada, al menos nada que tuviera relevancia. «No tiene por qué saberlo —se dice—. Mañana a primera hora estaré camino de Ávila y a ojos de Mónica será como si este viaje no se hubiera producido».

No *debe* saberlo, en realidad.

Si Mónica se entera de la existencia de ese cómic y de los mensajes que ese tal D. C. Zola ha dejado en él, ¿qué ocurriría? John lo sabe muy bien, porque conoce a su novia. Mónica haría la maleta y se plantaría en Hoyos del Espino antes de que el sol se pusiera de nuevo. Él no podría hacer nada para detenerla. Y sería peligroso, porque John ya no está en Villa Pegaso para escribir las memorias de un millonario. Lorenzo se lo ha dejado muy claro. Ahora tiene la misión imposible de investigar un doble asesinato, lo que significa que corre peligro.

Y es por eso que no puede involucrar a Mónica, especialmente tras leer el contenido de la página diecisiete del cómic.

Aleja el dedo de la pantalla y vuelve a bloquear el terminal.

«Mañana la llamaré desde Villa Pegaso, si es que tengo cobertura».

Terminado el botellín, vuelve a dejarse caer sobre el edredón y relaja los párpados.

Los últimos días han resultado agotadores. Todo empezó con la llamada sorpresa de Guirao, en la que le pedía que se presentara en las oficinas de Papyre con su agente. A la mañana siguiente, Craig y él viajaron a Sevilla para conocer en persona al presidente de la editorial, un hombre con labia y dotes de titiritero, que rápidamente lo llevó a su terreno con el fin de conseguir lo que quería: la firma de un contrato editorial para redactar las memorias de Fabián Castro. Y allí se plantó, animado por Mónica y deslumbrado por el verde de los billetes que Guirao estaba dispuesto a pagarle, en plena sierra de Gredos, en el corazón de ninguna parte. Villa Pegaso es un lugar donde la hospitalidad de los anfitriones es casi tan fría como la temperatura.

Solo ha tenido tiempo para entrevistarse con Fabián Castro una vez, así que apenas han podido conocerse y casi no ha coincidido con Marta, la asistenta, Carmen, el hueso duro de roer que es la esposa de

Castro y Cecilia, la mosquita muerta que no tiene nada de mosquita, según intuye John. Esa ha sido toda su experiencia en la finca, porque a la mañana siguiente de llegar, muerto de frío y desesperado por encontrar su sitio en ese lugar apartado de la civilización, una camarera llamada Maite se fue de la lengua y le pegó el chivatazo que Lorenzo Guirao había tratado de ocultar: antes que él, Fabián Castro tuvo otro escritor, Abel Cardozo, cuya desaparición había revolucionado la zona un año antes.

Resulta que Cardozo es el hijo adoptivo de Guirao, con quien ya no mantenía relación antes de desaparecer. Para añadir picante al guiso, la mujer de Cardozo, Sol Monroe, estrella de la música pop, fue encontrada sin vida, unos meses antes.

Ahora, Guirao, convencido de que su hijo está muerto, se haya desesperado porque sea John quien investigue el caso, porque alguien que firma bajo el nombre de Zola ha escrito, un año después de la desaparición de Cardozo, un mensaje que implica al propio John.

Pero lo peor, la razón por la que John finalmente ha aceptado el encargo y que lo mantiene en vilo, el motivo por el que ha decidido no contarle nada a Mónica es el contenido del mensaje tras la viñeta de la página diecisiete del cómic de Spiderman.

Todavía sobrevuela en el subconsciente del escritor cuando, por fin, cae rendido a Morfeo:

Call To Action! Lea:
Mónica Lago tenía razón
Después de las ocho
Ávila
Solo Everett
- D. C. Zola -

21

9 de enero de 2022
Hoyos del Espino, Ávila

Cuando John se ha apeado del tren en Ávila por segunda vez, la cota de nieve no era tan elevada y el aire llegaba menos gélido. El cielo mantenía el tono azul brillante y el termómetro del taxi marcaba cuatro grados.

Al igual que en la última ocasión, Agustín iba al volante. John aún conserva la tarjeta que le dio el día de su primera visita, de modo que ha llamado al taxista desde el tren, para no tener que esperar al llegar.

Sin embargo, a diferencia de ese primer día, apenas han conversado durante el trayecto. Así lo ha pedido John, que sentía la necesidad de poner en orden sus ideas, de modo que se ha dedicado a repasar mentalmente lo que ha descubierto en el tren.

Un viaje de casi seis horas puede cundir mucho cuando se cuenta con un ordenador portátil, conexión wifi y un saco de preguntas. Para empezar, estaban esos misteriosos mensajes premeditadamente escondidos entre las páginas de ese cómic.

Busca a John Everett y él te llevará a mí.

En la página siguiente, una viñeta que llamaba directamente a la acción *(Call to action): Mónica Lago tenía razón*. Luego, una hora aproximada y la región, Ávila, donde se supone que, de alguna manera, se resolverá el misterio. Y por último, de nuevo una mención a su persona: *Solo Everett.*

Ambos mensajes firmados por D. C. Zola.

Él no tiene ninguna relación con Abel Cardozo, ni con Sol Monroe, y hasta hace dos días, tampoco con Fabián Castro, ni siquiera con Lorenzo Guirao. Aunque no puede asegurarlo, apostaría a que Mónica también está al margen —en muchos momentos del viaje se ha visto tentado de llamarla para preguntárselo, pero el riesgo de contarle la historia ha hecho que cambiara de opinión todas las veces—. Entonces, ¿por qué figuran los nombres de ambos en los mensajes? ¿Se puede ser menos preciso al ubicar un acontecimiento en Ávila más tarde de las ocho?

La única cosa que puede sacarse en claro de los acertijos tras el grafito —porque, en el fondo, no representan más que eso—, es que

ese tal Zola está involucrado en el caso de Mónica. «Mónica Lago tenía razón». Desde que descubrió los mensajes, John ha considerado que puede tratarse de una trampa, un señuelo para llevarlo a él a Villa Pegaso. Pero eso significaría que él es el principal objetivo de Zola y eso no tiene ningún sentido para alguien que cada noche se cuida de cerrar bien las puertas y las ventanas de casa para que no entren a robar. Como Mónica no se cansa de recordarle, no existe nadie más precavido y con aversión al riesgo que John Everett.

Lo primero que ha hecho, nada más encender el portátil y conectarse al wifi del tren, ha sido buscar D. C. ZOLA en Google.

Y a la primera, premio.

Resulta que Zola es un personaje de la factoría D.C. Cómics que apareció por primera vez en Wonder Woman —volumen cuatro, primer número— en el año 2011. Internet la describe como «una mujer joven que lleva dentro al hijo de Zeus. Wonder Woman toma a Zola bajo su protección e intenta luchar contra las fuerzas que podrían querer dañar a su bebé». Son palabras en chino para John, que no ha leído un cómic de D. C. en su vida y cuyo último contacto con un superhéroe fue la trilogía de *El caballero oscuro,* dirigida por Christopher Nolan.

No obstante, el hecho de que Zola sea un personaje de cómic es de por sí lo bastante revelador, teniendo en cuenta que los mensajes que llevan su firma fueron escritos en un cómic de superhéroes. Demasiada casualidad.

John lo ha anotado en su aplicación de notas, la que suele utilizar para recopilar ideas para sus novelas:

- D. C. Zola no es un nombre real.
- Seudónimo.
- Fanático de los cómics de superhéroes.

Luego ha vuelto a Internet y ha indagado sobre la vida de Abel Cardozo.

Todo lo que ha encontrado son noticias de archivo, réplicas, unas de otras, que informaban sobre su desaparición, en enero del año anterior.

Cardozo no conoció más hogar que distintos orfanatos de la zona —fue abandonado en la puerta de una iglesia al nacer— hasta que, con doce años, los Guirao lo adoptaron. De instinto curioso y con un coeficiente intelectual superior a la media, según palabras de su madre adoptiva, pronto destacó en el instituto a pesar de sus difíciles comienzos. Con veintidós años se licenció en periodismo por la Universidad de Sevilla con una nota media de ocho con cuatro. Ejerció la profesión por cuenta ajena hasta que, en 2018, pasó a ganarse el

pan como redactor *freelance*.

Su vida sentimental está marcada por su relación con la estrella de la música, Laura Estiarte, más conocida como Sol Monroe, con quien se casó en 2019 y cuyo cuerpo fue encontrado sin vida en su habitación del Ritz, en Madrid, al año siguiente. *¡La maldición de una pareja!* —escupe el titular de una revista del corazón de las que John tanto aborrece—. *Un año después de la muerte de Monroe, a su marido se lo traga la Tierra.*

La misma fotografía fue utilizada por todos los medios para acompañar la noticia: un primer plano de Cardozo mirando al infinito, con la cara ligeramente ladeada. «Será muy listo, pero posa como el culo», se ha dicho John, que tiene experiencia en fotografías de estudio para las contracubiertas de sus libros. En ese caso era un retrato bastante más actual que la foto enmarcada que vio en el despacho de Guirao. El paso de los años ensanchó su mentón y profundizó su mirada. En la instantánea seguía teniendo pelazo, eso sí, tan rubio y algo más largo que en la otra imagen, aunque con un principio de entradas que hacen pensar que, de seguir vivo, Abel se convertirá en uno de esos calvos de pelo largo al más puro estilo Tom Petty.

Aparte de todo ello, solo un par de columnas en periódicos digitales mencionaban el hecho de que Cardozo estuviera trabajando con Fabián Castro en el momento de su desaparición.

En resumen, nada que Guirao no le haya contado ya.

«La maldición de una pareja». John realiza el último tramo del camino con las enormes letras rojas de la revista del demonio centelleando tras sus retinas.

Esta vez es Marta quien lo recibe. Lo mira con la misma indiferencia que el otro día, como si no le diera importancia al hecho de que John haya estado todo el día fuera.

—Bienvenido de nuevo. Lo están esperando.

John pestañea. Mientras se quita los restos de nieve de las botas —haciendo caso a la señora de la casa, esa mañana ha pasado por una zapatería cercana a la estación de tren y se ha hecho con las más resistentes contra la nieve—, mira por encima de los hombros de la asistenta, pero no ve nada raro en el vestíbulo de Villa Pegaso.

—¿Esperando? ¿Quién?

—La traductora.

Marta se vuelve y señala con la mirada un rincón del vestíbulo. Junto a las escaleras, bajo un cuadro que evoca tiempos de las guerras isabelinas en Castilla, hay un sofá biplaza blanco adecuado para las visitas. Una niña permanece absorta en una revista de motos. No alza la mirada hasta que Marta le alza la voz.

—¡Disculpe! ¡Señorita!

La recién llegada levanta la cabeza como un gato que ve pájaros al alcance de sus garras. Al percatarse en él, sonríe. No es una niña, solo lo parece. Sus cortas piernas y la extrema delgadez le han jugado una mala pasada. Cuando ella deja la revista a un lado y se cuelga una mochila al hombro para acercarse a saludar, John sabe que la ha juzgado precipitadamente. Camina hacia ellos con un paso cadencioso, resuelto. Lleva puesta ropa informal: un jersey que habría estado de moda en los años ochenta y que le queda grande y unas botas forradas y atadas por encima de unos vaqueros de estilo pitillo. Sin esas altas suelas, que como mínimo le suman cinco centímetros de altura, seguro que le piden el documento de identidad en más de una discoteca. Escondidos entre una maraña de cabello oscuro y espeso, dos ojos claros y brillantes parecen tratar de perforarle la mente mientras le estrecha, para sorpresa de John, la mano. Tiene la piel fría, blanca como el papel.

—Yasmín Roca —se presenta con voz cantarina—. Un placer conocerlo. Seré su traductora desde hoy.

Aunque resulta innecesario, John responde con su nombre. De pronto, algo se desliza de la mano de ella hasta la suya cuando él la separa. ¿Acaba de guiñarle un ojo?

—La señorita Roca tiene pagada una habitación en el Milano Real, abajo, en el pueblo —señala Marta—. Vendrá todas las mañanas a las ocho y trabajará con usted en el texto. Su jornada es reducida y solo se quedará hasta la una de la tarde, a no ser que usted, de manera excepcional, requiera de sus servicios también por la tarde, en cuyo caso tendré listo un plato extra de comida. Si, por el contrario, el señor no necesita los servicios de la traductora, simplemente dígaselo a ella directamente y podrá dedicar la mañana a lo que ella quiera.

Tras la explicación, la asistenta mira a ambos, alternativamente, para asegurarse de que todo está claro. La joven traductora asiente y sonríe con cierto sonrojo en las mejillas. John no aparta la mirada de ella. Algo le sugiere que la recién llegada no está diciendo toda la verdad. Y ese algo es el trozo de papel que en ese momento está dando vueltas en el interior de su mano.

—El señor Castro los espera a ambos dentro de… —la asistenta comprueba su reloj, un Casio digital—, ¡justamente una hora! —vuelve a hablarle a la nueva—: Señorita, puede aguardar aquí mientras tanto. Ahora le saco algo de fruta para amenizar la espera.

John la interrumpe para despedirse cortésmente de ambas, avisando de que esperará en su habitación. Mientras camina hacia el pasillo que comunica el vestíbulo con el ala del servicio, desdobla el papel que acaba de pasarle la joven. Espera encontrarse con su número de teléfono o una propuesta para quedar más tarde para cenar

—haciendo un cálculo rápido, él debe de sacarle más de diez años, pero algunas fans pueden llegar a ser muy desvergonzadas— pero aun así se sorprende por lo que lee:

> Señor Everett —dice la nota—, arrégleselas para llevarme a solas a su habitación.

Se detiene a mitad de camino. Confuso, se vuelve para aclararlo con ella.

—Disculpa, ¿señorita Yasmín? Me parece que se ha…

—¿Qué? No le entiendo bien —interrumpe ella al momento, como anticipándose a la confusión de Everett—. ¿Puede repetirlo?

John vuelve a abrir la boca para aclarar el curioso malentendido, pero ella lo fulmina con la mirada. Sus ojos penetrantes están enviándole un mensaje claro y diáfano:

«No hagas preguntas y lee lo que pone».

Confundido y bajo la atención de Marta, que parece perdida, John baja la mirada para leer la nota, oculta por sus propios dedos.

—Marta —habla cuando termina de leer—: no es necesario que prepare esa fruta para la señorita Yasmín. Esperará en mi habitación, si a ella le parece bien. Quiero repasar unos textos antes de la reunión con el señor Castro.

A la asistenta casi no se le nota la sonrisa pícara que está a punto de explotar en su rostro. Muy profesional, asiente con la cabeza mientras Yasmín se reúne con él dando pequeños saltitos. Si las pupilas hablaran, los de ella estarían gritando: «¡Tenemos que hablar!».

> Señor Everett, arrégleselas para llevarme a solas a su habitación. No reaccione de ningún modo cuando termine de leer esto. No soy traductora. Estoy aquí para ayudarlo. No le han contado todo sobre Abel Cardozo.

22

9 de enero de 2022
Hoyos del Espino, Ávila

John Everett nunca ha sido de los de llevarse a mujeres desconocidas a su piso. Ni siquiera durante su Erasmus en Praga, época en la que los estudiantes tienden a desmelenarse. John tenía muchos dones, casi todos artísticos e intelectuales, pero la seducción no era uno de ellos. Tan poco se prodigaba en asuntos de faldas, que Fabio, su compañero de habitación de origen napolitano le tomaba el pelo, insinuando la asexualidad del futuro *bestseller*.

En esta ocasión, cualquiera diría que John ha sido tocado por la Diosa Fortuna. Yasmín Roca, a pesar de las rarezas que la acompañan de un rápido vistazo, sería vista por cualquier hombre como una excelente opción de compañía femenina.

Solo que Yasmín no está en su habitación para desahogar las penas bajo las sábanas en un inconsciente juego de borrachera, como solía suceder con los otros estudiantes de Erasmus, compañeros de John, que está a punto de comprobarlo.

—¡Gracias a Dios que lo he encontrado! —susurra ella, nada más cerrar la puerta, con las pupilas trémulas por los nervios.

John se ha quedado tras la mesa abatible, observando desconcertado a la chica. En Madrid, Mónica suele aprovechar para aconsejarlo sobre seguridad doméstica: «Si alguna vez te ves atacado en casa, asegúrate de colocarte tras un mueble, como por ejemplo un sofá, y de tener a mano algún arma; la cocina, donde siempre hay cuchillos, es sin duda la mejor elección». Él no tiene cuchillos a mano y el rincón de la tetera y la cafetera no puede considerarse una cocina, pero se ha hecho con el cenicero de cristal que espera sobre la mesa.

Hace solo unos minutos que ha leído la nota que la joven le ha pasado durante el apretón de manos y le ha parecido que esa mujer estaba loca. Sin embargo, cuanto más lo piensa, más se convence de que el mensaje oculta algo más. «Señor Everett, arrégleselas para llevarme a solas a su habitación. No reaccione de ningún modo cuando termine de leer esto. No soy traductora. Estoy aquí para ayudarlo. No le han contado todo sobre Abel Cardozo». Lleno de incertidumbre, ha decidido hacer exactamente lo que decía la nota.

Ahora Yasmín está con él en la habitación, con la respiración agitada por la emoción, los nervios… o el miedo. A la cálida luz natural que entra por la ventana, John se sorprende al constatar que en realidad su fuerza nace de unos rasgos sorprendentemente salvajes. Solo su mirada es dulce, con una vulnerabilidad que no obstante logra conservar cierto aire de misterio.

—Antes de nada debo advertirle, señor Everett…

—Por favor, tutéame. ¡Espera! ¿Advertirme de qué?

Bajo la atónita mirada de John, ella saca un bloc de notas y un bolígrafo de su mochila y se pone a escribir.

—Oye, pero ¿qué haces?

Le enseña lo que ha volcado sobre el papel.

Manténgase callado y busque en todos los rincones de esta estancia. Encontrará la prueba de que lo tienen vigilado.

John nota que su temor aumenta. «¿Que mire en los rincones de mi habitación?» Tiene la impresión de estar ante una especie de truco de magia barato.

Ella escribe algo más:

Eche un vistazo, no le cuesta nada.

Desconcertado, John busca detrás del televisor, en los cajones y debajo del sofá. No encuentra nada. «Pero ¿qué esperabas?» Empieza a plantearse que quizá esa chica de verdad sufra de algún tipo de síndrome. Pero entonces accede al dormitorio y palpa algo tras la mesa de noche. Es duro y pequeño. Lo saca de su escondite y se queda mirándolo extrañado. Es un objeto de plástico, negro y del tamaño de un arándano. No lo ha visto en su vida.

Ella abre mucho los ojos y suelta una carcajada silenciosa cargada de satisfacción propia y decepción ajena.

¡Lo sabía! Le ha colado un micro, escribe.

—*¿Un micro?* —se hace entender John moviendo los labios, a la vez que observa con interés el arándano de plástico—. *¿Quién?*

Negando con la cabeza, visiblemente incrédula, Yasmín lo escribe en el bloc:

¡Lorenzo! Ese viejo chalado…

Él da un paso al frente y vuelve a contestar con los labios:

—*Espera. ¿Conoces a Lorenzo Guirao?*

La mirada de Yasmín es intensa.

Airado, John se acerca a la ventana. La abre y arroja el dispositivo de espionaje a la nieve.

—¿Guirao estuvo aquí, en mi habitación? —habla ahora John en voz alta, con indignación—. ¿Y por qué me ha dejado ese chisme? Yo no tengo nada que ocultar.

Trata de pensar con lógica. Seguramente ocurrió antes de que lo contratara, en alguna reunión previa que tuvieron Castro y Guirao en

la residencia para cerrar los detalles del contrato.

—Puede que no, pero quiere saber en todo momento con quién habla y lo que pregunta. No deja nada al azar.

Al hablar, el acento andaluz de la chica rebota en las paredes y hace que su voz suene hueca.

—No se fía de mí.

John se siente decepcionado.

—Digamos que hay mucho en juego. Abel Cardozo era la vida entera para Guirao.

—Sí, me lo dejó claro. —Lanza una mirada escéptica a la chica—. Entonces ¿de verdad no eres traductora?

Ella lo confirma.

—Aunque sí hablo los dos idiomas con fluidez —apunta.

—¿Trabajas para Guirao?

Hace una mueca.

—Es una manera de verlo. —Ahora es ella quien se aproxima. Le acaricia el antebrazo, pero él la aparta—. John, debe saber que no ha sido escogido por sus dotes narrativas.

—Lo sé. Guirao me contó que su hijo está desaparecido. Cree lo asesinaron en la época en la que él trabajaba para Castro.

—Ya… y le ha pedido que investigue el caso, ¿a que sí? —dice acercándose aún más a él. Su aliento huele a café.

—En efecto.

—¿Se ha preguntado por qué?

—La policía no es capaz de encontrar el cuerpo de ese chico. Además… —John está a punto de mencionar los mensajes en el cómic con los que Lorenzo ha terminado de convencerlo, pero enmudece de inmediato. No la conoce de nada como para hablarle de la presencia de su nombre en dichos mensajes o de los problemas judiciales de Mónica. Al fin y al cabo, se trata de alguien que ha mentido sobre su profesión para acercarse a él. Incluso a John, de quien todos han dicho siempre que es fácilmente manipulable, se le han encendido todas las alarmas.

—Además, ¿qué?

—Nada. Solo eso.

—Vale, la policía no es capaz de ayudar a Guirao en el caso de su hijo. Pero, le pregunto de nuevo: ¿por qué usted? ¿Y por qué ahora?

—No comprendo la pregunta. Y debo insistir en que me tutees, por favor. Me haces sentir incómodo.

Ella carraspea extrañamente avergonzada. Después se saca del bolsillo del pantalón vaquero un folio y comienza a desdoblarlo. El papel contiene dos manchas hechas con un lápiz y de tamaño considerable. En ambas manchas pueden advertirse los mismos mensajes semiocultos en el cómic de Spiderman que Lorenzo le mostró

ayer, ambos firmados por D. C. Zola:

Busca a John Everett y él te llevará a mí
Call To Action! Lea:
Mónica Lago tenía razón
Después de las ocho
Ávila
Solo Everett

Durante unos segundos, John se queda mirando desconcertado los mensajes. «¿Ella también lo sabe?» Tiene la sensación de ir un paso por detrás de esa mujer, sea quien sea en realidad.

La voz de Yasmín se convierte en un susurro.

—¿Entiendes ahora —dice con el rostro desbordante de impaciencia— por qué el viejo tenía tanto interés en traerte a este pueblo y por qué quiere tenerte controlado?

John abre la boca, pero no llega a decir nada.

—Lorenzo ya te había enseñado estos mensajes, ¿me equivoco? —adivina ella.

John asiente. Después, notando que su desconcierto va dando paso al enfado, pregunta en voz alta:

—¿Por qué me habrá puesto ese micro? ¿Acaso sospecha de mí?

—Creo que a estas alturas, el viejo sospecha de todo el mundo.

—¡Está claro que yo no pinto nada en todo esto!

Yasmín abre mucho los ojos como cuestionando esa afirmación.

—No es por nada, John, pero tu nombre aparece en este mensaje tan misterioso. Es un buen motivo para que Lorenzo albergue ciertas sospechas hacia ti.

John la mira de arriba abajo.

—¿Y tú?

—Yo, ¿qué?

—¿Sospechas de mí?

—Sé que tú no tienes nada que ver en lo que le pasó a Abel. Pero sí creo que, por algún motivo, ocupas un lugar importante en este extraño misterio.

John da un paso atrás.

—No lo comprendo. ¿Por qué me estás contando esto? ¿Por qué me ayudas?

—Porque creo que mereces saber la verdad, si finalmente vas a meterte en la boca del lobo. —Yasmín baja la mirada un momento y vuelve a mirarlo a los ojos—. Y también porque en parte es culpa mía que estés aquí.

—¿Cómo? ¿Es culpa tuya que ese Zola me aludiera en el mensaje que dejó en el cómic de Guirao?

Ella niega con la cabeza, molesta, como si no fuese capaz de hacerse entender.

—¡Ese mensaje no iba dirigido a Lorenzo! Fue un error que él lo viera primero. El mensaje era para mí.

John tarda unos segundos en asimilar la información.

—Lo siento, pero no te sigo.

—Lo que digo es que los mensajes en el cómic no eran para Lorenzo, sino para mí. Creo que Abel lo planificó todo muy bien, pero no pensó en la posibilidad de que el viejo fuera el primero en encontrar sus mensajes. —Se detiene un momento, consciente de su revelación.

—Perdona, ¿acabas de decir Abel?

Ella se lo queda mirando con cara de circunstancias.

—¿No sabías ese dato? Claro, olvidé que el viejo también lo desconoce. Los mensajes en el cómic fueron dejados por el propio Abel Cardozo.

23

16 de septiembre de 2020
Madrid

Tía Nati siempre decía que Sergio tenía una habilidad especial para llevarse bien con las personas y ganarse su confianza. Según ella, no había la menor duda de que Sergio se ganaría la vida en un puesto de relaciones públicas. Porque, aparte de unos sólidos principios cristianos, el don de gentes era la herramienta más importante que puso Dios a disposición del ser humano, para construir sociedades y civilizaciones prósperas.

Sergio sabía que no era un don. Si bien era verdad que a lo largo de su vida había entablado importantes amistades y relaciones con aparente facilidad, lo cierto era que siempre le había costado trabajo estar a la altura de Laura, Abel y el resto de personas que fueron cruzándose en su camino.

Después conoció a Eva y con ella vinieron tiempos mejores, en los que no necesitaba esforzarse para encajar y ahora iba a tener que aplicarse de nuevo.

Desde que el portátil tintineó hasta que abrió el servidor de correo para revisar la correspondencia, pasaron varias horas. Y eso que había configurado la herramienta para que solo la avisara cuando le llegara un email de la agencia, que al fin y al cabo, eran los únicos emails que le importaban. Y a veces, ni siquiera esos.

A pesar del tintineo, Laura se había tomado tiempo para echar una reparadora siesta que la ayudara a paliar la resaca de la noche anterior —afortunadamente, dormir en la cama del Ritz era como hacerlo sobre una nube—, darse un baño siguiendo su ritual (espumas, aceites, velas y Nina Simone de hilo musical) y ponerse guapa para las siete, hora en que su *manager* pasaría a recogerla para asistir a un acto promocional de su último *single*. Era una palabra elegante que le gustaba emplear. *Manager*. Sonaba *cool* que te mueres.

Quedaban algo más de diez minutos, lo justo para colocarse un mechón rebelde del flequillo y apurar con un poco más de laca. Le gustaba el modelo que le habían enviado para esa noche; un conjunto chaqueta pantalón de Carolina Herrera en color azul turquesa, cuyo

toque picante se encontraba bajo la chaqueta: un top de encaje que ensalzaba su pecho y dejaba a la vista el precioso bronceado de la zona del ombligo. Tras mirarse desde varios ángulos, llegó a la conclusión de que era una imagen de ella mucho menos provocativa que la que mostraba en los videoclips y los conciertos —en los que las piernas desnudas, su marca personal, no fallaban nunca—, pero elegante para una noche con *los que mueven el negocio*, como ella los llamaba.

Iba a salir por la puerta cuando se acordó del tintineo de antes. Repasó el asunto del email por encima con la intención de no abrirlo. «Voy a ver a la agencia ahora, ya me lo dirán en persona», pensó. El texto del asunto le hizo cambiar de opinión.

Laura, un tal Sergio Palacios dice que es importante

Enderezó la espalda y notó al instante que le subía el calor en las mejillas.

El teléfono móvil empezó a sonar sobre las sábanas. Era su agente. Daban las siete pasadas y la estaban esperando.

Leyó el email. Era breve. Sergio, a quien hacía mucho que no veía —por razones muy comprensibles—, pedía hablar con ella personalmente. Seguía refiriéndose a ella como Laura y no por su seudónimo, como el resto del mundo a excepción de Abel, su agente y su familia. Al final del mensaje dejaba su número de teléfono personal. «Es sobre lo ocurrido a partir del 2009». Laura aspiró hondo y por un momento pensó en mandar el email a la papelera de reciclaje para no tener que enfrentarse a su contenido.

2009 fue el año del atropello. Ella se había ido a Inglaterra con su amiga Begoña y a su vuelta, Sergio había sido encerrado en un centro para menores. Abel se portó entonces muy bien con ella, ocupó el lugar de Sergio y todo pasó a mejorar a la velocidad del rayo. Puede que la mejora tuviera que ver con que Sergio ya no estuviera en su vida, en ocasiones lo creía. No era que pensara en Sergio como una mala persona, pero podía decirse que llevaba la tragedia con él, como el niño que arrastra un globo tirando de un cordel. Años después se enteró de que la chica con quien Sergio iba a casarse había muerto arrollada por un camión y en todo ese tiempo sus vidas no se habían cruzado, hasta que el otro día lo vio en los alrededores del Retiro mientras ella disfrutaba de un *brunch* con las amigas. Le había dado la impresión de que él no la había visto a ella, o al menos que no la había reconocido con las gafas de sol puestas, pero ahora había llegado ese misterioso email y Laura empezaba a dudar.

Se sentó con pesadez en la cama y alargó la mano hacia el teléfono. En ese momento volvió a llamar su agente, que, conociendo

lo maniática que era con la puntualidad, debía de estar de los nervios. Sopesó hacerle caso y abandonar la habitación para atender sus compromisos laborales. Algo hizo que sus dedos se deslizaran sobre el teclado y marcara el número que figuraba en el email.

Él se mostró callado al principio de la conversación, sorprendido o enfadado, es algo que ella nunca sabría. El caso es que solo respondía con monosílabos y palabras sueltas, incluso cuando ella le dio el pésame por el fallecimiento de su novia.

—Me gustaría que nos viéramos en persona —le soltó en un momento dado. De haber estado de pie, Laura habría retrocedido.

—Estaré en Madrid hasta el sábado. Entonces volaré hasta la sierra de Gredos, donde empezaré a preparar el nuevo álbum con la productora.

Se dio cuenta de que se estaba comportando como una estúpida, hablando de trabajo con alguien que había sido muy importante para ella en un tiempo y que ahora seguramente estaría destrozado. A decir verdad, no le apetecía nada verlo, pero algo dentro de ella le decía que se lo debía. Su agente ya estaba en el pasillo aporreando la puerta con insistencia, de modo que, movida por las prisas, al final, Laura quedó en enviarle un mensaje a Sergio con el nombre de su hotel y el número de su habitación. Después colgó y salió al rellano para aguantar la bronca de la mujer que, durante toda la semana la había estado siguiendo como una vendedora de seguros. Laura no prestó atención a nada de lo que ella le decía, pues aún tenía la cabeza en la extraña conversación que acababa de mantener con él.

Sergio colgó y se quedó pensando. La calle que atravesaba su vida se estrechaba y pronto se cerraría del todo. Entonces no habría marcha atrás. Así era y así lo deseaba.

Sergio Palacios había recibido pocas llamadas realmente importantes a lo largo de su vida, pero esa, desde luego, había sido una de ellas.

Otra que sin duda podía estar en ese reducido grupo le había llegado de la manera más inesperada, casi tres años antes. Sergio se encontraba ordenando el cuarto trastero de casa.

Soy José Luis Cava. Hace siete años mataste a mi hija. Tenemos que hablar.

Abril de 2018
Sevilla

Los días comprendidos entre la llamada y el encuentro apenas había

conciliado el sueño. Estaba a punto de verse en persona con el padre de la chica a la que habían atropellado, un hombre que tenía razones de peso para desearle lo peor, incluso la muerte. No podía juzgarlo.

Justo ahora que estaban cesando las pesadillas, ahora que por fin dejaba atrás esas horribles imágenes —el brazo doblado en un ángulo imposible, el volante de la falda de la chica manchado de sangre— llegaba esto. ¿Tuvo alternativa? Era posible que hubiera podido posponer el encuentro hasta que el señor Cava se hubiera dado por vencido, aunque algo le decía que ese hombre no habría parado hasta hablar con él. Por otra parte, Sergio se sentía empujado a tener esa conversación. Se lo debía. A Cava, pero también a él mismo. Quizá mirando a los ojos del hombre cuya vida había arruinado podía borrar el desafiante gesto que este le había dedicado durante el juicio varios años atrás.

José Luis Cava ya lo estaba esperando cuando Sergio llegó esa mañana de sábado al lugar elegido para el encuentro: el templo de Debod de Madrid. El bucólico mirador hacia la Casa de Campo, desahogo natural en pleno centro de la capital, era uno de los destinos preferidos para los turistas. Esa mañana de sábado primaveral, además, la temperatura invitaba a sentarse a una terraza a disfrutar de un buen vermut, de modo que podía decirse que Cava no podía haber escogido, a propósito o no, un lugar de encuentro más atestado de testigos. Era algo que tranquilizaba a Sergio, en parte.

Cava observaba las copas de los árboles de la Casa de Campo, sentado en un banco de espaldas a la entrada del parque, cuando Sergio se detuvo vacilante a su lado. Solo cuando el hombre se levantó y le estrechó la mano, Sergio pudo relajar los puños y los músculos de la mandíbula.

—Gracias por venir —fue el escueto saludo del padre de la chica. Dadas las circunstancias, una bienvenida al nivel de la recibida por un medallista olímpico a su llegada a la terminal.

Aunque habían pasado pocos años, se lo veía envejecido desde la última vez en el juzgado. El frondoso cabello negro era ahora un lacio flequillo grasiento de color de la ceniza y bajo los ojos, dos bolsas grises tiraban hacia abajo conformando una mirada caída y triste. Daba la impresión de que vivía recogido en sí mismo. La espalda, encorvada, parecía cargar con el peso de los recuerdos de su hija ausente. Llevaba puesta una chaqueta de punto y una camisa de cuadros que daban a entrever que el hombre al que abrigaban había perdido varios kilos últimamente. En contraposición con la de Sergio, resbaladiza por el sudor, la mano de Cava estaba seca y fría como la piel de un reptil.

Tras el saludo, ambos se sentaron en el banco. Como Sergio no sabía qué decir, dejó que él hablara.

—Pensé que el paso del tiempo mitigaría el dolor por la pérdida de Carlota, pero no ha sido así. —Era un mal comienzo. Años más tarde, tras la muerte de Eva, Sergio tendría la oportunidad de confirmar la afirmación de ese hombre. Demonios, cómo lo habría comprendido entonces…—. Dime, ¿tú piensas en ella alguna vez?

¿Que si pensaba en ella? Cada vez que cerraba los malditos ojos veía el cuerpo maltrecho de Carlota Cava sobre la calzada. Ahora ella tendría unos veinticinco años, si no le fallaban las cuentas, pero era difícil pensar en ella de esa manera. Se preguntaba qué aspecto tendría, pero lo que siempre veía era la adolescente que atropellaron. Se limitó a bajar la mirada y asentir.

—Ambos sabemos que no fue tu culpa. —Sergio se irguió. No esperaba ese comentario. «¿Sabe que fue Abel?»—. El control de alcoholemia aseguró que esa noche no habías bebido… y además, el semáforo estaba en verde para ti. Carlota no debió haber cruzado…

Se le quebró la voz.

—Señor, eso no es así. —Sergio estuvo tentado, ante la vulnerabilidad mostrada por el hombre que luchaba por contener el llanto junto a él, de contarle la verdad. Que fue Abel quien conducía. Que su amigo, ya mayor de edad, sí que había bebido esa noche. Y también que circulaba a mayor velocidad de la permitida. Tuvo el tiento de contenerse en el último momento—. Yo… iba conduciendo sin licencia. Fue un error que pasara por ese cruce en ese preciso momento.

—Y cumpliste tu penitencia con creces. —Cava dejó caer su mano sobre la de Sergio y a este se le erizó la piel—. Admito que te odié durante años. ¿Qué otra cosa podía hacer? A veces necesitamos volcar nuestra ira en alguien para superar una tristeza de tal magnitud como es la muerte de una hija. Pero después, con el paso de los años, comencé a ver las cosas desde cierta perspectiva. Tú no hiciste nada malo, más allá de una travesura inocente. ¿Sabías que un día, Carlota me cogió el coche sin avisar, para ir al cine con una amiga y que tampoco tenía edad para conducir? ¿Y si ella hubiese atropellado a un chico?

Sergio lo escuchaba sin pestañear. Si no era para desahogar su dolor contra él, insultarlo, amenazarlo, desconocía para qué lo había hecho acudir a su encuentro, pero se moría por descubrirlo.

—Si alguien hubiese encerrado a mi hija en un centro de menores durante dos años por conducir sin carné, me habría parecido una injusticia.

—Aun así, he arruinado su vida, señor.

—¿Sabes lo que creo? Creo que eres un buen chico.

Sergio ladeó la cabeza. Aquello no tenía ningún sentido.

—Era noche cerrada y nadie vio el atropello. Pudiste haberte dado

a la fuga y seguramente no habría sido posible inculparte. En lugar de eso, te quedaste a esperar a la ambulancia y a la policía, sabiendo que te arrestarían de inmediato. Como he dicho, Sergio, eres un buen chico.

«Pudiste haberte dado a la fuga». Ese comentario le atravesó el pecho y le acertó de pleno en el corazón. Pensó en Abel y en su plan. En el miedo que había en sus ojos al comprender que acababa de atropellar a una menor de edad por conducir bebido. Pensó en cómo lo cogió de los hombros mientras lo miraba con fijeza. En las palabras que habían hecho que Sergio cediera y asumiera la culpa del atropello, permitiendo que Abel huyera por el bosque y se fuera de rositas. Fue mediante aquella odiosa amenaza como su — entonces— mejor amigo lo metió en problemas.

«Principios de verano —había dicho Abel con voz temblorosa y teatral para recalcar la gravedad del asunto. Solo de recordarlo, Sergio sentía escalofríos. Después continuó—: Recuerda lo que hicimos y a quién se lo hicimos. Recuerda las consecuencias de aquello y ahora piensa en cómo reaccionaría cierta persona si llegara a enterarse. Por eso lo llaman mentira piadosa, así que ten cuidado. ¿No te parece que es preferible cargar con este peso en lugar de que todo aquello salga a la luz?»

—Carlota no iba borracha esa noche —continuó Cava.

—¿Cómo dice?

—Tú no llegaste a enterarte, demasiados problemas tenías encima. Lo descubrieron en las muestras de sangre obtenidas durante el examen forense. Mi hija falleció a causa del impacto contra la carrocería, eso es evidente, pero no iba borracha. —Sus ojos se pararon en los de Sergio—. La habían drogado.

Sergio no dijo nada, de modo que el hombre continuó.

—Su nombre científico es escopolamina, aunque popularmente se conoce como burundanga. Alguien le metió esa mierda a mi hija en la bebida. No sé si conoces sus efectos.

Sergio se encogió de hombros y tragó saliva. No quería saber.

—Es una hierba que, en dosis adecuadas, puede reducir la voluntad y la memoria de quienes la ingieren. La llaman la droga zombi. No es de extrañar que se empleara durante la Segunda Guerra Mundial como suero de la verdad.

—Comprendo.

—Los forenses no solo encontraron escopolamina en la sangre de Carlota. También tenía lesiones genitales. —Levantó las cejas en un intento de detener las lágrimas, pero no lo consiguió. Sergio apoyó la mano en su hombro. Cuando se calmó, el hombre apuntó a modo de resumen—: Carlota fue drogada y violada esa noche. El verdadero culpable de su muerte no eres tú.

Sergio Palacios asintió con la mirada fruncida. Ya empezaba a comprender el motivo de la reunión y no le gustaba en absoluto.

—La policía no encontró a ese malnacido. Era como si, tras violar a mi hija, se hubiera volatilizado. Al cabo de unos meses empezaron a reducir los fondos dedicados al caso y con el tiempo dejaron de buscar.

—Qué lástima. Lo siento por usted.

—No me di por vencido y continué la búsqueda por mi cuenta.

—¿Cómo lo hizo?

—Contraté a un equipo de detectives privados con el dinero que tenía ahorrado para la universidad y la boda de mi hija. —Hizo un gesto extraño con las cejas. «Un dinero que ya no iba a necesitar», expresaban—. Lo encontraron hace unas semanas.

—No me joda. Con perdón. ¿Lo ha encontrado?

—Su nombre es Joaquín Ortiz. Resulta que es un directivo de un club de fútbol de primera división. Un pez bastante gordo. Ese hijo de puta podía tener prácticamente lo que quisiera y sin embargo decidió joderle la vida a mi hija. Y de paso, a todos nosotros.

—Perdone, señor Cava, pero ¿está usted seguro de esto?

Los ojos de Cava se pararon en los de Sergio, que sufrió un estremecimiento.

—Tengo pruebas para tumbarlo ante un tribunal a las primeras de cambio.

—En ese caso, ¿por qué no acude a la policía con las pruebas y lo denuncia?

—Porque no confío en el sistema judicial de este país. —Su frente se arrugó como un acordeón—. Lo meterían en la cárcel y en menos de diez años estaría fuera por buena conducta. Entonces podría hacerle lo mismo a otra chica y la muerte de mi hija no habría servido para nada.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó Sergio, temiéndose la respuesta. Le vio un centelleo en los ojos al mirarlo y lo que leyó en ellos no le gustó.

—Vas a encontrarlo tú. Vas a atraparlo. Y me lo vas a traer con vida.

24

9 de enero de 2022
Hoyos del Espino, Ávila

John se ha quedado embobado mirando los mensajes en la copia de papel que sostiene Yasmín. «Solo Everett». ¿Así que D. C. Zola es en realidad Abel Cardozo? Por más vueltas que le da, no se le ocurre por qué ese tipo escribiría su nombre en un mensaje de socorro.

—Si lo que dices es cierto, ¿por qué firmó con un seudónimo? ¿Y por qué tomarse la molestia de buscar un cómic descatalogado para escribir los mensajes? —Son dos de las muchas preguntas que le brotan en la mente.

—El Spiderman no significa nada. Abel escogió ese cómic como medio de transmisión del mensaje, para asegurarse de que yo y solo yo lo descubriera lo antes posible.

John empieza a encajar algunas piezas. Aunque aún no tiene claro que Yasmín Roca no haya perdido la cabeza, al menos comprende por qué ha acudido a él. «Busca a John Everett y él te llevará a mí». Según parece, ella piensa que Abel Cardozo le dejó un mensaje encriptado en el que la conminaba a encontrarlo a él.

—Pero ¿por qué dices que el mensaje iba dirigido a ti?

—Por Spiderman —responde ella en un suspiro—. Siempre fue mi superhéroe favorito. El suyo es Superman. Abel y yo debatíamos constantemente sobre quién de los dos vencería en una lucha a vida o muerte. Él ha usado a Spiderman para llamar mi atención.

—Un momento. ¿Me estás diciendo que Abel Cardozo sabía cuál es tu superhéroe favorito?

Yasmín sonríe.

—Lo siento. Sé que no estoy explicándome bien. —La chica hace una pausa y John capta una repentina melancolía en su voz, un pasado doloroso atrapado justo debajo de la superficie. Al parecer, Yasmín y Cardozo tenían algún tipo de relación especial. Contempla a la singular mujercita de cabellera indómita que tiene delante. No conoció a Cardozo para formarse una opinión acerca de si hacían o no buena pareja, aunque, si no recuerda mal, su mujer murió hace poco más de un año. John no entiende nada, pero no le agrada el camino que está tomando la conversación—. Abel y yo llevábamos meses sin

hablarnos. La madrugada del día cuatro, cuando vi ese cómic en la sección *Los diez más vendidos* de mi librería, supe que estaba intentando enviarme un mensaje.

—¿Por lo de los superhéroes?

—Sí. Y por la firma.

—D. C. Zola. Ya sé que Zola es un personaje que aparece en la serie de *Wonder Woman*, que pertenece al universo *D. C. Comics*.

Yasmín abre mucho los ojos y sonríe de nuevo.

—¡Muy bueno! Esa no era fácil de ver, ¿sabes? Pero lo cierto es que D. C. Zola es el nombre de Cardozo.

—Pero si se llamaba Abel. No entiendo nada.

Ella mira hacia el techo. De pronto, está ruborizada.

—D. C. son las iniciales de Débora C. Cuando éramos pequeños jugábamos a formar nombres con nuestras identidades reales y a partir de ahí creábamos personajes ficticios. Yo era Roy S. Mancía, que, si te fijas, es un anagrama de Yasmín Roca —explica con un brillo especial en los ojos—. Débora C. Zola es el seudónimo que utilizaba él.

—Un anagrama de Abel Cardozo —murmura John, perplejo.

—Es una chorrada, ya lo sé. Eran cosas de críos.

—¿Ya os conocíais de pequeños?

—Un poco —dice ella, a quien se le han afinado los labios y le tiemblan ligeramente—. Abel Cardozo es mi primo.

25

9 de enero de 2022
Hoyos del Espino, Ávila

Encerrada con John Everett en su habitación de la finca, Yasmín Roca piensa en lo extraña que es la vida. Le habría gustado que el encuentro íntimo con uno de sus escritores favoritos —y hombres, en general— hubiera tenido un motivo más acorde a una película romántica y no a una trama de misterio y crimen. Ahora que ha empezado a contárselo todo y lo ve tan agobiado, empieza a dudar de si ha actuado bien acudiendo a Villa Pegaso.

Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

En ese punto de la conversación, Yasmín se pregunta cuánto tardará Everett en atar el siguiente cabo: si Abel y ella, siendo primos, tenían una relación tan cercana como para que él acudiera a ella en el momento más urgente de su vida, ¿cómo es que llevaban tanto tiempo sin hablarse? Es una duda razonable y, después de todo, el escritor merece una explicación.

Durante muchos años, Abel lo significó todo para ella. Eran uña y carne, como se suele decir. Pero un buen martillazo puede quebrar la uña en mil pedazos y dejar la punta del dedo desnuda, ensangrentada y extremadamente sensibilizada. Es como quedó su relación a partir de una mañana de abril.

Ve ante sí el Peugeot de Abel detenido bajo la pasarela que cruza la autopista. También ve a su primo. Él la ha visto y acelera el paso hacia donde está ella. Lleva la camisa empapada de sudor. Como cada vez que lo rememora, Yasmín cierra fuertemente los ojos e intenta borrar la imagen de su mente. Era una época en la que Abel había significado todo para ella. Por aquel entonces, él ya no se hablaba con su padre por culpa de la relación que mantenía con Laura y Yasmín se había convertido en una especie de confidente, un hombro en el que desahogarse cuando lo necesitaba. A pesar de que ya vivía con Laura —convertida entonces en Sol Monroe—, en realidad él nunca llegó a abrirse a ella como sí lo hacía con Yasmín, a modo de ver de esta. Ahora Abel Cardozo es un desconocido. Su relación dejó de existir en un instante, esa mañana primaveral, cuando ella tenía veintiún años. «Hace ya cuatro». Yasmín, que se había saltado las últimas clases de la

universidad para darle una sorpresa y comer con él, llegó a casa antes de lo previsto y tras buscarlo por toda la ciudad, encontró a su primo haciendo algo que ella nunca pensó que sería capaz de hacer.

¿Qué posibilidades había de que ella lo pillara haciendo eso en ese punto apartado e inhóspito de la ciudad y en ese preciso instante?

El caso es que lo vio todo.

Aquella imagen le vino tan de sopetón, le sorprendió tanto, que aún hoy le cuesta creer que ocurriera de verdad.

Él trató de explicárselo por todos los medios, pero ella estaba demasiado avergonzada y decepcionada para escucharlo.

Se prometió a sí misma no hablar nunca con nadie sobre lo que había visto —promesa que, de algún modo, está rompiendo ahora—. A partir de entonces fueron varias las ocasiones en las que Abel intentó ponerse en contacto con ella. Realizó llamadas, envió mensajes y mails, e incluso redactó cartas a mano que envió a la vieja usanza. Hasta entonces, Yasmín creía que los únicos que mandaban cartas al buzón eran las compañías de suministros, los partidos políticos y el Telepizza. Él insistía desesperadamente en reunirse con ella, mantener al menos una conversación telefónica, para poder darle una explicación. «¿Una explicación de qué? Sé muy bien lo que vi». Una tarde, Abel llegó a presentarse en la librería de Yasmín y se fue, tras más de una hora de espera, cuando ella amenazó con avisar a la policía.

Aparte de esa vez, Yasmín solo le respondió en una ocasión. Fue a un mensaje de texto y en él le pedía que dejara de llamarla y de abordarla en lugares públicos. Además de que seguía cabreada, Yasmín temía que la explicación de él a lo que vio fuera aún más penosa que el incidente mismo.

Contra todo pronóstico, Abel hizo algo que no había hecho desde que eran niños: hizo caso a su prima y no volvió a intentar comunicarse con ella.

Hasta el tres de enero de 2021 por la tarde, víspera de su cumpleaños y también de la Desaparición, que es como ella llamó después a lo que sucedió.

> Yasmín, sé que hace mucho que no hablamos y lo respeto, pero tenemos que vernos. Es importante. Mañana a las 17 horas. Es el último favor que te pido, te lo prometo. Por favor, considéralo un regalo de cumpleaños para tu primo querido.

El mensaje de texto iba acompañado de una ubicación: *Río Tormes, bajo el puente del Duque (Hoyos del Espino, Ávila)*.

De pie, en el portal de su diminuto piso de Sevilla, junto a los buzones, Yasmín sintió una punzada de melancolía al saber de él

después de tantos meses. «Tu primo querido». Una cascada de recuerdos la invadió.

Se quedó inmóvil, sosteniendo la carta en una mano y la bolsa de la compra en la otra, temblando, lo que le parecieron muchos minutos. Reflexionando sobre aquellas palabras de su primo, llegó a la conclusión de que la única opción posible era que se tratara de una trampa. Un chantaje, un último intento a la desesperada, para que ella accediera a escucharlo.

Era evidente que su primo estaba agobiado. Algo en ella se esperaba esa reacción. Abel era la típica persona que no aceptaba un no por respuesta, un testarudo nato al que todo tenía que salirle bien. El desprecio que Yasmín sentía por él, por lo tanto, se hizo mayor.

Ahora, en la quietud de la habitación de Everett en la residencia de los Castro, Yasmín puede ver con puntos y comas el mensaje de texto de su primo. «Tenemos que vernos».

Finalmente no se habían visto. En ese momento ni siquiera se lo planteó, estaba demasiado enfadada. Fue la última vez que supo de él. Al día siguiente, el día de su cumpleaños, Abel desapareció y no dejó rastro hasta justo un año después: unos extraños mensajes en las viñetas de un cómic, que desafiaban por completo su escepticismo.

Unos mensajes que iban dirigidos a ella, de eso no le cabe la menor duda.

El amor por las historias de superhéroes, los seudónimos en forma de anagramas y la escritura en relieve bajo el lápiz son tres factores que, por sí solos ya habrían llamado la atención de Yasmín, pero que en conjunto no dejaban espacio para el recelo.

Abel le regaló a su prima su primer cómic de Spiderman cuando ella solo tenía seis años. Todavía no leía con fluidez, pero las ilustraciones la volvían loca.

Años después les entró a ambos la fiebre por los anagramas. La culpa fue de un tío de Yasmín y del día en que a éste se le ocurrió regalarle el Scrabble. El popular juego de mesa, que consistía en formar palabras con un número determinado de letras, pronto atrapó a los dos primos hasta el punto de llegar a montar auténticas timbas; todos los sábados por la tarde, Abel y Yasmín se reunían en una de las dos casas y se jugaban la paga al Scrabble. «¿Cuántos fines de semana nos pasamos formando palabras imposibles e inventándonos palabras?»

Unos años más tarde, Abel completó un curso de criptografía para principiantes que le dio la idea de los seudónimos. Ese año, Abel Cardozo y Yasmín Roca pasaron a responder en secreto a los nombres de Debora C. Zola y Roy S. Mancía, respectivamente.

Fue en el instituto donde Yasmín aprendió a esconder palabras bajo el grafito y ocurrió de manera accidental. Estaban en clase de

filosofía. El nivel de aburrimiento de Yasmín era tan alto que, para no caer rendida por el sueño, se dedicó a pasar la punta del lápiz por toda una hoja de cuaderno. Al terminar, descubrió que las palabras que había escrito previamente en las hojas anteriores y cuyo relieve había quedado marcado en la hoja actual, se leían perfectamente tras el paso del grafito. Producía el mismo efecto que si alguien hubiera escrito con un bolígrafo de color blanco sobre un papel gris. A Yasmín, el recurso le pareció tan curioso, que esa misma tarde corrió a enseñárselo a su primo mayor. Abel ya conocía el viejo truco del lápiz y el papel, pero, aun así, a partir de ese momento jugaron a dejarse mensajes ocultos de esa manera. Cada vez que uno de los dos quería contarle al otro un cotilleo amoroso o cierta información secreta, marcaba el mensaje en un papel y se lo daba al otro, que solo tenía que pintar con el lápiz por encima para leer el contenido del mensaje encriptado.

Ahora, Yasmín sabe que su primo ha conseguido unir, mediante un par de frases escondidas, a ella misma con su autor favorito: John Everett.

La pregunta es: ¿por qué lo hizo?

Desgraciadamente, a juzgar por la expresión de desconcierto del inglés, este no tiene más idea que ella de los motivos de su primo para reunirlos de ese modo.

—No sé qué decir —comenta Everett situándose a su lado—. Si hubieses respondido a su cita, es posible que hubieras podido ayudarlo. O, al menos descubrir lo que le pasó.

—De hecho, al final sí que acabé acudiendo.

—¿Y? ¿Qué viste?

La joven se vuelve hacia la ventana, como si tras ella estuviera la orilla del río en el tramo donde el cauce hacía una curva pronunciada. Ese día también había nieve, más que ahora.

Y más que iba a haber.

Era el día previo a la mayor tormenta de nieve del siglo, hasta esa fecha.

---

4 de enero de 2021
Río Tormes, bajo el puente del Duque (Hoyos del Espino, Ávila)

Había cogido el último tren desde Sevilla a Madrid y desde ahí, otro tren hacia Ávila, donde se subió a un autobús que la llevó a Hoyos del Espino.

El lugar escogido por Abel para el encuentro no era uno al que se podía llegar en vehículo motorizado. Para alcanzar el río a la altura

del puente del Duque, allá donde el caudal se ensancha y le gana terreno al bosque, es necesario caminar durante algunos kilómetros a lo largo de un sendero natural que parte del pueblo. De acuerdo que Abel trabajaba para ese ricachón en una mansión apartada de la civilización, eso lo entendía, pero bien podían haber quedado en un bar de por allí. Como ella siempre decía, entre cervezas se entiende la gente.

No, definitivamente, si su primo quería que hicieran las paces, esa no era la manera.

Llegó veinte minutos tarde y allí no había ni rastro de Abel. Le llamó al móvil. Tras varios tonos, saltó el buzón de voz. Después de algunos minutos de espera, en los que empezó a atardecer, el frío se hizo más duro. Todo lo contrario que la paciencia de Yasmín, que no entendía que su primo, quien con tanta urgencia la había contactado para que se vieran, no hubiese sido capaz de esperar ni veinte minutos.

Sin embargo, había algo. Yasmín no era capaz de definirlo, mucho menos describirlo, pero era como un matiz, el vestigio de un olor que se negaba a desaparecer del ambiente, como si alguien hubiera estado allí esa tarde.

Tuvo el arrebato de volver a llamarlo, por si acaso. El móvil seguía dando tono. Esta vez Yasmín percibió un murmullo regular y periódico, tan leve que, si respiraba fuerte, dejaba de sentirlo. Llamó una tercera vez y en esta ocasión se esforzó en seguir el rastro del zumbido. La llevó hasta la orilla del río, bajo el puente y entre los cantos rodados que eran acariciados por la corriente. ¡Eso era! El arco de piedra del puente estaba funcionando como cámara amplificadora del zumbido. Sintió hormigueos en los pies cuando los sumergió en el agua gélida. No importaba el frío, ahora el zumbido era más fuerte. Estaba acercándose.

Lo encontró atrapado entre dos cantos. El teléfono de Abel. Tenía la pantalla quebrada, lo que significaba que seguramente alguien lo había arrojado a las rocas. Estaba encendido y con batería suficiente para llevar a Yasmín a deducir que el terminal no había estado allí mucho tiempo, apenas una hora.

No pintaba bien.

Esa semana, cuando saltaron las alarmas en Sevilla al no dar Abel señales de vida en varios días, Yasmín pensó mucho en esa tarde. Enseguida supo, es posible que antes que nadie, que su primo había sido víctima de algún tipo de ataque.

De haber vuelto la cabeza en un instante y punto concreto de la orilla, habría visto que uno de los cantos rodados estaba manchado de sangre. Una sangre que todavía no se había coagulado del todo.

De haberlo hecho, lo habría sabido en ese preciso momento.

—Estoy pensando que, si hubieras descubierto los mensajes del cómic antes, me habrías contactado a tiempo para que entre los dos pudiéramos ayudarlo —señala John.

Yasmín respira hondo y vuelve a explicarse.

—No lo has entendido. Ese cómic apareció en la sección principal de mi librería el otro día, por primera vez.

La mirada de Everett se nubla de pronto.

—¿Cómo es posible? Por fuerza, alguien tuvo que colocarlo ahí.

Repentinamente algo cambia en su rostro. Por su expresión, acaba de caer en que hace un año, su novia no tenía problemas judiciales y por lo tanto su nombre en el mensaje de la página diecisiete habría carecido de todo sentido. Los mensajes, simplemente no pudieron ser escritos hace un año.

—Por supuesto que alguien colocó el cómic en esa sección concreta —explica Yasmín—. Abel lo hizo. Pero no hace un año, como crees, sino el mismo día de la inundación. Al contrario de lo que piensa Lorenzo, mi primo está vivo. Y por algún motivo, necesita nuestra ayuda.

Alguien golpea fuertemente a la puerta. Se miran a los ojos sobresaltados.

—¡Señor Everett!, ¡señorita Roca! Fabián Castro los espera en su despacho.

Extrañada, Yasmín comprueba su reloj.

—¡Ya ha pasado una hora! No me lo puedo creer.

Está a punto de abrir la puerta para salir, cuando Everett la coge del brazo.

—No irás a dejarme así —musita—. ¿Cómo que Abel Cardozo está vivo?

Ella se cuadra frente a él.

—Después continuaremos. Ahora tenemos que escribir una biografía.

26

23 de marzo de 2018
Sevilla

Joaquín Ortiz dio un beso rápido a su mujer y salió de casa ajustándose el nudo de la corbata, como cada martes, a las siete de la mañana. Los lunes, miércoles y viernes salía una hora más tarde, pero los martes y jueves tenía clase de *body pump* a primera hora, en el gimnasio más exclusivo de la ciudad. Guardó la bolsa de deporte en el maletero del Audi tracción a las cuatro ruedas —financiado mediante un *renting* que costaba casi mil pavos al mes— y tardó ocho minutos exactos en llegar y aparcar en el subterráneo reservado a los clientes, después de circular por las mismas carreteras de cada día. Ortiz era un hombre excepcionalmente puntual y rutinario.

Los detectives privados contratados por José Luis Cava habían hecho un trabajo excelente. Según la información recabada, Ortiz, después de una hora de trabajo duro y diez minutos adicionales en la ducha —dieciocho si ese día se afeitaba, pero no era el caso de ese martes—, volvería al coche y bordearía la ciudad por la SE-30 hasta las oficinas del estadio, de donde solo saldría para almorzar con dos de sus compañeros, el director de la cantera y el portavoz del club, a las dos y cuarto de la tarde.

Ese día no llegaría a hacer tal cosa.

Sentado al volante del Peugeot de Abel, Sergio lo observó de reojo. Abel miraba a la pared desconchada del aparcamiento, con los ojos vacíos y la boca sellada. No había pronunciado palabra en toda la mañana y a excepción del día que Sergio lo llamó para hablarle de la operación, no habían mantenido ningún tipo de contacto desde que Sergio abandonó el centro de menores y se enteró de que su novia lo había traicionado con su mejor amigo.

La oferta que Cava le había hecho a Sergio era, a su modo de ver, irrechazable.

—Te daré diez mil.

Sergio, que no estaba negociando, no estaba dispuesto a venderse por esa cantidad. A continuación, Cava aumentó la apuesta. Sacó la artillería para tocar una fibra sensible: la felicidad de Eva.

—Tu chica es médico en el Virgen del Rocío, ¿no?

—Residente. Está luchando por hacerse con un puesto fijo. Espere, ¿cómo sabe eso?

—Mis detectives no solo han seguido a Ortiz.

A Sergio se le puso la piel de gallina. Ese hombre se comportaba como alguien a quien todo le importa una mierda.

—Solo tendrás que traérmelo con vida. Resulta que soy anestesista. —«La especialidad de Eva», pensó Sergio—. Si cumples, al día siguiente habrá un puesto esperando a tu chica en el Virgen del Rocío. Además de los mencionados diez mil.

—¿Y si me niego?

—Me buscaré a otro. Hay muchos balcánicos chalados que se ganan la vida haciendo trabajitos como estos. Tú decides. Pero creo que me lo debes. Se lo debes a mi hija.

La última frase acabó de reblandecer el corazón de Sergio, que había terminado aceptando. Pero iba a necesitar ayuda. Solo había una persona a quien podía contarle sus planes y que, además, no pondría objeciones en trabajar con él: Abel Cardozo.

¿Cómo estaba Sergio tan seguro de eso?

Resulta que, el día del atropello, Cardozo, a quien Sergio consideraba su mejor amigo, fue tan miserable de chantajearlo para que asumiera la culpa y dejar que él huyera a través del bosque.

¿Y en qué consistía el chantaje?

Ese invierno, meses antes de que Laura se marchara a estudiar a Inglaterra con su amiga Begoña y dejara a Sergio tirado como una colilla, Abel y él se metieron en un pequeño lío.

David Guetta iba a dar un concierto en el Sánchez Pizjuán a mediados de julio. Los dos amigos, entusiastas del músico francés desde su primer disco, tenían un pacto redactado en una servilleta de bar: *La próxima vez que Guetta venga a Sevilla, haremos lo imposible por ir*. Después habían firmado y debajo habían escrito con letras mayúsculas y exclamaciones: «¡CARPE DIEM!».

El problema era que no tenían dinero. Ambos estaban terminando los estudios en el instituto y ninguno contaba con una fuente de ingresos que pagara los caprichos estivales —a decir verdad, tampoco se habían matado por buscar una—, y Guetta era un capricho de los grandes.

Estuvieron un par de días estrujándose el cerebro en busca de una solución. Podían haber pedido el dinero a sus mayores —al fin y al cabo, los dos habían aprobado los exámenes de diciembre con una más que decente nota media—, pero habría sido rebajarse en vano. Tía Nati vivía con lo justo y no podría —ni querría— permitirse pagar ese dineral por una entrada para ver a un pinchadiscos. En cuanto a Lorenzo, ni siquiera merecía la pena intentarlo; el padre adoptivo de Abel era un buen hombre, Sergio lo consideraba su segundo padre,

pero estaba totalmente en contra de ese tipo de conciertos. Según decía, «en esos eventos se fomenta el pecado y vicio entre los jóvenes. Tú eres mejor que eso, Abel».

Había una alternativa. Era una locura, pero los días pasaban y las entradas empezaban a agotarse. Cada vez que uno de los dos accedía a Internet, el número de entradas disponibles había bajado varios centenares. Si no hacían algo rápido, iban a quedarse sin ver a Guetta. Para ellos, en ese momento de sus vidas, eso era lo más parecido a una tragedia. Sergio en concreto consideraba ese concierto un pilar importante en su plan para no echar de menos a Laura durante el verano. Y era precisamente el padre de Laura quien iba a aportarles la solución.

Resultaba que Miguel Estiarte trabajaba como dependiente en una tienda de electrodomésticos del barrio que los dos amigos conocían bien. Laura iba allí tras el instituto para hacer los deberes con su padre y Abel y Sergio solían pasarse para recogerla, siempre que la pandilla quería perder el tiempo deambulando por el barrio.

La idea había sido de Abel y a Sergio le había parecido una locura.

—Iremos una tarde cuando Laura no esté. Yo entretendré a su padre. Cuando él se aleje del mostrador, tú te deslizas tras él, abres la caja y te llevas doscientos euros —había dicho Abel.

Sergio se negó en rotundo, pero Abel tenía la contrarréplica pensada. Dos argumentos muy sólidos que hicieron clic en la mente de Sergio:

—Para empezar, solo vamos a cogerlo prestado. Lo devolveremos en cuanto reunamos ese dinero a lo largo del verano. Además, ¿qué dice siempre el padre de Laura de su jefe?

No era algo que dijera solo Miguel Estiarte. El dueño de la tienda y propietario del negocio era lo que coloquialmente se conoce como un negrero. Un explotador sin escrúpulos. Y Estiarte no se cansaba de comentarlo, siempre que él no estaba delante.

—Mira, tío, no vamos a robarle al padre de tu chica. —Abel, que ya casi tenía convencido a su amigo, pasó a dar la puntilla—. El cabrón de su jefe se lo merece. En el fondo, haremos justicia. Como Robin de Locksley, que robaba dinero a los ricos para dárselo a los pobres. ¿Y quién hay más pobre que nosotros dos?

Todo salió sorprendentemente bien. Esa fría tarde entraron a la tienda y mientras Sergio fingía mirar televisores de alta gama, Abel preguntó a Miguel Estiarte por cierta minicadena que sabía que tenían descatalogada. Cuando este acudió al almacén de la tienda, Abel lo siguió para asegurarse de que estaba allí el tiempo necesario para que Sergio se colara tras el mostrador y procediera al hurto. Al final se llevó trescientos euros; los cien extra serían para la cena de después del concierto.

Estiarte nunca llegó a saber que los dos chavales que andaban siempre con su hija, y a quienes conocía más que a sus propios sobrinos, robaron el dinero de la caja registradora. De modo que, cuando el jefe, que era un miserable pero llevaba las cuentas del negocio al céntimo descubrió el descuadre de trescientos euros en la facturación de ese día, dio por hecho que fue Estiarte quien se los había llevado. A Miguel, que no entendía nada, le sirvió de poco jurar que él no había metido mano en la caja. Ese mismo día fue despedido. Como además se trató de un despido procedente, no tuvo derecho a indemnización.

La desgracia tuvo algunas repercusiones importantes. La primera, que Laura estuvo a punto de quedarse sin viaje, pues su padre contaba con el dinero que ganaba en la tienda para pagárselo. La joven tuvo que trabajar como camarera en un establecimiento de comida rápida para poder viajar. Cinco meses de limpiar bandejas, pasar la fregona y tragar la mierda de los clientes más desagradables. Visto en retrospectiva, el viaje a Cambridge terminó resultando decisorio en su vida, porque fue allí, sobre el pequeño escenario de un *pub* de mala muerte, donde empezó su periplo musical. Antes de su regreso, al finalizar el verano, un cazatalentos londinense le entregó su tarjeta.

Cuando Laura volvió de su aventura en el norte, se encontró con que muchas cosas habían cambiado en el barrio. La más impactante, incluso por encima del hecho de que su novio hubiera ingresado en un centro de menores por atropellar a una adolescente, fue saber que su padre estaba recurriendo al alcohol, como solución a sus problemas. Un año después, Miguel Estiarte se divorciaría de la madre de Laura.

«Si te niegas a encubrirme, diré la verdad sobre lo que pasó —le había dicho Abel a Sergio la noche del atropello, antes de que llegaran las autoridades y los curiosos—. Entonces Laura sabrá que despidieron a su padre, hecho que se está cargando el matrimonio y su salud y también que estuvo a punto de quedarse sin su viaje soñado, por culpa tuya. Te odiará para siempre».

El concepto de la amistad nunca había sido tan pisoteado.

Sergio, que era fácilmente impresionable en aquella época, sintió el miedo ante la posibilidad de que Laura lo dejara —hecho que sucedió de igual manera— y tuvo la estúpida ocurrencia de que una temporada en un centro de menores sería un castigo menor.

Obviamente, se equivocaba.

Pero la vida, a veces se da la vuelta de una manera tan irónica que asusta.

Ahora era Abel quien estaba felizmente emparejado con Laura. Tanto era así, que iban a casarse. Tenían las alianzas compradas y la iglesia elegida. El chantaje, pues, había cambiado de dirección. Esta vez fue Sergio a quien le tocaba asumir el papel de miserable rastrero:

—Si rechazas colaborar conmigo en este trabajo, contaré la verdad sobre lo que pasó el día del atropello. Todos sabrán que tú mataste a Carlota Cava. Total, ya me da igual que se lo cuentes a Laura, no me hablo con ella. De hecho, creo que yo mismo la llamaré solo para contarle lo que le hicimos a su padre. Y si dices una sola palabra al respecto, lo mismo. ¿Crees que seguirá queriendo casarse contigo, después de enterarse de todo? ¿Que su querido papaíto terminó solo, pobre y alcoholizado porque su prometido quería ir a un concierto? Ahora que es toda una estrella y que podría tener literalmente al hombre que quisiera, está claro que se deshará de ti como quien arroja un chicle al suelo. Eso, si no terminas en la cárcel.

—Ella no te creerá. Nadie lo hará.

—Te animo a comprobarlo.

Los zapatos de Joaquín Ortiz resonaron por todo el aparcamiento. El pitido del Audi al abrirse a distancia resultó escalofriante. Lo asaltaron cuando iba a montarse de nuevo en el coche. Ese malnacido olía francamente bien, a colonia cara. Sus ojos se volvieron muy redondos, la viva imagen del pánico, el instante antes de que Abel lo abrazara y cubriera su boca con pañuelo empapado en cloroformo. Tardó pocos segundos en caer frito, momento en que Sergio le inyectó en el glúteo una dosis de ketamina que lo mantendría dormido por un tiempo. El fármaco, la jeringuilla y el cloroformo, al igual que la tarjeta de acceso al aparcamiento del gimnasio, se los había facilitado Cava el día anterior.

Durante el breve forcejeo, Ortiz tuvo tiempo de sacar un manojo de llaves del bolsillo de su pantalón de traje y recorrer el costado de Sergio con la punta de una de ellas a la altura del riñón.

Metieron a Ortiz en el maletero del Peugeot y abandonaron el edificio quemando rueda. El corazón de Sergio, que, esta vez sí, iba al volante, golpeaba su caja torácica como el bombo de una orquesta. La herida del costado continuaba sangrando. No se detuvieron hasta que llegaron a las afueras, donde se cruzaban la radial y la autopista de circunvalación. Era una zona inhóspita, idónea para llevar a cabo una ilegalidad sin ser visto. Según el plan, Cava se reuniría con ellos allí, bajo la pasarela de la radial, trasladarían el cuerpo anestesiado de Ortiz del maletero del coche al del de Cava y no volverían a saber de ninguno de los dos.

Hubo una complicación. Antes de que llegara Cava, Ortiz se despertó. De alguna manera, consiguió abrir el maletero y estuvo a punto de escapar. Sergio no vio nada porque en ese momento se encontraba tratando de detener la hemorragia de su herida —más tarde, como esa era profunda, Cava se vio obligado a tirar de hilo y aguja para cerrarla—. Abel, que estaba con Sergio cuando Ortiz se disponía a huir, salió corriendo tras él. Cuando volvió estaba histérico,

hablaba atropelladamente. Le explicó que había tenido que propinar a Ortiz una serie de puñetazos en la cara para que se durmiera de nuevo. «Tenía que hacerlo callar de alguna forma, joder. Estaba haciendo demasiado escándalo. Alguien podría haberlo oído», se justificó. A Sergio le pareció una salvajada, por mucho que Ortiz hubiera violado a Carlota Cava, pero, a fin de cuentas, unos pocos puñetazos eran poco comparado con lo que seguramente tenía preparado Cava para él.

El padre de Carlota llegó a la hora acordada y solo entonces Sergio lo comprendió. Vio en los ojos de ese padre lo que iba a esperarle a Ortiz en las siguientes horas y fue como explorar los rincones más oscuros de su alma. No le gustó. Se dio cuenta de que se había convertido en un cazarrecompensas, en un matón a sueldo del tres al cuarto. Hasta entonces no se lo había planteado de esa manera. Tal y como él lo veía, Cava estaba dispuesto a recompensarlos, a él y a Eva, a cambio de hacer justicia. Ortiz era un mal hombre. No, era más que eso. Un cabrón que había drogado y forzado a una menor. Se merecía lo peor.

Era lo que había pensado hasta el momento del intercambio. ¿Lo pensaba ahora?

Ortiz estaba a punto de pagar por lo que había hecho. Puede que con su vida. Y él había contribuido a semejante acto primitivo, la venganza más visceral, por un par de favores materiales. ¿Quién era él para decidir el destino de otro ser humano? ¿Había merecido la pena?

Lo cierto era que, desde que atropellaron a esa chica, Sergio no había logrado olvidar la falda ensangrentada ni el brazo doblado, a pesar del tiempo transcurrido. Ahora que por fin estaba en paz con el padre, quizá, solo quizá, dormiría en paz por las noches.

No sucedió.

Lo ocurrido ese desafortunado día solo fue otra pieza de dominó caída en un camino de fichas que culminaría en la muerte de Eva.

En cuanto a Abel, aquella fue la penúltima vez que se dirigieron la palabra.

27

9 de enero de 2022
Hoyos del Espino, Ávila

A Phineas Taylor Barnum, artista circense del siglo diecinueve, recordado por sus célebres fraudes en el mundo del entretenimiento, se le adjudica la frase «Cada minuto nace un idiota». Si tal cosa fuese cierta, ciento noventa y tres idiotas habrían nacido durante la sesión que Yasmín y John han mantenido con Fabián Castro en su despacho.

John se ha sentado frente al magnate junto al ventanal. A un lado, algo apartada, Yasmín ha representado su papel de traductora a la perfección, tomando notas y asintiendo de vez en cuando.

Castro llevaba unos pantalones blancos ajustados y una camisa de seda azul marino con botones en las puntas del cuello que, John apostaba, le había costado más que toda su maleta. Mientras el empresario daba rienda suelta a sus recuerdos de la niñez, John lo ha estado examinando con interés. La mirada perdida en el extenso terreno de su propiedad, el mentón ligeramente levantado y las piernas cruzadas dejando a la vista unos extravagantes calcetines de color dorado. La mano derecha, la del Cohíba, gesticulaba sin parar mientras la izquierda sostenía una copa de vino en la que se arremolinaba un Gran Reserva.

—Cuénteme más sobre esa época —le instaba John de vez en cuando, interesándose por los detalles de la infancia de Castro en los barrios más pobres de Venezuela.

Durante la sesión, en la que el tiempo avanzaba lenta y pegajosamente, John ha fingido centrarse de la manera más profesional que ha podido, en cómo un entorno humilde donde nada está asegurado y la vida vale muy poco puede forjar la personalidad de un hombre, hasta convertirlo en un empresario de éxito. El primer día, cuando su único trabajo era escribir una biografía y no investigar la desaparición de un hombre, John llegó a Gredos con la idea de redactar todo un capítulo sobre este tema —a los lectores les gusta conocer el proceso evolutivo que va desde el niño pobre hasta el hombre rico; el espíritu de supervivencia, superación personal y todos esos cuentos— y aunque Castro se ha mostrado encantado con ese enfoque, que sin duda le hará quedar tan bien de cara al público, esa

mañana, John tenía la cabeza en otra parte.

La tenía, concretamente, en las confesiones que Yasmín Roca le había hecho antes en su habitación.

Se ha limitado, por tanto, a ponerlo todo por escrito y confiar en ordenar sus ideas en un momento en que se sienta más centrado.

Al terminar la sesión, un poco antes de la hora de comer, John se ha ofrecido a acompañar a Yasmín hasta el pueblo. Un paseo largo al aire libre le parecía el contexto perfecto para retomar la conversación que habían dejado a medias.

John aún tiene demasiadas preguntas.

—¿Cómo puedes estar tan convencida de que Abel Cardozo sigue vivo? —pregunta nada más atraviesan los límites de la finca. Los espera más de media hora de caminata hasta el pueblo, pero esta vez va preparado con unas buenas botas de nieve y unos guantes con forro —. Guirao asegura lo contrario. Me dijo que Abel estaba investigando a la familia Castro porque sospechaba que estaban tras la muerte de su mujer y que alguien lo mató por ello.

—Lorenzo es un viejo chiflado.

El comentario hace que John mire a la joven de soslayo. El viento incide de frente en su cabellera bravía, ahora brillante bajo la luz del sol, retorciéndola furiosamente.

—Según él, no tenía motivos para huir. Y, de haberlo hecho, alguien lo habría encontrado en las inmediaciones de Villa Pegaso, posiblemente muerto o inconsciente, pues se hayaba aislado por Filomena en el momento de la desaparición. A mí me parecieron argumentos bastante sólidos.

—Ese cómic no apareció el otro día en mi librería por arte de magia, John.

—¿No pudo haberlo colocado ahí otra persona? ¿Alguien que quizá esté jugando contigo?

—Que el cómic sea precisamente de Spiderman; el recurso del texto bajo el lápiz; que firmara como D. C. Zola… Hazme caso, no hay nadie más en el mundo que conozca esos pequeños detalles que nos unían. Tuvo que ser Abel y tuvo que ser el cuatro de enero, el día de su cumpleaños.

—Si tu hipótesis es correcta, está claro que lo hizo de ese modo para llamar tu atención, porque todo intento pasado de ponerse en contacto contigo fue inútil —razona John.

—Llevo días dándole vueltas a eso y… admito que es algo para lo que no tengo una respuesta lógica.

—¿A qué te refieres?

—Piénsalo: si Abel está vivo, pero lleva un año escondido sin dar señales de vida, solo puede ser por un motivo y es que alguien amenaza con matarlo.

—Vale. Está aterrado porque su vida corre peligro. Sabe que, si llama la atención, alguien, seguramente el mismo que mató a su mujer, lo encontrará y lo mandará al otro barrio.

—Claro, pero date cuenta de una cosa. —Yasmín se detiene en seco y John la imita—. Si se arriesgó hasta el punto de viajar a Sevilla, colarse en mi librería y dejar el cómic con los mensajes, ¿por qué no mostrarse a mí y transmitirme la información directamente? O ya puestos, si es a ti a quien necesita, ¿por qué no contactó contigo de alguna manera?

—Puede que no se fíe de nosotros.

Retoman el camino.

—De ti, te lo compro, aparentemente no os conocéis de nada. Pero ¿no fiarse de mí? Yo nunca lo vendería, por muy enfadada que estuviera con él y Abel lo sabe. —Frunce los labios y agita la cabeza —. No, tiene que haber otra explicación para ello.

El enigma sin respuesta ocupa los pensamientos de ambos, lo que hace que permanezcan algunos minutos caminando en silencio. Hasta que John decide que es el mejor momento para sacar un tema que lleva algunas horas enquistado en un punto de su materia gris: ¿por qué Lorenzo Guirao no está al corriente de toda esa información?

—Lorenzo y yo no nos hablamos —es la escueta respuesta de Yasmín.

—Perdona, pero, si no me fallan los cálculos, ¿no es tu tío?

—Y también mi jefe. Pero somos como el gato y el ratón. Como agua y aceite. Como mercurio y…

—¿Guirao es tu jefe? —interrumpe John.

Ella pone los ojos en blanco, como si el mero hecho de recordárselo le produjera arañazos por todo el cuerpo.

—Mi librería es propiedad de la editorial Papyre. Por eso el viejo encontró el cómic antes que yo. Tuvo que ser esa precisa noche cuando lloviera a mares, provocando que él acudiera a atender la emergencia y se me adelantara. Maldita mala suerte, tío.

Escuchando a la librera, John se percata de algo.

—Si no te he entendido mal, según tu teoría, Cardozo dejó esos mensajes escondidos para que solo tú pudieras encontrarlos e interpretarlos. Además, Guirao nunca debió haber dado con el cómic, porque, de no haber sido por la tormenta, la librería no se habría inundado y él no habría aparecido por allí ese día. ¿Voy bien?

—Yo no lo hubiera resumido mejor.

—De modo que el hecho de que yo esté aquí, trabajando en el libro de Fabián Castro bajo la firma de un contrato con Papyre, obedece a una caprichosa sucesión de coincidencias.

Yasmín se mantiene en silencio, reflexiva, mientras da patadas a la nieve según avanza camino abajo.

—Supongo que sí —responde y después lo mira. Ofendidos por el sol, sus ojos son dos finas rendijas brillantes—. Aunque yo habría dado contigo igualmente. Recuerda que los mensajes aluden a ti de manera directa.

El comentario hace que su nombre vuelva a parpadear en el interior de su cerebro: «Busca a John Everett y él te llevará a mí».

—Sigo sin entender por qué tu primo me mencionó a mí. No tenía ninguna relación con él, ni siquiera sabía de su existencia.

Ella se encoge de hombros.

—Es lo que tenemos que averiguar si queremos encontrar a Abel. Y tenemos que hacerlo pronto.

—La cuestión es: ¿cuándo? —John casi ha olvidado el resto del mensaje—. *Después de las ocho* no concreta nada. Para empezar, ¿las ocho de la mañana o de la tarde? Por no hablar de que desconocemos el día.

Se da cuenta de que está hablando solo. Tras él, Yasmín se ha detenido de nuevo, pero esta vez parece estar en otra parte, paralizada por una súbita revelación.

—Después de las ocho… —bisbisea—. *Call to action…*

John continua mirándola. Es como admirar a un genio trabajando.

—No puede ser tan sencillo —dice ella.

—¿El qué es sencillo?

—Call to action! Lea —dice, levantando al fin la mirada hacia él. Puede que sea por el viento frío, pero tiene lágrimas acumuladas en los ojos. Allí, en mitad de la nada, esa extraña joven parece haber descifrado un nuevo enigma—. ¡Es un mensaje de lo más simple!

John la observa desconcertado. Lleva toda la mañana dándole vueltas a las palabras que dejó Cardozo y no ha visto ningún mensaje. Y mucho menos simple.

—Tú mismo acabas de decirlo. Después de las ocho no concreta nada, ¿no? Y luego está lo de Ávila. Podría ser la ciudad o la región entera. Es demasiado ambiguo, muy poco concreto para tratarse de un mensaje de Abel. —La voz de Yasmín vibra de la emoción—. El haber firmado con su nombre desordenado no era únicamente para que solo yo supiera interpretarlo. ¡Ahora lo entiendo!

John no tienen ni idea de a dónde quiere ir a parar.

—Entonces, ¿tiene otro motivo?

Yasmín camina hacia él, se mete la mano en el bolsillo de la cazadora, saca la hoja marcada con el lápiz y vuelve a mostrarle los mensajes cifrados.

Call To Action! Lea:
Mónica Lago tenía razón

Después de las ocho
Ávila
Solo Everett
- D. C. Zola -

—Que haya firmado como D. C. Zola es otra pista —dice agitando el papel delante de las narices de John—. Nos está dando la manera de descifrar el resto del mensaje. Ha escrito su nombre en forma de anagrama para indicarnos que debemos aplicar el mismo criterio al cuerpo del mensaje. Call To Action! Lea. Después de las ocho. Ávila. Eso no tiene sentido. No es preciso. —Emocionada, taladra a John con la mirada—. Dime, si tuvieras solo unas pocas frases para dejar un mensaje importante…

—Procuraría ser lo más preciso posible —acaba él la frase. Solo necesita un segundo para entender lo que Yasmín trata de decirle—. ¿Estás insinuando que el resto del mensaje también son anagramas?

—Fíjate en el Call To Action. ¿Por qué con mayúsculas? Y después un Lea totalmente innecesario. No hay ningún motivo para que Abel colocase esa palabra justamente ahí. Es como si…

De pronto se detiene. Parece estar resolviendo una complicada operación matemática mientras él la observa intrigado. Sus ojos brillan. Entonces se lleva las dos manos al abdomen y se inclina en una carcajada que resuena en la ladera.

—¡Ya lo tengo! Ay, Abel, eres increíble —dice para sí. Lágrimas de emoción recorren sus mejillas, ahora enrojecidas por el frío.

—¿Te importaría explicarte, por favor?

—Resulta que el resto del mensaje también va dirigido a mí. —Para de reír de súbito y se aferra al brazo de él—. Espera, ¿qué día es hoy?

—Domingo.

—¿Qué día del mes?

—Nueve. Nueve de enero.

—¡Pasado mañana es once!

—Una perspicaz observación.

Los ojos de Yasmín vuelven a ser dos canicas claras y profundas.

—Algo va a ocurrir pasado mañana a partir de las ocho.

John se rasca la cabeza. «Después de las ocho».

—¿Por qué pasado mañana? ¿Qué diablos significa?

Ella saca un bolígrafo de la mochila y reescribe un extracto del mensaje de la página diecisiete del cómic, por la parte trasera del papel.

John está cerca de meter la cabeza en el papel mientras la joven reordena las letras. Casi se cae de culo cuando se da cuenta de que aquello es un ingenioso anagrama de…

—¡La Vía Láctea!

28

9 de enero de 2022
Hoyos del Espino, Ávila

La Vía Láctea.

Por un instante, de pie, con el pueblo al final del largo camino, John se ha olvidado por completo del intenso frío.

—La Vía Láctea —repite entre susurros—. Pero, no entiendo. ¿Qué significa?

Yasmín sonríe. Al parecer, también tiene una explicación para este nuevo enigma.

—Hace referencia directa a otra intimidad entre primos. —«Esto empieza a ser enfermizo», piensa John—. Unas navidades, no me acuerdo de qué año, Lorenzo y su mujer se llevaron a Abel a pasar las fiestas a París. Era la primera vez que no estábamos juntos en vacaciones, recuerdo que me pasé toda la semana de morros. Regresaron el diez de enero, justo a tiempo para la reanudación de las clases. Al día siguiente, once del mismo mes, él me estaba esperando a la salida del colegio, con una bolsa de plástico llena de chocolates. Me dijo que los había comprado en el aeropuerto, con un plan en mente: celebraríamos nuestra propia Navidad, a nuestra manera, aunque fuese con retraso. Así que esa tarde nos encerramos en mi habitación e hicimos una maratón de la trilogía de *Regreso al futuro* bañada en chocolate. Resultó memorable y lo pasamos mejor que en cualquier Navidad de años previos. Estuvo tan bien que decidimos que, de ese año en adelante, todos los once de enero repetiríamos el plan a modo de tradición.

—Todo eso es genial y… no te ofendas, pero no sé por qué me lo estás contando.

—Paciencia, mi atractivo escritor. —Un comentario que hace encoger los genitales de John—. De todas las chocolatinas que ese primer día había en la bolsa, elegimos nuestras preferidas, las que comeríamos cada año en las maratones sucesivas. Abel tenía predilección por las *After Eight*, aunque yo las odiaba. ¿Menta con chocolate? Eso es un asco, por favor… En cuanto a mí, me pirraban las *Milky Way*. Todavía me siguen pirrando.

John nota que el corazón le da un vuelco.

—Como eres inglés, supongo que no necesitas más explicación.

John acaba de descubrir que, contra todo pronóstico, se hubiera llevado con Abel a las mil maravillas, dado su fino humor inglés. Casi puede oír su voz hablándole desde alguna parte con escalofriante precisión.

«Después de las ocho *(After eight*)».

«Vía Láctea (*Milky Way*)».

—¡Son los nombres de las chocolatinas, traducidos al castellano!

Es tarde y las tripas de ambos rugen cuando llegan al pueblo. John tiene decidido que llamará a Agustín para que lo lleve en su taxi de vuelta a la finca, pues siente las piernas cansadas y las orejas congeladas, pero la idea de comer a solas aquello que Marta le tenga preparado en Villa Pegaso no le atrae en absoluto, así que propone a Yasmín compartir mantel en uno de los restaurantes de menú del día de Hoyos del Espino. Él invita.

En menos de diez minutos están frente a una sopa de ajo ante la cual un marino naufragado vacilaría. John ha pedido agua para acompañar el caldo, y Yasmín, una copa de blanco. Nada más servírsela el camarero, se la ha bebido de un trago y ha pedido una segunda.

—No me has contado por qué te llevas tan mal con tu tío —recuerda John, dando una tregua a su estómago tras algunos desagradables sorbos que, al menos, lo han templado. Si Yasmín no se habla con Guirao, puede que sea por algo concreto en la personalidad del editor, que a él, como autor contratado por Papyre le convendría conocer.

Ella mantiene la mirada fija en el cuenco. No toma la sopa, solo la marea con la cuchara, como si la respuesta a todas sus dudas se encontrara ahí dentro. Cuando John ya piensa que no va a responder, la joven pega un nuevo trago de vino y habla con un deje triste que no ha mostrado en toda la mañana.

—Lo culpé de lo que le pasó a Abel. Cuando transcurrieron algunos días y mi primo continuaba sin aparecer, tuvimos una bronca muy desagradable. Nos dijimos de todo.

—¿Por qué crees que Guirao es responsable?

—Abel y él llevaban años sin hablarse.

—Sí, me lo contó. Por ciertas discrepancias respecto a la novia de tu primo y los fuertes principios religiosos de tu tío.

—¿Así que también hablasteis de eso? ¡Vaya! Él siempre evita ese tema.

—¿De verdad piensas que fue su culpa?

Ella resopla, formando pequeñas ondulaciones en el líquido traslúcido que continúa hiriendo el olfato de John.

—Creo que, a lo mejor, si el viejo lo hubiera apoyado desde el principio, Abel no se habría visto forzado a instalarse en la residencia de los Castro, para investigar por su cuenta la muerte de su mujer. Quién sabe, a lo mejor ella tampoco habría fallecido.

John piensa en Patrick, su mentor y en todo lo que le diría de seguir él con vida. Es un pensamiento que lo empuja a aventurarse con un consejo difícil.

—Estás a tiempo de pedirle perdón.

—¿Tú crees? Hace meses que debimos haber hecho las paces. Reconozco que, si hubiera sido por él, lo habríamos conseguido. Pero para entonces yo estaba coqueteando con algunas adicciones. —«Adicciones». John no puede evitar dirigir la mirada a la segunda copa de vino blanco. Es como si a cada hora que pasa sintiera más lástima por esa chica—. Era la única manera que tenía de refugiarme de la desgracia, así de polvo me hizo la desaparición de Abel, a quien por aquel entonces yo también creía muerto. —John percibe cierta brecha en su voz—. Por si no te ha quedado claro todavía, parece que soy única alejando de mi vida a la gente que me quiere.

«Eso ha sido una advertencia?»

—¿Qué sabes de Sol Monroe? —pregunta John, loco por cambiar de tema y volver a ver el brillo en el rostro de la joven. En cuanto a su estómago, ya no admite más veneno y se ha cerrado temporalmente.

—Murió hace un par de años.

—Sí, ya sé. Conoces el motivo?

—La encontraron con las venas abiertas en la bañera. Un destrozo.

John lo recuerda vagamente. La imprevisible muerte de Sol Monroe ocupó las portadas de las revistas y periódicos durante algunos días. John no le prestó atención en su día, pero ahora algo le dice que es un factor clave en el caso Abel Cardozo.

—¿Suicidio?

—Es lo que dijo la prensa.

—¿Y tú qué dices?

Vuelve a encogerse de hombros.

—Apenas la conocía, no te sabría decir. Ya sabes cómo son las estrellas, auténticas bombas de relojería que muchas veces no son capaces de lidiar con el éxito.

—Tú tampoco piensas que se suicidara, ¿verdad?

—Como te he dicho, apenas llegué a conocerla bien. Recuerdo que cuando era niña todos la llamaban simplemente Laura, que es su nombre de pila. Lo de Monroe vino después, a raíz de la fama.

—¿Por qué el seudónimo?

—Ni idea. Monroe, supongo que por Marilyn. Siempre estuvo obsesionada con la imagen de arrolladora vulnerabilidad que desprendía. Lo de Sol supongo que es una movida comercial de la

agencia.

—Tu primo estaba convencido de que fue asesinada. Y sospechaba del entorno de Castro.

En ese punto de la conversación, Yasmín aparta el plato y se inclina hacia él. Su mirada tanto podría estar adelantando un beso de película como un sopapo del revés. Esa chica es pura espontaneidad y John empieza a darse cuenta.

—Si Abel sospechaba de Castro, es que vio algo que le dio motivos para ello.

John enseguida capta el mensaje: «Aprovecha tu posición en Villa Pegaso e investiga a los Castro, encuentra al asesino de Sol Monroe y resolverás el enigma que se esconde tras la desaparición de mi primo».

29

18 de septiembre de 2020
Madrid

Los últimos rayos de sol de esa tarde teñían la fachada del ayuntamiento, antiguo edificio de Correos, de un color que a Sergio le recordó a los ojos de Eva. Este emergió de la parada de metro con la mirada puesta en el reloj. Tenía menos de diez minutos para llegar al Ritz a la hora concertada, de modo que no podía entretenerse. Era mejor así. Disponer de tiempo para sentarse podría hacerle cambiar de opinión.

Los alrededores de la glorieta de Cibeles estaban atestados de vehículos y turistas que posaban en grupo con la diosa, con el comienzo de la Gran Vía o con el paseo del Prado de fondo. Fotos que irían directamente a la cuenta de Instagram con el único objeto de demostrar a personas que no les importaban y que pasarían por delante de las imágenes como quien observa el escaparate de una tienda de todo a cien, que su vida merecía la pena.

La vida de Sergio había merecido mucho la pena, pero ya no, porque ciertas personas habían decidido jodérsela. Una de ellas estaba a punto de pasar por caja para tener algunas palabras con él. Era lo mínimo que se merecía.

Pensó en Laura, en lo hermosa que la había visto la otra tarde en la terraza de la calle de Alcalá. Siempre había sido muy guapa, pero se dijo que, metida en el *disfraz* de Sol Monroe, había acabado convirtiéndose en toda una belleza. Según bordeaba la glorieta y esquivaba a los viandantes, Sergio reflexionaba sobre la fina y frágil pared que separa la belleza de la muerte. Solo se necesitaba un instante para atravesarla. En cierto momento de tu existencia, tu vida te parece idílica, estás a punto de casarte con la mujer que amas, que además espera un hijo tuyo sin que tú lo sepas y al instante resuena el claxon de un camión. Lo siguiente que ves de ella son sus ojos cerrados. Yace en la camilla de un hospital. Y tienen que correr una sábana gris para que la veas. Entonces recuerdas lo fina y frágil que es esa pared.

A la altura del museo Thyssen, le sonó el teléfono. Dio un respingo al pensar que sería Laura. A lo mejor se había echado para atrás en el

último momento, consciente de lo que le esperaba. Algo en él se sintió aliviado. Resultó que no se trataba de Laura, sino de tía Nati. Oportuna como siempre.

—Ahora no puedo hablar, tita. He quedado y llego tarde.

En cuanto oyó su voz, inmediatamente visualizó su canosa melena y el crucifijo de oro que colgaba de su cuello. Eran muy pocas las cosas que Sergio recordaba de su padre, pero aún mantenía vivas sus palabras respecto a tía Nati, porque las repetía una y otra vez: «Si tu tía tratase a los hombres con el mismo cariño que trata a ese Cristo dorado, no estaría tan sola». Resulta curioso qué cosas permanecen en la memoria.

—Oh, era solo porque estoy haciendo lasaña de carne, chato, tu favorita. Me va a sobrar. Me preguntaba si te apetecía venir a cenar con tu tía.

Después de morir Eva, tía Nati se mudó a Madrid para estar cerca de Sergio. «Yo cuidaré de ti, como en los viejos tiempos», le había dicho, el día del funeral. Al principio, Sergio creyó que hablaba por hablar, era la típica cosa que se suele decir en esos casos, como «lo superaremos juntos», o «puedes contar conmigo para lo que sea», pero en esa ocasión, ella no hablaba por hablar. La tía no era de ese tipo de personas. A las dos semanas ella viajó a la capital y alquiló un pequeño apartamento de una habitación en el barrio de Arapiles, a siete paradas de metro del piso de Sergio. Lo bastante lejos para no tener que verse a diario, pero a una distancia justa para que ella pudiera ir a visitarlo de vez en cuando y llenar su nevera de comida. Sergio agradecía las buenas intenciones de su tía, aunque empezaba a sentirse como ese adolescente de la era *pre Eva*, que tenía que dar explicaciones de con quién salía. A su modo de ver, ella volvía a estar *demasiado cerca*.

—Hoy no puedo ir a cenar, tita. Como te he dicho, he quedado.

—¿Y con quién, si puede saberse?

Sergio dudó. Desde que esa tarde se cruzó con Laura en los alrededores de la puerta de Alcalá, no había hablado de ella con nadie. Decidió decir la verdad, pues su tía acabaría enterándose igualmente. De una manera u otra, siempre se enteraba de todo.

—¿Te acuerdas de Laura Estiarte?

Hubo un silencio. Sergio tuvo que comprobar que seguía recibiendo señal.

—¿Esa no fue una novia tuya en el instituto, en Sevilla? —dijo al fin.

—Veo que tu cabeza sigue en plena forma.

—¿No acabó casándose con el bala perdida de Cardozo?

—Así es.

—¿Y qué quiere esa ahora? No me digas que vas a volver a…

—Tita, por favor.

—Anda, chato, no hagas tonterías y ven a casa a cenar conmigo.

Le temblaba la voz. Su cadencia era igual de tibia y calmante que siempre, pero ahora le temblaba. Sergio lo odiaba, porque sabía lo que significaba. Significaba que su tía estaba preocupada y eso implicaba que iba a tener que dar muchas explicaciones en un plazo de tiempo no muy largo.

—Tengo que dejarte, tita, llego muy tarde. Otro día iré a cenar.

—¿Cuándo?

—Pronto. Adiós.

Sin saber cómo, la conversación telefónica lo había transportado a la entrada del Ritz. Sergio encontró la zona de los ascensores en el otro extremo del fastuoso vestíbulo que era propio de un palacio y sin pasar por recepción, se metió en uno y pulsó el botón del ático, reservado para las *suites*.

A medida que subía, se examinó en el espejo. Esa tarde, se había vestido como lo habría hecho de haber acudido a la cita del médico un miércoles por la tarde: con una camisa de cuadros azul que había comprado en las rebajas y un pantalón chino. No se había echado colonia y sus manos iban vacías; ni flores, ni bombones, ni vino, no era esa clase de cita. El flequillo le caía desenfadado sobre la frente y en ese momento se percató de que su rostro era el de alguien atemorizado. Al mirarse a los ojos, deseó abortar el plan. Estuvo tentado y lo habría hecho si el ascensor se hubiera detenido en algún piso intermedio. Entonces habría salido corriendo escaleras abajo y habría ido a refugiarse a esa zona de confort que era el piso de su tía, donde le esperaba una sabrosa lasaña de carne.

En lugar de eso, vio a Eva. Estaba con él, en el ascensor, a su espalda, pero en realidad se encontraban los dos en su piso. Ella estaba llorando. Era el día del accidente, minutos antes de que ella saliera corriendo. Minutos antes de que un camión se la llevara para siempre.

—¿Cuándo ibas a contármelo? —El televisor emitía las escenas finales de *Love Actually*, en las que ese niño tan resabido burla la seguridad del aeropuerto para declarar su amor a la niña más popular de la escuela. La historia de su vida. Eva estaba en el sofá del salón, frente a la mesita y con el portátil encendido, cuando él había entrado por la puerta. Era extraño, porque a Eva le encantaba esa escena, pero esa tarde no estaba prestando atención a la tele. Al principio, Sergio había pensado que el disgusto que evidenciaba la expresión corporal de Eva se debía a que otra vez llegaba tarde a casa. Estaban siendo días difíciles en la oficina y se había quedado con los compañeros a tomar una cerveza. Al final, una cerveza acabó en siete y no era la primera tarde que pasaba. ¿Era ese el motivo por el que Eva lo recibía

de morros? Enseguida comprobó que no, que era otra cosa. Algo mucho más grave.

—¿A qué te refieres? —preguntó, consciente de que algo iba mal.

—Lo sé todo.

—Me estás asustando, cariño. ¿Qué es lo que sabes?

—Siempre he pensado que me cogieron demasiado rápido en ese puesto en el hospital. Como si lo hubieran creado expresamente para mí. No tenía lógica.

Tragó saliva.

—No sé de qué me hablas, cariño.

—Es insultante que lo niegues. Solo te hace parecer un imbécil y un embustero.

—¿Qué?

—Sé lo de Joaquín Ortiz.

El suelo desapareció bajo sus pies. Sus venas parecieron quedarse sin sangre. De pronto sus músculos carecían de huesos y articulaciones sobre los que sostenerse. Todo empezó a dar vueltas. «Fin del juego», oyó dentro de su cerebro. Su mayor temor se había convertido en una realidad.

No supo más que balbucear.

—Secuestraste a un hombre y se lo entregaste a un matón, Sergio. ¡Toda mi carrera profesional está sustentada en un crimen!

Pero Sergio había actuado de buen corazón, había obrado con justicia. Tenía que lograr que Eva también lo viera de esa manera.

—Ortiz había drogado y violado a la hija de ese pobre hombre, Eva —explicó—. La joven que estaba en la carretera cuando la… atropellé en 2009.

Estuvo a punto de contar la verdad. Que no era él quien conducía el Peugeot aquella noche, que había sido Abel. Pero no habría solucionado nada, solo habría alargado la discusión.

—¿Intentas justificar lo que hiciste? No te reconozco, Sergio.

—No, pero…

—Ahora mismo no puedo ni mirarte a la cara.

Las lágrimas bañaban sus mejillas. Hasta moqueando estaba hermosa. El resto había sido historia. Ella había abandonado el piso escupiendo un «¡Vete al infierno!». Él no la había seguido de inmediato y la última imagen que tenía de ella con vida era pisando el acelerador de su moto. Dos minutos después, sería aplastada por ese camión.

El ascensor emitió un pitido y las robustas puertas se deslizaron. Estaba en el último piso del Ritz. Sergio se percató de que tenía la mano aferrada a aquello que guardaba en el bolsillo del pantalón. Era el cuchillo que usaba para pelar las patatas. Pequeño, para poder llevarlo encima sin levantar sospechas, pero muy afilado. Nunca había

usado uno de esos contra una persona y no podía arriesgarse a fallar.

No se dio cuenta de que la palma de la mano le había empezado a sangrar, hasta que llamó a la puerta.

Ya era completamente de noche cuando salió del hotel. Los faros de los vehículos lo deslumbraban. Quizá por eso no se percató de que alguien conocido lo estaba observando con atención desde la acera contraria. O a lo mejor fue simplemente porque a Sergio le costaba respirar y porque las piernas no lo obedecían del todo. Se sentía flotando en un mundo onírico, como cuando estás a punto de emborracharte pero aún conservas todas las facultades. El corte de la mano seguía sangrando. De repente se dio cuenta. Más le valía deshacerse del cuchillo inmediatamente, por si acaso. Lo dejó caer en la primera papelera que vio. Después paró un taxi que lo llevaría a casa. Solo esperaba que el taxista no hiciera demasiadas preguntas cuando viera su mano teñida de rojo.

No las hizo.

Una vez en casa, se dio una ducha rápida, lavó la herida y la cubrió con gasas que todavía conservaba de cuando Eva se encargaba del botiquín. Después se metió en la cama.

A la mañana siguiente, más calmado, se sentaría a desayunar su habitual bol de C*hocapic* con leche. Como cada sábado, encendería el televisor para ver qué estaba pasando en el mundo. Un rótulo se deslizaría en la parte de abajo de la imagen y al leerlo, la mandíbula inferior de Sergio estaría a punto de caer al bol:

> La artista Sol Monroe, encontrada sin vida en la suite de un lujoso hotel del centro de Madrid.

30

9 de enero de 2022
Hoyos del Espino, Ávila

John paga la cuenta —las sopas estaban horrendas, pero al menos han salido baratas— e intercambia su número de móvil con Yasmín, que propone que pasen la tarde juntos para empezar a investigar.

—Si no te importa, prefiero volver a Villa Pegaso y ordenar mis ideas —responde—. Ha sido demasiada información de golpe y siento que necesito ponerlo todo por escrito.

El comentario tiene parte de excusa. Es verdad que John ha planeado hacer un listado de la información recopilada y de lo que saben hasta el momento, tal y como hacía cuando escribía novelas y las ideas lo asediaban a todas horas. Pero también se muere por realizar sus propias pesquisas en la finca. A solas.

No es que no se fíe de Yasmín, pero al fin y al cabo, acaba de conocerla y aún no sabe hasta qué punto puede creer todo lo que le acaba de contar.

Cuando promete quedar con ella más adelante para poner todo en común, ella parece conforme.

—Pero no te duermas, escritor. Solo faltan dos días para la fecha límite.

—No dudes en darme un toque ante cualquier novedad. La cobertura no llega bien a mi estancia, pero procuraré salir de vez en cuando por si tengo alguna notificación.

Se despiden con un apretón de manos, aunque John intuye que ella espera algo más y quedan en verse al día siguiente.

El sol está en lo más alto y John siente que le vendría bien un paseo para asentar la terrible sopa, de modo que cambia de opinión respecto a tirar de la tarjeta de Agustín y emprende la subida hacia Villa Pegaso a pie.

Durante el camino llama a Mónica, a quien miente —en su cabeza utiliza la palabra *omitir*— en lo referente al caso Cardozo y todo lo relacionado con la investigación. La conversación se limita a la climatología en la sierra, la compra de ropa que hizo al día siguiente de llegar, lo mal que acaba de comer —no menciona a Yasmín, porque lo obligaría a explicar quién es ella y por qué está allí— y la

personalidad de cada miembro de la familia Castro. Mónica no destaca por ser una mujer chismosa y aun así este último tema protagoniza el noventa por ciento de la conversación. En cuanto a ella, tiene pocas novedades. Rayco y Mercedes han vuelto de su viaje y esa noche han quedado en casa para cenar juntos. John se alegra de que esté acompañada. Puede que sea sugestión, pero diría que le nota la voz más animada.

Ha recorrido más de la mitad del camino cuando cuelga y pasa a enviar un mensaje de texto a Lorenzo Guirao. Lleva toda la mañana dudando si hacerlo o no, pero la conversación con Mónica le ha aportado el empujón anímico que necesitaba. Cuando pulsa el botón de enviar, siente que su temperatura corporal crece.

La residencia familiar parece estar vacía. John se sacude la nieve de las botas y entra por la puerta. La quietud tanto en el vestíbulo como en el pasillo que da al ala de servicio es sepulcral.

La temperatura en su habitación es ahora alta como la de la sala de máquinas de un antiguo transatlántico. La leña sigue ardiendo en la chimenea y John se pregunta si alguna vez podrá estar cómodo ahí dentro.

Se desviste de cintura para arriba y se deja caer en el sofá. Ir y volver al pueblo caminando le ha cansado las piernas. Pensando en Mónica, se queda dormido.

Despierta con la mejilla incrustada en el hueco formado por el cojín y el reposabrazos y un penetrante olor exótico en la nariz. «Marta debe de estar cocinando algo con curry», deduce. Inmediatamente su mente viaja a Patrick. Su mentor siempre se quejaba de que Londres era una ciudad que apestaba a comida india. John sonríe al recordarlo, porque lo cierto es que él, a pesar de ese detalle que se afanaba en repetir una y otra vez, amaba la capital británica.

Desde el otro lado de la ventana le vienen lejanos gimoteos femeninos. «Lo que me ha despertado». Medio desnudo, Everett se levanta impulsado por la curiosidad. Ve a Cecilia Castro abriéndose camino entre la nieve acumulada que hay en el tramo del jardín entre las habitaciones del servicio y el establo.

Resulta gracioso ver a alguien tan delicado y pulcramente vestido luchar contra las inclemencias meteorológicas. Apoyado en el alfeizar, John se apiada de la joven. «No sabes cómo te entiendo, jovencita. La nieve es un asco». Es media tarde y el sol se debate en una agonía, marcando en el cielo una espiral anaranjada y purpúrea. Las copas de los árboles parecen estar ardiendo.

Su mano se mueve unos centímetros. Es la madera que cubre el alfeizar, que está suelta. Movido por una especie de corazonada, o quizá solo se trate de aburrimiento combinado con afán de fisgoneo,

porque las corazonadas son solo para los polis y las videntes fraudulentas, John fuerza la tabla. Para su sorpresa, la desplaza sin esfuerzo. Hay un hueco oculto bajo la tabla, tras la pared de la ventana.

Hurga en las profundidades del hueco. Al fondo, las yemas de sus dedos encuentran algo cuyo tacto se asemeja a una cartulina plastificada. Lo saca y encuentra una fotografía de tamaño estándar que guarda toneladas de sentimientos. Incomprensiblemente triste, como si alguna vez hubiera conocido al hombre de la foto, se imagina la relación que una vez tuvo con Sol Monroe. En la instantánea, Abel y Sol —él seguramente seguía llamándola Laura— ponen cara de burla al mismo tiempo que le dedican gestos obscenos a la cámara con los dedos. Tras ellos asoma un enorme cartel de luces cuyas letras anuncian el festival *Tomorrowland*. La mente de John, dada a inventar historias, imagina al momento que están allí porque ella es una de las cantantes invitadas al festival. Después se pregunta si Fabián Castro, productor discográfico de Sol, estaría rondando los alrededores, e incluso sopesa la posibilidad de que fuera el mismo Fabián quien estaba tras la cámara en el instante de la foto. Ambos miembros de la pareja visten en tirantes y lucen unos brazos quemados por el sol. Dos alianzas de oro blanco resplandecen en sus respectivos dedos anulares. Parecen muy felices.

Observa a Monroe y se imagina el corte en sus muñecas, el agua de la bañera teñida de rojo, su joven rostro sin vida. Cierra los ojos un segundo.

Aparta la foto con cuidado y sigue hurgando en el fondo del hueco. Allí lo encuentra.

El cuaderno de notas de Cardozo.

Se detiene a reflexionar sobre el hecho de que ese hombre escondiera algo tan personal en un lugar como ese y de pronto una idea se cuela en sus cavilaciones: ¿quién conserva un cuaderno bajo el alfeizar de la ventana de la que ni siquiera es su casa?

«Alguien que guarda un secreto».

Deja caer el cuaderno de nuevo en su escondite justo en el momento en que Cecilia golpea el cristal con la punta de sus largas uñas.

—Qué suerte la mía —dice John, nada más abrir la ventana. La diferencia de temperatura casi hace retroceder a Everett—. Salgo a dar mi paseo diario y me encuentro a un escritor famoso con el torso desnudo. Sin duda han mejorado las vistas en Villa Pegaso.

—¿Problemas en el paraíso? —John señala la montaña de nieve pisoteada.

La respuesta de ella es una sonrisa acompañada de un rápido pestañeo. Quizá le funcione en Internet, pero a John el gesto le

provoca un repentino ataque de vergüenza ajena.

Aun así, a lo mejor puede utilizar la predisposición de la joven a su favor.

—He oído que el año pasado se hospedaba aquí otro escritor. —Adopta el tono más despreocupado que le sale—. Un tal Cardozo.

—Sí. Abel. Era un poco capullo. Y mucho menos guapo que tú.

Se acerca un poco más. Su cabeza ya está dentro de la habitación. Instintivamente, John retrocede otro paso.

—¿Y qué ocurrió? ¿Por qué ya no vive aquí?

—¿Todavía no te has enterado? Fue la comidilla de la comarca y aún lo sigue siendo. Es uno de los motivos por los que prefiero vivir en Marbella. Eso y que allí no tenemos la puta nieve.

«Vaya con la niña, menuda boca».

—¿Enterado de qué? —Sigue en su papel de despistado.

—Desapareció durante la borrasca Filomena. Muchos lo dieron por muerto.

«Eso es. Continúa». Ahora que la adolescente se ha lanzado a hablar, John no quiere que pare. Para ello, apoya premeditadamente su mano sobre la muñeca de ella, en un gesto por el que se odiará a sí mismo durante las próximas horas. Tiene la piel seca y fría.

—Entonces, ¿vivía aquí, en esta habitación? —pregunta, con el cuaderno de notas y la fotografía en la mente.

—Aquí mismo.

—Pensé que era la habitación del cocinero.

De súbito, ella se echa para atrás. «¿He tocado un botón importante?»

—Ese inútil dejó Villa Pegaso antes de que Abel llegara.

—¿No te caía bien?

—El panchito era imbécil. Olía a sudor.

—¿Panchito?

—Sudaca. —John aprieta los puños—. Juan Diego era de Venezuela. Se lo trajo papá de allí, en un alarde caritativo de los suyos. —Hace una exagerada mueca como solo una adolescente caprichosa es capaz—. Los odio. Y la comida de Juan Diego era un asco. Marta cocina mucho mejor y además ella utiliza desodorante.

El comentario hace que los sensores olfativos de John vuelvan a percibir el curry que sobrevuela las estancias del edificio.

—¿Por qué ya no trabaja aquí? ¿Lo despidió tu padre?

Con el lateral del ojo, John intuye algo tras Cecilia, al fondo del jardín, cerca del muro. Al centrar su atención, reconoce a Carmen de pie, cruzada de brazos. Al contrario que el otro día, va vestida con ropa cómoda: una bata larga y botas altas para andar por la nieve. El sol ya se ha escondido y la penumbra domina el terreno, lo que no hace dudar a John. Es ella.

Como un resorte, aparta su mano de la de Cecilia. Esta vuelve el cuello siguiendo los ojos de John. Su cuerpo se tensa cuando ve a su madre.

—Será mejor que me vaya —dice y le planta al escritor un beso rápido en la mejilla que él no se espera.

John se apresura a cerrar la ventana sin despedirse de ella. Cuando vuelve a mirar hacia el muro, Carmen Castro ya no está.

El aire gélido ha encrespado el poco vello que tiene en el pecho, pero ha empezado a descubrir cosas y eso le produce una sensación sumamente cálida y agradable.

Se lleva el cuaderno de Cardozo a la mesa de trabajo, donde empieza a examinarlo. Resulta curioso leer lo escrito por un desaparecido a quien han dado por muerto. Hay pocas cosas más personales que la caligrafía de una persona. John siempre lo ha considerado un rasgo de distinción más, como un espejo donde ver reflejado el alma de cada uno. Quizá por eso antes escribía sus manuscritos de puño y letra. Le gustaba comprobar el efecto que producían sus vocales redondeadas, sus excesivas florituras para conectar las letras sobre el papel.

Las ampulosas mayúsculas de Cardozo, las enérgicas tildes, esa tendencia a ladearse hacia la derecha, denotan minuciosidad y perfeccionismo. Solo con un vistazo a sus notas puede decirse que Abel era, como apuntó Yasmín, una persona que daba importancia a los detalles.

El tiempo vuela mientras John revisa cada hoja del cuaderno. Algo decepcionado, comprueba que se parece al suyo propio, solo que con mucho más contenido. Este abarca más de treinta hojas y básicamente resume la vida de Fabián Castro, desde sus inicios en Venezuela hasta la actualidad. Sin abreviaturas, sin pasar nada por alto.

«Seguro que, al igual que estoy haciendo yo, Abel buscaba entre los testimonios de Castro algo que pudiera guiarlo en su investigación en torno al asesino de Sol Monroe».

Ya es noche cerrada cuando corre la última hoja. Al final ha dado con tres cosas interesantes: una de ellas le ha llamado poderosamente la atención y las otras dos son confusas.

Para encontrar la primera ha tenido que avanzar hasta la página trece. Se trata de una nota personal, cercana a algo que más podría encontrarse en un diario que en la biografía de un magnate:

> Fabián no suelta prenda. Llevo varios días aquí y no ha mencionado a Laura ni una sola vez, a excepción de para darme el pésame. Es un hombre directo que no habla entre líneas. Se

diría que no tiene pelos en la lengua.

He pensado en hablar directamente con el personal del servicio. El hombre que cuida a los caballos parece accesible, aunque dudo que sepa algo. Ese tipo está en su mundo, habla más con los animales que con la familia que le paga. En cierto modo, lo veo comprensible.
Con Marta lo tengo más difícil. Sospecho que no le caigo en gracia. Solo espero que no haya escupido en mi comida alguna vez.

No me olvido del antiguo cocinero. Ya lo habían despedido cuando yo llegué aquí, pero sí coincidió con Laura. Trabajaba para la familia cuando ella firmó el contrato discográfico, así que por narices tuvieron que cruzarse. Creo que se llamaba Juan Diego. Cuando hable con el hombre que susurra a los caballos le preguntaré si sabe dónde vive Juan Diego en la actualidad.

John se obliga a recordar por qué estaba Cardozo en Villa Pegaso: buscaba indicios que le guiaran en su búsqueda del asesino de Sol Monroe. ¿Finalmente descubrió algo hablando con alguno de los miembros del servicio de la residencia? Piensa averiguarlo.

Un par de páginas después, una frase aún más desconcertante. Esta vez anotada en una esquina del folio:

¡Hablar con Fabián! ¡URGENTE!

¿Qué era eso tan urgente que Abel tenía que hablar con el señor Castro? Es obvio que había dado con algo hablando con los miembros del personal. «Si averiguo el qué, quizá obtenga el nombre de un sospechoso».

Lo que ha encontrado en la última página lo tiene mucho más desconcertado. Abel lo escribió el veintiocho de diciembre de 2020 —una semana antes de su desaparición— y dice lo siguiente:

Justo después, otra anotación, solo que esta es como si la hubiera escrito de manera urgente a modo de recordatorio: es el nombre SERGIO P.

Y un número de teléfono.

Dado el tono pulcro y profesional que acompaña al resto de anotaciones, esos dos últimos mensajes le resultan inquietantes. Para empezar, están escritos a tinta roja. Y la caligrafía, aun siendo la misma, se ve más grande y alocada. Como si hubiesen sido anotados con prisa.

Corre a por su móvil, todavía guardado en el bolsillo del Barbour y recuerda que allí dentro no tiene cobertura, en el mismo momento en que está empezando a teclear el número. Se viste rápidamente y, acompañado del cuaderno de Cardozo y el teléfono móvil, sale al jardín con mucho sigilo. No quiere que nadie lo pille con ese cuaderno y llamando a un número desconocido a esas horas de la tarde, por si las moscas.

Oculto en las sombras junto a la parte trasera del edificio que da al establo, John se asegura de que no hay moros en la costa —en este caso, *moras*: Carmen o Cecilia Castro—. Luego introduce uno por uno los nueve dígitos que constan en el cuaderno. Duda en dos de ellos. Uno podría ser un 4 o un 9 y el último parece un 7, pero bien podría ser un 1. «Tenías que descuidar tu caligrafía justo aquí, Abel».

Prueba con el 4 y el 7 y le responde la voz de una anciana. John pregunta por Sergio, pero la mujer le dice que se ha equivocado y cuelga rápidamente. Después lo intenta con el 4 y el 1, pero ni siquiera llega a dar tono. El teléfono con la combinación que lleva el 9 y el 7 pertenece a una mujer de cadencia juvenil. John da un respingo cuando ella responde:

—¿Por qué quieres hablar con Sergio?

—Es por un asunto personal.

—¿Llama del colegio?

—¿Sergio es profesor?

—Mi hijo tiene cuatro años. No vuelva a llamar.

La joven aplasta, más que cuelga, el auricular.

Con el 9 y el 1, su última opción, responde una voz soñolienta:

—Todoelectrónica Talavera de la Reina. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Me gustaría hablar con Sergio.

Se produce una pausa que dura algunos segundos.

—¿Oiga?

—El señor Palacios está en la gestoría y no va a volver hasta mañana. —John canta bingo. «Sergio P. A la tercera va la vencida»—. ¿Puedo ayudarlo yo en algo?

La voz no podría sonar más hastiada y aburrida sin la administración de somníferos. Además, se oye mucho ruido de fondo.

—Quisiera pedir hora para hablar personalmente con el señor Palacios.

—¿Es por lo del anuncio?

—¿El anuncio?

—El anuncio de la venta de la tienda.

—Sí —reacciona John—, pero no he visto ningún anuncio. Llamo por recomendación de un amigo que es cliente vuestro.

Acaban quedando en que Sergio Palacios lo llamará mañana por la mañana.

Al entrar de vuelta a la mansión se da de bruces con Carmen Castro, que, según le explica, esa noche padece de insomnio. Vestida con una bata de seda y zapatillas, con el pelo malamente recogido en un moño improvisado y las curvas de la cara acentuadas por el reflejo de la luna que esa noche se cuela entre la penumbra del vestíbulo, la señora de la casa parece lo opuesto a la mujer de un multimillonario.

—¿De juerga a estas horas? —pregunta ella, con un tono más curioso que juicioso.

—Tomando el fresco, solamente. Veo que no soy el único a quien le cuesta dormir esta noche.

John se da cuenta de que le está temblando la voz. Casi espera una advertencia por parte de la mujer, algo así como «Deja en paz a mi hija, pervertido». No se produce.

—Debe de ser la luna llena, que nos altera el biorritmo. —La señora Castro se queda mirándolo en silencio, con una media sonrisa insondable—. ¿Estás a gusto en casa, John?

La pregunta lo pilla desprevenido. Desde que se presentaron, John ha tenido la constante sensación de estar siendo examinado por esa mujer y ahora le habla como si hubieran comido del mismo plato.

—Sí. Todo es perfecto. Gracias.

—Me alegro. Si necesitas cualquier cosa, ya sabes dónde encontrarme.

Puede que sean imaginaciones suyas, pero esa noche todas las mujeres de Villa Pegaso parecen tirarle los trastos.

Incómodo, le desea una feliz noche y se encamina de regreso a su habitación, de donde no piensa volver a salir en toda la noche.

Deja el teléfono y el cuaderno sobre la mesa de trabajo y busca un mapa de España entre los libros viejos de la estantería. Cuando lo encuentra, tiene que sacudir el polvo de la cubierta antes de abrirlo, lo que le hace estornudar. Talavera de la Reina está a más de ochenta kilómetros de Hoyos del Espino. Frunce el ceño. ¿Por qué se habría puesto Abel Cardozo en contacto con un vendedor de componentes electrónicos de Talavera de la Reina como el tal Sergio Palacios?

Su mente salta entonces a la anotación que acompaña a las iniciales y al número de teléfono en la última página del cuaderno.

No solo Castro. Ocaso de H.H., pronto.

No solo Castro, ¿qué? ¿A qué se refería Cardozo?

En cuanto a las siglas H.H., tiene algo parecido a una idea.

Se queda dormido con todas esas cuestiones sobrevolando su pensamiento.

Al día siguiente se levanta temprano y pasa las primeras horas encerrado en la habitación. Solo sale al alba, con la fresca, para hacer cinco kilómetros corriendo en torno al perímetro de la finca. Las máquinas quitanieves han hecho su trabajo y esa zona se encuentra en perfectas condiciones para mover las piernas y activar la circulación.

Estaba estirando antes de salir, cuando Craig le ha llamado al móvil. John ha tenido que esforzarse. Dos días apartado del mundo han sido suficientes para que casi olvide a su agente.

—¡Eh, Johnny! ¿Cómo vas?

Su voz nasal. Eso no lo ha olvidado. Solo escucharla de nuevo al otro lado del auricular le ha hecho recordar todo lo demás. La panza asomando por encima del cinturón. Las cazadoras de colores. La risa de cañería atascada. Los pelos de las orejas. Demonios…

—El puñetero Craig Donovan. ¿Qué tal estás?

—Bien. Y estaré mejor cuando me digas que el libro de Castro va viento en popa. Porque va viento en popa, ¿no, Johnny?

—No solo eso, Craig. También estoy teniendo ideas nuevas.

—¿Ideas nuevas?

—Para una nueva novela de misterio. Creo que ya es hora de que vuelva a la carga.

A John nunca le ha costado tanto dar una buena noticia. Bajo ningún concepto iba a hablarle a Craig de la investigación que se trae entre manos. Si el troglodita de su agente llegara a saber de los mensajes encontrados en el cómic, ya podía olvidarse de seguir manteniendo el caso en secreto. Pero sí ha visto oportuno demostrarle que su mente ha vuelto a carburar. Que vuelve a sentirse motivado con su profesión. Y que puede que no acaben en la ruina. Siempre es buen momento para dar una noticia así, ¿no?

—Bien, bien. Me alegro, Johnny. Pero no descuides la biografía de Castro. No negocié una comisión de cojones para que ahora lo mandes todo a la mierda.

—Tranquilo.

—Yo solo te aviso. Que ya nos conocemos. Cíñete a la biografía.

—Siempre es un placer hablar contigo, Craig. Adiós.

Lo cierto es que, desde su segunda visita a Papyre y la posterior aparición de Yasmín, el caso Abel Cardozo ha ocupado el primer lugar

en la lista mental de prioridades de John, a mucha distancia de las memorias de Castro. Sí, puede que siga manteniendo sesiones diarias con el millonario y sí, es posible que el fichero donde está anotando los testimonios cada vez sea más extenso, pero es aquello en lo que pones el foco lo que acabas por llevar a cabo. Todo aquel que haya escrito algo serio lo sabe. Algunos lo llaman visión túnel. Y ahora mismo la biografía de Castro está muy lejos del túnel de John, por mucho que Craig se empeñe.

Sin saber aún qué va a hacer con ello, se le ha metido en la cabeza describir, en forma de notas, los elementos relevantes de lo que va descubriendo en torno a la desaparición de Cardozo. Para empezar, esa mañana ha dibujado un mapa mental del caso, antes de darse cuenta de que debía añadir algunas explicaciones, concretamente sobre las fechas que constan en el cuaderno de Abel, un croquis con lo sucedido en la librería, el día que Yasmín Roca y Lorenzo Guirao encontraron el cómic de Spiderman y un breve retrato robot de todos los implicados hasta la fecha: Sol Monroe, Abel Cardozo, el matrimonio Castro, Cecilia Castro, Marta la asistenta, Juan Diego el cocinero, Lorenzo Guirao y Yasmín. Por último, ha incluido el nombre de Sergio Palacios a la lista de posibles implicados. El mapa no ha tardado en adoptar el aspecto de un jeroglífico con comentarios al margen y mientras corre, John piensa que, en aras de la claridad, será mejor pasarlos a fichas y pósits. Con todo ese material, conserva los folios con los mensajes ocultos en las viñetas del cómic que hacen referencia tanto a él como a Mónica y que se cuelan cada noche en sus sueños. También la fotografía de Cardozo y Monroe en el *Tomorrowland*.

Un pitido del teléfono, que ha estado reproduciendo a Coldplay durante toda la carrera, lo hace detenerse. Como sea otra vez Craig, arrojará el terminal hacia los pinos. Molesto por la interrupción, lo descuelga al tercer timbrazo con un simple toque en el auricular de la oreja derecha.

—¿Diga? —pregunta.

Es Yasmín.

—¿Estás despierto?

—Sí. He salido a correr.

—Necesito verte de inmediato —dice ella, pero no es la voz alegre y determinada que él conoció ayer—. Se trata de Lorenzo.

Antes de que pueda dar más explicaciones, su voz se quiebra en un doloroso lamento.

31

11 horas antes
Sevilla

El ático donde está situada la residencia de Lorenzo Guirao resulta ser un mirador sinigual para observar el espectáculo en todo su esplendor. Vivir en un octavo piso puede tener sus desventajas, como las fuertes rachas de viento o el calor implacable en verano, pero los días como ese las compensan con creces.

A pesar de la niebla, desde allí hay una espléndida vista del edificio de Papyre, en el otro extremo del distrito, cuyos cristales reflejan los rayos iluminando la noche como una bola de discoteca. Lo que para alguien con miedo a las tormentas supondría un mal trago o un ataque de nervios, a Lorenzo, amante de las demostraciones de poder de la Madre Naturaleza, tal exhibición de relámpagos y truenos suele dejarlo boquiabierto.

No es el caso de ese día, cuando apenas presta atención al ventanal, pues la tiene toda enfocada en la pantalla de su teléfono móvil.

John Everett

He encontrado su micro. Una falta de respeto más, y abandono. Hablo en serio. Sigo trabajando.

Vuelve a guardar el terminal en su bolsillo y emite un chasquido sutil con la boca. Él es así. Ni siquiera en la intimidad se permite un improperio en voz alta, que es lo que de verdad le pide el cuerpo. Un *no me jodas, Everett, deja de tocarme los cojones.* Esa habría sido una reacción normal. Pero él no es normal. No es un pecador como el resto.

De tanto repetírselo, a veces llega a creérselo.

Alguien llama a la puerta. Al preguntar quién es, una voz grave y familiar responde al otro lado.

—Soy Tomás.

Esa noche no está de humor para recibir compañía. Al menos no esa clase de compañía. Pero sabe que su hombre de confianza no se irá sin haber esparcido por su piso esa energía de lameculos que no parece tener fin, así que, resignado, abre la puerta.

Antes de entrar, el abogado da un bocado al perrito caliente que sujeta en una mano. En la otra sostiene un segundo perrito. Se lo ofrece. Cuando Guirao lo acepta y lo toma entre sus dedos, Tomás se limpia los restos de mostaza de la comisura de los labios con el reverso de la mano.

—Este es para usted. Su cena preferida.

—Vaya, gracias, qué detalle —responde Guirao—. Anda, pasa.

—Ha hecho un gran trabajo —dice el abogado con media masa de perrito dando vueltas en su boca. Guirao no recuerda haber visto a nadie comer tan rápido. Solo una vez que ha terminado el perrito, Tomás se acomoda en el sofá. Sabe muy bien que Lorenzo no permite comida en su exclusivo sofá de cuero—. Al fin, el escritor ha firmado.

—Hemos hecho un gran trabajo. Tengo entendido que su abogado, ese Craig, no es un hueso sencillo de roer.

El presidente da un bocado mientras camina en torno al sofá. Tomás se ha quedado mirándolo sin pestañear y con esa estúpida sonrisa suya en los labios. El perrito sabe demasiado salado, pero no le importa. Está deseando terminarlo para que Tomás se vaya de una vez. No piensa hablarle del mensaje de Everett que acaba de recibir, ni del micro que le colocó secretamente por iniciativa propia. Y por encima de su cadáver va a hablarle del contenido del cómic. Tomás enloquecería. Jamás lo entendería.

—¿Castro tiene claro hasta dónde puede contar al escritor, verdad? —dice Tomás, hurgando con una uña entre los dientes en busca de restos de salchicha.

—Por supuesto. No es idiota.

—Nos jugamos mucho.

—Sé perfectamente lo que nos jugamos.

Lorenzo enseguida siente que le sube la temperatura. Se limpia las manos con la servilleta, se afloja el último botón de la camisa y camina hasta la puerta con la intención de despedir a su invitado. No está de humor para mantener esa conversación ahora.

—Es tarde. Creo que deberías irte —dice con la voz ahogada. Traga saliva. Se nota la lengua áspera.

—Jefe, ha sido un riesgo enviar a otro escritor a Villa Pegaso.

—¿Otro escritor? —responde, más febril y acalorado—. Mi hijo fue allí a trabajar como *freelance*. Nosotros no tuvimos nada que ver.

El abogado mantiene un prolongado silencio.

—Y mire cómo acabó.

Por un momento, Guirao siente una punzada de temor. «¿Qué está queriendo decirme?», piensa, empapado de pronto de un sudor frío.

—Ha sido un buen jefe, Lorenzo. —Aún sentado en el sofá, sin aparente intención de irse de su casa en el corto plazo, Tomás habla ahora con un deje de tristeza en la voz—. Y lo hemos pasado bien.

Siente que se le cierra la garganta. Se lleva la mano a la zona y nota que le tiembla todo el cuerpo. Trata de gritar, pero su boca no emite sonido alguno. De pronto entiende por qué la comida tenía un sabor raro.

—El perrito… ¿llevaba… semillas de s-sésamo? —Siente impotencia al no poder expresarse, y aun así insiste—: ¡Sabes que no puedo tomarlas!

Incrédulo, observa a su abogado, que se ha levantado del sofá y acude a la nevera para abrirse una cerveza. Está empezando a nublársele la visión. «¡Se lo he dado todo! ¿Por qué me hace esto?» Nunca llegará a saber si todo obedece a algo que Tomás tenía planeado desde hace tiempo, o si ha descubierto el cómic y solo está tratando de tomar precauciones. «Nos jugamos mucho». La ira que siente es casi tan fuerte como el pánico. Entre temblores, saca el móvil del bolsillo e intenta marcar el número de emergencias. Se le resbala y cae al suelo. Después trata de alcanzar el teléfono fijo que cuelga de la pared, pero apenas ve nada.

En algún punto del salón, un chasquido fresco y gaseoso. «¡Ese cabrón se va a beber mi cerveza mientras contempla cómo me muero!»

La lluvia cae con fuerza contra el cristal cuando Guirao cae de rodillas al suelo con las manos aferradas a la garganta. Está ciego, tampoco oye. Solo nota el cerebro, privado de oxígeno, luchando por sus últimos instantes de lucidez. El mundo de Lorenzo Guirao se apaga del todo y en una última micra de segundo que quedará olvidada en la eternidad, el editor distingue el rostro de su hijo sonriéndole como cuando era un niño.

Como cuando todo lo malo aún estaba por llegar.

32

9 de enero de 2022
Sevilla

Tomás Moreno se acerca al ventanal y constata con alivio que no hay nadie mirando en su dirección desde las ventanas y balcones de los edificios cercanos. «No he tenido otro remedio», se dice, sorprendido ante su falta de escrúpulos por lo que acaba de hacer. «Lorenzo se lo ha buscado».

Desde que desapareció Abel ya temió que tal vez tuviera que tomar cartas en el asunto y eliminarlo llegado el momento, pero la aparición del escritor inglés, el afán casi obsesivo de Lorenzo por llevarlo a Gredos lo ha precipitado todo.

La inesperada irrupción de John Everett en las oficinas de la editorial representó para Tomás, al mismo tiempo, un golpe de suerte y un problema. Gracias a Everett supo de la existencia de ese cómic y que guarda algún tipo de contenido que involucra a Cardozo. ¿De verdad pensaba el jefe que no escucharía tras su puerta después de que Everett entrara como un toro bravo en su despacho? El contratiempo está en que ahora el escritor conoce el caso Cardozo y observará cada rincón de Villa Pegaso con ojos de detective.

«Si llegara a enterarse…»

Por suerte, siempre se ha cuidado mucho de que no exista ninguna relación entre las actividades realizadas en esa finca y las suyas propias. Nadie puede relacionarlos, a menos que…

No quiere ni pensarlo.

Es la primera vez que mata a un hombre. De todas las cosas terribles que ha hecho en su vida, conocidas o no, apretar un gatillo no es una de ellas. Ni siquiera tiene un arma, y quiere que siga siendo así por mucho tiempo. ¿Un abogado con pistola? Una malísima combinación. Por suerte, conocía bien a Lorenzo. Tantos años de relación, tanto personal como profesional, le han permitido conocer secretos e intimidades del viejo, de los que ni siquiera su familia era consciente. Sus manías, sus miedos… y sus alergias.

Por eso nunca iban a restaurantes orientales. «Estos chinos le ponen semillas de sésamo a todo», repetía siempre. Cuando Tomás tuvo la suficiente confianza para preguntar, Lorenzo le explicó que

unas pocas de esas inocentes semillas harían que su garganta se cerrase en cuestión de segundos. A Tomás le pareció que su jefe exageraba, pero un día, recorriendo los canales de televisión, se topó con un reportaje que hablaba sobre algunas alergias que podían resultar mortales. La intoxicación por ingesta de semillas de sésamo era una de ellas.

Fue, pues, pan comido dar con el arma del delito. Solo tuvo que comprar un paquete de semillas de sésamo en cualquier tienda por Internet, triturarlas y mezclarlas con kétchup. Después pidió un par de perritos en la calle —la mierda preferida del jefe— y los roció de esa salsa mortal. Todo, las semillas y los perritos, lo había pagado con la tarjeta de la editorial, así que no hay ningún rastro que pueda llevar a la policía hasta él. Al encontrarlo desplomado en su piso, sin síntomas de violencia en su cuerpo y con medio perrito caliente —con trazas de semillas de sésamo en la salsa— endureciéndose en la moqueta, todos darán por hecho el accidente. Al fin y al cabo, no es la primera vez, ni será la última, que alguien se descuida con una alergia alimentaria.

«Resolvamos el gran secreto», piensa, dirigiéndose al despacho y bordeando la mesa de escritorio.

Echa un nuevo vistazo a la ventana para asegurarse de que no hay nadie mirando y baja la persiana. Con toda la calma, abre los cajones de la mesa hasta que, en el último, lo encuentra.

«*Voilà!*»

Vio cómo el jefe y su estúpida sobrina examinaban ese cómic con atención el día del diluvio y ayer, Everett no aceptó el trabajo hasta que Lorenzo le enseñó su contenido. Fue como asistir a un truco de hipnosis.

Necesita, por lo tanto, saber qué esconde el dichoso tebeo.

Su expresión se desencaja, la papada se le afloja cuando llega a las páginas dieciséis y diecisiete.

Es posible que sí tenga que agenciarse una pistola, después de todo.

33

10 de enero de 2022
Hoyos del Espino, Ávila

Nubes negras, funestas, se ciernen sobre la cabeza de John mientras deja que el chorro tibio de la ducha aplaque la tensión de sus músculos: el caso de Mónica, con la crisis emocional que ella atraviesa y lo que ello está provocando en la relación, el bebé que está en camino, su bloqueo de autor y lo que supone para su economía, el libro de Fabián Castro y las rarezas que envuelven a esa familia, la necesidad de resolver el misterio encerrado en torno a Abel Cardozo y Sol Monroe y las extrañas anotaciones que encontró el día anterior en el cuaderno personal de Cardozo. Y ahora, la llamada de Yasmín dándole otra pésima noticia. Esa noche, Lorenzo Guirao ha sido encontrado muerto en su residencia. No sabe mucho más. En menos de media hora ha quedado con Yasmín en el Café Maite. Entonces le dará detalles. Después, ella hará un viaje relámpago a Sevilla para darle al *viejo* su último adiós.

Nunca lo han agobiado tantas cosas a la vez. En cuanto pestañea, ya tiene frente a sí la siguiente catástrofe. No, esa acumulación de problemas no casa en absoluto con un novelista inglés cuya mayor ambición es envejecer entre cervezas, en una terraza junto al Támesis y con el sol de Oxford acariciándole el rostro.

Sale de la ducha y se envuelve con la toalla. Todavía mojado, da un profundo suspiro, saca un cigarrillo, enciende el televisor y sintoniza el canal de noticias. Las tiene de fondo mientras se prepara para salir. Es un alivio ver a otros con problemas bastante peores que los suyos.

Un simple vistazo a la pantalla basta para aterrizar en la realidad. Cinco hombres adultos discutiendo sobre los planes económicos del Gobierno. ¿Puede haber algo menos interesante? Desde luego, aquello no conduce a nada.

De todas las inquietudes que lo rondan, hay una que se empeña en destacar. Ha sucedido antes en la ducha y también ahora que está dando forma a su flequillo frente al espejo. Es como ese timbre de voz de un niño pesado y chillón que reclama su atención.

Ocaso de H.H. Lo último que Abel Cardozo escribió en su cuaderno.

Ahora, gracias a Yasmín, sabe que a ese tipo le gustaba jugar, era uno de esos locos de los jeroglíficos. Por lo tanto, ese mensaje tiene que esconder algo más. Pero ¿qué? ¿Qué se le escapa? Está justo ahí, aunque fuera de su alcance. Es esa sensación, cuando se tiene algo en la punta de la lengua, como el título de esa canción de Pink Floyd o el nombre del taxista afroamericano que interpretaba Samuel L. Jackson en la tercera parte de *La jungla de cristal*. Es eso mismo. Fuera de su alcance. *Ocaso de H.H.* La respuesta está ahí, en alguna parte, oculta, en la punta de una lengua mental.

Con ese nudo dentro de su cerebro, pega un telefonazo a Agustín para que lo recoja y lo lleve al pueblo. Hace un día fantástico para caminar, pero Yasmín ya debe de estar esperándolo y no cuentan con mucho tiempo antes de que salga su transporte.

Durante el trayecto, comenta con el taxista los mismos planes económicos del Gobierno que estaban debatiendo antes en televisión, porque es la primera banalidad de la que se le ocurre hablar que no tenga que ver con el caso Cardozo.

Nada más entra al Café Maite, descubre algo extraño… o quizá sería preciso decir que descubre a alguien que se le antoja extraño. En la barra, cerca de la puerta, ve a una mujer con una zamarra roja.

Y lo está mirando.

La mujer le resulta familiar. Sin ser una persona conocida, le parece que la ha visto antes. Lo que se conoce como un *déjà vu* en toda regla. Sí, está convencido de que la ha visto antes. En ese mismo lugar, incluso. Repasa mentalmente sus primeras visitas al café y el ojo de su cerebro coloca a la mujer en su sitio.

Vio a la señora de la zamarra en el Café Maite, el día de su llegada.

¿Está seguro?

No, por supuesto que no lo está. Deja de mirarla y se centra en Yasmín, que ya lo espera sentada a una mesa del fondo, de cara a la puerta, frente a una taza de café con leche y un vaso de chupito vacío. No tiene buen aspecto. Y no solo por los ojos hinchados y las arrugas en la frente. Es un conjunto. Aunque esa mañana se hubiera puesto un vestido cortado por Tom Ford, habría tenido la misma pinta de haberse peleado con un rottweiler.

Pide un desayuno continental y le da el pésame antes de sentarse junto a ella. Amy Macdonald suena por los altavoces del televisor, en ese momento emitiendo por la MTV un programa musical. Yasmín no suelta una lágrima por su tío mientras le cuenta lo sucedido —John sospecha que por orgullo—, aunque sus ojos, dos globos húmedos que parecen a punto de explotar, quieren lo contrario. John hace ademán de posar su mano sobre la de ella, un simple signo de empatía, pero en el último momento la aparta y la deja caer encima de la mesa. No quiere malentendidos.

Lo ha encontrado, a primera hora de la mañana, la chica que Guirao tenía contratada para que limpiara la casa tres veces por semana. Ella cuenta con su propio juego de llaves para poder entrar y salir sin necesidad de que haya alguien dentro, algo que era habitual, ya que Lorenzo iba todas las mañanas a trabajar a las oficinas de la editorial. Esta mañana, para su sorpresa, se lo ha encontrado tendido en el suelo, helado, tieso, con una mueca grotesca dibujada en el rostro y medio perrito caliente frío y duro tirado junto al sofá. Tras el impacto inicial, la mujer ha llamado a emergencias y el resto es historia.

—Dicen que han sido las semillas de sésamo —explica Yasmín—. Mi tío era extremadamente alérgico. No sé cómo no se ha podido dar cuenta.

Maite los interrumpe para servir a John el zumo natural y el café solo que están incluidos en el desayuno continental. La camarera aprovecha el paseo para recoger lo de Yasmín y preguntar:

—¿Otro orujo de hierbas, niña?

John alza las cejas. Café y orujo, explosiva combinación.

Yasmín se lleva una mano a la oreja. Se la ve nerviosa, avergonzada, como cuando tus padres te pillan fumando en la comunión de tu primo.

—N-no, muchas gracias.

—Yasmín, escucha… —John clava los codos en la madera de la mesa—. Lo de las semillas, ¿lo sabía alguien más?

Ella pasa los dedos por su cabello alborotado, negro como el carbón.

—¿Por qué lo preguntas?

—No sé. Me parece raro que haya cometido un descuido justo ahora.

—¿Justo ahora?

—Justo ahora que alguien vuelve a Villa Pegaso a investigar a los Castro. Ahora que Abel ha vuelto de entre los muertos para dejarte el cómic. Es demasiada coincidencia.

—No creo que nadie de la familia Castro supiera de la alergia de mi tío, si es a donde quieres llegar. Se conocían, claro, pero su relación era estrictamente profesional.

La mujer de la zamarra continúa observándolo. John hace esfuerzos por no mirar en su dirección mientras escucha a Yasmín.

—No has contestado a mi pregunta. —John se empeña—. Si Lorenzo ha sido intoxicado, ha tenido que ser obra de alguien que lo conocía muy bien, tanto como para saber sus intolerancias alimentarias y también con la confianza para acceder a su vivienda sin levantar sospechas. Una lista de personas que cumplan esos requisitos nos vendría muy bien para seguir tirando del hilo.

Ella resopla.

—Yo qué sé, John. Pueden ser cientos de personas. El viejo era un auténtico pesado en lo referente a su alergia a las semillas de sésamo. Era un dato que sabía toda la familia, su exmujer y cada uno de los empleados de Papyre, por no hablar de los camareros, cocineros y propietarios de los restaurantes de Sevilla que ha pisado al menos una vez.

La mujer de la zamarra está ahora junto a la mesa. John no la ha visto acercarse. De cerca, tiene una cara como la de esos indios que venden tabaco y en cuyo rostro no es imaginable ni deseable la sonrisa. Bajo la zamarra roja lleva un jersey de nudos con un Santa Claus bordado que ocupa todo el torso y unos pantalones vaqueros anchos. El conjunto, que podría pasar por el muestrario de una tienda de ropa de segunda mano en liquidación, lo completan unos zapatones negros que a John le hacen pensar en los payasos de la tele. Desde luego, una combinación que invita a la reflexión.

Antes de que John pueda reaccionar, la mujer hace algo del todo inesperado: levanta el brazo y le cruza la cara con la mano abierta. John siente el escozor en su mejilla casi tanto como la vergüenza y el desconcierto.

—¡Hijos de perra!

La anciana mira a John y a Yasmín alternativamente sin parecer importarle que los pocos clientes que esa mañana desayunan en el café se hayan vuelto empujados por el suceso. Respira entrecortadamente. Las cortezas rugosas que son sus mejillas se han encendido.

Sin dar tiempo a una posible reacción, la mujer vuelve a hablar, con una cadencia más neutral pero con la misma ira en la voz.

—Venís aquí, con vuestras ropas de ciudad y esos aires de que os coméis el mundo, a revolver en el pasado de los muertos. —Coloca la punta de la lengua entre los dientes y, mirando a John a la cara, resopla, aunque él intuye que lo que pretendía era escupirlo—. Debería daros vergüenza. No sois más que escoria.

John se incorpora. Su primera intención es apaciguar a la mujer y luego intentará descubrir quién es y por qué está tan enfadada con ellos. Pero ella no parece estar por la labor. Clava una última mirada en los ojos de John y se vuelve. Cuando abandona el local dando un portazo es como si alguien acabara de cerrar una ventana en un día de ventisca. Todos los presentes se miran, entre ellos pero sobre todo a John y Yasmín, que se han quedado perplejos.

Más tarde, lo ocurrido ocupará los pensamientos de John y se sumará a la lista de quebraderos de cabeza a los que hacer frente y lo habría hecho ahora, de no ser porque el corazón acaba de darle un vuelco.

—La guinda de hoy, una vieja que no me conoce de nada faltándome al respeto. —Yasmín apura el orujo de un trago, coge sus cosas y se levanta de la silla—. Me piro. Solo falta que llegue tarde.

En ocasiones, cuando la mente está obsesionada con algo concreto, darle vueltas no sirve de mucho. John lo sabe porque es un fenómeno psicológico que ha experimentado infinidad de veces a lo largo de su vida. Le pasa a todos los artistas en general. Lo que la masa conoce como inspiración es en realidad el subconsciente trabajando, pero para que ello suceda, la mente consciente debe de estar callada, dormida. Por eso, todas las mejores ideas para sus novelas le han venido en situaciones en las que tenía la mente en blanco. Haciendo ejercicio, como hoy a primera hora, bajo la ducha, como hace un rato, o recibiendo un sopapo de una manera del todo inesperada.

Hijos de perra, acaba de gritarles esa mujer.

Lo ha notado como una explosión en su cabeza, justo detrás de sus ojos.

Ocaso de H.H.

«¿Podría ser? ¿Tiene sentido?»

—¿Me has oído? —Yasmín trata de moverse, pero John le tiene bloqueado el paso entre la mesa y la pared—. He dicho que me largo. Déjame salir.

—Siéntate.

—¿Qué?

—Hijos de Hímero —pronuncia John en voz alta, unas palabras nacidas directamente en su subconsciente—. ¿Te dice algo eso?

El poco color que tiene Yasmín en el rostro se le escapa como a través de una herida abierta y John deduce que sí, que acaba de dar con la tecla.

34

2 de enero de 2021
Talavera de la Reina, Toledo

La nueva cuenta profesional de correo de Sergio Palacios recibía pocos emails. Cinco o seis al día, como mucho. Y de ellos, tenía suerte si uno estaba relacionado con el trabajo. Esa helada mañana, la segunda del año, hizo girar la silla de la oficina con la esperanza de que fuera uno de esos emails, cuando su servidor lo avisó con la voz de Pedro Picapiedra. No lo era, aunque tampoco se trataba de *spam*. Era tanta la basura que llegaba, la propaganda, la avalancha de ofertas engañosas, que a punto estuvo Sergio de borrar el mensaje. Lo habría hecho si Pedro Picapiedra no lo hubiera avisado. Sergio tenía el servidor configurado para que emitiera un *¡Yabba Dabba Doo!* solo en el caso de que el email en cuestión proviniera de alguien perteneciente a su lista de contactos. Hizo una rápida lectura y sus ojos se detuvieron en el campo destinado al remite. Se quedó mirando la pantalla en silencio, acariciándose nerviosamente el mentón, cuando vio quién le escribía.

Abel Cardozo.

¿Qué era aquello?

Era tan rebuscado que llegó a pasarle por la cabeza la posibilidad de que estuvieran gastándole una broma. Pero no tenía sentido. Nadie conocía su historia con Abel como para llegar a ese punto. Si acaso, tía Nati y tampoco lo sabía todo.

—¿Sergio?

La voz que llegaba amortiguada tras el cristal de la tienda era la de Iván, ese restaurador de figuritas de Warhammer, a quien Sergio estaba diseñando una página web. Lo visitaba todas las mañanas para comprobar los avances. De no tratarse de su único cliente, Sergio ya lo habría mandado a freír espárragos.

—¿Sergio? —repitió.

Le mostró el dedo índice desde el interior de la tienda.

—Un minuto, Iván. Estoy ocupado.

Iván vaciló. Continuó unos segundos esperando tras el cristal. Después desapareció.

Sergio seguía con la mirada fija en la pantalla.

¿Por qué le escribía Abel ahora?

«Yo no lo hice, Sergio. Tienes que creerme», le había asegurado Laura cuando él había ido a verla al Ritz, momentos antes de su muerte. A Sergio le había parecido gracioso que pronunciara justamente esas palabras, porque él la había creído en 2009, cuando ella le dijo que lo amaba antes de volar a Cambridge. Meses más tarde iba a traicionarlo con el que por entonces era su mejor amigo.

Así que, no, por supuesto que no había creído a Laura cuando se echó a llorar, suplicando que la creyera, en la *suite* del Ritz. Esa vez no.

Laura se estaba refiriendo al email que Eva había recibido de forma anónima. El email que Eva había estado leyendo en su ordenador portátil cuando él entró por la puerta de casa, minutos antes de que tuvieran la última discusión de pareja. Sergio no lo leyó hasta que no regresó del hospital al día siguiente. Sin el amor de su vida. Sin futuro.

El email permanecía abierto en la pantalla del ordenador de Eva. En el texto, alguien cuya dirección omitía el verdadero nombre del emisor, narraba con bastante grado de detalle la operación que Abel y él habían llevado a cabo en Sevilla en 2018 y que había terminado con el secuestro y entrega de Joaquín Ortiz. Se mencionaban el día y la hora concretos. También la ubicación, el historial de Ortiz y los motivos de José Luis Cava. Hasta incluía algunas imágenes del momento del intercambio, bajo la autopista. Se los veía a Abel y a él aupando el cuerpo magullado de Ortiz en el maletero de Cava, antes de perder a ambos de vista para siempre. En su momento, Sergio no se había percatado de la presencia del fotógrafo silencioso, no se explicaba cómo habían podido cazarlos. Pero el caso es que lo habían hecho.

Eva no había sido capaz de asumirlo cuando se enteró. Apenas le había concedido a Sergio la oportunidad de explicarse. En realidad, no había explicación posible. Lo hecho, hecho estaba. Lo que decía ese email era cierto.

Pero ¿quién podía haberlo enviado? ¿Qué jodido cabrón sabía lo que habían hecho esa mañana? No era difícil guardar el anonimato en el correo electrónico, Internet se había convertido en toda una ratonera de *tecnocobardes*. Sin embargo, solo pudo haber sido una persona: Laura Estiarte. Abel bien pudo contárselo todo. Sí, desde luego había ocurrido así, aunque ella lo hubiera negado todo. Ese día, Laura los había seguido, había tomado las fotos y después se las había enviado de forma anónima a Eva, a quien no conocía en persona, provocando que esta saliera de casa corriendo y cogiera la moto en pleno ataque de nervios. La penúltima ficha de dominó.

Algo en Sergio le había dado la convicción de que verse en persona

con Laura le vendría bien para cerrar ese capítulo, pasar página. Pero todo había acabado precipitándose. Y ahora Laura estaba muerta.

Después de aquello, Sergio había retomado las sesiones con el psicólogo y se había mudado a Talavera de la Reina, una pequeña y tranquila ciudad apartada de Madrid —y de tía Nati—, donde abrió su propia tienda de reparación de ordenadores y artículos electrónicos. También arrancó un negocio online de diseño de páginas web para empresas y particulares. Un cambio de vida que resultó insuficiente para calmar los ataques de ansiedad. Si antes era Eva quien se le aparecía y le increpaba en sueños, últimamente, Laura se había sumado a la fiesta. Dos muertas eran demasiado, ahora que ya estaba empezando a difuminarse el rostro sin vida de Carlota Cava.

No le había dado el pésame a Abel por la muerte repentina de su novia. Sencillamente no lo había visto oportuno. No después de que él hubiera quedado con ella en el Ritz. Nadie conocía ese detalle, pero aun así no le pareció bien. Además, no habían tenido contacto desde lo de Joaquín Ortiz y no mantenían una conversación amable desde muchos años antes.

Tampoco intercambiaron opiniones sobre la muerte repentina de José Luis Cava. A Sergio la noticia lo pilló de casualidad. Estaba desayunando una tostada de aceite, en su cafetería de siempre, con el periódico del día encima de la mesa. Le gustaba sobre todo por la sección deportiva, pero al final siempre acababa ojeando las tiras de actualidad. Lo normal habría sido que pasara por alto la noticia, que apenas ocupaba un pequeño lugar en la esquina inferior de la sección de sucesos, pero algo hizo que se detuviera en ella. Quizá fue el titular (*«Médico anestesista del Virgen del Rocío se quita la vida»*), o puede que la instantánea que acompañaba al texto: un primer plano de José Luis Cava, muy serio —era un hombre que vendía cara una sonrisa—, con la bata blanca de médico. La nueva no desvelaba demasiado detalle, solo que el galeno se había arrojado al río desde el puente de Triana. «Hay cosas en la vida que nunca llegan a superarse del todo», había pensado Sergio, con el dramático final de la hija de Cava en las retinas. En cierto modo, tanto Abel como Sergio eran responsables del último acto de ese hombre.

Tras leer la noticia había estado tentado de escribir a Abel. Había algo de venganza en ese pensamiento. Él también merecía saber, sentir la misma culpa que estaba experimentando él. Pero no lo había hecho.

Y ahora, Abel le enviaba un email.

IMPORTANTE, decía el asunto. Únicamente eso. Pintaba mal.

Sergio puso la mano en el ratón y llevó el cursor hasta el icono de ABRIR. Dio algunas bocanadas de aire y se preparó para cualquier cosa. Después pulsó el ratón y el contenido del mensaje apareció.

Hola, Sergio. Sé que nuestra amistad ha vivido tiempos mejores, pero he descubierto algo que debes saber. Tenemos que vernos en persona. El 4 de enero, dentro de dos días. Adjunto ubicación, confío en que te será fácil llegar. Por favor, no faltes. Es importante.

Sintió un golpe profundo en el pecho y no supo reconocer si se debía al miedo o a la excitación. Apartó la vista de la pantalla y anduvo un rato de un lado para otro en la pequeña tienda, sin atreverse a mirarla. En su lugar alineó las cajas de teclados inalámbricos y los lápices USB del mostrador, pasó la bayeta por la mesa y se atusó el pelo antes de volver a enfrentarse al ordenador.

¿Abel quería verlo?

Volvió al ratón y desplazó la flecha sobre el contenido adjunto. Era un hipervínculo que llevaba a la aplicación de mapas, donde una chincheta indicaba un punto concreto en la sierra de Gredos, a orillas del río Tormes a su paso por Hoyos del Espino.

Sergio se reclinó en la silla, meditabundo, haciendo girar su lapicero entre los dedos de la mano. Era algo que hacía desde la época del instituto y que lo ayudaba a concentrarse. Pensó en Abel. Había oído que se había trasladado a la sierra de Gredos, lo que daba sentido al punto del mapa donde quería que se reunieran. Concretamente, ahora vivía en la residencia de un productor millonario que estaba trabajando en el nuevo álbum de Laura —Sol Monroe— cuando ella pasó a mejor vida. Cuando se enteró, Sergio pensó que se trataba de una casualidad tan inmensa que no se la creyó y ahora sus sospechas se veían reforzadas. ¿Estaba Abel buscando al responsable de la muerte de Laura? De ser cierto, eso pudo haberlo conducido hasta él, lo cual daba sentido al contenido del email.

¿Qué sabía Abel?

«Yo no lo hice, Sergio. Tienes que creerme». Los ojos de Laura desprendían sinceridad, ahora lo veía, pero él no la había creído.

Ahora se abría una nueva posibilidad.

Los dedos de su mano se tensaron y el lápiz se partió en dos.

«¿Fuiste tú, hijo de perra? ¿Le enviaste tú el email a Eva contándoselo todo?»

Por favor, no faltes. Es importante.

Desde luego que no pensaba faltar a la cita.

35

10 de enero de 2022
Hoyos del Espino, Ávila

Las palabras de John la han dejado clavada en el suelo.

—Yasmín, préstame atención. —John la persigue con la mirada—. El término *Hijos de Hímero*, ¿significa algo para ti? ¿Cualquier cosa?

La pregunta la desconcierta tanto que se deja caer en la silla, deslizando la taza de café en el platito y salpicando parte de la mesa. «¿Cómo puede saberlo?» En efecto, Yasmín vio esa palabra en una ocasión. Fue en aquel día funesto en el que su confianza con Abel se fue por el retrete.

—Una vez me crucé con la palabra *Hímero*. Hace algunos años —responde, bajando la voz.

Everett se inclina hacia ella sobre la mesa.

—¿Dónde?

Ella vacila. Desea cambiar de tema casi con desesperación.

—No quiero hablar de eso. Tengo que irme.

—Yasmín, es muy importante. Si es lo que creo, tu primo podría estar relacionado con algún tipo de organización criminal.

Ella lo fulmina con los ojos.

—¿Cómo es posible que digas algo así? Es una acusación muy grave.

John suspira y se inclina aún más para hablar. Su voz es un cálido susurro que Yasmín puede sentir en sus labios.

—Mi pareja es policía. Se llama Mónica. —Yasmín tiene que apretar la mandíbula para que no se le note la decepción por escuchar ese nombre—. Hace unos meses, convencida de que un compañero del Cuerpo estaba metido en temas truculentos relacionados con el abuso de menores, empezó a investigarlo. Atando algunos cabos, Mónica dio con las siglas H.H. en Internet. No significan muchas cosas, pero una de ellas es *Hijos de Hímero*. Una especie de secta en la que sus miembros someten a mujeres vírgenes y cuyos orígenes se remontan a la primera mitad del siglo pasado.

Yasmín nunca ha oído hablar de esa organización, pero tiene la piel de los brazos encrespada a pesar del grueso jersey que lleva puesto esta mañana.

—¿Y qué tiene que ver eso con Abel? —pregunta, con miedo de saber.

John chasquea los dedos delante de sus ojos.

—Tienes que ver algo. Desde que he entrado por la puerta me muero de ganas de enseñártelo.

—¿Enseñarme el qué?

Se lleva la bandolera a las rodillas y saca un cuaderno de tapas duras aunque visiblemente desgastadas. Después, mostrándolo en alto, revela con voz temblorosa:

—Ayer encontré en mi estancia de Villa Pegaso el cuaderno de notas de tu primo.

Yasmín le arrebata el bloc de las manos y se lo acerca como si este estuviera impregnado de una sustancia altamente adictiva. Cuando recorre las hojas con rapidez y ve la caligrafía de su primo, siente una punzada de nostalgia.

—Si vas a la última página —John estira el brazo y la ayuda a avanzar las hojas hasta el final del bloc—, verás que tu primo escribió algo con evidente prisa. *Ocaso de H.H.* ¿Lo ves?

Efectivamente, Abel escribió un mensaje que llama la atención entre las demás anotaciones. Yasmín siente el frenético y profundo latido de su corazón.

No solo Castro. Ocaso de H.H., pronto.

—¿Me estás diciendo que mi primo pertenecía a una secta sexual?

Ahora John habla atropelladamente.

—Al contrario, pienso que descubrió cosas sobre esa organización que lo pusieron en peligro.

—¿Y crees que Fabián Castro intenta matarlo?

—Es posible, pero es más que eso. Según esta nota, Castro no es el único, lo que significa que hay más gente implicada. Para empezar, el compañero de Mónica. ¿Te das cuenta? Podríamos estar ante algo muy gordo.

Yasmín lo mira abrumada. A pesar de que las palabras de John suenan a absurdas —es una teoría que parte de unas siglas encontradas en Internet, al fin y al cabo—, sus ojos revelan convicción. Quizá sea una ilusión provocada por algo que ella sabe y que lleva años tratando de olvidar. Su mente viaja de esa cafetería de un pueblo de la sierra de Gredos al centro de Sevilla. Y retrocede cuatro años, hasta la mañana en la que sorprendió a su primo y presenció lo que aún ahora sigue sin aceptar. «Tal vez esto lo explique…»

Hacía un viento incómodo aquella mañana. Lo recuerda porque Laura —o quizá debería referirse a ella como Sol Monroe— hizo una

broma molesta sobre su peinado cuando abrió la puerta.

—¿Está mi primo? —preguntó Yasmín.

A Laura le cambió la cara, de súbito.

—Abel está… trabajando.

Era una mentira pésima. Abel era reportero *freelance* y trabajaba desde casa. Cualquiera que lo conociera un poco, y ella lo conocía mucho más que eso, sabía que los viernes se los tomaba libres. Eran sagrados para él. Yasmín vio en la expresión de Laura que en realidad no sabía dónde se había metido su novio, de modo que no insistió.

Yasmín y Laura nunca habían sido amigas íntimas. Se sacaban cinco años de edad y entre ellas siempre había sobrevolado una absurda competencia por la atención de Abel. Pero tampoco podía decirse que fueran enemigas. Yasmín no albergaba dudas de que la Laura del instituto la habría invitado a pasar. Sol Monroe, la versión adulta de Laura, por el contrario, era una buena harpía.

Le preguntó si podía usar el baño.

—Claro. La última puerta del pasillo, a la derecha.

Por aquel entonces, Abel y Laura todavía no se habían comprado el chalet de cuatro pisos con piscina de las afueras, pero el trabajo de él y los bolos de ella daban para financiar el alquiler de un bonito piso de tres habitaciones en el centro de la ciudad. En el pasillo, lejos de la sombra acechante de Laura, Yasmín pasó de la última puerta y accedió por la anterior: el despacho de Abel. Era posible que Laura fuera una amante magnífica y que se fuera a casar con él, pero ella conocía todos sus secretos. Eso incluía el lugar donde Abel escondía su cuaderno de recados, que era como llamaba a un viejo cuaderno de anillas donde anotaba cosas sueltas, como mensajes, citas médicas, pequeños encargos de trabajo o facturas por cobrar.

Lo encontró en su sitio, el último cajón del escritorio.

Viernes 23.
8:30 Parking del Vivagym.
Carretera de circunvalación, bajo la radial a la altura de Dos Hermanas.

Ya era tarde para pillarlo en el gimnasio. —Yasmín no sabía que se había apuntado. «Movidas que Laura le ha metido en la cabeza para adelgazar, como si él lo necesitara», pensó entonces—. Pero a lo mejor llegaría a tiempo de alcanzarlo en la autopista. ¿Qué se le había perdido a Abel en ese apartado lugar? Daba lo mismo, no se iba a dar por vencida. Esa mañana acababan de darle una noticia magnífica. La habían cogido para trabajar los sábados de dependienta en una franquicia de ropa en el centro comercial y ardía en deseos de

invitarlo a comer para celebrarlo. «Se va a llevar una buena sorpresa», pensó. Estaba impaciente por contarle los detalles del nuevo trabajo: horarios, sueldo, ese casi inapreciable tic que su nueva jefa hacía con la aleta de la nariz y que prometía sacarle una carcajada… todo.

Sonrió y salió disparada de esa casa que apestaba a incienso. Se subió a la bici y calculó la ruta mentalmente. Era una distancia larga la que tenía que recorrer, pero si pedaleaba rápido hacia el sur, quizá llegaría a tiempo de pillarlo.

Cuando llegó, le sudaban la espalda y las axilas. Hasta que no vio la pasarela de la radial que cruzaba la autopista no se dio cuenta: allí no había nada que se pudiera hacer. ¿Por qué había anotado su primo esa dirección en su cuaderno de recados?

Dio un respingo al ver su Peugeot detenido en el llano, a unos metros de la sombra que proyectaba la autopista. «Querido primo, ¿no habrás…?» Por la cabeza de Yasmín pasó la posibilidad de que Abel estuviera teniendo una aventura a espaldas de Laura, un pensamiento que le provocaba celos, aunque también un pecaminoso sentimiento de regocijo en lo que a la parte de Laura se refería. «Te fastidias, guapa».

Su sospecha se convirtió en sorpresa cuando se acercó y vio que no había nadie dentro del vehículo. La puerta del conductor, eso sí, permanecía abierta, de modo que Abel no podía estar lejos.

En el Café Maite, a Yasmín se le dispara el tic de la pierna derecha, algo que le ocurre siempre que está nerviosa. John le pone la mano en la rodilla, que se va sosegando hasta quedarse quieta. John retira la mano. La rodilla permanece inmóvil un minuto y se dispara de nuevo. John vuelve a poner la mano encima y el ciclo se repite.

Con ganas de darle una sorpresa a su primo, gritó su nombre, que reverberó en las paredes de la pasarela y se unió al ruido que producían los coches al circular a toda velocidad por encima.

Desconcertada, se quedó un momento en silencio, escuchando. ¡Allí no había nadie!

Fue entonces cuando el coche le habló. Ruidos secos que provenían de la puerta del maletero. Al prestar atención y acercar la oreja, oyó más cosas de fondo. Rumores amortiguados, suplicantes. Parecían venir del propio maletero. Y a su vez, los golpes secos que no cesaban. *Pom, pom*. Sí, no había duda, el ruido venía de allí. «¿Primo?» Estaba asustada.

Conteniendo la respiración, abrió el maletero. Tardó un par de segundos en procesar lo que estaba viendo.

La luz del sol, despótico a esas horas, incidía directamente en un rostro adulto y desconocido. Varias capas de cinta americana cubrían la boca del hombre y amortiguaban los constantes intentos de chillidos. «Los rumores». Sus ojos, sin embargo, hablaban por sí solos.

Eran los de un cerdo en el matadero. Y estaban suplicándole ayuda.

«Tiene que ser un sueño», se dijo Yasmín.

El hombre llevaba un pantalón de traje y una camisa de ejecutivo remangada y por fuera de este. Mechones engominados le caían por la frente y se habían adherido a la piel a causa del sudor. Su posición fetal, con las manos atadas por detrás de la espalda, no impidió que Yasmín se fijara en el reloj de oro que el hombre llevaba en la muñeca, lo que terminó de disipar sus dudas respecto a su poder adquisitivo: tenía pasta. Solo una cosa desentonaba en aquella visión de pesadilla, dejando a un lado, por supuesto, el hecho de que un hombre adinerado había sido maniatado y encerrado en el maletero del Peugeot de Abel: un llamativo tatuaje, dos enormes alas de animal que envolvían una palabra de seis letras, cubría todo su antebrazo por encima del reloj.

El hombre seguía retorciéndose y emitiendo súplicas ahogadas. Entonces Yasmín percibió algo por el rabillo del ojo. Alguien se acercaba desde lejos.

—¿Primita? —oyó que gritaba.

Era Abel, que ahora corría hacia el coche con el rostro desencajado. Venía de debajo de la pasarela y Yasmín pudo ver que había alguien más con él. No le gustaba la expresión con la que la miraba su primo. Era obvio que ella no tendría que estar allí, no tendría que haber visto lo que acababa de hacer.

Horrorizada, actuó por instinto. A veces resulta difícil discernir las capas de complejidad que tienen ciertas cosas y más cuando se tienen veintiún años y no se sabe casi nada de la vida. Por eso, antes de que Abel la alcanzara, Yasmín despegó la cinta de la boca de ese hombre. «¡Gracias, niña, muchas gracias! Ahora las manos, por favor. ¡Corre!». Le hizo caso y sacó las llaves de casa del bolsillo, que utilizó para cortar la cinta que mantenía las manos del hombre atadas.

—¡No! ¡Qué haces! —exclamó Abel. Ya estaba muy cerca.

El hombre del traje se escurrió para salir del maletero. Al verlo de pie, jadeante, mirándola con esos diminutos ojos negros, Yasmín constató lo alto y fuerte que era. Tenía las manos cerradas en dos puños y por un momento ella creyó que la golpearía. Fue un único segundo en el que sopesó la idea de que se había equivocado al liberarlo y supo que la imagen de ese hombre mirándola con el rostro desencajado y el mentón lustrado por restos de baba quedaría para siempre grabada en su memoria. De repente, el hombre salió corriendo hacia la autopista, seguramente en busca de ayuda. Abel, que ya estaba a menos de diez metros del coche, cambió de dirección y lo siguió. Fue la última vez que sus miradas se cruzaron. Sollozando, aterrorizada por lo que acababa de vivir, Yasmín se subió a la bici y pedaleó empujada por un miedo que le nacía en las entrañas. No miró

atrás.

—Yasmín. —Es John quien habla. La tiene cogida de las manos y la está mirando directamente a los ojos. Sus iris le hacen pensar en las tostadas untadas de miel.

—Dime, John.

—¿Por qué me estás contando esto ahora?

—Me has preguntado si las palabras *Hijos de Hímero* me sonaban de algo.

—Ajá.

—*Hímero* es la palabra de seis letras que ese hombre llevaba tatuada en el brazo.

36

4 de enero de 2021
Río Tormes, bajo el puente del Duque (Hoyos del Espino, Ávila)

Las fiestas de fin de año resultan especialmente significativas para el ciudadano promedio. Son casi un símbolo. Algo así como un punto de inflexión. Pasas del treinta y uno de diciembre de un año al uno de enero del siguiente y es como si algo te empujara a hacer balance del año que termina, a la vez que te plantea propósitos que mejorarán tu vida de ese momento en adelante. Para Sergio, no. El único balance que tenía sentido hacer sobre su vida no estaba fijado por el último día del año, sino por la muerte de Eva.

Hacía tiempo que se había prohibido reflexionar sobre la vida que le había quedado a partir del fatídico día del atropello. Si lo hacía, empezaban a sobrevenirle pensamientos suicidas. Lo tenía más que hablado con el psicólogo. No era bueno ir en esa dirección.

En cuanto a los nuevos propósitos, esos estaban claros. Al psicólogo le hablaba continuamente de la tienda de electrónica y de su nueva vida en Talavera, pero todo eso eran patrañas. Lo único que de verdad lo impulsaba a levantarse por las mañanas era resolver el misterio, descubrir quién carajo le había enviado el email a Eva, eso que había hecho que discutieran y que ella saliera de casa corriendo.

No podía hacer que Eva regresara al mundo de los vivos, y tampoco volver en el tiempo para evitar el atropello, pero sí estaba en su mano dar con el emisor de ese email chivato. Entonces quizá sería capaz de volver a llevar una vida normal.

Laura Estiarte le había jurado que ella no había tenido nada que ver con el envío de ese email. ¿Podía creerla? Ya daba igual, estaba muerta. Si ella no había sido, solo quedaba una persona posible: Abel Cardozo. Y, cosas de la vida, hacía dos días que Abel le había escrito, citándolo en el lugar que ahora figuraba en el navegador de Sergio y hacia donde este conducía. «He descubierto algo que debes saber. Es importante». Si aquello no había sido una señal, ¿qué podía serlo? Sergio se moría de ganas por saber de qué se trataba, de tener a su viejo amigo de nuevo frente a él. Después de tantos años… De tanto compartido y de tantos secretos...

Dejó el coche en una explanada, a menos de un kilómetro del

punto concreto que Abel le había adjuntado en el email. Según la aplicación de mapas, por allí pasaba el puente del Duque, de modo que lo tenía fácil: solo había que seguir el río hasta encontrar un puente de piedra de estilo románico.

Esa mañana el cielo parecía estar más bajo de lo habitual. Un efecto óptico inducía a pensar en las ramas desnudas de los pinos como finos y largos dedos que se estiraban anhelando arañar las nubes, eléctricamente cargadas, que ese día no permitían ver el sol. El frío seco era soportable y aunque la tierra mantenía restos de la nieve que había caído durante las fiestas, cuando Sergio se apeó del coche no llovía ni nevaba.

Divisó a Abel desde bastante distancia. Lo pilló de pie, a pocos metros del inconfundible puente, con las botas mínimamente sumergidas en la orilla. Estaba lanzando chinas al río. Con esa manera suya de estirar los brazos, dando rienda suelta a su característico gruñido que a Sergio le daba repelús. Se había deshecho del abrigo, ahora tirado sobre la hierba y llevaba arremangadas las mangas de la camisa, dos torniquetes alrededor de sus bíceps hinchados. Él no se había percatado de su llegada, lo que permitió a Sergio tomarse unos segundos para observar con espíritu juicioso a su antiguo amigo.

Hacía casi tres años que no se veían, no lo había pensado hasta entonces. En general, Abel seguía siendo el mismo, pero llevaba el pelo más largo y despeinado y era evidente, a juzgar por el volumen de sus extremidades y la anchura de su cuello, que había canalizado la rabia por la muerte de su mujer entre las máquinas del gimnasio. También había echado algo de tripa, pero nada exagerado. En general, presentaba buen aspecto. Mejor que el que presentaba él, seguramente, a pesar de que siempre habían sido como dos gotas de agua.

Cortó la distancia. Sergio le estrechó la mano y Abel le dio un abrazo. No uno de los que te dejan sin respiración, pero aun así era más de lo que Sergio esperaba. Si Abel estaba tan incómodo y nervioso como él, no lo dejó entrever. Dijeron alegrarse de verse y pronunciaron los trillados «¡Cuánto tiempo!» y «Te veo bien». Sergio le preguntó, por romper un poco el hielo, si llevaba mucho rato esperando. Abel contestó que un poco, que solo estaba matando el tiempo. Sergio detestaba esa expresión. «Matar el tiempo». Le recordaba a todo el tiempo que había matado estando Eva todavía viva. Ahora daría sus dos piernas por un segundo de ese tiempo.

Se dieron el pésame mutuo, lo que ayudó a estrechar posturas y aligerar la tensión. Abel no tardó en empezar a hacer bromas estúpidas y en recordar anécdotas humillantes de los viejos tiempos. En eso no había cambiado. Siempre había sido un payaso y seguía siéndolo. Aun así, Sergio le siguió el rollo. Sentaba bien volver a

compartir banalidades con un amigo, aunque ese amigo fuera el miserable de Abel Cardozo.

—Tengo algo importante que contarte. He descubierto cosas —dijo Abel en un momento dado. Estaban sentados en un par de rocas de gran tamaño, con los cuerpos orientados al río.

—Adelante. Me tienes intrigado.

—Antes me gustaría esperar a mi prima, si no tienes demasiada prisa.

—¿Yasmín también va a venir?

—No lo sé. No lo creo. Sigue enfadada, hace meses que no hablamos.

—¿Enfadada por qué?

—No llegaste a saberlo, pero ella estaba allí la mañana de… ya sabes… cuando pillamos a Joaquín Ortiz. No me lo perdonó. Ni siquiera quiso escucharme.

—No me fastidies. ¿Vio algo?

—Lo vio todo. Vio a Ortiz en el maletero. ¿Recuerdas que por poco logró escapar? Fue ella quien lo liberó.

—No me hablaste de eso.

—En esa época tú y yo no hablábamos de nada. Recuerda que accedí a ese trabajo porque me chantajeaste con decirle la verdad a Laura.

—A propósito, José Luis Cava murió el año pasado —le tiró el dardo envenenado—. No sé si llegaste a enterarte.

—Pues no. ¿Cómo murió?

—Se quitó la vida.

Silencio. Una bandada de pájaros sobrevoló el bosque.

—¿Sabes? —intervino Sergio—. Tú me habías chantajeado antes, cuando lo del atropello.

—Pues supongo que estamos en paz. —Abel se inclinó y dio un par de palmadas en el dorso de la mano de Sergio. Fue casi emocionante —. ¿Olvidado?

Sergio cogió su mano y la apretó. No hacía falta decir nada más.

—Me parece perfecto —dijo y en ese momento, con los robustos dedos de su amigo enlazados con los suyos, decidió que iba a tantearlo, quizá provocarlo—. De hecho, mientras esperamos a que llegue tu prima, podría contarte mi plan.

—¡Venga, cuéntamelo!

Abel le tiró algo de nieve a la cara y ambos rieron.

—Verás, tras la muerte de Eva me mudé a Talavera de la Reina.

—No lo sabía.

—Sí. Compré una pequeña tienda de ordenadores y me monté mi propia oficina. Ya sabes, para mis asuntos.

—Me alegro por ti.

—Gracias. Había pensado buscar una casita por aquí y alquilarla. No sé, me apetece venir de vez en cuando, pagándome mis gastos.

No era verdad. Solo estaba improvisando. Descubriendo hacia dónde lo llevaba la conversación. Buscando un punto débil.

Abel bajó la cabeza y se puso a remover la nieve con el dedo índice.

—¿En serio? ¿A Gredos?

—Claro. Y si todo va bien, podría, eh, conseguir un terreno en el que construir una casa, a largo plazo. Incluso podríamos alquilar algo a medias mientras tanto, ahora que hemos resuelto nuestras rencillas. Buscaría un segundo empleo.

—¿La tienda nueva no va bien?

—No va mal, pero tengo tiempo para buscar algo alternativo. Ya sabes, algo que pueda hacer desde casa en este paraíso.

—No creo que sea buena idea. Además, no me quedaré mucho más tiempo en Villa Pegaso.

Ahí estaba. El punto débil. Sergio siguió profundizando.

—Vamos. De esa forma podría ayudarte con el asunto de Laura.

Las comisuras de los labios cedieron a la ley de la gravedad en la cara de Abel, que seguía removiendo la nieve.

—Laura está muerta.

—Ya sé que está muerta.

Dejó de remover y alzó el rostro para mirarlo a los ojos. Sergio vio algo en ellos, algo oscuro que no había visto en todos los años que había compartido con su amigo.

—¿La mataste tú?

Sergio pestañeó. No esperaba esa acusación. Por otra parte, ya casi lo tenía en el punto que quería.

—¿Cómo?

—¡¿CÓMO?! —El grito de Abel rebotó entre los troncos de los árboles y se perdió en el bosque.

—No lo entiendo —dijo Sergio—. ¿Me has hecho venir aquí para acusarme de la muerte de tu mujer? Es absurdo.

—La policía halló un botón exactamente igual a esos en la *suite* del hotel donde la encontraron sin vida.

Abel estaba apuntando a su pecho, donde un par de hilos sueltos delataban la ausencia del segundo botón en su cazadora vaquera. La temperatura bajó diez grados. La serpiente dormida en su estómago se despertó y empezó a arrastrarse.

—Es una cazadora de una marca muy común. Pudo habérsele caído a cualquiera. Apuesto a que tú también tienes una de estas, están muy de moda.

—Sergio, no trates de confundirme.

—Vamos, no quería que sonara como una amenaza.

—¿Sabes? Para serte sincero, es mejor que te vayas. Creo que ya nos hemos visto demasiado. Esto ha sido un error.

—¿Qué?

—Eres como una sanguijuela, ya lo sabes. Atraes los problemas, sin más. Resultas deprimente. Puedes resultar bastante deprimente, en realidad.

Por primera vez en la conversación, Sergio sintió que perdía el control. Las cartas estaban sobre la mesa. Era momento de atacar.

—Lo gracioso es que yo nunca he pretendido ser lo que no soy, pero tú sí.

—Me deprimes. —Abel volvía a mirar al suelo. Esta vez los músculos de la mandíbula se le marcaban en la mejilla y movía las rodillas en una especie de tic nervioso.

—Apareciste con doce años siendo un pobre huérfano sin porvenir y yo te acogí como a un amigo —continuó Sergio—. Te ofrecí mi amistad sin reservas.

—Deprimente, deprimente.

—¡Pero tú me engañaste! Nos engañaste a todos, engatusándonos con tus pobres imitaciones, tus bromas y tus juegos. *Hola, soy Abel y necesito que me prestes atención* —adoptó una voz grave que pretendía ridiculizar a su viejo amigo—. Aquella noche, cuando atropellamos a Carlota Cava, no debí haberte seguido el juego. Fue tu culpa y tenía que haber dejado que pagaras por tu insensatez. ¡Era obvio!

—¿Pero qué dices?

Los ojos de Abel se encendieron.

—¡Oh, claro, es demasiado fuerte para que lo admitas! Ibas borracho y mataste a una menor de edad. Pero, eh, ¡no pasa nada!, ¡somos hermanos! —De nuevo la voz grave—: *Tienes que ayudarme, Sergio. Mi vida se irá al garete, Sergio.* Toda tu vida has estado cargándome tus errores. —Sergio mostró los cinco dedos de la mano y empezó a contar uno a uno—. Primero me convenciste para que robáramos al padre de Laura, arruinando su vida. Después vino el atropello de esa chica, del que solo tú eras responsable y luego aprovechaste que yo estaba en ese centro de menores para robarme a Laura. ¡Fue horrible! A propósito, sé que ya te la follabas antes de todo eso, no soy estúpido. Antes lo era, pero ya no.

—Por favor…

—No hace falta que te hagas el indignado, ya me da igual. Lo he superado. ¿Y ahora, tantos años después, me acusas de haberla matado? Estoy confundido, lo siento. Le mientes a Laura y después te casas con ella. Robas a su padre. Atropellas a esa chica. Me haces chantaje y luego me traicionas quitándome la novia. No te hablas con tu padre. Ahora resulta que tampoco te hablas con tu prima. ¿No te das cuenta? Destruyes a los que te rodean. —Había llegado el

momento de mencionarlo y dar el toque final—: Lo niegas, pero sé que le enviaste ese email a mi prometida contándole todo lo que le hicimos a Joaquín Ortiz.

En el rostro de Abel ocurrió algo, como si unas minúsculas explosiones hubieran acabado de socavar sus cimientos.

—¿Qué estás diciendo?

—Admítelo. Se lo contaste todo escondido en un alias de Internet porque no soportabas que yo, el imbécil de tu amigo, fuera más feliz que tú. —Sergio se dio cuenta de que estaba casi gritando, pero ya no podía parar—. ¿Sabías que ella iba a dejarme cuando murió? ¿Que salió corriendo de casa, disgustada y que esa fue la razón por la que la atropellaron? En cierto modo tú la mataste… y apuesto a que también eres responsable de la muerte de Laura. ¡¿Qué pretendes, Abel?! ¡¿Qué pretendes exactamente?!

Abel se levantó.

—¿Quién eres tú para decirme nada? ¿Eh? ¿Un bufón de tercera clase? ¿Quién eres? —Estampó las palmas de sus manos en su pecho y Sergio se tambaleó un poco sobre la roca—. En serio, ¿quién carajo eres tú para acusarme así? En realidad no tengo ganas de verte nunca más. Contactar contigo ha sido un error. Me irritas.

—¡Cállate! —gritó Sergio y se levantó también para mirarlo a los ojos desde la misma altura.

—Siempre me has producido jaqueca.

—¡Cállate!

—Es como en el instituto. No podía mover un dedo sin que tú estuvieras detrás: *Abel, Abel, Abel…* —Ahora era él quien adoptaba otra voz, en este caso una muy aguda que enfureció a Sergio—. Como una mosca cojonera en todo momento.

—¡CÁLLATE DE UNA PUTA VEZ!

Sergio lo empujó y Abel resbaló contra las rocas. La corriente del río corría suave entre sus extremidades cuando este se quedó de rodillas. La caída le había provocado una brecha en la ceja y la sangre ya teñía la mitad de su rostro de rojo. Sergio dio un par de pasos hacia atrás. ¿Cómo habían llegado a ese punto? ¿Qué pretendía obtener realmente con todo ello? Lo invadió un fuerte sentimiento de pánico que nubló su mente.

—¿Por qué lo has hecho? —masculló Abel. Cuando se llevó la mano a la cara y vio que se le había teñido, se incorporó de un salto y corrió hacia él.

Las piernas de Sergio empezaron a temblar descontroladamente. Esos ojos inyectados en sangre se acercaban a gran velocidad y querían verlo muerto. Y sin embargo, Sergio lo vivió como a cámara lenta. Pensó en volverse y huir. Correr hacia el coche, apretar el acelerador y olvidarlo todo. Pero no lo conseguiría; desde que Kevin y

compañía lo habían dejado cojo en el centro de menores, ganar a alguien en una carrera era una utopía. Abel estaba ya muy cerca, casi a su alcance, con la mano diestra cerrada en un puño que un segundo después estamparía en su nariz.

Sergio retrocedió otro paso. Trastabilló. Un canto rodado de gran tamaño lo había hecho tropezar.

Abel levantó el brazo, listo para dibujar un arco en el aire que terminaría en su cara.

Sergio cerró los ojos y vio a Eva. Ella le sonreía. Estaba hermosa. Las manos de él se cerraron en torno a la piedra con la que había tropezado.

Se incorporó.

La alzó.

Empujado por el miedo, la descargó contra la cabeza de Abel con toda la fuerza de su alma.

37

10 de enero de 2022
Hoyos del Espino, Ávila

El desayuno continental del Café Maite incluye huevos revueltos, dos lonchas de beicon frito, pan tostado, zumo de naranja y un café. Hace un momento, cuando ha cruzado la puerta del establecimiento, a John le rugían las tripas, pero la historia que Yasmín le acaba de relatar sobre su primo y sobre el hombre que este tenía encerrado en el maletero de su coche hace cuatro años ha activado la centrifugadora de su cabeza y ha cerrado la puerta de su estómago. Por algún motivo que seguramente guarde relación con su imaginación de escritor y de una forma demasiado gráfica, el olor del beicon subiendo hasta su nariz no le hace sino pensar en sangre y crímenes. ¡Dichosa imaginación de escritor!

—Si lo que me acabas de contar es cierto…

—Es cierto —gruñe Yasmín. El otro día vio su cara amable, pero hoy está descubriendo su lado más arisco y mordaz.

—En ese caso es posible que el hombre que viste en el maletero de ese coche fuera un miembro de Hijos de Hímero.

Ella arquea una ceja.

—No tan deprisa, detective —se burla—. ¿Sacas esa conclusión de un simple tatuaje?

—No es un simple tatuaje. ¿Conoces el significado de la palabra Hímero?

—Pues no. Pero seguro que tú sí.

Salta a la vista que Yasmín aún sufre reviviendo lo de esa mañana bajo la autopista. Para John, sin embargo, todo empieza a estar relacionado a partir de distintos momentos en el tiempo, protagonizados por personas —Cardozo, Mónica— que no guardan ninguna conexión entre ellas.

«Hijos de Hímero».

Se siente una vez más en Madrid, en el salón de casa, con Mónica acurrucada bajo su hombro, leyendo un artículo tras otro en su iPad. Textos que hablan sobre mitología, columnas de historia antigua y blogs que abordan temas truculentos como son las sectas de motivación sexual. Son días difíciles para ella. No es para menos. Su

carrera está en juego y necesita quemar todos los barcos. Está convencida de que su compañero, José Ramón Morata, está pringado con una organización llamada Hijos de Hímero, pero ella carece de algo que pruebe tanto la existencia de dicha organización, como la implicación de Morata en ella. Es por eso que John, testigo de cada movimiento que realiza su chica con el fin de demostrar la veracidad de su corazonada, se ha terminado convirtiendo en un experto.

—En la mitología griega, Hímero es el dios de la lujuria y el deseo —explica John a Yasmín—. Es también hijo de Afrodita, la diosa del amor, la belleza y la fertilidad y de su amante Ares, dios de la guerra. Se le representa como un joven alado. Dime: ¿por qué iba ese tipo a llevar ese nombre tatuado en el brazo, dibujado entre dos alas, si no es porque pertenecía a Hijos de Hímero? Recuerda: lujuria y deseo. Hijos de Hímero era una organización que drogaba y violaba a mujeres vírgenes menores de edad.

—Tú mismo te estás contestando. ¿Por qué iba alguien a ser tan estúpido de tatuarse el nombre de una secta en el brazo?

John la coge de la muñeca, pero ella se suelta de un tirón.

—Yasmín, creo que tu primo ya conocía la existencia de esa organización en 2018, eso explica que metiera a ese hombre en su maletero. —De pronto da un respingo. Una nueva luz acaba de encenderse en la maraña de cables que es ahora mismo el interior de su mente—. Espera un instante… ¿Y si…?

Se detiene, hace crujir sus nudillos y fija la mirada en el otro lado de la ventana, donde ha empezado a llover. Es algo que le funcionaba cuando escribía en Oxford y buscaba inspiración: dejaba su vista perdida en la lluvia que caía al otro lado del cristal para hacer volar a su subconsciente.

—¿Y si qué? —lo apremia ella.

—¿Y si Sol Monroe es también una víctima de Hijos de Hímero? Recordemos que Abel vino a Gredos a investigar su muerte. Y Monroe trabajaba con Castro, ¿no? Todo encaja. Está claro que tu primo descubrió algo sobre Fabián Castro mientras trataba de comprender las causas del fallecimiento de su mujer. *No solo Castro. Ocaso de H.H., pronto* —masculla para sí—. El propio Abel lo dejó por escrito antes de desaparecer.

—Tu teoría tiene mil lagunas. Para empezar, Sol Monroe no fue violada ni drogada, y, según dices, Hímero era el Dios de la lujuria y el deseo, no de la muerte. Abel escribió las siglas H.H. ¿Y qué? Pueden significar millones de cosas.

—Hay algo más.

—¿Qué?

John descorre algunas hojas hasta la parte donde Cardozo escribió su propósito de tantear al personal del servicio de los Castro.

—El cuaderno de notas de Abel no solo esconde esos extraños mensajes de la última página. Mira. Aquí dice claramente: *¡Hablar con Fabián! ¡URGENTE!*

—Pero, John, mi primo trabajaba para ese hombre. Es normal que quisiera hablar con él de manera urgente. Pero pudo ser por un millón de cosas y lo más lógico es que se tratara de algo relacionado con el libro. Ya conoces la teoría de la navaja de Ockham.

—No.

—Dice algo así como que la solución más simple suele ser la correcta. Y yo creo que estás manipulando los hechos para que se ajusten a tu teoría.

Es una frase que podría haber salido de los labios de Mónica.

—¿Cómo es que sabes tanto? —bromea John.

—No paro de leer novelas de misterio, incluidas las tuyas. —Da un toque al móvil con la punta del dedo para comprobar la hora. Suspira —. En fin, es tarde, tengo que irme o perderé el vuelo. Disfruta del desayuno.

—¡Espera!

Él no la toca esta vez, pero ha conseguido que ella siga con él. No puede evitar que le dedique un suspiro cargado de impaciencia.

—¿Qué quieres ahora?

—Antes has dicho que había alguien más con tu primo ese día de 2018, bajo la autopista.

—Sí.

—¿Por casualidad sabes cómo se llamaba?

—Claro. Era Sergio Palacios. Abel y él fueron muy amigos en el colegio.

John casi puede notar el roce de dos enormes piezas de puzle encajando dentro de su cabeza.

Algunos minutos después, John tiene la mesa para él solo. Acaba de despedirse de Yasmín con un beso en la mejilla —ha creído que la delicada situación lo requería— y han quedado en verse al día siguiente. El día once, en el que, si han interpretado bien los mensajes de Abel, se desvelará todo.

Se sacude de la cabeza las palabras que ha intercambiado con ella y mira su desayuno. Es tan grasiento que está a punto de pedir un análisis de sangre como guarnición. Pero la verdad es que esa bazofia es lo que desea realmente. Se lleva un buen pedazo de beicon con huevo a la boca y siente como sus muelas se hunden en la carne, haciéndola crujir.

El móvil vibra sobre la mesa. Es Mónica. John sufre un estremecimiento. Algo en el interior de su cabeza hace *clic*, como un relé mental que redirige sus pensamientos de un compartimento de su

cerebro a otro. Compartimentar. Es algo a lo que se ha habituado en los últimos días. Ha tenido que aprender a hacerlo para no perder el juicio del todo. En un compartimento está Fabián Castro y su libro. El cheque de Papyre. Está Mónica y el bebé que van a tener juntos. En otro compartimento, aislado del primero, está el caso abierto de Abel Cardozo. Está Yasmín. Y está esa nueva novela que empieza a abrirse camino en su subconsciente, a medida que el caso Cardozo se complica.

Mónica es una parte esencial del primer compartimento, pero bajo ningún concepto puede entrar en el segundo.

—Hola, cariño.

—Ey, John. ¿Cómo estás?

Lo ha llamado por su nombre de pila. Mal asunto. Aunque está tratando de aparentar normalidad, algo en su voz delata que está tensa. Ella es como un libro abierto. Unos meses viviendo con ella han sido más que suficientes para que John aprenda a interpretarlo. Después de algunas banalidades, el motivo de su tensión sale a la luz:

—He pensado que podrías venir a Madrid esta tarde. Si sales antes de comer, estarás aquí a tiempo para que salgamos a cenar por ahí. Hace mucho que no salimos. ¿Qué me dices?

—¿Hoy? No puedo, Moni. Estoy a tope con el libro de Fabián Castro.

—¿No puedes liberarte ni un día?

John parpadea. ¿Que si puede viajar a Madrid ahora?, se dice mientras piensa en una respuesta convincente. ¿La víspera del día once, cuando, según lo interpretado por Yasmín en los mensajes de Abel, va a resolverse todo? Es literalmente el peor día para abandonar Gredos. Mónica y su don de la oportunidad.

—Hoy me viene muy mal, cariño —responde al fin, preparándose para una discusión. John las odia. Todavía no ha tenido una discusión con Mónica de la que él haya sacado algún beneficio—. ¿Dónde estás? Oigo ruido de fondo.

—Acaban de decir en las noticias que Lorenzo Guirao ha muerto esta noche. ¿No pensabas decírmelo?

Mierda, eso no lo ha visto venir. John puede imaginársela frente a él, al otro lado de la mesa del Café Maite, cruzada de brazos y con el gesto torcido. Incluso su visión es intimidante.

—Sí. Yo… es que no he querido preocuparte.

—¿Qué está ocurriendo, John?

Ya ha empezado. Ahora ella lo acorralará hasta que él claudique y le cuente la verdad. No hay ninguna posibilidad de que John continúe manteniendo el secreto por más tiempo, sin que Mónica intervenga. No va a conseguir engañarla y si sigue escondiéndole cosas, al final ella tomará la iniciativa y se presentará en Villa Pegaso. Si hay algo de

lo que su novia es incapaz, es de quedarse de brazos cruzados.

Decide, pues, asumir la derrota y tratar de lograr el mal menor. Se lo cuenta casi todo. Le habla del caso Cardozo, del cuaderno de notas encontrado en el hueco del alféizar de su habitación y de las sospechas que Abel albergaba respecto a Fabián Castro. No le habla de Yasmín, ni del cómic, y por supuesto no le habla de Hijos de Hímero. Si ella sospecha que su propio caso con el Cuerpo Nacional de Policía de Madrid guarda relación con las aventuras de John en Hoyos del Espino, estará allí antes de mediodía. Y eso es lo último que John quiere que pase.

La reacción es la esperada.

—¿Y cuándo pensabas contarme todo esto? —le espeta. Justo antes de colgar dejándolo con la palabra en la boca, añade—. Joder, John, ¡que soy poli! Eres increíble.

El tono intermitente del teléfono en la oreja tras una bronca inacabada puede resultar extrañamente humillante.

Con un nudo en la garganta y todavía medio desayuno en la mesa, que no piensa terminar, John se acerca a la barra para pagar. Una rápida mirada a la ventana le sirve para confirmar que ha empezado a llover. Se cubre la cabeza con la capucha del abrigo y abandona la cafetería. Encogido por el frío, se dirige hacia la salida del pueblo. No puede dejar de pensar en que Mónica estará valorando en esos momentos la opción de viajar a Gredos. Lo peor es que no puede hacer nada para evitarlo. Podría coger el móvil y llamarla para finalizar la discusión e intentar tranquilizarla, pero sería inútil. Sabe perfectamente que ella no va a aceptar la llamada.

«Compartimentar».

Agita la cabeza. Ahora necesita centrarse en dos cosas, solo dos. Punto uno: averiguar si, como advirtió Mónica en su día, José Ramón Morata está involucrado en esa organización llamada Hijos de Hímero, cuya red, es de presumir, Cardozo estaba tratando de desarticular; por una parte está el tipo que Cardozo y Sergio Palacios cazaron hace cuatro años en Sevilla y por otro lado, la nota que el propio Abel dejó en su cuaderno y que pronostica el fin de la organización (*No solo Castro. Ocaso de H.H., pronto*). ¿Está Fabián Castro implicado también, como sugiere la otra anotación de Abel en la que subrayaba la importancia de hablar con Fabián de manera urgente?

Y punto dos: descubrir dónde ha estado Abel Cardozo los últimos doce meses, si es que aún sigue con vida.

Está doblando la esquina cuando suena su teléfono móvil. Es un número que no figura en su lista de contactos.

—¿Hablo con John Everett?

Esa voz lenta y soporífera le suena de algo, pero no es capaz de ubicarla.

—Así es.

—Soy Sergio Palacios. —John da un respingo. Su mente viaja de súbito a un lugar que no conoce, bajo una autopista que no ha transitado nunca, en un tiempo en el que su única preocupación era decidir si escribir su siguiente libro en primera o tercera persona. Ve el maletero de un coche. A un hombre trajeado dentro de ese maletero. Y la palabra HÍMERO, entre dos alas angelicales, tatuada en el brazo de ese hombre—. Hablamos ayer, ¿lo recuerda?

«Vivamente», piensa.

—Sí, me acuerdo.

Una sombra llama la atención de John. Al final de la estrecha calle. Tiene forma humana y permanece inmóvil.

—Puedo recibirlo hoy, si le viene bien.

La sombra parece estar mirándolo, como si lo esperara. Tiene la espalda encorvada y se protege de la lluvia con… ¡una zamarra roja! El viento sopla caprichoso y ya desde esa distancia John percibe el hedor a soledad flotando pesadamente en el húmedo aire invernal. De pronto, el escritor pasa a tomar conciencia de sus pasos, su postura, su expresión facial. Se esfuerza por parecer natural y después se pregunta por qué.

—¿Señor? —insiste Palacios a través del auricular.

—¡Sí, disculpe! Hoy me viene fantástico. ¿Esta tarde a las cinco?

—Mejor a las siete, en mi casa. Para esa hora ya habré cerrado la tienda. Ahora mismo le envío la dirección.

John apunta mentalmente la hora y se despide. Cuando cuelga, la zamarra bermellón se encuentra frente a él, refugiada bajo el toldo de una tienda de ultramarinos.

—Señor Everett, solo quería disculparme por el desagradable momento de hace un rato. No estaba en mis cabales.

John arruga el gesto.

—¿Cómo sabe quién soy?

—Este es un pueblo pequeño y usted una persona famosa. A estas alturas, me temo que hasta los caballos saben quién es.

—Muy bien. Acepto sus disculpas. Ahora, si me permite…

John está retomando el paso cuando la anciana posa la mano en su hombro. Esa mañana en Gredos deben rondar los dos grados de temperatura, pero es la primera vez que John ha sentido un escalofrío.

—¿Va a partir hacia la mansión con esta lluvia?

«¿También sabe que me hospedo en Villa Pegaso?»

—Llamaré a un taxi.

—Le invito a que se quede en mi piso hasta que la lluvia amaine un poco. Vivo en este mismo bloque. Le prepararé una bebida caliente y encenderé la chimenea —dice, acompañando el ofrecimiento con una risa que sería censurada en una película para niños.

—Gracias, pero tengo prisa.

—¡John! —Alguien ha gritado su nombre desde algún lugar bajo la lluvia. Al poco, de nuevo—: ¡Señor Everett!

John se vuelve en busca del origen de la voz. Entonces lo reconoce. Unos metros más adelante, parado en un semáforo, un Toyota con la ventanilla del conductor bajada. El rostro flácido y carnoso del taxista lo está mirando mientras con el brazo realiza aspavientos por fuera del vehículo.

—¡Agustín! —exclama John, empezando a notar en su flequillo los efectos de la fuerte lluvia, que ahora golpea de lado—. ¡Espéreme!

Agus levanta el dedo pulgar y vuelve a meter el brazo dentro del coche. Acto seguido, la ventanilla asciende y las luces de emergencia empiezan a parpadear.

John se vuelve hacia la anciana, que continúa allí, impasible, como si el aguacero no fuera con ella.

—Siento rechazar su amable oferta, señora. Pero debo marcharme. —Señala el Toyota—. ¿Lo ve? Un taxi me está esperando. En otra ocasión será, ¿de acuerdo?

—Le tomo la palabra, joven maestro.

«Joven maestro». A John le han llamado muchas cosas en su vida, pero eso, nunca. Es casi peor que *Redhead Everett*.

Cuando está a cobijo en los asientos traseros del taxi, Agustín, manos en el volante, habla:

—Veo que ya ha conocido a la señora Fajardo.

—Así es. Menudo personaje.

—No se preocupe por ella, es inofensiva. En fin, supongo que hacia Castrolandia, ¿no?

John ríe entre dientes por el ingenioso término y confirma el viaje. Entonces recuerda la llamada de Palacios.

—A propósito, ¿puede llevarme esta tarde a Talavera? Tengo que estar allí a las siete.

El taxista termina de sonarse la nariz con el pañuelo de tela que a John tanto le repugna y emite una risa socarrona.

—¿Talavera? Voy a hacer el mes contigo, chico. Cuenta con ello.

Cuando el semáforo por fin se pone en verde, Agustín arranca el Toyota. John se recuesta contra el asiento mientras se seca la frente con la manga del abrigo. Al pasar por la esquina de la tienda de ultramarinos, donde antes lo ha parado aquella a quien el taxista se ha referido como señora Fajardo, gira el cuello para mirar por la ventana.

Pero la anciana ya no está allí y nadie diría que, hace un minuto, esa esquina estaba siendo el escenario de una incómoda conversación entre el joven escritor y la mujer de la zamarra roja.

38

10 de enero de 2022
Madrid

El cielo de la mañana es ceniciento, del color de las lápidas funerarias, al otro lado de la cristalera del gimnasio. Mónica Lago acude cada mañana a hacer algo de cardio suave. La historia que se cuenta a ella misma es que va por recomendación del ginecólogo. La realidad es que solo sumando pedaladas en la bicicleta estática consigue abandonar la persistente sensación de fracaso que la persigue desde que la echaron del Cuerpo. Allí, al menos, se asfixia por otro motivo que no son las paredes de su piso.

La inspectora se lleva la toalla de mano por detrás de su cuello empapado y baja de la bici estática con el primer plano de John todavía brillando en la pantalla de su móvil. Solo hace unos segundos, la incierta voz de su novio desvelaba una retahíla de mentiras a través de los auriculares inalámbricos.

El día acaba de empezar y ya está sudada, exhausta —cargar con un pasajero todo el día puede llegar a ser agotador— y enfadada por haber discutido con John. Además se siente culpable por haberle gritado y colgado. Pero ¿por qué ha tenido que mentirle? Odia que se haga el héroe. Se supone que John ha viajado a Gredos por un motivo meramente profesional, pero si va a meterse en líos, a ella no le hace ninguna gracia. Los líos son cosa de ella. Siempre ha sido así.

Es como si las depresiones y resacas dominicales de todo un año se hubieran reunido en ese instante.

Llegada a ese punto, ¿qué puede hacer? En condiciones normales se pondría manos a la obra y empezaría una investigación exhaustiva. Seguramente estaría en Ávila antes de que acabara el día y en unas horas ya tendría una pila de información acerca de los Castro. Conocería los trapos sucios que, seguro, esconde una familia de ricachones perteneciente al mundo del espectáculo. También metería las narices en el caso de la muerte de Sol Monroe y la extraña desaparición de su marido.

Pero no vive días normales. Ya no cuenta con una placa ni una pistola que avale sus movimientos. Ni siquiera tiene un jefe que le grite por «pasarse el código por el higo». A partir de ahora, todo lo

que haga será al margen de la policía.

Por suerte, aún conserva un As en la manga.

Un minuto después está escondida en la sala de pilates, en esos momentos vacía, susurrando al auricular del móvil.

—Rayco. Necesito que me eches un cable.

—Ey, Mon. Buenos días. ¿Comemos luego? Tengo un rato antes de volver a la central.

Mónica nunca ha visto a Rayco Medina de tan buen humor. A él no lo echaron del Cuerpo. Al revés, ahora es un héroe. Ha oído que le han asignado un nuevo compañero. Puede que lo asciendan. En cuanto a su vida personal, todo le va viento en popa con Mercedes y las niñas. Acaban de volver de pasar unos días de vacaciones en el sudeste asiático y no han podido volver más morenos y menos estresados. Se alegra por él. Se lo merece. Y echa de menos tenerlo en el asiento del acompañante mientras persiguen a los malos por la capital. La templanza de Rayco siempre le ha sentado bien, aunque ella nunca se lo ha dicho a él. Ahora necesitaría un poco de esa templanza. Pero no puede quedar con él para comer. Solo necesita que su compañero le eche un cable.

—Hoy no puedo, Rayco. Tienes que hacerme un favor.

Se da cuenta de que está jadeando. Es por la media hora de bici, pero también por lo urgente de la situación.

—Para el carro, Mónica. Estás tan caliente que hasta en Jefatura ha subido la temperatura. Relájate y dime qué puedo hacer por ti.

—Tienes que entrar en los archivos centrales. En los históricos —exige Mónica, con su instinto de policía en piloto automático.

—Eso está chupado. Siempre que no se trate de nada raro —dice Rayco—. ¿Es algo raro, Mon? Dime que no es algo raro.

Entre bastones de gomaespuma y pelotas gigantes de colores, Mónica resopla. En ocasiones echa de menos al Rayco aciago y atormentado.

—Necesito que busques en el histórico si Fabián Castro tiene antecedentes en los últimos años.

—¿Ese no es un productor musical?

—El mismo. Me vale cualquier cosa. Por pequeña que sea. Hasta una maldita multa de aparcamiento.

—Mónica, tranquilízate. ¿Por qué me pides esto ahora?

—¿Puedes hacerlo o no?

—Claro, pero…

—Apunta también los nombres de Laura Estiarte y Abel Cardozo. Aquí vas a tener algo más de trabajo, sospecho.

—No entiendo. ¿Quiénes son? No estarás quedándote conmigo.

—No me estoy quedando contigo. A Laura Estiarte la conoces como Sol Monroe. Murió hace poco más de un año en su *suite* del

hotel Ritz y quiero saber todos los detalles que rodearon la investigación, hasta su talla de sujetador. En cuanto a Abel Cardozo, era su marido. Desapareció poco después, mientras investigaba la muerte de su mujer. Por aquel entonces estaba viviendo en la finca de Castro.

—Ostras.

—¿Puedes hacerlo, o no?

—Mañana a primera hora lo tendrás todo.

—Bien. Date prisa. Ah, y Rayco…

—Dime, Mon.

—Gracias. Te debo una.

—No me debes nada.

—Lo sé.

39

10 de enero de 2022
Talavera de la Reina, Toledo

Talavera de la Reina tiene un tamaño intermedio por el que es difícil determinar si se trata de un pueblo grande o una ciudad pequeña. Dispone de Corte Inglés, un restaurante con una estrella Michelín y una muralla que se remonta al siglo diez, así que John se inclina por lo segundo.

Aunque esa tarde corre un viento gélido que abofetea al escritor en cuanto se apea del taxi, al menos no hay ni rastro de nieve. John lo celebra. Está hasta la coronilla, de la nieve.

Anclado en la acera, aprovecha la espera a que el semáforo se ponga en verde para observar la ventana que hace esquina en el segundo piso del edificio de ladrillo de enfrente. Asiente con la cabeza. Al igual que el resto de las ventanas del piso, está iluminada.

—¿Sergio Palacios? Soy John Everett —dice acercando la boca al interfono—. Llego unos minutos antes de tiempo. ¿Le importa abrirme? Aquí abajo empieza a hacer rasca.

Al cabo de unos segundos de silencio, en los que John sospecha de una avería en el interfono, Palacios habla:

—¿Te importaría salir a la acera y mirar hacia el segundo para que pueda identificarte? Se han dado algunos casos de robos en los últimos días en este barrio y no dejo entrar a cualquier. Disculpa.

John retrocede unos pasos y se detiene bajo una farola para que la luz incida directamente sobre su rostro.

Transcurrido un rato corto, ve que la ventana de antes, la de la esquina, se abre y se asoma una cabellera rubia.

John alza la mano y saluda con una sonrisa. Es todo lo que puede hacer para ganarse su confianza. Espera que reconozca su rostro de verlo en la contraportada de alguno de sus libros. De pronto se da cuenta de que lleva una bufanda que le cubre media cara. Se apresura a quitársela.

Diez segundos más tarde, el portero automático emite un prolongado zumbido.

El edificio carece de ascensor. Tras subir algunos peldaños que lo ayudan a entrar en calor, John ve que la puerta de Sergio Palacios está

entreabierta, así que deduce que sí lo ha debido de reconocer. «No estará tan asustado por los robos, después de todo».

Antes de que pueda tocar la madera con los nudillos, el hombre abre la puerta del todo y aparece tras ella. John le tiende la mano.

—Encantado de saludarte, Sergio. Disculpa mi acento. ¿Puedo llamarte Sergio?

El hombre vacila, pero finalmente le devuelve el saludo.

—Por favor, entra. ¿Te apetece tomar algo? —pregunta y nada más cerrar la puerta, sin esperar respuesta de John, se pierde en la cocina sin disimular una cojera crónica.

El salón luce como uno de esos sitios que intentan seguir aferrados a los años ochenta pese a que se les escapa constantemente el asidero de las manos. Muebles con detalles dorados, paredes pintadas a colores pastel y alfombras, muchas alfombras por todas partes. Una horrible lámpara de lava atrae atenciones sobre una mesilla. El aire está perfumado con el aroma de alguna flor. No es capaz de identificarla. Tal vez lavanda. El aroma es fuerte, empalagoso, como si a alguien se le hubiera volcado un bote de suavizante. Aparte de eso, todo está tan ordenado, tan limpio y recogido que se diría que Palacios estrena vivienda y se ha quedado con el piso piloto. Una sensación avivada por la total ausencia de fotos familiares. John se muere de ganas de conocer el motivo para que falten esos retratos.

—Que sea una cerveza sin alcohol, por favor —grita John.

Palacios devuelve un *oooooookey* y segundos después entra en el salón sujetando dos botellines abiertos, con sendos posavasos. Es un hombre moderadamente atractivo, de esos que hacen desviar las miradas de las mujeres en los establecimientos públicos, aunque se empeñen en descuidarse. Lo envuelve el mismo aire de genio despistado que presentaba Patrick, el mentor de John. Cabello rubio despeinado y poco cuidado, barba de varios días y las uñas mordidas. Un rápido análisis le basta para deducir que se trata de un hombre que mima más su entorno que a sí mismo.

—Gracias. —John acepta el botellín pero no se lo lleva a la boca. En su lugar, lo apoya en la mesita que hay en mitad del salón, valiéndose del posavasos y se acomoda en un rincón del sofá.

Palacios hace lo propio en un sillón de orejas.

—¿Fumas? —pregunta y alarga el brazo hacia John. Un cigarrillo cuelga entre sus dedos—. Cuéntame. ¿Tu visita es por algún encargo relacionado con páginas web? Quizá debería haberte avisado por teléfono: ya no acepto encargos.

John declina el cigarrillo, no por falta de ganas y se endereza en el sofá.

—No. En realidad he venido a hablar de Abel Cardozo. —Hace una pausa para evaluar la reacción: dos arrugas finas han aparecido en la

frente de Palacios—. Tengo entendido que os conocíais.

Él asiente en silencio. Tal vez con cierta aversión, es difícil saberlo.

—¿Es usted policía?

John no pasa por alto el hecho de que ha empezado a hablarle de usted. Mejor eso que echarlo a patadas de su casa, que era otra posibilidad.

—No. Soy escritor. Estoy escribiendo sobre… —se toma un segundo para elegir bien las palabras—. Trabajo en un artículo sobre la muerte de Sol Monroe y la misteriosa desaparición de su marido, Abel Cardozo.

No es del todo mentira, pero tampoco es la verdad. No ha visto oportuno explicarle que está allí por un extraño mensaje encontrado en un cómic por el presidente de la editorial Papyre.

Palacios ladea la cabeza.

—¿Abel? ¿Ha desaparecido? Llevo mucho tiempo sin tener noticias suyas y no sabía nada. Cuánto lo siento. ¿Qué ha pasado?

—Ya. Antes de desaparecer, Cardozo escribió esto en su cuaderno de notas.

John saca su teléfono móvil y le muestra la última imagen de la galería. Esta mañana a primera hora ha fotografiado la última hoja del bloc de notas de Abel, donde figura el nombre de Palacios junto a su número de teléfono.

El anfitrión se queda observando la instantánea pensativo.

—Ah, sí. El año pasado Abel contactó conmigo y me dijo que quería que nos viéramos en la sierra de Gredos, junto al río. Decidí no acudir. De haber sabido que iba a meterse en problemas, seguramente hubiese actuado de otra manera. —Aprieta los labios—. ¿Se tiene alguna idea de qué ha podido sucederle?

—Lo último que se sabe de él es que el cuatro de enero quería reunirse con su prima pequeña a unos ochenta kilómetros de aquí, junto al puente del Duque, efectivamente en la sierra de Gredos. Vivía allí porque estaba trabajando para Fabián Castro, el productor musical, aunque el día de su desaparición se encontraba aislado a causa de la tormenta de nieve.

—Pero eso es terrible. Abel cumple años el cuatro de enero. ¿Es el día que eligió para que nos viéramos? No sabría decir el día exacto, pero recuerdo que eran plenas fiestas navideñas, así que supongo que sí, podría ser.

—¿Por qué no acudiste a la cita?

—Hacía años que nuestra relación estaba rota. Como le he dicho, llevo mucho tiempo sin saber de él.

—La Guardia Civil lo buscó con insistencia después de que desapareciera y sigue haciéndolo desde entonces. ¿Por qué no colaboraste con las autoridades, Sergio?

—Qué fuerte. No me lo puedo creer. —El hombre se ha quedado mirando la espuma de la cerveza con aparente desconcierto. Si no responde a su pregunta, es porque oculta algo—. ¿Que por qué no colaboré? —interviene al cabo de un rato—. Pues porque no estaba enterado de nada. Esta es la primera noticia que tengo de que Abel lleva un año desaparecido.

—Salió en la prensa repetidas veces. Sobre todo los primeros días, fue un caso relativamente mediático.

—¿Por qué tengo la sensación de que me está interrogando? Si quiere decirme algo, será mejor que vaya al grano.

—No, no es eso. Pero tengo muchas preguntas y creo que tú puedes ayudarme a despejar el camino. No debes verme como un enemigo.

—No veo las noticias ni leo periódicos, sencillamente. Es por salud mental, ¿sabe? Me noto menos irritado desde que no me desinforman.

—Querrás decir desde que no te informan.

—He dicho lo que he dicho. Quien tenga oídos, que entienda.

John asiente con la cabeza. Algo le dice que lo más seguro es que esté diciendo la verdad. Trata de sonreír un poco, pero otras sensaciones han despertado en su interior. Por eso retoma el tema que lo ha llevado allí:

—Aun así, como te he dicho, esperaba que tú me ayudaras a rellenar ciertos huecos en la historia.

—Claro. Si puedo colaborar de algún modo, lo haré.

John hace un gesto afirmativo.

—Bien. ¿De qué conoces a Abel?

El hombre da un sorbo largo a la cerveza. Es evidente que se trata de un tema complicado.

—¿Acabasteis mal? —sugiere John.

—Podría decirse que sí. No es agradable.

—¿Qué pasó? —insiste John, ahora con la mirada perdida al fondo del salón, bajo la ventana, en un tablero de ajedrez que descansa sobre una mesa alta.

—Abel y yo fuimos amigos íntimos desde el colegio. Más que eso, inseparables. Supongo que nuestro pasado trágico era algo que teníamos en común, lo que nos unió del todo.

—¿Qué pasado trágico?

—Abel fue abandonado en la puerta de una iglesia nada más nacer. Estuvo saltando de orfanato en orfanato hasta los doce años. —John asiente con la cabeza, es la misma historia que le contó Lorenzo Guirao en las oficinas de la editorial—. En cuanto a mí, mi madre murió en el parto y mi padre durante el incendio de nuestra casa, cuando yo tenía seis años.

—Vaya, lo siento. ¿A ti no te pasó nada en el incendio?

John está tratando de mostrarse comprensivo, aunque le importan un pimiento los traumas de un desconocido.

—Esa noche yo estaba durmiendo con mi tía. Tía Nati fue quien se encargó de mí a partir de ese momento.

—Bien. Entonces Abel y tú erais uña y carne. ¿Qué pasó?

—Durante algunos años, nada. Todo iba bien.

—¿Entonces?

—Entonces llegó el año 2009 y todo se fue a la mierda. Con perdón.

—Cuéntame.

—Primero robamos en el negocio donde trabajaba el padre de mi novia. Pensábamos devolverlo, pero lo pillaron antes y lo despidieron. El hombre acabó refugiándose en el alcohol y medio deprimido.

—Joder.

—Eso no es todo. Ese verano atropellamos a una menor. Abel iba al volante porque yo no tenía licencia. La matamos. El semáforo estaba en rojo para ella, pero Abel había bebido, así que no había salida posible. Lo habrían condenado a varios años de prisión.

—Pero no lo hicieron.

—No, porque me convenció para que yo cargara con la culpa. Al ser menor, no podían meterme en prisión y además yo no había bebido.

—No me digas. ¿Y tú aceptaste?

—En aquella época era bastante gilipollas. Y, además, me amenazó con contarle todo a mi novia. Ya sabe, lo de su padre y el tema del robo.

—¿Y dejasteis de hablaros?

—No. Aunque la relación se enfrió, cuando salí del centro de menores después de más de dos años y me enteré de que me había robado a la novia. Estoy utilizando un lenguaje suave. Decir que se enfrió es un eufemismo.

—Ya veo.

—Años después se casó con ella, por cierto. Pero bueno, no le guardo rencor por eso.

—Espera un momento, Sergio. ¿Sol Monroe era tu novia en el instituto?

—Para mí siempre ha sido Laura. Mi Laurita.

—No tenía ni idea. Mis condolencias por su muerte.

—No se preocupe. Dejamos de tener relación muchos años antes de que falleciera. Yo rehice mi vida y me mudé a Madrid con mi nueva novia. Se llamaba Eva e íbamos a casarnos.

—¿La cosa salió mal?

—La cosa salió fatal. La aplastó un camión.

—Mierda. Lo siento.

De repente John tiene la sensación de que está quedando como un gusano. Repasando sus notas mentales, recuerda que Yasmín ha asegurado que Palacios estaba con Abel el día que ella abrió el maletero de su primo y se encontró a un hombre maniatado con un revelador tatuaje en el brazo. Si no le falla la memoria, eso fue hace solo cuatro años.

—Tengo entendido que en 2018 anduvisteis metidos en un lío. Algo relacionado con el secuestro de un violador.

El hombre tiene un sutil sobresalto. Las arrugas han desaparecido, pero sus hombros retroceden un poco.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Ya te he dicho que he estado investigando la vida de Cardozo. Entonces, ¿lo confirmas?

Palacios se lleva el pulgar a la boca y se muerde un padrastro.

—Vamos, Sergio. No soy policía, ni siquiera periodista —señala John para animarlo—. Tan solo un autor que está investigando para su próximo trabajo.

—Todo lo que diga a partir de ahora tiene que ser *off the record*. Mi nombre no debe aparecer en ningún texto.

—Hecho.

—¿Tengo su palabra?

—Desde luego.

Palacios se agita en el sillón. Carraspea antes de hablar.

—Se llamaba Joaquín Ortiz. Un día, José Luis Cava, el padre de la chica a la que atropellamos, pidió reunirse conmigo en privado. Resulta que ese hombre, Ortiz, llevaba una doble vida. Cuando no disfrutaba de su matrimonio perfecto y su trabajo perfecto, se dedicaba a drogar a menores de edad para violarlas después.

—Madre mía.

La reacción de John no es fingida. Le congratula saber que su teoría respecto a la pertenencia de Ortiz en Hijos de Hímero es cierta.

—Así que nosotros atropellamos a la pobre Carlota porque estaba cruzando el semáforo en rojo, pero no era culpa suya. Seguía bajo los efectos de esa droga.

—Burundanga.

—Exacto.

—Y el padre de la chica, ¿qué quería de ti?

—Me pagó para que atrapase a Ortiz y lo llevara con él. Vivo.

—Y aceptaste.

Palacios asiente con la cabeza. Su mirada parece haber viajado hasta el momento de la conversación con el señor Cava.

—Pero necesitaba ayuda. Y Abel me debía una. Una como mínimo. Así que casi lo obligué a colaborar conmigo.

—Entiendo. ¿Y cómo fue?

—Salió bastante bien.

—¿Qué hizo José Luis Cava con Ortiz?

Se le hunden un poco los hombros.

—Lo desconozco. No me gusta pensar en ello, me avergüenzo de lo que hicimos, a pesar de todo.

—¿A pesar de todo?

—Sí, a pesar de todo. Ese hombre era un cabrón y un violador. Se lo merecía.

John nota que a Sergio Palacios le está aumentando la temperatura, de modo que decide enfriar el ambiente.

—¿No ha tenido contacto con Abel desde entonces?

—No. Y, sinceramente, es mejor así.

—¿Tienes alguna idea de dónde puede estar escondido?

—No lo sé. Pero si ha pasado un año, es posible que esté bajo tierra.

—¿Te gustaría que lo estuviera?

El silencio es pesado.

—Hace tiempo que ha dejado de preocuparme lo que le pase o le deje de pasar —responde al fin—. Esa época es historia para mí. Esté o no muerto, el peso de la justicia caerá sobre él, piense yo lo que piense. El diablo debe de estar frotándose las manos en este momento.

—No te juzgo, Sergio. —John se pone en pie. No ha probado la cerveza, pero ya ha oído más de lo que pensaba y le espera un tedioso viaje de regreso a Hoyos—. En fin, muchas gracias por recibirme. Es posible que volvamos a vernos.

—Tenga cuidado a la vuelta. La calzada de la carretera que sube a Gredos suele helarse cuando se pone el sol.

Palacios le da la mano y le facilita su tarjeta personal. «Por si algún día necesita una página web». Lo está acompañando a la puerta cuando John se acuerda de algo. Algo importante. Se detiene y levanta el índice en el aire.

—Un momento, Sergio. —Se vuelve hacia él—. Una cosa más. A ver si te suena. Hijos de Hímero. ¿Te has tropezado alguna vez con ese término? ¿Te hablaron Abel o Laura de él en alguna ocasión?

Palacios sonríe a la vez que se lo queda mirando. Sin pestañear.

—No, señor. Eso sí que no lo he oído en mi vida.

Pero las arrugas verticales han vuelto a aparecer en su rostro.

40

10 de enero de 2022
Sevilla

Para asegurarse de que nadie tuviera acceso a sus conversaciones con los miembros de la organización, Tomás Moreno se agenció hace tiempo una tarjeta de prepago. Solo la usa para comunicarse con ellos y siempre que la situación sea urgente. Es una de las normas de la organización: no llamar si no es estrictamente necesario.

Tomás espera paciente con el móvil pegado a la oreja. Si es la hija impertinente quien coge la llamada, como la última vez, colgará de inmediato. ¿En qué cabeza cabe que una adolescente responda una llamada al móvil de sus padres?

—¿Es cierto? —contesta la voz que él espera, esa que ha escuchado tantas veces. Solo que hoy la acompaña un deje de intranquilidad. «No es para menos», piensa Tomás.

—¿El qué? ¿Que Lorenzo ha muerto?

—Me acabo de enterar.

—Sí. Justo acaba de terminar el funeral y su posterior entierro.

—Dios mío. No me lo puedo creer.

—Lo he matado yo.

—¿Hablas en serio?

Tomás no puede hablar más en serio. Hace menos de dos horas se veía pronunciando unas palabras en honor a su jefe y mejor amigo y más tarde ha ayudado a portar su ataúd hasta el coche fúnebre. Si hoy repartiesen los premios al cínico del año, él se llevaría todos los votos. En cuanto finalice la llamada, piensa pasar la tarde debajo de la ducha y después se atiborrará a *bourbon* hasta perder el conocimiento.

—Las semillas de sésamo han tenido la culpa.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Porque somos amigos.

—¡Qué ingenuo eres! No deberías fiarte tanto de la gente.

—No lo hago. Pero si, llegado el momento, me traicionaras y me delataras, tú también caerías.

Su frase provoca un breve silencio, señal de que lo que dice es cierto.

—¿Por qué lo has hecho?

—Se estaba convirtiendo en un peligro para todos, lo sabes muy bien.

Al otro lado de la comunicación, un suspiro.

—Tienes razón. Desde la desaparición de su hijo, Lorenzo no dejaba de ponernos en riesgo a todos. Estaba fuera de control. ¿Qué ha hecho esta vez ese viejo?

—Seguía sin superar lo de Abel.

—¿Y eso? Pensé que el psicólogo lo estaba ayudando.

—Sí, pero la semana pasada ocurrió una cosa. Lorenzo encontró algo en una de sus librerías.

—¿Algo? No comprendo.

Tomás pasa a resumirle lo sucedido la noche del diluvio. La inundación, la aparición del cómic que él mismo robó del despacho de Guirao después de borrarlo del mapa y los mensajes ocultos en las páginas dieciséis y diecisiete del mismo.

—*Busca a John Everett y él te llevará a mí…* —repite la otra voz—. ¿Es el mismo John Everett que…?

—El *guiri* juntaletras que ha estado deambulando por vuestra residencia últimamente, en efecto.

—Creía que había venido para terminar la biografía.

—Ese era el pretexto que encontró Lorenzo para mandarlo para allá. Pero me temo que su verdadero objetivo es dar con Cardozo. Yo mismo revisé el contrato que le preparó el viejo. Lo ha untado, pero bien.

—Dices que el segundo mensaje menciona a una tal Mónica Lago. ¿Estás pensando lo mismo que yo? ¿Hablamos de la Mónica Lago que intentó joder a nuestro amigo?

—La misma. La he buscado en Google. —Tomás escupe una tos seca—. Lleva algunas semanas en el punto de mira de la prensa. Y además es la pareja sentimental de Everett. Creo que no hay mucho más que hablar.

—Mierda. Y nuestro amigo, ¿sabe algo de todo esto?

—No. Te animo a que se lo cuentes tú.

—Ni de coña. Si se confirma y él llega a saberlo, ese idiota es capaz de perder los nervios y cometer una estupidez.

—Estoy de acuerdo. ¿Y bien? ¿Qué hacemos?

—Joder, nadie debe conocer el contenido de ese cómic.

—Ya es tarde.

—¿A qué te refieres?

—Pues que John Everett lo sabe.

Tomás casi puede escuchar el otro corazón latiendo a través del auricular.

—Si es solo eso, todavía podemos estar tranquilos. Ese escritor está muy lejos de encontrar a Cardozo, hazme caso. No creo que sepa ni

por dónde le da el aire.

—Pero leyó lo que hay escrito en el cómic. Si es un poco listo, podría llegar a conocer nuestro pequeño secreto. No podemos permitirlo.

—Descuida. No lo hará.

—He pensado que mañana cogeré un vuelo hasta allí. Ya tengo el billete.

—¿Vas a venir a Gredos?

—No pienso quedarme de brazos cruzados mientras nuestras vidas se derrumban como un castillo de naipes.

—De acuerdo. Aquí te espero.

Tomás está a punto de colgar cuando el móvil susurra su nombre.

—Tomás.

—Dime.

—¿Quién pudo dejar esos mensajes en ese cómic?

Se pasa la mano por el mentón, rasposo por la barba que lleva algunos días descuidándose. Algo acaba de saltar en su estómago, porque ha estado toda la noche en vela dando vueltas a esa pregunta y no ha dado con ninguna posible respuesta.

—No tengo ni idea, carajo.

Busca a John Everett y él te llevará a mí.

—Cardozo no pudo ser.

—No. A no ser que haya vuelto de entre los muertos para desenmascararnos.

Pocos minutos después, cuelga confiado en que su visita a Villa Pegaso lo arreglará todo. El miedo y la fe mueven montañas. Especialmente si se cuenta con un arma.

41

11 de enero de 2022
Hoyos del Espino, Ávila

A la mañana siguiente, a John lo despierta su propio reloj biológico antes de que suene la alarma. Todavía está oscuro al otro lado de la ventana, empañada por el vaho y la chimenea hace horas que ha dejado de crepitar. Será porque es el día once. Será porque todos nosotros tenemos un reloj biológico dentro y esa mañana el de John tiene las ocho en punto muy interiorizadas.

«Después de las ocho».

«Ávila».

El móvil marca las seis y cuarenta y dos. Ya tiene dos llamadas perdidas de Mónica. Sacude la cabeza.

Todavía entre las sábanas, le devuelve la llamada.

—Buenos días, cariño —saluda entre bostezos—. ¿No arrancas demasiado temprano?

—¿En un momento así y aún apagas el móvil para dormir?

—Vamos, no me digas que sigues enfadada.

—No. Y además no hay tiempo para eso. Oye, tengo algo para ti.

—¿Qué?

—He pedido a Rayco que metiera las narices en las bases de datos de la Policía. Ya sabes, en los históricos. Le he dicho que busque cualquier cosa sobre tu amigo Fabián Castro.

—Qué lista eres. ¿Y?

—Pues que ha encontrado algo interesante.

—Dile a ese canario que lo quiero.

—Se lo dirás tú mismo cuando vuelvas. Bien, ¿quieres saber lo que ha descubierto?

—Claro.

—La vida de Castro no es tan idílica como parece.

—¿A qué te refieres?

—¿Te suena de algo un tal Juan Diego?

—Era el cocinero de la finca. Lo despidieron.

—Pues creo que ya sé por qué lo echaron.

—¿Por qué?

—Solo te lo diré si me prometes tener cuidado. Me da muy mala

espina todo esto.

—Descuida, te lo prometo.

Mónica se lo cuenta todo. De repente, John se siente desperezado como si se hubiese dado dos duchas frías seguidas.

—¿Cómo es que eso no salió en las noticias en su día?

—No sé, igual sí. Ya sabes que no veo los informativos.

Mientras piensa en ello, John recuerda su conversación con Sergio Palacios.

—Porque no quieres que te desinformen.

—Sí… Espera, ¿qué?

—No importa, Moni, olvídalo. ¿Tienes la dirección de ese Juan Diego?

—Te la envío al móvil según colguemos.

—Gracias por la ayuda. Te llamaré luego con las novedades.

—Más te vale.

Nada más colgar, John envía un mensaje a Agus para que le recoja con el taxi dentro de cuatro horas. A este paso va a tener que hacerle un contrato. A primera hora de la mañana tiene una sesión con Castro para continuar con el libro —va a suponerle un esfuerzo extra no poner sobre la mesa lo que acaba de contarle Mónica— y después estará libre para terminar de completar el puzle que lo mantiene en vilo.

Es esa molestia, en el interior de su cabeza. Como un tumor maligno y creciente. Como si lo rozase por dentro. Un susurro muy físico que lo incomoda desde el día anterior de un modo casi real.

Anoche, dos horas después de hablar con Sergio Palacios, John regresaba de su visita relámpago a Talavera de la Reina, muerto de cansancio. El reloj de diseño del vestíbulo de Villa Pegaso marcaba las diez y veinte cuando entró por la puerta.

Marta estaba en la cocina, terminando de fregar los cacharros de la cena. En unos minutos, como cada noche, apagaría las luces de la planta baja y se recogería en su estancia del ala de servicio.

En un extraño día como el anterior, en el que había escarbado en el pasado de Yasmín, había recibido una bofetada de una anciana desconocida y había discutido con Mónica antes de viajar a otra provincia para interrogar a Sergio Palacios, John no pensaba en otra cosa que en meterse bajo la manta y cerrar los ojos. Pero llevaba horas queriendo abordar a la asistenta. Concretamente, desde que leyó en el bloc de notas de Cardozo que este tenía intención de hablar con el personal del servicio. Si Abel sacó algo en claro de esas conversaciones, como así parece que había ocurrido, quizá hablando con Marta obtendría la respuesta.

Si no aprovechaba la ocasión, ahora que la mujer estaba disponible y el resto de los ocupantes de la mansión parecían descansar en sus

aposentos, era posible que se despertara en mitad de la noche preguntándose qué diablos había averiguado Cardozo un año atrás.

Se quedó unos segundos observando desde la puerta de la cocina. La mujer estaba de espaldas, centrada en la tarea. Se fijó en sus hombros. Delicados y enérgicos como los de Mónica. John no sabía cómo abordarla, así que simplemente habló:

—¿Molesto?

Ella siguió a lo suyo. Como si él no existiera. Entonces John carraspeó y repitió, esta vez más alto.

—¡¿Molesto!?

Ahora sí, la mujer dejó escapar un pequeño grito y dio un respingo. Al volverse, dejó caer los brazos y relajó la expresión.

—¡Everett! Se llama antes, por el amor de Dios. Me ha dado un susto de muerte.

—Pensé que me había oído entrar.

Ella se llevó las manos a las orejas y extrajo de ellas dos auriculares unidos por un cable.

—Estoy con mi música. —Acercó la mano al pecho y tomó un par de bocanadas profundas—. Cualquier día me matan de un infarto en esta casa de locos.

—Precisamente de eso quería hablarle, si tiene un momento.

—¿Hablar conmigo? ¿De qué?

—¿Entonces tiene tiempo? Es un tema delicado…

—Pues claro que tengo tiempo. No soy la reina de Inglaterra.

—Ya, claro. —John se subió a la encimera, de un impulso. Desde ahí arriba, Marta le parecía una niña. Intentó no mirarla con demasiada intensidad. Carraspeó. Él no es de los que miran lascivamente a mujeres que no son las suyas, pero sí le gusta admirar las obras de arte, como un Van Gogh o un Velázquez. Y Marta tenía algo de eso. Ella se dio cuenta y sonrió un poco—. Verá, solo quería preguntarle por Cardozo.

Ella lo miró como si le hubiese crecido una segunda nariz. Después ladeó la cabeza y lo examinó por debajo de las cejas.

—¿Por Abel? ¿Y eso por qué?

—Sé que trabajó aquí por un tiempo, hace más de un año.

—Sí. Fue el primer escritor del señor Castro. Desapareció.

—Sí, ya lo sé. ¿En algún momento habló con usted de manera privada?

—¿Conmigo? Muchas veces. Abel era un tipo muy abierto, mucho más que usted, que hasta hoy apenas me ha dirigido la palabra.

Le dedicó una sonrisa traviesa que no le pegaba nada y que lo hizo sentir como pez fuera del agua. John sintió que aumentaba la temperatura de sus mejillas. Fijó la mirada en la pila. En la encimera. En la cafetera. Cualquier punto sin vida que no fueran esos ojos

traviesos.

—Sí, eh… he estado bastante ocupado.

—Me lo puedo imaginar.

—Y en alguna de esas conversaciones que Abel mantuvo con usted, ¿hablaron de algo especial?

Marta colgó el trapo en la barra del horno y se llevó las manos al delantal, donde las restregó para secárselas. El movimiento, como prácticamente todo lo que hacía, era casi una insinuación. Lo más seguro era que lo hiciera sin querer.

Tras unos segundos de reflexión, contestó que no recordaba nada en especial, salvo algún que otro chiste machista con muy poca gracia.

—A Abel le encantaban los chistes machistas —concluyó.

—Entiendo. ¿Diría entonces que tenía problemas con las mujeres? —quiso saber John.

Eso pareció divertirla.

—¿Qué? Para nada. Al revés, Abel amaba a su difunta esposa más que a nada en el mundo. Y siempre nos trató con respeto a todas las mujeres de Villa Pegaso. Que fuera un payaso sin gusto para las bromas no quiere decir que estemos hablando de un machista. No señor, no vaya por ahí.

—Vale, vale. Entonces, ¿le habló de su mujer?

—¿Siempre es tan entrometido?

—No. Pero recuerde que estoy escribiendo una biografía.

—Sobre la vida del señor Castro, no sobre la de Abel.

—Todo es relevante.

Permaneció callada. Un mechón rebelde tapó su ojo izquierdo.

—¿Hablaba de su mujer, sí o no?

—Apenas hablaba de otra cosa, en realidad.

Los ojos almendrados de Marta se iluminaron. Era ese tipo de brillo que surge cuando se sueña con algo que no se tiene.

—¿Y no le dijo nada que le incitara a usted a pensar que estaba en algún tipo de lío?

Lo pensó un momento.

—Si lo pregunta por su desaparición, la respuesta es no. Nunca hablamos de nada que me llevara a creer que alguien podía querer matarlo o secuestrarlo.

John bostezó. La conversación había llegado a un callejón sin salida y Marta parecía firme en sus declaraciones. Si sabía algo más, no iba a contárselo.

Ahora John sabe, porque se lo acaba de decir Mónica, que no era la asistenta a quien había que dirigir las preguntas, sino al antiguo cocinero.

Se despidió de ella agradeciéndole el tiempo prestado. Después, con una sensación de picor en el interior de la cabeza, atravesó la

planta baja hasta su habitación, donde se aseó y se preparó para una noche reparadora. Sobre la mesa le esperaba un taco de pósits que se prometió que rellenaría a primera hora de la mañana con toda la información obtenida durante el día.

No lo ha hecho.

Debió haberlo dejado anotado por la noche, con las novedades aún frescas, pero le pudo la pereza. Ahora ya es tarde. Podría pasar cosas importantes por alto. No sería la primera vez. Si le hubiesen dado una libra cada vez que se le ha olvidado una gran idea para una historia por no apuntarla en el preciso momento, a lo mejor ahora no estaría tratando de resolver un caso de desaparición en mitad de la nieve.

Pero lo venció el cansancio. Los párpados le pesaban y solo la idea de sentarse a la mesa de trabajo a recopilar información le provocaba más bostezos.

El picor ya era una uña afilada rascando la corteza interior de su cráneo, cuando John cayó dormido.

Algunas horas después, John se encuentra sentado en el taxi de Agustín. Aún no han salido de los límites de Villa Pegaso cuando llama a Yasmín.

—¿Cómo te fue con Sergio? —pregunta ella.

—Tenías razón. Abel y él eran muy amigos.

—¿Ha admitido lo del hombre del maletero?

—Sí. Luego te lo cuento. ¿Tú cómo estás?

Tarda unos segundos en contestar.

—Tirando. —John apostaría a que le tiembla la voz—. Lorenzo era un cínico y un capullo, pero al fin y al cabo, era mi tío.

—Lo entiendo. No tienes que darme explicaciones.

—Ya lo sé. Pero me apetece dártelas.

—¿Qué tal el funeral?

—Como todos los funerales. Un asco. Ya estoy en el tren de vuelta. Recuerda. Día once de enero, el día de las chocolatinas.

—Cómo olvidarlo… Y dime, ¿viste algo sospechoso durante la ceremonia?

—¿Sospechoso?

—No sé, alguien que quizá pudiera haber asesinado a tu tío.

—¿Sigues con eso? Eres un pelín cabezota.

—Perdona.

—¿Dónde estás? Oigo música de fondo.

En ese momento, la radio de Agustín emite un especial de Dolores Oriordan.

—En el taxi, camino de Ávila.

—¿Son los Cranberries? *It´s the animal Instinct in me…* —canta—. Qué canción más bonita.

John sonríe.

—Sí que lo es.

—Oye, ¿y qué se te ha perdido en Ávila?

—Allí vive el que fue cocinero de los Castro cuando Abel residía en la mansión.

—¿Y?

—He sabido que lo despidieron porque tuvo algunos desencuentros serios con Fabián.

—¿Crees que pudo tener algo que ver con la desaparición de Abel?

—Puede que sí, puede que no. Pero quiero ver qué tiene que decirme. Luego te lo cuento. Tú avísame cuando llegues.

—Hecho. *Ciao*.

—¡Oye! ¡Yasmín!

—¿Sí?

—Si te cruzas con tu primo, avísame de inmediato.

—¿Cruzarme con Abel? ¿Estás tonto?

—¿Es día once y es más tarde de las ocho, no?

—Pensé que el mensaje se refería a las ocho de la tarde.

John se queda pensativo. De nuevo el cosquilleo en la corteza craneal. ¿De verdad piensan que van a dar con el secuestrador, o el asesino, o mejor dejarlo simplemente en aquel que amenaza la vida de Abel, en base a unos mensajes en clave que dejó el propio Abel en un cómic de Spiderman? Eso parece lo más lógico, pero ¿pueden o deben partir de que Abel Cardozo es una persona lógica?

—Tú permanece atenta, por si acaso.

Sus pies apuntan al edificio de ladrillo donde, según la información de Mónica, obtenida gracias a Rayco, vive Juan Diego Gallardo.

Ávila es una localidad de otro tiempo. Al cruzar la muralla románica que rodea el centro, en esta época bañada de nieve entre los torreones, John se ha quedado boquiabierto y se ha dicho a sí mismo que es la muralla mejor conservada que ha visto. Y eso, viniendo de un inglés, significa mucho.

Frente al telefonillo, no miente y se presenta como escritor. Juan Diego no es tan precavido como Palacios y le abre a la primera. Vive en un tercero a un par de calles de la catedral.

El ascensor está averiado, de modo que sube andando. Encontrar a Cardozo, igual no, pero desde luego va a perder algunos kilos durante su estancia en tierras castellanas.

Desde el último tramo de escaleras percibe un olor que indica que allí vive un hombre que tal vez no airea la casa tanto como debiera. ¿Es una mezcla de curry de Marta, olor a jarabe y un tufillo de consulta de dentista lo que hiere su olfato?

Proviene del piso de Juan Diego, que ha dejado la puerta

entreabierta y espera dentro.

Es un hombre joven, algo mayor que John, pero no demasiado. Pequeño pero erguido, como si algo en él se empeñase en justificar su primer apellido. Pálido pero de oscuros ojos que miran como si apretaran tuercas a distancia. Lleva un mostacho en forma de «U» invertida con cera en las puntas, que parece dibujado con lápiz. John está seguro de haber visto uno de esos en la vida real, pero no puede recordar dónde. Es como si fueran a aparecer tres tipos más de un momento a otro y se pusieran a interpretar *I want to break free*.

El antiguo cocinero de Villa Pegaso lo recibe, pero no le ofrece nada para tomar y no le permite pasar más allá de la sala de estar, en cuyo rincón se encuentra una pequeña cocina con una tetera recién puesta. «¿El olor desagradable?» Decir que la estancia está desordenada es quedarse corto. No, no es solo desorden. Ya puede pasar por allí una brigada de limpieza, que el piso seguiría siendo un desastre. De un rápido vistazo, John ve: la tarima levantada en dos puntos distintos; la campana extractora goteando grasa sobre los fuegos de la encimera, que lucen decolorados por el uso; el asidero de la nevera desencajado; los brazos del sofá, un viejo y arañado biplaza de color mostaza, deshilachados. De la pared, bajo la ventana, cuelga un radiador, pero John puede verse el aliento desde que ha cruzado la puerta, así que deduce que Juan Diego mantiene la caldera apagada y solo puede ser por dos motivos: bien es un agarrado, o bien está en la quiebra. John apuesta por lo segundo.

En un rincón de la cocina, un cubo de basura con la tapa semiabierta, al que solo le falta levantarse a saludar. Ya no hay duda, el olor desagradable proviene de su interior. John aparta sus pensamientos de ese cubo, no quiere seguir en esa dirección.

No sería demasiado exagerado afirmar que Juan Diego no vive en mejores condiciones que Bella, la yegua de Cecilia Castro.

Tras presentarse de nuevo, decide ir al grano. No desea quedarse allí más tiempo del necesario.

—Estoy contratado por Fabián Castro para escribir un libro sobre su vida.

—Ahórrese el parloteo. No pienso comprar su libro.

Si eso ha pretendido ser una broma, nada en su rostro, ni una sola célula invita a reírse. John se ha fijado en que el acento del venezolano, aunque patente, es sutil. Como si llevase más tiempo en España del que vivió en su tierra.

—Tengo entendido que estuvo trabajando en Villa Pegaso como cocinero.

—Villa Pegaso. —Dibuja una mueca sórdida—. Había olvidado esa horterada de nombre.

—¿Por qué me da la sensación de que, de hecho, no lo ha

olvidado?

—¿Qué quiere decir?

—¿Por qué lo despidieron, Juan Diego?

—Me parece que ya lo sabe.

John recuerda las palabras de Mónica a primera hora de la mañana. Rayco hizo un trabajo sensacional investigando a Castro.

—Sé que ocurrió algo en la mansión. Pero quiero que me lo cuente usted.

—¿Por qué? No voy a hablar bien de los Castro, precisamente. Sabe tan bien como yo que no va a incluir en el libro nada que los perjudique.

John se lleva la mano al interior del abrigo. El venezolano lo detiene agarrándolo de la muñeca. Sus dedos son pequeños pero fuertes.

—Si va a sacar dinero de ahí dentro, ahórrese la humillación. No aceptaré su dinero ni el de nadie.

John se libera de un tirón seco pero fuerte y rebusca en el bolsillo de la americana. Lo que saca es un bolígrafo de tinta negra.

—¿Aceptaría mi declaración escrita y firmada, prometiendo no mencionar su nombre en la biografía de Fabián Castro, ni en su beneficio ni en su perjuicio?

Juan Diego lo mira con ese aire de adolescente marginado.

Cinco minutos después se encuentra relatando lo ocurrido en el verano del 2020. Un recorte de cuaderno con la rúbrica de John reposa sobre la mesa de veinte euros de Ikea.

Verano de 2020
Villa Pegaso, Hoyos del Espino, Ávila

Era una noche de verano cualquiera y la fiesta se estaba yendo de madre.

El cumpleaños de Cecilia no sería hasta veinte días más tarde, pero ese fin de semana, Fabián y Carmen Castro estaban de viaje —esa vez había tocado Florencia— y la joven lo vio claro. Tenía la finca entera para ella, no podía dejar pasar la oportunidad.

En un principio solo iba a ser una velada tranquila con cuatro amigas, quizá culminada con una ronda de cervezas entre confidencias de adolescentes frente a la chimenea del salón. «Tal tío quiere mambo contigo», «pues yo me tiraba a este y al otro», típicos juegos de chavales. Pero se corrió la voz y el cumpleaños terminó derivando en un multitudinario fiestón que, de disponer de piscina con trampolín en el jardín, habría competido con las fiestas universitarias de las

películas americanas, esas en las que alguien viola a la animadora y al protagonista le meten algo en la bebida. Solo faltaban los Green Day sonando a todo trapo por los altavoces. Aquella noche era Dua Lipa quien ambientaba el cotarro. La favorita de Cecilia.

Juan Diego era el encargado del *catering* de la fiesta. Cecilia había conseguido convencerlo para que aceptara el trabajo a escondidas de sus padres. Una generosa paga extra —que, por supuesto, la joven había sacado del cajón de su madre— y un pestañeo de los suyos habían bastado para cerrar el trato con el cocinero.

Aun así, ya hacía más de media hora que él tendría que haberse retirado a dormir. No había pestañeo ni paga extra que compensara el trabajo que lo esperaba al día siguiente para arreglar ese desorden. Ni la bronca de Fabián si llegara a enterarse. Aquello tenía que acabar.

Estaba recogiendo algunos vasos a medio consumir cuando Cecilia entró en la cocina cantando. No, vociferando. Como una perra en celo. Eran las dos y veinte de la madrugada.

—*So come on, come on, come ooooooon… Let´s get physical!*

—¿No te parece que ya va siendo hora de recoger? —dijo él mientras volcaba en la basura las patatas fritas sobrantes de un cuenco —. Tienes la casa patas arriba.

—Bobadas. Así tendrás algo que hacer mañana, ¿no?

Ella saltaba de un lado a otro de la cocina con una copa de Bacardí con cola en una mano. Era como un colibrí a tope de estupefacientes. Ofendido por el comentario, Juan Diego se irguió y se enfrentó a su mirada.

—A mí no me vengas con esas chorradas, ¿eh, niña? Que no soy uno de tus amiguetes.

Como si acabara de escuchar el chiste más gracioso, Cecilia se inclinó hacia delante y soltó una carcajada. Al hacerlo, el escote del vestido se abrió, y Juan Diego pudo verle el sujetador. Era blanco y de encaje. Cubría dos senos de tamaño medio, perfectos.

Se dio cuenta de que la niña había crecido a velocidad de vértigo. Solo tenía quince años y sus poros ya emanaban esa sensualidad propia de las adolescentes.

Estaba allí, con él. Sola. Ebria. Y vulnerable.

—Vamos, *Juandiegui*, relájate. ¡Estamos de cumpleaños!

—Hablo en serio, Cecilia. Tus padres llegarán mañana y no pueden encontrarse la casa en este estado. Piensa con la cabeza por una vez en tu vida.

Ella dio un sorbo a la copa. Una gota de líquido resbaló por su mentón y acabó perdiéndose en su pecho, manchando esa parte del vestido. Si lo había hecho aposta, el truco le había salido redondo.

—¿Es que no vas a felicitarme por mi cumpleaños? —dijo. Se acercó un poco más. Podía oler su perfume. Toques avainillados se

colaban en sus fosas nasales. Lo mareaban.

—Basta, Cecilia. No estoy jugando.

Ella bajó la mirada a su pantalón. Al parecer, una parte de él no opinaba lo mismo.

—¡Uau, *Juandiegui!* ¡Pues sí que te alegras de verme!

Se sonrojó. Una cría de quince años lo estaba poniendo en evidencia. Abochornado, se revolvió y la agarró del brazo.

—No te confundas, niñata —gimoteó a escasos milímetros de su boca—. Trabajo para tu padre, pero si vuelves a hablarme en ese tono, te cruzaré la cara.

—Regla número uno: nunca hagas enfadar a una puta cría ricachona. —Sentado en su sofá, el cocinero no deja de jugar con sus manos. Solo revivir el momento dispara sus glándulas sudoríparas.

—¿Qué pasó después de que le dijeras eso? —quiere saber John.

—Ella siguió con el jueguecito. «Cómo me pone cuando un adulto se enfada», dijo. O algo parecido, no sé. Estaba muy borracha. O yo muy hasta las pelotas. Puede que ambas cosas. Así que volví al salón para seguir con lo mío. Aquello se había vuelto peligroso.

—¿Y?

—Me siguió. Estaba buscando guerra descaradamente, ahora lo veo claro. Me provocaba. En un momento dado me invitó a que subiéramos a su dormitorio para que «pudiera darle mi regalo de cumpleaños». Fue tan lamentable que me avergüenza hasta hablar de ello.

—No se preocupe. Siga.

—Como vio que yo cada vez estaba más a la defensiva, empezó a susurrarme guarradas a la oreja mientras yo recogía la mierda de sus amigos. Me las cantaba, convertida en una fulana del tres al cuarto. Yo no me atrevía a mirarla, ni siquiera reaccionaba. Pero las adolescentes llevan muy mal eso de ser ignoradas, especialmente las populares, así que llevó su mano a mi paquete y apretó por encima del pantalón. Instintivamente, yo la aparté de un manotazo.

—La pegaste.

—La aparté.

John sabe, porque es lo que aparece en los ficheros de la policía, que Juan Diego Gallardo no solo fue despedido de su trabajo como cocinero en Villa Pegaso. También fue denunciado por Fabián Castro y posteriormente juzgado ante un tribunal, por agredir a Cecilia Castro y perseguirla por el bosque, de noche, tras la fiesta celebrada por ella en la finca, el ocho de julio de 2020. Por eso, porque lo sabe y porque quiere escuchar la versión del damnificado, escoge muy bien las

siguientes palabras.

—Pegó a Cecilia Castro y después la persiguió hasta las profundidades del bosque, donde la perdió de vista. —Espera a ver si se lanza a su cuello. Como no lo hace, añade—: ¿Lo confirma?

—Veo que está bien informado.

John alza las cejas pero guarda silencio. Juan Diego se revuelve en el sofá. Es como si hubiera chinchetas bajo su trasero.

—Fabián me despidió y me denunció cuando su hija le fue con el cuento de que yo la había pegado y perseguido. Como si yo, que llevaba ocho años trabajando para ellos en esa casa, de repente me hubiera convertido en un violador y un sádico. Pero era su palabra contra la mía. Y un Castro jamás antepondría la versión de un cocinero inmigrante y sin estudios a la de su preciosa hijita.

—¿Así que jura que no quería hacerle daño?

—Por la memoria de mi madre, juro que *no* le hice daño, que es lo que cuenta. Entre nosotros, más de una vez se me pasó por la cabeza cruzarle la cara, por impertinente. Pero jamás le puse la mano encima.

John reprime una sonrisa, porque él también experimentó ese pensamiento el día que la conoció.

—¿Ha hablado de esto con alguien antes?

Se queda mirando a los ojos del hombre y ve algo bueno. Algo de ternura al final de un tortuoso camino de dolor.

—Claro. Intenté explicarme. Defenderme. Era evidente que ya no iba a volver a trabajar allí, pero aún podía limpiar mi imagen y evitar la condicional. Al menos podría haber empezado de cero.

—¿A quién se lo contó?

—A todos los que me conocían en el pueblo. Y a aquellos que me habían visto trabajar con la familia Castro. Lamentablemente, no tenía nada que probase mi inocencia.

—¿Se lo contó a Abel Cardozo?

Juan Diego frunce el ceño. Las puntas del bigote bajan junto con sus labios.

—Sí. Y creo que es hora de terminar la conversación.

El cocinero se levanta del sofá y camina hacia la puerta. De pronto, sus movimientos desprenden cierta ferocidad, como si amenazara de algún modo al propio aire.

—¡Espere! ¿Cuál fue la respuesta de Cardozo cuando escuchó la historia?

En la cabeza de John parpadean ahora las palabras que Abel escribió en su cuaderno. *«¡Hablar con Fabián! ¡URGENTE!».*

—Váyase inmediatamente de mi casa. No me obligue a echarlo por la fuerza.

—No tan deprisa, se lo ruego. —John se incorpora y se aproxima con el cuidado de un border collie que acecha a una paloma

despistada—. Tan solo dígame qué ocurrió después de que Abel y usted hablaran.

El venezolano se lo queda mirando. A pesar de ser bastante más bajo que John, en ese momento parece observarlo con cierta superioridad.

—Si se lo cuento, ¿promete largarse para siempre?

John relaja los hombros. Casi lo tiene. Entonces se le ocurre la idea.

—Mire. Soy escritor. —Arriesga apoyando la palma de la mano en el hombro del cocinero, con sutileza—. Si me describe el encuentro que tuvo con Abel, podría ir donde Fabián y proponerle un trato.

Podría decirse que lo mira con escepticismo, pero eso sería hacerle un favor. En realidad, el hombre lo mira como si John intentara convencerle de que Elvis sigue vivo.

—¿Qué clase de trato?

—Mis libros se leen en el mundo entero —exagera—. Le hablaré a Fabián de nuestro encuentro. Le pediré que retire la denuncia contra usted y que anuncie públicamente que estaba equivocado respecto a lo que pasó esa noche. Si no acepta, yo mismo me comprometo a escribir un libro que cuente la verdad. Así al menos todos le creerán y podrá empezar una nueva vida, como dice. Puede que hasta recupere el empleo en la finca.

Juan Diego le aparta el brazo con rabia. Por un momento, John tiene la convicción de que va a partirle la cara, pero reacciona justo al revés: exhalando una carcajada sobreactuada. Un perdigón de saliva aterriza en la mejilla de John.

—Absténgase de hacer promesas que no va a cumplir, señor escritor.

—¿Qué? ¿Por qué dice eso?

Cualquier cosa buena que viera en los ojos del hombre, ha desaparecido. Lo que ve ahora es la mirada de alguien asustado, desesperado, sin nada que perder. La mirada de alguien que bien podría haber matado a una persona. O que está a punto de hacerlo.

—Porque prácticamente acaba de repetir las palabras que un día me dijo Abel Cardozo.

42

11 de enero de 2022
Tren de alta velocidad, en algún punto entre Sevilla y Madrid

La aplicación de mapas del móvil de Yasmín asegura que estará en Ávila aproximadamente a mediodía. Sienta bien volver a la ciudad y ver pasar por la ventanilla el paisaje invernal andaluz con campos y bosques en tonos verdes, amarillos y marrones. Dentro de unos kilómetros desaparecerán todos esos colores y volverá al invierno de la sierra, que se limita al tono gris. Yasmín ha intentado disfrutar de las vistas, aunque sus pensamientos siguen volando a los últimos movimientos de John.

Ayer se despidió tan apresuradamente de él que casi no tuvo tiempo de revisar el cuaderno de notas de Abel que John había encontrado en la habitación de invitados de Villa Pegaso. No se hayaba de humor tras la muerte de su tío. Las prisas por llegar a tiempo al funeral, sumadas al numerito que había montado esa mujer del abrigo rojo, sin duda fuera de lugar, habían hecho que abandonara el Café Maite antes de lo que a ella le hubiera gustado. Ahora se lamenta por ello.

Después de eso, mientras ella se encontraba en Sevilla dando el último adiós a su tío, John visitó a Sergio Palacios, viejo amigo de Abel. Este admitió haber estado presente en el secuestro de Joaquín Ortiz —¡gracias a Dios! En ocasiones, Yasmín tiene la impresión de que imagina ciertas cosas—, pero Sergio no sabía nada respecto al paradero su primo; ni siquiera se había enterado de la desaparición. Al menos, es lo que le dijo a John.

«¿Viste algo sospechoso durante la ceremonia?», le ha insistido John antes, por teléfono. Ella lo ha cortado de raíz, porque no quiere hablar de ello y porque es así de cabezota, pero es una cuestión que a ella también le inquieta. En todo el tiempo que duró el funeral de su tío, no percibió que nadie actuara de forma antinatural o dijera nada fuera de lo esperado. Aun así, es innegable que no pueden descartar que el viejo fuera asesinado.

A estas horas John debe de estar en la vivienda del antiguo cocinero de los Castro, que fue despedido antes de que Abel llegara. Ella duda que allí encuentre nada y tampoco es algo que ocupe su

mente ahora. Podría decirse que lleva todo el trayecto pensando en su difunto tío, a quien tanto había querido y con quien había terminado tan mal. Pero tampoco eso sería exacto, a pesar de que, sin que ella se haya dado cuenta, tiene las mejillas bañadas en lágrimas. Vista desde fuera, por ejemplo desde los ojos de otro pasajero cualquiera, no es más que una joven nostálgica que se vale del paisaje para recrearse en sus heridas. Lo que no vería, porque no es perceptible a simple vista, es que el corazón le va a mil por hora. Tampoco vería aquello que guarda en el bolso y que es precisamente el motivo de su taquicardia. Lo encontró anoche, en el ático de Lorenzo. La reunión de despedida que Tomás había organizado, a modo de homenaje, tras la misa y el entierro tocaba a su fin cuando Yasmín se puso a recorrer las estancias privadas. No sabe por qué lo hizo. Curiosidad, seguramente. Puede que buscara algo que le dejara un buen recuerdo de él, como una foto familiar enmarcada o un disco dedicado de Paul Simon. O quizá su subconsciente buscara pesquisas, pistas que Lorenzo hubiera encontrado de cuando estuvo investigando por su cuenta la desaparición de Abel.

Se topó con una pequeña caja fuerte tras un cuadro paisajístico de unos campos de olivos. Pensó que no sabía qué era más típico, si el cuadro, o esconder la caja fuerte personal en un hueco en la pared oculta tras él. Iba a regresar al salón con los demás, cuando recordó que conocía la contraseña que Lorenzo utilizaba para el correo electrónico. «¿Sería tan torpe de?…» Dedicó un segundo en asegurarse de que estaba sola en la alcoba y después probó suerte. En efecto, el viejo había sido tan rematadamente inconsciente de usar la misma contraseña básica también para su caja fuerte. Dentro encontró unos pocos fajos de billetes y un objeto que le produjo escalofríos. Los billetes los dejó sin tocar, pero no lo otro. Ahora lo guarda en el interior del bolso. Con el tambor cargado. Causándole un elevado ritmo cardíaco que nadie, a simple vista, podría adivinar.

Por segunda vez en lo que va de mañana, John la llama al móvil.

—Acabo de salir de casa de Juan Diego Gallardo —dice sin saludar.

—¿Y bien?

—Los Castro no lo despidieron por nada. Hace dos veranos, el cocinero tuvo un episodio con la hija de la familia.

Intrigada, Yasmín se yergue en el asiento del tren. Le pide a John que le cuente todo lo que ha hablado con el cocinero. Como él se encuentra en el autobús camino de Hoyos del Espino y no quiere llamar la atención, lo hace entre susurros, lo que aporta cierto toque truculento al testimonio.

Hubo una fiesta. Cecilia Castro se insinuó al cocinero, pero él la rechazó. Herida en su orgullo, ella se inventó una historia en la que

fue él quien la acosó y la persiguió por el bosque, de noche, hasta que ella logró despistarlo y escapar. Fabián Castro creyó la historia de su hija, o simplemente eligió creerla, así que despidió al cocinero y lo llevó a los tribunales. Juan Diego Gallardo no solo perdió el empleo por culpa de una historia inventada por una niñata malcriada, también le impusieron una multa que lo dejó con una mano delante y otra detrás. Desde entonces, sigue pagando deudas mientras busca trabajo.

A pesar de que la historia es buena, Yasmín no entiende qué tiene que ver eso con su primo y así se lo hace saber a John.

—Muy fácil. Meses después de todo eso, Abel consiguió trabajo en Villa Pegaso, desde donde se puso a investigar la muerte de su mujer. Gracias a que lo anotó en su cuaderno, sabemos que habló personalmente con cada hombre y mujer que habitaba la mansión cuando Sol Monroe desapareció. —Yasmín arquea una ceja. Empieza a comprender—. Eso incluye a Juan Diego.

—¿Ha confirmado Juan Diego que Abel fue a hablar con él?

—Más que eso. Ha dicho que le ofreció su ayuda.

—¿Cómo pensaba ayudarlo?

—Dijo que hablaría con Fabián e intentaría hacerle cambiar de parecer respecto a la denuncia. Por lo visto, estaba dispuesto a llegar hasta el final. Según Juan Diego, si Fabián se negaba, Abel tenía pensado publicar un artículo contando la verdad sobre lo que ocurrió la noche de la fiesta. Tu primo era un hombre con pelotas.

«También un insensato», piensa ella.

—Vale. ¿Y lo hizo?

—Esa es la cuestión. Juan Diego tenía un cabreo de mil demonios. Y con razón.

—¿Y eso por qué?

—De la noche a la mañana, Abel dejó de contestar sus llamadas. A Juan Diego empezó a olerle muy mal el asunto, así que pasó a dejarle mensajes diarios. Mensajes que nunca obtuvieron respuesta.

Yasmín guarda silencio. Una teoría está empezando a tomar forma en su cabeza.

—Un buen día, Abel por fin dio señales de vida. Le propuso a Juan Diego verse para comer en un restaurante del centro de Ávila. Juan Diego está convencido de que escogió un lugar concurrido a propósito, por si a él se le cruzaban los cables por lo que Abel iba a comunicarle.

—¿Qué le dijo mi primo, John?

—Que había ido a hablar con Fabián en relación con la denuncia y que, tal y como le había prometido a Juan Diego, lo amenazó con hacerlo público.

—Vale. ¿Entonces?

—Pues que Fabián Castro es el clásico millonario que arregla sus

problemas a golpe de talonario.

—Sobornó a mi primo.

—Compró su silencio, por decirlo de una forma más elegante. Le ofreció una buena suma de dinero y por aquella época Abel no iba sobrado económicamente, así que la aceptó.

—No me lo puedo creer. Abel no es de los que aceptan sobornos.

—Yasmín… ¿estás segura de eso? Te recuerdo que tu primo ya participó en un secuestro hace cuatro años.

—Joder, John.

—Lo siento. No he debido hablar así.

—Dime, entonces, ¿se ha convertido Juan Diego Gallardo en el principal sospechoso de la desaparición de mi primo?

No es una teoría descabellada. De hecho, es lo único que tienen. Ahora saben que Abel fue a hablar con Juan Diego, que este le contó la historia del desencuentro con Cecilia Castro y que Abel acabó traicionándolo tras ofrecerse a ayudarlo. Por otro lado, Juan Diego es un hombre abatido en todos los sentidos en que un hombre puede estarlo. Lo ha perdido todo y sería comprensible que algo en él clamara venganza. Por un instante, hasta ella misma siente una pizca de empatía por ese hombre.

—Eso todavía no lo podemos confirmar. Antes de actuar precipitadamente, deberíamos…

—¿Qué narices tenemos que confirmar? ¡Tú mismo lo has dicho! ¡Mi primo traicionó al cocinero!

Si Yasmín no estuviese tan centrada en rebatir a John, se daría cuenta de que medio vagón se ha vuelto hacia ella, atraído por sus gritos.

—¡Exacto! Juan Diego tenía motivos para odiar a tu primo, pero no tenemos nada que lo pruebe. Mira, vengo de estar en su casa y allí no había nada que sugiriera que ese hombre tiene algo que ver con Abel. Ni una foto. Ni un documento incriminatorio. Nada.

—Pero el hombre tenía un acuerdo verbal con mi primo, y este lo rompió. Y ahora vive en unas condiciones deplorables, solo y completamente arruinado. ¿O eso también te parece irrelevante?

—No, no digo que sea irrelevante. ¡Obviamente que es sospechoso! Pero no deberíamos obsesionarnos y dar un paso en falso. Mira, Yasmín, Abel no es de los que aceptan sobornos. Son palabras tuyas, no mías. ¿Y si finalmente cambió de opinión y rechazó el dinero?

Yasmín entiende a donde quiere llegar. Guarda silencio y deja que John termine de exponer su teoría.

—En ese caso, ¿cómo habría reaccionado Fabián? ¿No crees que cabe la posibilidad de que se lo quitara de en medio para que Abel no hablara?

Yasmín mastica las palabras de John. Las lágrimas de la mejilla,

ahora secas, le causan un extraño picor en la piel.

—¿Puedes darme la dirección del cocinero? —le pide.

—Oye… casi puedo ver tus pensamientos y no me gusta lo que veo.

—Tranquilo. Solo quiero hablar con él y echar un vistazo.

—¿Crees que te dirá algo más?

Yasmín lleva toda la conversación telefónica con la mano metida dentro del bolso. De manera inconsciente, acaricia el gatillo del revólver que encontró en la caja fuerte de Lorenzo, mientras responde:

—Algo me dice que lo hará.

43

11 de enero de 2022
Villa Pegaso, Hoyos del Espino, Ávila

El día se está rindiendo a las sombras cuando John regresa a Villa Pegaso. Viene de visitar a Juan Diego y siente que tiene los nervios a flor de piel.

Descubrir que ese hombre fue despedido injustamente, que por culpa de los Castro perdió todo lo que tenía, hace que de pronto le repugne respirar el aire que flota dentro de los muros de la residencia. Por otro lado, ¿puede confiar en que lo que le ha dicho el cocinero es verdad? Sabe por Mónica que la denuncia se produjo y también que Castro lo llevó a juicio, pero ¿acaso puede él asegurar que Cecilia Castro mintió respecto a lo que ocurrió la noche de la fiesta? Se da cuenta de que no, no puede. No hay nada que indique, salvo el testimonio de un hombre que acaba de conocer y la antipatía que le profesa la hija de los Castro, que ese hombre, de verdad no acosara a la joven y la persiguiera bosque adentro.

Son todo suposiciones.

La conversación telefónica con Yasmín no ha ayudado. ¿Traicionó Abel a Juan Diego aceptando el soborno de Fabián, como el cocinero le ha explicado, o finalmente se negó a coger el dinero del productor? Lo ha estado pensando durante el trayecto en autobús desde Ávila a Hoyos y también en el taxi que lo acaba de subir a Villa Pegaso. Ambas hipótesis abren dos caminos con dos claros sospechosos: por un lado, si Abel aceptó el dinero de Castro, Juan Diego se posiciona como el candidato número uno, pues contaría con un móvil más que razonable. En el caso en que la honradez de Cardozo se hubiera antepuesto al dinero sucio, sin embargo, sería Fabián Castro quien ocuparía el rol de sospechoso número uno.

En cualquier caso, John espera que Yasmín no cometa ninguna insensatez en su visita a la vivienda del cocinero. En las últimas horas la ha notado especialmente sensible, sobre todo después de la muerte de su tío, y no quiere sorpresas desagradables. Estaría más tranquilo si ella estuviera con él.

Esta nube de pensamientos nubla la razón de John cuando, a su paso por el vestíbulo, ve que la puerta del despacho de Fabián está

abierta. No se oyen voces ni evidencias que digan que hay alguien dentro. Se da cuenta de que lleva algunos días manteniendo sesiones de trabajo con el productor, pero no ha tenido la oportunidad de estar en la estancia a solas. Invadido por un repentino ataque de curiosidad y tras asegurarse una última vez de que no hay nadie en las proximidades, entra en el despacho y cierra la puerta.

Merodea un rato para hacerse una idea más exacta del hombre cuyas paredes están plagadas de títulos y premios relacionados con el negocio musical. El escritorio, además de contar con un ordenador de sobremesa último modelo, con una manzana mordida sobreimpresa en la carcasa, está lleno de apuntes y contratos, pero aparte de eso, nada que tenga el menor interés para John en estos momentos. Por lo menos, no hasta que John mueve el ratón del iMac. El escritorio del ordenador muestra un *collage* de fotografías del productor en algunas situaciones especiales a lo largo de su carrera. Aparece en el *photocall* de una gala de los premios Grammy, acompañando a cierta joven que a John le suena de haberla visto por la tele en la gala de Año Nuevo; en la embajada americana, dándole la mano al ministro de cultura estadounidense; otra en Miami, disfrutando de un banquete a base de cigalas a la plancha en el yate de Julio Iglesias; y una cuarta fotografía con Sol Monroe en un acto benéfico para las víctimas de algún huracán. Entre las fotos también aparecen imágenes personales de Fabián en casa de Sol y Abel. En cumpleaños, disfrutando de deliciosas barbacoas en el jardín de la pareja y montando a caballo. Son típicas fotos familiares y Fabián es como el tercer miembro del matrimonio Cardozo-Monroe.

John se dice que sus prejuicios le han jugado una mala pasada y que Fabián Castro no es el tiburón desalmado y materialista que creía en un principio. Hasta que de repente comprende qué es lo que no le cuadra. Abel Cardozo no aparece en casi ninguna fotografía. Predominan las fotos de Castro junto a Sol Monroe, e incluso selfis de Fabián junto a ella, como si fueran una pareja.

—¿Tengo que empezar a poner candados en mi propio despacho?

La puerta se ha abierto. La mirada de Fabián se detiene en John y se hunde cuando observa que la pantalla del iMac está encendida. Lleva la ropa empapada por el sudor y el pelo le brilla en su raíz a la altura de las sienes, señal de que viene de hacer deporte.

—Nunca mantenemos sesiones más tarde de la hora de comer —dice—. ¿Qué hace aquí?

—Ahora mismo necesito hablar con usted para otra cosa.

John observa como Castro bloquea el ordenador discretamente, después de dejar la chaqueta del chándal sobre la silla y sacar su *smartphone* del bolsillo.

—No tengo tiempo. Mi agenda es muy apretada y he de ducharme.

Le doy cinco minutos y después saldrá de mi despacho hasta que le toque venir mañana.

En cualquier otro momento, John, alérgico a los conflictos, se hubiese hecho pequeño, diminuto, al ver el henchido pecho de jabalí de todo un magnate dirigiéndose a él. Se habría encogido y habría aguantado el chaparrón asintiendo con la cabeza y contando los segundos mentalmente hasta que acabara todo. Pero hoy no está para gilipolleces. La conversación con Juan Diego ha cambiado su postura respecto a todo lo que rodea a esa familia. Por eso cierra los puños y aprieta la mandíbula antes de contestar al productor:

—Vengo de Ávila. He conocido a Juan Diego, su antiguo cocinero.

Castro pone una cara como si lo hubiera abofeteado.

—¿Qué se le ha perdido con ese desgraciado?

—Sé lo que pasó la noche de la fiesta.

Un velo de ira cubre de pronto el rostro del productor.

—Querrá decir que sabe lo que ese hombre le ha contado.

—¿Es cierto que le ofreció dinero a Abel Cardozo para que no hablara?

—No sé qué mosca le ha picado, pero le aconsejo que no siga por ahí si quiere conservar su puesto de trabajo. Si vamos a seguir con esto, la conversación termina aquí. No tengo tiempo para chorradas.

—¿Dónde estaba usted el cuatro de enero del año pasado?

—En Marbella. Con mi familia.

John ya lo sabía. Como también sabe que Castro bien pudo ordenar a alguien que se encargara de Cardozo mientras él daba validez a su coartada. Es una de las cosas que el dinero puede comprar. Porsche-s, mansiones en la sierra, yeguas… y matones.

—¿Y la noche del dieciocho de septiembre de 2020?

Un amago de sonrisa cruza los labios de Fabián.

—No estará insinuando lo que creo que está insinuando…

—¿Qué cree que estoy insinuando?

—Me está preguntando dónde estuve y qué estuve haciendo un día determinado en que alguien murió, en vez de centrarse en escribir mi libro. Pero espero estar entendiéndolo mal. —John se limita a observarlo; en estos momentos, el lenguaje no verbal es tan importante como las palabras—. Si de verdad le interesa, le diré que ese día estuve en Madrid para una entrevista en un programa de radio. Mi familia se quedó aquí, en Gredos, así que viajé solo. Esa noche, después de la entrevista, volví al hotel, en el centro, y comí un bocadillo mientras veía el partido por la tele. Sin testigos y con tiempo de sobra para acercarme al Ritz y asesinar a Laura Estiarte, alias Sol Monroe. ¿Es eso lo que quería oír?

John es consciente, más que nunca, de estar tratando con un tiburón. Lo tiene claro, es momento de poner las cartas sobre la mesa.

—¿Dónde está Cardozo, señor Castro? —añade John para completar la ofensiva.

Fabián da un paso hacia él. Está tan cerca como para mirarlo por encima del hombro, desde donde, seguro, ha intimidado a decenas de agentes y representantes a lo largo de su carrera.

—¿Qué busca, Everett?

—No lo sé, todo depende. —John se mantiene firme, aunque la voz le tiembla—. ¿Intentará comprarme si lo amenazo con publicar la verdad sobre lo que pasó la noche de la fiesta que organizó su hija en esta casa?

Por respuesta, un ofensivo bufido.

—¿Qué sabrá usted acerca de lo que sucedió esa noche?

—O a lo mejor no. A lo mejor esta vez pasa directamente a la acción y decide quitarme de en medio como hizo con Cardozo.

El comentario parece haber activado un relé en algún punto del interior del millonario, porque inmediatamente se abalanza sobre él. Lo agarra de las solapas del abrigo y lo empuja contra la pared. Lo primero que piensa John es que es sorprendentemente fuerte para su edad. Lo segundo, que puede que haya acertado en la diana; en ese caso, es posible que su vida corra peligro. Entonces tiene una ocurrencia que lo inquieta: ¿estará su destino ligado al de Abel?

—Cree que lo sabe todo, ¿no es eso?

—Cuénteme lo que pasó. Dígame dónde está Cardozo.

Lo tiene tan agarrado que le cuesta respirar, hasta que Fabián lo suelta con desprecio. Alisándose el chaleco de seda con las palmas de las manos, le increpa:

—¿A mí qué cojones me cuenta? Se esfumó mientras yo estaba con mi familia en la Costa del Sol. Pregunte a la Guardia Civil, ellos se lo confirmarán.

John guarda silencio. Siente que necesita un minuto para poner en orden toda la información.

—Entonces, ¿usted no se deshizo de Abel por no aceptar su soborno? —Sabe que es una cuestión estúpida. Nunca se pregunta al sospechoso si fue él quien apretó el gatillo, es de primero de *thriller*. Pero siente que necesita pensar en voz alta. Necesita que ese hombre le aporte la pieza que le falta. Solo eso.

Fabián deja caer los hombros, pero su expresión se mantiene pétrea.

—Dígame, Everett. ¿Cuánto sabe de la chica que lo acompaña?

La figura de Yasmín, su voz, se dibujan de pronto en el lienzo que es ahora la mente de John. «Tranquilo. Solo quiero hablar con él y echar un vistazo», le ha dicho ella hace un rato, antes de colgar.

—¿Qué quiere decir?

—Sé que Yasmín Roca no es traductora.

John parpadea. Esa no la ha visto venir.

—¿Pensaban que no me iba a dar cuenta? —Castro habla ahora con una sonrisa autosuficiente tallada en la cara—. ¿Que iba a abrir las puertas de mi casa a una desconocida sin informarme antes de quién era?

—¿Habló con Guirao?

—No fue necesario. Bastó con hacer una rápida llamada a Papyre para darles las gracias por la eficiente gestión a la hora de facilitarme una traductora. Obviamente, desde la editorial no sabían nada. Después de eso solo tuve que navegar un poco por Internet para descubrir que la joven es la librera de uno de los locales que Guirao tiene en Sevilla, además de su sobrina. ¿Sabía que hace unos meses estuvo en rehabilitación por problemas con el alcohol? —Como John no dice nada, concluye—: Hoy en día es difícil mantener secretos, escritor.

El rostro de John debe de parecerse al de alguien que acaba de toparse con un oso en mitad del camino, porque Fabián repite, ahora con cierto tono paternal:

—¿Qué sabe de la joven andaluza, Everett? ¿Confía en ella?

John lo piensa un momento. Le cae bien Yasmín, eso está claro. Le ha sido de gran ayuda estos últimos días y es una mujer de una iniciativa encomiable. Pero las palabras de Fabián lo han hecho retroceder. Le han recordado lo que ya sabía: es una desconocida. Como cualquiera allí.

«¿Confía en ella?»

¿Cómo han terminado trabajando juntos? John recuerda cuando se conocieron. Fue hace dos días, en el vestíbulo de Villa Pegaso. «Ella acudió a mí». Enseguida le pareció una chica muy guapa, de las que seducen con su naturalidad innata. Se presentó como la traductora de Papyre y después se encerró con él en su habitación, donde, ¡eso es!, donde enseguida supo que había un micrófono instalado. ¿Cómo podía saberlo? A John le extrañó que ella estuviera tan segura, pero luego supo que era la sobrina de Guirao y supuso que conocía bien la manera de actuar de su tío. ¿Puso Yasmín el micrófono en la habitación? Y en ese caso, ¿por qué desveló su ubicación?

Fabián Castro sigue hablando, pero John solo es capaz de escuchar sus propios pensamientos, que parecen vocear dentro de su cabeza.

Todo empezó con los mensajes en el cómic de Spiderman, encontrado en la librería. Guirao le había hablado de ellos y más tarde, Yasmín lo confirmó todo. Desde el primer momento, John ha asumido que los mensajes los dejó Abel, porque así se lo hizo creer Yasmín. Cardozo era el único que sabía aquellas cosas: los anagramas, los mensajes en clave, los nombres falsos… Por lo tanto, la persona que había manipulado el cómic no podía ser otra que Abel. Todo

encajaba. Encajaba tan bien que cualquiera diría que formaban parte de algo premeditado. Pero a su vez eran acertijos complejos. Entonces Yasmín le contó una serie de historias, vivencias junto a su primo, que explicaban, sin dejar lugar a la mínima duda, el motivo por el que él había dejado esos rompecabezas y el modo en que lo había hecho. Todo ello justificaba que Yasmín los hubiera resuelto de una manera tan directa, como si hubieran sido escritos para ella, según había reconocido la propia Yasmín. «Como si hubieran sido escritos… por ella».

¿Puede ser? ¿Tiene sentido? John se detiene un momento.

Si Guirao lo contrató, si él mismo sigue creyendo que Abel continúa con vida, es solamente por el contenido del cómic, que apareció de la noche a la mañana en la sección principal de la librería. Ahora sabe que solo Abel pudo haber escrito esos mensajes, a excepción de la propia Yasmín. Sin embargo, ¿cómo acabó el cómic en esa sección, si Abel se encuentra desaparecido?

«La solución más simple suele ser la correcta». La navaja de Ockham. Ella misma lo dijo.

¿Colocó Yasmín el cómic, en cuyas páginas había dejado previamente todos esos mensajes, en la sección de los más vendidos de su propia librería?

De pronto a John le asalta una idea que roza el horror. Reflexiona un momento, pone la idea a prueba dejándola discurrir por determinados caminos, la deja rebotar unos momentos.

Todo cuadra, pese a lo cual John alberga la esperanza —reza por dentro para que así sea— de haberse equivocado. Se vuelve y se dirige a la puerta, dejando a Fabián Castro con la palabra en la boca.

44

11 de enero de 2022
Ávila

Yasmín vuelca el cubo de la basura de Juan Diego y derrama el contenido de la bolsa sobre un par de periódicos viejos que previamente ha extendido encima de la encimera. Empieza a remover la porquería con un tenedor viejo que ha encontrado en un cajón. Se ha cubierto la boca y los orificios nasales con una bufanda gruesa, y aun así, la peste de alimentos podridos y latas de conserva le sube por la nariz mientras selecciona recibos de compra y facturas grasientas con la esperanza de averiguar algo más acerca del antiguo cocinero de Villa Pegaso. Tiene que esforzarse para no vomitar.

Esa mañana a primera hora, John ha visitado la vivienda y ha asegurado no haber encontrado nada que incrimine al inquilino. Aun así, ella ha preferido realizar su propia visita. No es que no se fíe de John, pero ella utiliza otra estrategia de persuasión, basada en el arma que en estos momentos guarda en el bolso. Además, John no ha pasado del salón y la cocina, así que no es descartable que ese hombre guarde información importante en algún otro rincón de la vivienda.

No había nadie en la casa cuando ella ha llegado. Entrar en el edificio ha sido tan sencillo como esperar a que un vecino entrara o saliese del portal, pero acceder al piso era otra historia. Después de insistir repetidamente con el timbre y los nudillos, le quedaban dos opciones: darse la vuelta y volver por donde había venido, o pensar en una alternativa. Y ella no es alguien que se rinda a la primera.

Forzar la cerradura quedaba descartado. Por muchas películas y series de atracadores que haya visto, no tiene ni idea de cómo hacerlo. Por suerte, pronto se le ha ocurrido algo más ingenioso, aunque iba a suponer un gran riesgo.

Minutos antes, al entrar en el edificio, se había fijado en la garita de portería junto al portal. El problema era que el portero, un hombre moreno de tez tostada y que llevaba un jersey con el logotipo de una empresa bordado, se encontraba dentro, con su orondo trasero aposentado en la silla de vigilancia. Era posible que siguiera allí, porque solo habían transcurrido unos minutos desde entonces. De hecho, era posible que no se moviera de allí en toda la mañana.

A no ser que ella hiciera algo para remediarlo.

De modo que ha bajado de nuevo al portal y ha fingido abandonar el edificio. Incluso le ha hecho un gesto con la mano al portero en señal de despedida. No en vano, cuando había accedido por primera vez, también se había fijado en otra cosa. En la cristalera de la garita había, pegado con cinta adhesiva, un papel de cuaderno escrito a letras grandes con rotulador azul que rezaba lo siguiente:

Si estoy ausente es porque me encuentro haciendo la ronda. Para emergencias, llamar al siguiente número.

Y debajo, una numeración móvil.

Es posible que sea una librera borracha que no sabe forzar cerraduras, pero años de experiencia vigilando a los clientes más mangantes le han servido a Yasmín para desarrollar su poder de observación.

Agazapada tras un contenedor de la misma calle, pero lo bastante cerca para ver lo que sucedía en la garita, ha llamado desde su teléfono móvil al número que figuraba en el cartel. A pesar de que no lo llevaba ensayado, el papel de vecina histérica le ha quedado bastante bien:

—¡Llamo del quinto A! ¡Me he quedado encerrada en el baño y estoy sola en casa! ¡Por favor, suba inmediatamente! ¡Es una emergencia!

Todo ha salido a pedir de boca. Nada más colgar, el hombretón ha abierto el candado de un armario que colgaba de la pared tras él y ha cogido un juego de llaves. Yasmín sabe, porque en Málaga vive en un edificio con servicio de portería, que esas garitas suelen guardar una copia de las llaves de cada vivienda, por cuestiones de seguridad ante posibles emergencias. Esa mañana, creyendo que la vecina del quinto A se encontraba en mitad de una, el competente portero ha recuperado la copia de la llave de dicho piso y ha salido corriendo hacia la zona de ascensores sin acordarse de volver a cerrar el armario con llave. Y, lo mejor de todo, iba con tanta prisa que tampoco ha echado la llave a la garita.

«¡Premio!»

Una vez que tenía el camino despejado, Yasmín solo necesitó salir de su escondite, llamar a un telefonillo al azar haciéndose pasar por una mensajera de Correos y deslizarse hacia la garita. Allí se ha hecho con la copia de la llave del piso de Gallardo. Después ha salido escopetada hacia la escalera interior.

No la han pillado por poco. Estaba llegando al primer piso cuando

las puertas del ascensor se han abierto en el bajo. El portero estaba de regreso y, por cómo farfullaba para sí, acababa de entender que había sido víctima de una broma. Yasmín solo esperaba que no hubiera pillado al verdadero inquilino del quinto A en una situación comprometida.

De vuelta en el piso de Gallardo, la malagueña ha encontrado una casa vacía, aunque un bol de cereales sucio y su correspondiente cuchara dentro de la pila hacía pensar que el cocinero había salido hacía no mucho.

El contenido de la basura no le aporta nada de información útil. Solo recibos de supermercado y de una farmacia. Juan Diego se alimenta a base de pasta oriental precocinada y fritos congelados y además sufre de dolor de cabeza e insomnio, seguramente debido en parte por lo primero.

Yasmín deja la basura cuando ve una cucaracha enana escalando una cáscara de plátano.

Hasta ahora solo puede constatar que allí vive un hombre en las últimas, que se marchita poco a poco mientras sobrevive en la absoluta inmundicia. Yasmín se estremece al pensarlo, pero, según lo que ha podido observar hasta ahora, no hay en el piso ninguna evidencia que haga pensar que Juan Diego haya planificado —o llevado a cabo— venganza alguna.

Lo que queda claro es que el hombre lleva ya algún tiempo viviendo allí, según consta en el contrato de alquiler que ha encontrado en una carpeta que hay dentro de un cajón del dormitorio. Quinientos euros mensuales de renta le parece un abuso para la pocilga en la que vive, pero últimamente está todo muy caro. El dormitorio es un simple cubo con las paredes lisas y amarillentas y la tarima desconchada. Un colchón sucio, una mesilla de otro tiempo con una lámpara del todo a cien y un armario empotrado es todo lo que acompaña a Juan Diego cuando se apagan las luces y los fantasmas salen de sus cuevas. Yasmín ha podido comprobar que tiene afición por la Segunda Guerra Mundial. Tres libros temáticos que ha encontrado en el cajón de la mesilla junto a la carpeta con el contrato y una casaca militar de la época, en el armario, así lo prueban. Pero eso es lo más turbio que ha encontrado entre sus supuestas pertenencias.

Aparte de eso, parece que lo más característico entre sus aficiones es que, a pesar de tener más de cuarenta años, disfrute viendo *Bola de dragón* y otras viejas series de dibujos basadas en mangas japoneses. Para verlas utiliza un viejo y polvoriento reproductor DVD y un televisor de tubo que convierten el salón en una especie de museo cutre. Pero para Yasmín eso no significa que esté ante alguien peligroso. Sin ir más lejos, a ella le fascinan los manga. Y a su primo

Abel también.

Cuantas más pertenencias encuentra Yasmín, más convencida está de que ese hombre es solo una víctima del sistema y no un verdugo. Le cuesta imaginar que haya tenido que ver con el caso de su primo, y no solo porque no responde al perfil vil y calculador de alguien que secuestraría o mataría a alguien por venganza y conseguiría mantenerlo en secreto durante un año, sino también porque, sinceramente, no cree que sea intelectualmente capaz.

Está saliendo por la puerta, concluyendo que John tenía razón con lo de su escepticismo a la hora de sospechar de Juan Diego Gallardo, cuando algo hace que se dé la vuelta y regrese al dormitorio. Una corazonada, quizá. Puede que un simple e imperceptible soplo de viento. El caso es que tiene la sospecha de que no ha revisado a fondo la carpeta del cajón de la mesilla, en la que el hombre guarda el contrato de alquiler.

De repente le viene la idea de que, si bien puede que el cocinero no esté implicado en el caso de Abel, podría ser esté allí escondido en algún rincón de la casa. Intenta quitarse esa idea de la cabeza según corre los compartimentos de la carpeta, la mayoría vacíos, porque no hay ninguna razón para pensar que esa persona se haya escondido en su propia vivienda. Aun así, palpa el revólver por encima del bolso. Es algo que le da seguridad.

Tiene que soltarlo cuando llega al último compartimento de la carpeta. Ahí hay otra hoja firmada. Un contrato, aunque no es de alquiler. Arrodillada en el suelo, junto al mugriento colchón, Yasmín lo lee con atención. Sabe que ha dado con algo cuando entiende que se trata de la firma de traspaso de una pequeña propiedad.

Es algo humilde, poca cosa, adquirida por Juan Diego hace poco más de seis meses. Una compra que no llamaría la atención de Yasmín de no ser porque ese hombre no tiene dinero ni para pagar la calefacción.

Y también porque es la clase de propiedad con la que alguien querría contar si fuese a secuestrar y esconder a otra persona.

45

11 de enero de 2022
Villa Pegaso, Hoyos del Espino, Ávila

Fabián Castro lo agarra de la muñeca antes de que pueda salir del despacho.

—¿Adónde va, Everett?

El productor vuelve a cerrar la puerta. Acto seguido acude al moderno mueble de la pared de su despacho, donde se apresura para dar con un archivador concreto.

Al otro lado de la ventana, recortada en una de sus esquinas por el increíble juego de ajedrez tallado en mármol, está formándose revuelo. Gente gritando y corriendo de un lado al otro de la finca. Fabián, que acaba de recuperar el archivador que busca, está de espaldas al ventanal y no lo ve. En cuanto a John, es como si sus nervios ópticos estuviesen desactivados para concentrar todo el esfuerzo en sus cavilaciones.

¿Tiene sentido pensar que Yasmín escribió los mensajes y dejó el cómic en un lugar de la librería escogido con la intención de que fuera encontrado? Desde un punto de vista humano, no. Algo sigue diciéndole a John que Yasmín no le mentía, que tras esa figura fresca y entusiasta no se esconde una inteligencia manipuladora y estratega. Pero al mismo tiempo hay otra voz que le habla de las dos copas de vino de la comida y del orujo de hierbas para desayunar; una que le recuerda los temblores continuos en la pierna. «¿Sabía que hace unos meses estuvo en rehabilitación por problemas con el alcohol?» Se queda mirando las fichas de ajedrez, imaginando que Guirao, Fabián, Abel y él mismo son el caballo negro, el alfil, la torre y el rey y que por encima de ellos, en otro plano, las manos de la joven se debaten por cuál será su siguiente movimiento. ¿Pudo ella haberlo hecho? ¿Y qué motivo tendría?

Fabián acaba de abrir el archivador, que resulta ser un talonario, sobre el escritorio. Le invita a que compruebe una cosa mientras en el exterior continúa el revuelo. Al otro lado de la puerta, en el vestíbulo, también se escuchan voces ahora.

—Rellené uno como estos el día que Cardozo vino a verme para chantajearme. —Castro está agitando la chequera—. Treinta mil euros

por salvar la imagen de mi hija. ¿Soy un delincuente? Puede ser, pero yo prefiero pensar que hice lo que cualquier padre habría hecho en mi lugar. Me ayuda a dormir por las noches. Si ha venido a por uno igual, Everett, se lo relleno ahora mismo y después cruza la puerta de mi casa para siempre. Pero es la última vez que me acusa de matar a Abel Cardozo o a Sol Monroe. ¿Está claro?

Pero no hay nada que John tenga claro en este momento. Piensa en el cuaderno de notas de Abel que encontró en el hueco de la ventana, bajo el alfeizar de su habitación. ¿También lo puso Yasmín allí? Es rebuscado, pero desde luego posible. ¿Escribió ella las anotaciones que hacen referencia a Juan Diego y a Castro? ¿Escribió el nombre de Sergio Palacios junto a su número de teléfono con el fin de que él acabara viéndose con él, como así terminó ocurriendo? John casi puede ver el caballo de mármol avanzando en L en el tablero, solo que, en lugar de la cabeza de un caballo, es la suya propia.

El cuaderno lo lleva a la fotografía. Abel Cardozo y Sol Monroe disfrutando del festival *Tomorrowland*. En su momento, John fantaseó con que la foto la había tomado Fabián Castro, pero ahora puede imaginar el delicado dedo índice de Yasmín presionando el disparador. Tiene más sentido. Ella comparte un pasado común con ambos miembros de la pareja. ¿Por qué no? Le sobreviene una arcada cuando recuerda el fatídico desenlace de Sol Monroe. Muerta en la bañera de su *suite*. Sin ningún motivo aparente.

De repente, otro flashazo mental. «La reunión en el río, bajo el puente del Duque». Abel invitó a Sergio Palacios y a Yasmín para verse allí los tres el día del cumpleaños de Cardozo, justo el día de su desaparición. Ellos mismos lo dijeron, de manera independiente y en conversaciones distintas. Palacios le dijo que finalmente no había acudido, pero Yasmín… ella misma confirmó que pensó en no asistir, pero que finalmente cambió de opinión. «Al final sí que acabé acudiendo». Lo admitió. Reconoció que llegó tarde, dijo que no había nadie en el lugar de la cita, sin embargo… En ese momento, el imaginario de John es un cuadro abstracto donde trazos de colores, aparentemente inconexos, están siendo dibujados a cámara rápida. Poco a poco se va formando una imagen. Es un paisaje nevado. Hay un río y un puente de piedra, de fondo. De pie, sobre las rocas de la orilla, una joven de indómita melena azabache jadea. Tiene las manos rojas. Y flotando en el agua, el cuerpo de un hombre es arrastrado por la corriente. De la parte trasera de su cabeza brota sangre que tiñe el agua de rojo a su alrededor.

John sufre un estremecimiento. «¿Podría ser?»

La puerta del despacho se abre con violencia. Una jadeante Carmen Castro aparece tras ella, sacando a John de su hipnosis parcial. La mujer ha perdido todo el color de la cara. Es como si

acabara de cruzarse con un fantasma.

—¡Ahora no, Carmen! —grita Fabián, que todavía sostiene la chequera entre sus manos. En esa posición, es la viva imagen de un político corrupto.

—No la encuentro —anuncia la mujer.

—¿Qué dices? ¿A quién no encuentras ahora?

—A Cecilia. Nuestra hija. —Está a punto de romper a llorar por la desesperación. O por la impotencia. O porque es posible que su vida perfecta esté sufriendo un duro revés.

Fabián se yergue y baja la voz.

—¿Cómo que no la encuentras?

—No está en su dormitorio, Fabián. Y no la veo desde el desayuno.

—Estará con Bella, cabalgando por ahí.

—Ese es el problema, que ha salido con la yegua.

—¿Entonces? Se le habrá alargado el paseo, ya es mayorcita.

En ese momento, alguien grita fuera, en el jardín. Le sigue un murmullo de varias voces que va creciendo en intensidad. Algo sucede.

Los tres se acercan al ventanal para ver qué es.

Abajo, en el patio, un grupo de personas formado por cinco trabajadores de la familia está tratando de tranquilizar a un caballo que cabalga desorientado en torno la mansión.

Es Bella, la yegua de Cecilia Castro.

Y nadie va montado sobre su lomo.

—Si Bella está aquí sola… —se pregunta Carmen entre sollozos—, ¿dónde está mi hija?

46

11 de enero de 2022
Sierra de Gredos, Ávila

Yasmín Roca no ha disparado un revólver en su vida. Por eso le tiemblan las manos cuando, al ver la puerta de la cabaña semiabierta, busca a tientas en su bolso y saca el arma para quitarle el seguro.

A pesar de que ha empezado a chispear y gracias a la aplicación de mapas del móvil, tan solo ha tardado cuarenta minutos en llegar, pero lo siente como una eternidad. Ha dejado la bicicleta de alquiler tirada junto a un árbol, antes de meterse por el oscuro camino de tierra que cruza el bosque y llega a la cabaña. Ha venido pedaleando muy deprisa y ahora tiene que respirar hondo para calmar sus pulsaciones.

Algo le dice que Juan Diego Gallardo se encuentra cerca.

Una diminuta cabaña de madera, del tamaño de un trastero y perdida en mitad de la sierra. Es la propiedad que el antiguo cocinero de los Castro adquirió el pasado mes de julio por cuatrocientos euros a un particular, según el documento de compra que ha encontrado en el dormitorio de Juan Diego hace un rato.

¿Para qué querrá un cocinero en el paro, que apenas tiene para calentar la casa por las noches, una cabaña vieja en mitad del bosque? Yasmín tiene alguna que otra sospecha, todas terroríficas, que prefiere no alimentar. Piensa averiguarlo enseguida, no obstante.

Nota la lluvia resbalando por su cara. Muy lentamente, se abre camino a través del follaje. Una rama cruje a sus pies. Ella tensa los dedos que abrazan la empuñadura del arma. Se detiene ante la puerta de la cabaña. No son más que algunos listones de madera sujetos por dos bisagras herrumbrosas. Un pestillo en estado similar sirve para mantener la cabaña cerrada, pero en estos momentos se encuentra sin echar. Yasmín activa la función de linterna del teléfono, empuja la puerta con cuidado y se adentra en la choza.

Sufre un escalofrío cuando se da cuenta de que es muy posible que esté en el espacio que utilizó Juan Diego para esconder a Abel. Bajo el haz de luz de su teléfono puede ver dos comederos de metal y una vieja argolla encadenada a una cadena de hierro que asciende a la cubierta, donde a su vez rodea el listón principal, quedando fijada. Pero lo más raro es el olor. O, para ser más precisa, la ausencia de él.

Si Abel ha estado encerrado durante más de un año en ese zulo, la peste debería ser insoportable. «A no ser —se dice— que muriera hace ya meses». No llega a concluir el agorero pensamiento porque de repente nota movimiento en una de las esquinas. Dirige la linterna de su móvil en esa dirección y el resplandor descubre a una ardilla en busca de algo de comer sobre una mohosa mesa de madera. Aunque lo está iluminando por completo, el roedor no se inmuta bajo la potente luz blanca. No es hasta que Yasmín da un paso hacia él, que sale disparado trepando hasta desaparecer por un pequeño hueco del techo. Yasmín se queda mirando la esquina donde estaba el animal.

Siente escalofríos porque el rincón que observa con detalle es testigo de que el cocinero no es inocente en absoluto.

De lado a lado de la mesa hay recortes de titulares y fotos de periódicos locales que hablan de la denuncia que Castro le puso a Juan Diego, incluidas algunas imágenes robadas que muestran a Carmen y Cecilia Castro, madre e hija, derrumbadas de dolor por lo sucedido la noche de la fiesta. Algunos recortes de periódicos sensacionalistas que incluyen descripciones como «Pillaron al cocinero con las manos en la masa» y «Venganza a fuego lento» están esparcidos sobre la mesa junto a una fotografía del propio Juan Diego, vestido de traje, conteniendo el llanto en lo que parece la celebración del juicio. Más hacia la derecha se ven fotografías antiguas de Abel, disfrutando de unos días de vacaciones con Laura, o acudiendo a una famosa entrega de premios musicales. La colección continúa con más recortes de periódicos, la mayoría de hace unos nueve o diez meses, con titulares del tipo «El viudo de la cantante Sol Monroe, desaparecido». En un artículo que está sujeto con un par de dardos clavados en la pared, alguien (Juan Diego, seguramente) ha dibujado un círculo señalando el texto que explica que la Guardia Civil continúa buscando el cuerpo de Cardozo sin éxito y que se lo da por muerto. Superpuesto en el artículo hay escritas a rotulador rojo las palabras «Púdrete en el infierno, traidor cabrón». Pero una serie de fotos que hay colgada en la pared es incluso más perturbadora que los recortes de periódico. Estas no son fotos de periódicos, sino fotografías reales, reveladas en un laboratorio. Parece que fueron tomadas antes de que llegara el invierno porque casi no se aprecia nieve en el paisaje de fondo y los árboles aún cuentan con alguna hoja. Son fotos de Villa Pegaso desde diferentes ángulos; de Fabián, Carmen y Cecilia Castro; del Porsche, el Mercedes y la yegua, además de algunos folios impresos con direcciones de Google Maps y rutas señaladas para pasear («o para montar a caballo») en la sierra de Gredos.

El material es abrumador.

Yasmín se percata de un tercer dardo clavado en la pared. Sigue habiendo un pedazo de papel fotográfico roto, que permanece fijado

entre el pincho y la cabeza de plástico del dardo. Es como si alguien hubiera arrancado la fotografía de la pared con mucha prisa.

Empieza a impacientarse. Busca la fotografía que debía de haber estado sujeta por el dardo mientras de fondo oye el rumor de la lluvia.

Al desplazar un poco la mesa de la pared, una fotografía arrugada cae al suelo. La recoge con rapidez y la aplana con las manos. Tiene un diminuto agujero en la mitad. En la oscuridad, se intuye el primer plano de un hombre. Yasmín supone que se trata de Abel. Pero, al apuntar la fotografía con la luz del teléfono, el corazón le da un vuelco. No es el retrato de un hombre, sino de una mujer que todavía no ha alcanzado la mayoría de edad.

La joven que aparece en la foto, con la perforación de un dardo entre los dos ojos es Cecilia Castro.

47

11 de enero de 2022
Sierra de Gredos, Ávila

El día es oscuro y las sombras predominan en el camino del bosque en dirección sur. Juan Diego agarra el volante con fuerza para mantener el control del Jeep, pero el camino no está pensado para que transiten vehículos de cuatro ruedas por él y menos uno de ese tamaño. Aunque conoce la zona, es la primera vez que se mete en el bosque con el Jeep. La visibilidad es reducida y los zarandeos a causa de los baches, constantes. No le importa cargarse el cuatro por cuatro porque ahora solo se trata de alejarse de allí y llegar rápido a la cabaña.

Todo ha salido mal y Juan Diego sabe que es cuestión de tiempo que los Castro descubran que su hija ha desaparecido y movilicen a toda la policía de la zona, si es que no lo han hecho ya.

No tenía pensado actuar todavía, pero esta mañana ha recibido la visita de ese escritor haciéndole toda clase de preguntas sobre su caso. Ahora su nombre vuelve a estar en boca de todos, eso seguro, y Juan Diego ha sentido que solo tenía dos opciones: actuaba ya, o no actuaba.

Aun así, el plan estaba saliendo según lo previsto hasta hace escasas tres horas. Había secundado su coartada bajando al supermercado del barrio para que todos lo vieran, e incluso se había detenido brevemente para saludar a Concha, la vecina de abajo, que siempre parecía deambular por el portal por si podía pescar algún chisme de última hora. Luego había ido corriendo al garaje y había arrancado el Jeep, donde guarda las llaves de la cabaña. Ha puesto a prueba la potencia del vehículo para llegar a Hoyos del Espino lo antes posible. Lo ha dejado aparcado, escondido entre los árboles que hay más allá de Villa Pegaso y ha accedido a la finca por la puerta trasera. Él sabe, porque trabajó allí durante más de ocho años, que a los Castro siempre se les olvida cerrar esa puerta con llave, incluso cuando se van a Málaga por largas temporadas. Aunque tampoco habría resultado un problema, porque él guarda una copia del juego de llaves de la residencia, de cuando vivía allí.

Había muy poca gente en la mansión, así que resultó relativamente

sencillo pasar desapercibido y colarse en el edificio sigilosamente. De nuevo, por la puerta de atrás que daba al ala de servicio, esa que tan bien conocía.

Atravesando el jardín trasero constató que la yegua de la niñata se encontraba en el establo, lo que casi garantizaba que ella estuviera también en casa. Pocas veces salía al mundo sin su Bella.

La cría se estaba duchando y no se había percatado de que Juan Diego había entrado a su habitación. Pero en el momento en que se plantó tras la puerta del baño, con la cara cubierta por un pasamontañas, oyó pasos subiendo las escaleras desde el piso inferior. Doña Carmen entró en el dormitorio de su hija y aunque a Juan Diego le había dado tiempo a esconderse en el armario ropero, se dio una situación extraña cuando vio, a través de las rendijas de la puerta del armario, que la señora Castro fisgoneaba entre las pertenencias de su hija —afortunadamente no miró dentro del armario— antes de gritar:

—¡Ah, estás duchándote! Cuando salgas te doy una lista de cosas que quiero que compres en el pueblo.

—¡Voy a salir con Bella, mamá!

—Bueno, tú sal y te llevas la lista. Puedes comprarlo cuando vuelvas.

—¡Joe, mamá, qué pesada! ¿Por qué no lo compras tú?

Juan Diego notó como aumentaban sus ganas de venganza al escuchar a la niñata. Habían pasado varios meses y seguía siendo tan irreverente como siempre, puede que más.

Tuvo que esperar en el interior del armario hasta que las dos salieron del dormitorio. Puede dar gracias de que no tuvieran que coger nada de ropa a última hora, Cecilia había sacado su ropa antes de entrar en la ducha y lo tenía todo preparado sobre la cama. Cuando la cría estuvo vestida, Carmen Castro la acompañó al establo e insistió en darle la hoja con la lista de la compra, así que Juan Diego ha tenido que cambiar el plan sobre la marcha. Interceptaría a la niñata en el bosque, durante su paseo con la yegua.

—¡Juan Diego! —exclamó ella al verlo plantado en mitad del paseo, cortándole el paso. Tartamudeaba de la sorpresa y había palidecido—. ¿Qué haces tú aquí? Anda, quítate de en medio.

—Quería que hiciéramos las paces y, como puedes observar, me acuerdo de tu ruta. Veo que la sigues manteniendo, después de tanto tiempo. Ven, baja, que te quiero ofrecer algo.

—¿El qué? —Ella, tan altiva y redicha siempre, estaba demasiado sorprendida para reaccionar. Juan Diego apostaba a que en su cabeza estaba reviviendo lo ocurrido la noche de la fiesta. Ambos lo hacían.

—Algo que sirve a modo de disculpa. Ya sabes, como una fumata blanca. No quiero estar peleado contigo. Con nadie de tu familia.

Alargó el brazo con la palma de la mano extendida, como diciendo

«soy de fiar». Hasta dibujó una muy falsa sonrisa en su rostro.

La niñata era una zorra, pero una zorra ingenua. Por mucho que ella creyera lo contrario, dieciséis años no son suficientes para entender ciertas cosas de la vida, que solo enseña la experiencia.

Así que se apeó de la yegua. Y él no tardó ni dos segundos en rodearle el rostro y presionar una mano contra su boca para que no gritara. Después la arrastró hasta el Jeep, en cuya parte trasera la metió, no sin antes recibir algún que otro puntapié. Una vez en el interior del coche, sujetó su cuerpo presionando la rodilla contra su espalda y ató sus manos por detrás de la cintura valiéndose de una brida de plástico.

Los gemidos de la niñata de los cojones se oyen ahora con cada zarandeo que da el coche.

—¿Adónde me llevas?

—Calla la puta boca y deja de gimotear.

Juan Diego entiende perfectamente que la cría sienta pánico en esa situación, pero le da igual. Lo único que le preocupa ahora mismo es llegar a la cabaña antes de que la policía lo intercepte. Él había imaginado que habría podido meterla en el coche desde Villa Pegaso y una vez allí, habría tomado la autopista y se la habría llevado muy lejos. A un lugar seguro desde donde pedir un rescate lo bastante grande para compensar el daño que le había ocasionado esa familia. Pero las cosas no han ido así. Su cabeza es un avispero de pensamientos alarmantes. Sabe que ya no es posible pedir un rescate y la única vía de venganza posible ahora es llevar a la niñata a la cabaña y… Joder, se estremece solo con pensarlo.

Así se sintió la primera vez que sopesó la idea de vengarse. Hacía unos meses que lo habían despedido y llevado a juicio. Juan Diego pensó en el refrán de «Dios aprieta pero no ahoga» cuando este le envió a un ángel a ayudarlo. Se llamaba Abel Cardozo y era un periodista que habían contratado para escribir las memorias de Fabián. Un día, Cardozo fue a visitarlo y le prometió que publicaría la historia tal cual sucedió si Castro no retiraba la denuncia. Resultó que el ángel no era más que otro miserable mortal, porque empezó a no devolverle las llamadas y a no saber de él. Al final no tuvo más remedio que decirle la verdad: Fabián Castro había comprado su silencio.

A menudo, Juan Diego había tenido que emborracharse para conseguir dormir y pasaba las noches tirado en el sofá, con el televisor encendido de fondo. Pero cuando ese miserable de Cardozo desapareció el invierno pasado, las cosas empezaron a ir mejor.

Al final del verano, cuando Juan Diego pensaba que ya habían dejado todo atrás, le llegó la multa del juzgado. Una cuantía demasiado alta que no podía pagar. Tuvo que mudarse a un piso más

pequeño aún y empezó a racionarse las comidas. Por supuesto, nadie quería contratar al pervertido acosador de Cecilia Castro. Esa sensación de que su vida se precipitaba por un abismo a cada segundo que pasaba lo empujó a reanudar sus actividades vengativas, pero pronto se dio cuenta de que el matrimonio Castro contaba con escoltas altamente cualificados. Incluso para él, que contaba con las llaves de Villa Pegaso, era imposible acercarse a ellos por sorpresa.

Cambió de estrategia al darse cuenta de que era más fácil abordar a la niñata.

Los limpiaparabrisas lo sacan de su ensimismamiento al activarse. Ha empezado a llover y ahora la visibilidad es aún peor. Mientras lucha por mantener el vehículo dentro de los límites del camino, piensa en la ironía de que quizá él haya pasado a ser el sospechoso de la desaparición de Abel Cardozo. Él no ha tenido nada que ver con eso, lo tiene claro, pero igualmente le agrada la posibilidad de que a alguien se le haya pasado por la cabeza.

La lluvia embiste con fuerza contra la luna delantera cuando Juan Diego detiene el Jeep, bruscamente. Durante unos instantes nota como el vehículo, necesitado de una revisión, se desliza sobre el barro, hasta que levanta el pie del freno y el cuatro por cuatro se estabiliza. A unos metros más allá puede ver la cabaña que compró por cuatro duros a un leñador retirado de la zona, hace un par de meses. Se queda allí plantado tras los limpias, que trabajan ahora a toda velocidad, observando un punto en la oscuridad, entre los árboles. Luego mira hacia atrás y ve la cara ansiosa de la niñata de mierda.

Juan Diego comprende de pronto que no habrá final feliz posible esa tarde.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta ella, muerta de miedo.

Acaba de ver como él abría la guantera en la penumbra y sacaba algo.

Juan Diego abre la puerta para salir del vehículo y después cierra de un portazo. De repente lo ve todo claro como el azul del cielo de Caracas en verano. Siente su respiración, el latido de su corazón, sorprendentemente calmado. Rodea la parte delantera del Jeep pasando por delante de los faros, que por un momento lo hacen confundirse con la luz al final del túnel de la que siempre le han hablado. Cuando está junto a la puerta trasera, la abre instintivamente.

—¿Qué vas a hacer? —repite ella—. ¡No!

Juan Diego estira el brazo con determinación y arrastra a Cecilia fuera del vehículo. Forcejean en la oscuridad. Juan Diego nota lo fuerte que es ella, pero al final consigue sacarla del coche. Ella, maniatada de extremidades superiores, cae de bruces en el barro.

Se sorprende a sí mismo por sentir compasión por la cría, pero

pronto acabará todo.

Ese es su consuelo.

48

11 de enero de 2022
Villa Pegaso, Hoyos del Espino, Ávila

El mundo es una ilusión y cada uno de nosotros crea su propia realidad. En la realidad de los habitantes de Villa Pegaso, John Everett tiene ahora mismo la importancia de una escobilla de váter.

El caso es que hace rato que John ha dejado de ser un problema para Fabián Castro. Ahora el escritor está solo, en el despacho del productor, donde hace unos minutos, cuando aún era de día, este lo estaba sujetando por las solapas. Tiene la mirada fija en el tablero de ajedrez que, envuelto en la oscuridad, decora ese rincón de la estancia.

Acaba de descubrir la anomalía.

La situación es de máxima alerta, como han demostrado las voces estresadas y apresuradas a su alrededor. Es algo parecido a lo que vivió el año pasado durante los minutos iniciales del incidente en el teatro Kosta, cuando una bala alcanzó su brazo izquierdo y todos actuaban como si el mundo se estuviera yendo al cuerno. También ha escrito escenas con ese nivel de tensión en numerosas ocasiones. No importa en qué lugar del planeta esté ocurriendo, ni siquiera si es algo real o perteneciente al mundo de la ficción, siempre impera el caos cuando sucede algo de imprevisto que amenaza la paz de un grupo de personas. La única diferencia ahora es que, quien corre peligro es la hija de un famoso productor musical, lo que hace que la intensidad sea aún mayor.

Todo ha empezado cuando ha aparecido la yegua de Cecilia sin nadie a las riendas en uno de los caminos que vienen del bosque. No hay rastro de la joven y los intentos de comunicarse con ella a través de móvil no han recibido respuesta. Si ha sido secuestrada, nadie ha pedido rescate.

Nada más aparecer la yegua, se ha activado la mayor operación de búsqueda en la comarca desde la desaparición de Abel Cardozo. Fabián Castro, tirando de estatus, enseguida ha contactado con el responsable de la Guardia Civil en la zona, el teniente coronel Zafra y en menos de una hora había un operativo patrullando y peinando el bosque circundante de Villa Pegaso. También vigilan los accesos de

Hoyos y los pueblos cercanos hasta la capital de la provincia, así como las fronteras, puentes y peajes. John tiene la sensación de que toda la flota disponible de vehículos oficiales está ahí fuera buscando a Cecilia.

La opción de que la joven haya caído del animal y esté inconsciente en algún punto del camino es menos probable a cada minuto que pasa. De haber ocurrido, a estas horas ya la habrían encontrado.

Todo apunta al secuestro.

En estos momentos la señora Castro está encerrada en la cocina de la mansión, donde Marta cuida de ella. Hace un buen rato, un médico se ha acercado a la finca para examinarla y le ha suministrado algún tipo de calmante. John no sabe nada de ella desde entonces.

Desde que se ha desatado la confusión, John se ha vuelto invisible. Es como si las graves acusaciones intercambiadas con Fabián hubieran sido borradas y el escritor incluso llega a preguntarse si de verdad ha tenido lugar tal discusión, o si todo ha ocurrido en su cabeza. Nadie ha querido saber su opinión, ningún oficial, familiar o trabajador se ha dirigido a él para hacerle preguntas acerca de la crisis actual. De haberlo hecho, él les habría hablado de Juan Diego Gallardo, sin duda el mayor damnificado por los pecados de la joven desaparecida y por lo tanto, principal sospechoso. A su modo de ver, nadie tiene más motivos para querer hacer daño a Cecilia Castro como él.

No es que esté especialmente preocupado por el destino de la adolescente, si ha de ser honesto. En el fondo, una parte de él incluso se alegra de que por fin esté recibiendo su merecido. Será porque ha conocido a Juan Diego, ha visto dónde vive y en qué condiciones lo hace y siente un punto de empatía hacia él. Quizá por eso él tampoco ha tomado la iniciativa de acercarse a ningún oficial para aportar información útil de cara a la búsqueda.

Sin embargo, John sabe que el autor del hipotético secuestro podría estar íntimamente relacionado con la desaparición de Abel y eso sí lo atañe, motivo por el cual lleva algunos minutos inmóvil, pensando en Yasmín, con la mirada perdida en el tablero de ajedrez. Tiene motivos para pensar que ella le ha estado mintiendo desde el principio y que estuvo involucrada en la desaparición de su primo. Con cada suceso, a cada minuto, el cerco parece estrecharse. Cuanto más sabe acerca de lo que pasó en la comarca los días cercanos a la desaparición, más fuerte es la sensación de que todos mienten, de que los hilos siguen colgando del techo y él es una de las marionetas principales del acto.

«¿Qué pasó el cuatro de enero de 2021 en el puente del Duque, Yasmín?»

Y luego está el picor dentro de su cabeza, ahora tan intenso desde

que ha detectado la anomalía. Está tan a la vista que por poco no se percata. El mundo es una ilusión y cada uno de nosotros crea su propia realidad. A menudo, el cerebro completa el cuadro de lo que vemos con los elementos que se suponen que deberían estar ahí. Pero a veces, solo a veces, algo cambia en el cuadro sin que nuestros sentidos lo perciban. Desde que John entró en ese despacho, esa tarde, su cerebro estaba tan centrado en la batalla dialéctica con Fabián, que se limitó a completar el resto del cuadro con lo que *se suponía* que estaba allí. Por eso no ha detectado la anomalía hasta ahora, que se ha vuelto invisible.

De haberse fijado bien, habría detectado un espacio vacío en el juego de ajedrez de Castro, un hueco en el lugar que debería ocupar una pieza concreta: el caballo blanco.

49

11 de enero de 2022
Sierra de Gredos, Ávila

A pesar del escándalo que provoca el chaparrón al caer sobre los árboles, Yasmín oye el ruido del motor antes que nada.

Sigilosa, sale de la cabaña. La luz de dos faros atraviesa el bosque como dos cañones. Si se fija bien en el origen del resplandor, puede ver un vehículo a unos doscientos metros de ella, aunque es difícil calcular la distancia en un terreno inestable como ese. Por la morfología del vehículo, intuye que debe de tratarse de un monovolumen, o algo por el estilo.

Algo se mueve. La figura de un hombre corta los cañones de luz al pasar por la parte delantera. Rodea el vehículo y se detiene junto a la puerta del acompañante.

«¿Eres tú, Juan Diego?»

Las retinas de Yasmín le muestran la fotografía, arrugada y atravesada por un dardo, de Cecilia Castro que ha encontrado tirada junto a la pared de la cabaña, cuando una figura de rubia melena sale del coche a trompicones. Tropieza y cae al suelo. El hombre la levanta de un tirón y después transcurren varios segundos sin que pase absolutamente nada.

Yasmín piensa en acercarse. Si lo golpea por sorpresa, desde la retaguardia, podría dejarlo inconsciente. Tiene que ser sigilosa para que él no la oiga acercarse, aunque la lluvia juega a su favor. Y luego, si logra llegar sin ser descubierta, debe abatirlo a la primera, porque seguramente él lleva un arma encima. Ella también porta la suya, pero no puede engañar a nadie, nunca ha utilizado una como esas y es posible que no se le dé bien a la primera.

En cualquier caso, no tiene alternativa. Yasmín Roca nunca ha sido de las que huyen ante la adversidad.

Su cerebro está enviando la señal a sus piernas para que empiecen a moverse, cuando sucede algo inesperado.

Alguien grita.

Después, un disparo que enmudece hasta a la lluvia. Al menos a ella así le parece.

50

11 de enero de 2022
Villa Pegaso, Hoyos del Espino, Ávila

John atraviesa el corredor que accede al ala de servicio de Villa Pegaso y no se detiene hasta estar frente a su escritorio buscando a tientas el mechero, para poder encender el puñetero cigarrillo que se estremece en la comisura de sus labios.

Cuando John ha salido del despacho de Fabián, se ha cruzado con la mujer de este. Un simple vistazo ha bastado para dejar patente que estaba descompuesta de dolor por su hija. Le temblaban las manos, tenía los ojos rojos, el rímel corrido —ha tratado de limpiárselo cuando ha visto a John— y se movía con andares inciertos. John ha arrugado el rostro por solidaridad y ha pasado de largo.

Por primera vez desde que aceptó el trabajo, siente que todo está fuera de su control. De una pared de su habitación cuelgan papeles adhesivos de distintos colores, con información que ha ido recabando sobre el caso. Recapitulando, tiene lo siguiente:

Abel Cardozo, hijo adoptivo de Lorenzo, desapareció sin dejar rastro, hace poco más de un año. El último día que se supo de él fue el cuatro de enero de 2021 y el último lugar, la residencia de los Castro. Se hospedaba en la misma estancia donde está John ahora.

Ese cuatro de enero, Cardozo había quedado junto al río, a un par de kilómetros de la mansión, con su prima Yasmín Roca y un viejo amigo de la infancia, con quien compartía oscuros secretos: Sergio Palacios. Ninguno de los dos llegó a coincidir con Abel, al menos según sus testimonios. John ya no sabe qué pensar.

Justo un año después, el cuatro de enero de 2022, Yasmín encontró en su librería un cómic con una serie de mensajes escondidos que hacían referencia a los nombres falsos de la infancia de Abel y Yasmín. También mencionaban a Mónica y al propio John.

Durante la época en que Abel estuvo viviendo en Villa Pegaso, el periodista escondió su bloc de notas en un rincón oculto de su estancia: el hueco bajo el alféizar. La última página del cuaderno contiene el teléfono de Sergio Palacios. En dicho cuaderno también se menciona el ocaso de H.H. ¿Son las siglas de *Hijos de Hímero*? John no puede probarlo, pero…

Pero Mónica estuvo investigando a su compañero José Ramón Morata y encontró una transferencia bancaria por valor de mil doscientos euros entre sus pertenencias, en cuyo concepto aparecían las siglas H.H.

Abel y Palacios secuestraron a un hombre, Joaquín Ortiz, que llevaba tatuada la palabra Hímero en un brazo. Esto lo han confirmado tanto Palacios como Yasmín, aunque Palacios no mencionó el tatuaje y dice no saber nada de Hijos de Hímero.

Además de eso, John sabe que:

En mayo de 2020, Sol Monroe, mujer de Cardozo, apareció muerta en su habitación del Ritz, en Madrid.

La novia de Sergio Palacios fue arrollada por un camión. Estaban a punto de casarse.

Lorenzo Guirao ha fallecido recientemente a causa de una intoxicación. ¿Accidente o asesinato?

Juan Diego Gallardo, antiguo cocinero de los Castro fue injustamente demandado por la familia. John sabe ahora, porque tanto Gallardo como Castro lo han admitido, que Abel quiso desvelar la verdad y ayudar al cocinero, pero finalmente Fabián compró su silencio.

Volviendo a ese día, resulta que nadie encuentra a Cecilia Castro. Es como si se la hubiera tragado la tierra y todas las miradas están puestas en el cocinero.

En fin, demasiadas cosas. Demasiadas preguntas sin responder.

John se recuesta en la silla y toma aire. ¿Secuestró Juan Diego a Abel a modo de venganza? ¿Tuvo su prima Yasmín algo que ver, teniendo en cuenta que es la única, aparte de Cardozo, que pudo escribir los mensajes en el cómic y que estuvo junto al río Tormes la tarde en que su primo desapareció?

¿Qué es realmente Hijos de Hímero y qué relación tiene con Abel, con Mónica y con él mismo?

Y la más importante: ¿qué demonios sucedió el cuatro de enero de 2021 en Villa Pegaso?

Pero lo primero es lo primero y en estos momentos John no puede seguir pensando sin dar un par de caladas a su cigarrillo, que ha sacado de una cajetilla comprada esta mañana en Ávila, sucumbiendo así a la tentación, para desgracia de su fuerza de voluntad. El problema es que no encuentra el dichoso encendedor.

Pasa la mano por los bolsillos del abrigo por enésima vez, y como no lo encuentra, mete la mano en los traseros del pantalón vaquero. Ha encontrado algo en el bolsillo derecho. No es su mechero, pero el tacto a cartulina despierta su curiosidad.

Experimenta una nueva decepción cuando se lo lleva frente a los ojos. Solo es la tarjeta que ayer le entregó Sergio Palacios. «Por si

algún día necesita una página web». Por el bien del negocio, John espera que las webs de Palacios estén más trabajadas que su tarjeta. Solo contiene el nombre y los apellidos y en la línea de abajo, su teléfono de contacto —el mismo que recuperó él del cuaderno de Abel —. Negro sobre blanco. Sin más. «¿Por qué me daría su tarjeta si desde el principio de la conversación me dejó claro que ya no acepta encargos de diseños web?», se le ocurre a John, de pronto.

En la otra cara, también tipografiado en negro sobre un aséptico fondo blanco, el lema del negocio:

La respuesta está en la red

Y en la esquina inferior derecha de la misma cara, un dominio.

Las palabras de Palacios vuelven a rebotar en las paredes de su cabeza: «Por si algún día necesita una página web». Lo dijo justo al despedirse, segundos después de aconsejarle que tuviera cuidado en su viaje de regreso a la sierra. «La calzada de la carretera que sube a Gredos suele helarse cuando se pone el sol», fueron sus palabras exactas.

Ahí está, la causa del picor, ahora más intenso si cabe.

John no llegó a comentarle a Palacios que había ido desde la sierra de Gredos, está bastante seguro de ello. Entonces, ¿cómo pudo saberlo?

John prueba a encender el portátil. Mientras espera, se acomoda en la silla sin dejar de observar la tarjeta por ambas caras. «La respuesta está en la red» suena a la típica frase gancho que algún vendehúmos le recomendó a Palacios en un curso de marketing digital. Aunque también podría ser otra cosa.

Cuando el ordenador ha terminado de arrancar, John ya está revolviéndose en la silla. Abre el navegador y se apresura a escribir la dirección que consta en la tarjeta. El navegador cobra vida y empieza a cargar la página. Va algo lento. En la pantalla del portátil comienza a aparecer una imagen. No es la clásica pantalla de bienvenida de un negocio cualquiera, sino que parece una fotografía. Según va cargando, John ve que la fotografía se mueve. Comprende que no es una imagen, sino un vídeo.

«¿Qué demonios?»

El navegador termina de cargar. La pantalla muestra una escena en blanco y negro. Eso es todo. No hay rótulos, ni enlaces, ni barras para deslizarse por la página. Lo que John tiene delante es cualquier cosa menos el sitio web de un diseñador.

La cámara enfoca una pequeña edificación de madera. John sabe que es un vídeo porque está cayendo una buena tromba de agua, pero por lo demás, el espacio está inhóspito y tranquilo.

Ladea la cabeza y frunce el ceño. La estampa le resulta extrañamente familiar. Entonces vuelve la mirada hacia la ventana, ve las gotas golpeando con fuerza el cristal y cae en la cuenta. Casi se le para el corazón.

Se inclina hacia delante hasta casi chocar con la frente en la pantalla. Tiene ante sí una grabación en directo, ¡del jardín trasero de Villa Pegaso! Y la edificación de madera no es otra cosa que el establo.

La respuesta está en la red.

Es evidente que Sergio Palacios le está enviando un mensaje. Pero ¿cuál? John lleva varios días durmiendo a escasos metros de ese establo y no ha notado nada raro. ¿Qué puede haber allí?

El picor en la corteza craneal se vuelve casi insoportable cuando sus ojos enfocan algo sobre la mesa, tras el portátil, en lo que no ha reparado hasta ahora. Es un objeto que, por fuerza, alguien ha tenido que dejar allí durante su ausencia, porque su lugar habitual es otro.

El cigarro sin encender resbala y cae del labio inferior de John cuando él estira el brazo y acerca la impresionante figura. Pesa tanto como parece.

Es el caballo blanco que falta en el tablero de ajedrez que tiene Fabián en su despacho.

En la base, pegado con adhesivo transparente, alguien ha dejado un papelito con un nuevo mensaje. Esta vez es claro y conciso:

HIMERO

51

11 de enero de 2022
Sierra de Gredos, Ávila

Fabián Castro todavía viste de chándal y zapatillas de correr cuando llega a la zona norte del bosque. Hay tres vehículos de la Guardia Civil en un claro, cerca de una cabaña de madera. Castro saca su carné de identidad y se lo muestra al primer agente para que le permita el acceso, aunque no es necesario, porque este lo ha reconocido y se hace a un lado sin mirar siquiera el documento.

—Acompáñeme, por favor —le dice el agente—. Lo llevaré con su hija.

Fabián respira. A pesar del tono lúgubre con el que el Guardia Civil se ha dirigido a él, sus palabras le indican que la vida de Cecilia no corre peligro.

Resulta curioso cómo, en ocasiones, nos aferramos a cualquier cosa para mantener la esperanza.

Es la primera vez que siente que no domina la situación. No es una sensación agradable. A lo largo de su carrera como productor musical ha tenido negocios prósperos y también conversaciones que han acabado mal. Ha sido engañado y ha habido veces en las que le ha tocado a él engañar. En cualquier caso, nunca se ha enfrentado a un problema que el dinero no pudiera solucionar, o al menos suavizar.

En el tema sentimental no lo ha tenido más difícil. Se fijó en Carmen al poco de que ella fuera nombrada Miss Málaga, siendo los dos muy jóvenes, y llevan enamorados desde entonces. El mundo de la farándula, como a él le gusta decir, está lleno de tentaciones y la vida es demasiado corta para dedicarla a una mujer en exclusiva. Hubo otras mujeres, por supuesto. Muchas otras. La mayoría más jóvenes que él. Aunque ese era un aspecto de su vida que ni de coña pensaba incluir en la biografía. Con el tiempo, empezó a ser común ver que eran ellas mismas quienes ofrecían toda clase de servicios sexuales a cambio de un contrato discográfico. Y si no se acercaban ellas, eran sus agentes quienes mercadeaban como si las chicas fueran prostitutas. En su defensa, Fabián no siempre aceptaba. Le parecía mal. En realidad, la única mujer por la que habría sopesado dejar a Carmen era Laura. Su querida Sol Monroe. Se lo había dado todo, en todos los

sentidos posibles en que se puede dar todo a alguien. Pero ella estaba demasiado enamorada de Cardozo, y hay cosas que ni siquiera todo el dinero del mundo puede conseguir.

Otra de esas cosas es evitar que un día se lleven a tu hija por las buenas y no sepas dónde está. Fabián no le desea esa sensación de impotencia ni a sus peores enemigos.

La llamada telefónica de hace un rato ha hecho que se olvide por completo de la conversación que ha mantenido con Everett en su despacho. Algo le dice que el escritor británico no dejará de investigarlo. Se le ha metido en la cabeza que él tiene algo que ver con la muerte de Sol y la desaparición de Cardozo y no tiene pinta de que vaya a quedarse de brazos cruzados. El hecho de que no cuente con una coartada para la noche en que murió Sol complica las cosas. Fabián estaba tomando la decisión de despedirlo y pedirle que recogiera sus cosas y se largara de casa, cuando ha llamado el teniente coronel de la Guardia Civil.

—Hemos encontrado a Cecilia. Viva.

—¿Dónde está ella?

—En el bosque, un lugar bastante profundo. Está con nosotros. Ahora mismo le envío la ubicación.

Fabián ha colgado el teléfono y ha trasladado las nuevas al equipo de búsqueda que iba con él. En menos de veinte minutos, estaban en el punto que el teniente le ha mandado al móvil. Durante el camino ha telefoneado a casa. Le ha dado la buena noticia a Carmen y ha pedido a Marta que acercase a su mujer al bosque.

Más adelante hay varios agentes y un área de aproximadamente cinco metros de diámetro iluminada por algunos focos. En el centro del círculo se ve un Jeep con claros síntomas de desgaste. Las dos puertas delanteras están abiertas. En el interior no hay nadie, pero junto a la rueda delantera derecha hay un cuerpo tendido sobre el barro. Un cuerpo adulto.

Fabián siente que le flaquean las piernas. En su vida como productor ha visto muchas cosas, algunas desagradables, pero nunca había estado delante de un cadáver. Y menos del de alguien a quien durante años llamó por su nombre de pila. El hombre sigue teniendo los ojos abiertos. Cualquiera diría que se está preparando para echar una siesta, de no ser por la extrema palidez y el cráter formado en su sien derecha. Junto al cuerpo hay una pistola.

La visión hace que Fabián se vea obligado a aferrarse a la manga del agente para no caer desmayado. Pero no es suficiente para evitar que una náusea le suba por el esófago hasta echar el desayuno a un lado del camino.

—Es mi antiguo cocinero… —musita entre profundas inhalaciones.

—¿Se encuentra usted bien, señor? —pregunta el Guardia Civil,

inclinado hacia él.

Todavía sin color en las mejillas, Fabián se yergue y se pasa el dorso de la mano por los labios.

—Estaré bien cuando esté junto a mi hija —contesta, airado.

Unos cincuenta pasos más adelante, siguiendo el sendero, hay una ambulancia. No lleva encendidas las luces de emergencia y Castro no tiene manera de saber si eso es bueno o malo. Se acerca y por fin ve, a través del portón trasero que permanece abierto, a su hija Cecilia sentada en una camilla. Está temblando. Una manta térmica le cubre el cuerpo y tiene la cara manchada de restos de barro, pero parece que está estable. Ella rompe a llorar cuando lo ve. Fabián la envuelve entre sus brazos y se dice a sí mismo que nunca más volverá a dejar sola a su pequeña. Otra promesa que no volverá a cumplir. Después se vuelve para besar en la mejilla a su mujer, que está con Cecilia en la ambulancia. Al traerla Marta en coche, ha llegado al lugar mucho antes que él. Su teléfono empieza a sonar, pero ella no lo coge.

Detrás de la ambulancia está el vehículo oficial del teniente coronel Zafra. Fabián se apea y ambos hombres se encuentran sobre el barro. La cara ensombrecida del alto cargo le indica que las cosas no han ido como él esperaba.

—¿Qué ha pasado? —quiere saber Fabián.

—Tu hija está fuera de peligro. Ha sufrido una hipotermia y tiene un golpe en la nariz, pero nada que no se cure con una noche bajo observación médica.

—Pero ¿qué ha pasado? —insiste el productor.

—Cuando hemos llegado, hemos encontrado el cuerpo de Juan Diego Gallardo así, sin vida y tirado entre la maleza. El Jeep es suyo, lo hemos confirmado. —Zafra alza el brazo y señala un punto entre los árboles—. Y la cabaña de allí, también. Creemos que pensaba encerrar a Cecilia en ella, hemos encontrado huellas de calzado femenino en los alrededores. Cuando su hija esté más calmada, pido permiso para interrogarla, pero todo indica que el tipo se ha arrepentido en el último momento y se ha volado la tapa de los sesos. El cuerpo seguía caliente cuando hemos llegado, así que ha pasado hace nada.

—¿Y mi hija? ¿También la habéis encontrado aquí?

En el interior de la ambulancia vuelve a sonar el teléfono de Carmen. Esta vez ella sí descuelga, pero Fabián no acierta a entender lo que dice ni con quién habla. Ahora mismo tiene los cinco sentidos centrados en lo que el teniente coronel tiene que decirle.

—De hecho, ha sido a ella con quien hemos dado primero. Caminaba sin rumbo, a unos metros de aquí. Llevaba las muñecas atadas por detrás de la espalda y estaba temblando de frío. Pobrecilla.

Las palabras de Zafra desarman a Fabián. Este, como no quiere romper a llorar delante de un teniente coronel, se abre paso y se dirige

hacia la cabaña. Efectivamente, hay huellas de botas que corresponden a un pie de mujer. Al menos, no pueden ser las huellas de Juan Diego, quien medía más de un metro ochenta.

Sin embargo, pronto deduce que Zafra le ha ocultado información, porque no es posible que a un alto cargo de la Guardia Civil se le escape lo que él ha notado en un rápido vistazo. Si Juan Diego ha arrastrado a Cecilia hasta la cabaña, ¿cómo es que las huellas de él no se ven por ninguna parte?

Es una cuestión que se suma a otra que lleva rondándole la cabeza desde que ha pasado junto al Jeep y se ha enfrentado al cadáver del cocinero. Solo que en este caso no es algo que Zafra le haya omitido, porque es imposible que él pueda saberlo.

Resulta que, desde el primer día que Juan Diego llegó a la cocina de Villa Pegaso, este blandía el cuchillo de manera antinatural siempre que picaba verdura, cortaba piezas de ave o limpiaba pescado. A Fabián le llamaba tanto la atención que un día se lo preguntó directamente. No es que cogiera las herramientas de forma poco natural, la explicación era tan simple como que Juan Diego era zurdo.

Teniendo eso claro, ¿cómo es posible que alguien zurdo se haya suicidado de un disparo en la cabeza y el agujero de bala esté en la sien derecha?

52

11 de enero de 2022
Villa Pegaso, Hoyos del Espino, Ávila

Entre el establo y el edificio principal de Villa Pegaso no debe de haber más de cuarenta metros de distancia. Es más que suficiente para que la tromba de agua empape a John por completo. Aun así, a pesar del frío y el molesto aguacero, John se toma su tiempo. Camina despacio, casi temeroso. Puede que esté a las puertas de la resolución del misterio que lleva quitándole el sueño los extraños últimos días y sabe lo que eso significa.

Oye al escritor en su cabeza. Su propia voz. Dice que esta situación ya está muy vista. Él la ha escrito algunas veces. Y la ha leído otras tantas. De noche. Lloviendo. A las puertas de un bosque. Un personaje se dispone a entrar a solas en un viejo establo. John quiere que el escritor se calle y se vaya. Pero no se va. Hasta ahora ha creído que él era el protagonista de su propia historia, pero ¿y si es simplemente el secundario simpático que comete un error y se queda solo en el desván? El que se hace el héroe y es abatido para que más tarde, el verdadero protagonista pueda vengarse y…

«¡Basta!»

A su espalda, la mansión parece observar sus pasos. Permanece vacía. Todos, incluida Marta y el resto del personal del servicio han salido a buscar a Cecilia. Es posible que la hayan encontrado —¿viva o muerta? Lo cierto es que no le importa— y esa sea la razón por la que él está en esos momentos solo, con toda la propiedad a su disposición.

«Como Abel Cardozo el día de su desaparición».

A mitad de camino, se detiene. Se vuelve y observa la cara trasera del edificio, ahora completamente a oscuras. En algún punto de la fachada tiene que haber una cámara que esté transmitiendo para la web de Sergio Palacios, pero es imposible distinguir nada desde donde él se encuentra. En estos momentos, su silueta vacilante debe de ocupar el centro de la imagen. John se estremece al pensarlo.

Entrar en el establo tiene dos cosas buenas. Una, que está resguardado de la lluvia. La segunda es que allí goza de compañía. Dos de los tres caballos de la familia se revuelven y emiten tímidos relinchos cuando John enciende la linterna de su móvil. Aparte de los

dos corceles, no hay signos de vida ahí dentro, cosa que lo tranquiliza. Tampoco está Bella, la yegua de Cecilia. Seguramente se la han llevado los veterinarios para examinar su estado de salud tras el incidente.

John ilumina lentamente cada rincón del cobertizo, en busca de algo que lo empuje a seguir examinando. Pero allí no hay más que heno y cubos llenos de agua. Una idea cruza sus pensamientos. ¿Y si se trata de algún tipo de trampa? ¿Está jugando Sergio Palacios con él?

Prueba a entrar en el compartimento de Bella, cuya verja está abierta. El traqueteo que provoca la lluvia al impactar contra el tejado del establo es atronador. John mueve la linterna en círculos, pero solo encuentra los excrementos y el sustento de la yegua. Entonces tropieza con algo. En el suelo, bajo el heno, hay algo de extrema dureza. Se coloca de rodillas y orienta la luz hacia aquello a lo que acaba de dar una patada. Ahora lo ve. Es un aro de hierro amarrado al suelo, una manilla para abrir una compuerta en el suelo.

«¿Una compuerta hacia dónde?»

John recuerda las palabras que Palacios había pronunciado al referirse a Abel: «es posible que esté bajo tierra».

Más excitado si cabe, John tira con fuerza y la compuerta se abre. Debajo de ella no se le aparece un pasadizo secreto, como pensaba. En su lugar hay una escotilla de metal. Es como la puerta acorazada de una gran caja fuerte, solo que en horizontal. La escotilla permanece cerrada, como es de esperar. Lo que también es de esperar es que haya algo que acepte una contraseña de seis caracteres. John sabe que va por buen camino cuando descubre un *display*, acompañado de un panel digital, en una esquina de la compuerta. Siente que el pecho le va a explotar cuando introduce la palabra oculta bajo la figura de ajedrez —HIMERO— y la escotilla se abre.

«Si lo que esconde la puerta acorazada es tan valioso como el peso de esta, ahí abajo debe de haber una fortuna», piensa John al tiempo que tira de ella.

Unas escaleras que bajan aparecen frente a él. El aire que exhala la cueva es más denso, como una estancia que no ha sido ventilada en mucho tiempo. Un rápido repaso con la linterna le dice a John que solo son ocho peldaños los que tiene delante. Más allá, el suelo de lo que parece un refugio subterráneo.

El ruido de la lluvia parece enmudecer a medida que desciende.

Cuando llega al último escalón, John alza el terminal. Lo que ve casi lo tumba.

Deja vagar la mirada por el siniestro espectáculo. Hay un cuerpo en el suelo, abandonado contra la pared, chamuscado, seco y con expresión helada, esperando que alguien acuda y lo saque de ese

sótano convertido en sarcófago. Nunca ha visto nada parecido. Cuencas de ojos vacías mirando embobadas a la oscuridad.

Como si el autor de tal monstruosidad hubiera sufrido un ramalazo de humanidad a última hora, el cuerpo está vestido con pantalones vaqueros y una camisa de cuadros, lo que le confiere un aspecto de maniquí infernal. John no es capaz de explicarlo, pero el disfraz hace que la escena luzca aún más espeluznante. No lleva zapatos ni guantes, observación que hace que John se fije en que a la mano derecha le falta el dedo anular. Tiene que tragar saliva cuando deduce que el miembro ha sido cercenado.

Se adentra en la estancia, donde el olor es penetrante, aunque sin llegar a apestar a podrido. Entonces reconoce el hedor. Es como cuando abres un horno que lleva horas encendido con restos de carne dentro, pero sin la sensación de calor. Muerte y química a la vez.

Aparte de eso, una extraña sensación. Algo así como una corazonada de que alguien ha estado ahí abajo hace unos pocos minutos.

Da un paso y se agacha para examinar el cuerpo del suelo. Por el tamaño, parece el de un hombre, aunque no puede asegurarlo, porque ha sido quemado hasta solo quedar la estructura ósea. Al pasar la luz por el cráneo tostado, deduce que ya estaba muerto cuando lo achicharraron. Un fuerte golpe se percibe en la zona trasera de la cabeza.

John se incorpora y da un paso atrás, mirando el cadáver, pensando que por fin lo ha encontrado. Él, un escritor de novelas de suspense afectado por el síndrome del impostor, acaba de dar con Abel Cardozo —lo que queda de él—, algo de lo que la policía no fue capaz en más de un año. «Aunque seguramente no es el desenlace que Guirao esperaba cuando me contrató», se dice, molesto por el amargo destino del hombre que nunca llegó a conocer.

Desde esa posición, se fija en que la esquina de lo que parece un papel sobresale del bolsillo de la camisa. Está agachándose para recogerlo cuando, de pronto, siente una alteración en el aire. A su espalda. Un escalofrío le recorre la médula al intuir que no se encuentra solo.

John se vuelve con el teléfono orientado hacia el frente. De golpe. Las tiritas es mejor arrancarlas de un tirón fuerte.

Sentimientos encontrados lo abrazan cuando su mirada se cruza con la del hombre de mechones rubios, camisa vaquera, plumífero y guantes de invierno, cuya página web lo ha llevado hasta allí. Por una parte, esperaba que fuera él. Ayer, durante la conversación mantenida en su salón, no guardó reparo en esconder el odio que profesaba a su viejo amigo. Ahora sabe que Sergio Palacios asesinó a Abel Cardozo. No obstante, ¿quemar su cuerpo? ¿Qué necesidad había? Lo bueno es

que John aún sigue vivo. Palacios, que ahora lo contempla tras los cristales de las gafas resplandecientes por la luz, no parece tener la intención de matarlo a él también. De querer hacerlo, ya lo habría intentado. Su semisonrisa, sin embargo, esconde algo.

—¿Así que fuiste tú?

No habla. Solo sonríe. A John no le gusta. Repasa lo que acaba de decir. Sigue sin gustarle. Palacios continúa sonriendo.

—¿Por qué lo hiciste, Sergio? Necesito saberlo.

Ahora ladea la cabeza, pero la sonrisa torcida parece esculpida en su rostro.

—¿Por qué me llamas Sergio?

John duda. Espera. De pronto, de una manera tan aterradora como inevitable, todo cobra, por fin, sentido. Yasmín se lo dijo: «Abel era una persona que daba importancia a los detalles».

Contiene el aliento. Él solo sonríe. Entonces John rompe el silencio con una pregunta ahogada:

—¿Tú?

53

4 de enero de 2021
Villa Pegaso, Hoyos del Espino, Ávila

Estoy sentenciado.

No es una manera de hablar, sino la más cruda e irrefutable verdad.

Sentenciado del todo.

Los últimos meses del año que tendría que haber sido el más maravilloso de mi vida han terminado convirtiéndose en una pesadilla, pero lo ocurrido esta mañana ha acabado por mandar mi vida al garete. Lo peor es que no hay marcha atrás, lo que he hecho no tiene solución, lo cual, supongo, lo descarta como problema. Es decir, los problemas, al menos tienen solución, ¿no?

Ni siquiera sé por qué estoy escribiendo esto. No creo que nadie lo lea nunca, aparte de mí. Supongo que necesito plasmar mis pensamientos en palabras, como si fuese una especie de autoterapia. «Escribe un diario —me aconsejó la psicóloga tras la muerte de Laura —, habla de lo que quieras, cualquier cosa, pero deja salir tus sentimientos». Bien, pues es lo que estoy haciendo ahora mismo. ¡Qué demonios! ¿Quién sabe? A lo mejor, escribiendo se me ocurre algo para salir de este callejón sin salida.

Aun así, por si estos papeles llegan a acabar en manos de alguien y ese alguien los lee, quiero que conste: yo no maté a Sergio Palacios. Supongo que es lo que todos creerán, es posible que mi nombre aparezca en los periódicos como el de un asesino: *Abel Cardozo, hijo adoptivo del presidente de la editorial Papyre y viudo de la cantante Sol Monroe acaba con la vida de su viejo amigo*. No puedo culparlos. Porque, en fin, teniendo en cuenta las evidencias, yo también lo creería de no haber estado allí.

Pero yo sí estuve allí. Sé lo que pasó. Y fue un accidente.

Vamos a ver, ¿por dónde empiezo?

Villa Pegaso. La familia Castro, con el millonario Fabián a la cabeza, vive aquí. Corrijo: viven en Marbella, pero están tan podridos de dinero que pueden permitirse este pedazo de mansión a modo de residencia vacacional. Hasta tienen contratado su propio personal de servicio. Una cosa de locos.

Desde hace unos dos meses, yo también vivo aquí. Conseguí convencer al señor Castro de que era el autor idóneo para escribir sus memorias, un tema que tiene al tipo bastante obsesionado. En realidad, me escogió por dos motivos: uno, que soy el difunto marido de Laura, su Sol Monroe, y creo que aún siente algún tipo de compasión hacia mí; y dos, que pedí muy poco dinero por el trabajo. Aunque esto último, al final ha cambiado por un dinero extra que me facilitó por un pequeño intercambio de favores que ahora no viene a cuento. Dicen que solo un pobre se preocupa más por el dinero que un rico, pero en el caso de Castro, no tengo claro que sea cierto. En resumen, llevo algunas semanas viviendo aquí, porque estoy redactando (abro comillas) las memorias de Fabián Castro. Aunque sobre eso ya escribiré otro día.

Villa Pegaso puede ser un lugar inmenso para una sola persona. Sí, estoy solo. La familia Castro, incluida la insufrible de la cría, Cecilia, viajó a Marbella la semana pasada para celebrar allí las fiestas. Creo que están pendientes de firmar un negocio relacionado con no sé qué festival, pero eso me importa un bledo. El caso es que los últimos seis días he convivido con el personal de servicio. Marta hace un estofado de rabo de toro que te mueres, pero creo que no le caigo muy bien. De todas formas, desde ayer tengo que preparar mi propia comida, porque ella y los demás se fueron a sus respectivas casas, en previsión de una tormenta de nieve que, según los informativos, va a caer en las próximas horas. Personalmente, no creo que sea para tanto.

Fabián, si algún día lees esto: pienso beberme todo el vino de tu bodega.

Supongo que ahora debería explicar cómo ha terminado el cuerpo de Sergio en el maletero de mi coche. Obedece a un absurdo malentendido. Y también a un golpe de suerte aún más absurdo el hecho de que yo esté vivo y él no.

Hoy es mi treinta cumpleaños, creo que no lo había comentado. Nunca he sido de montar grandes fiestas, principalmente porque nunca he tenido muchos amigos. Mentiría si dijese que no puedo contarlos con los dedos de una mano. Hagamos cuentas. Laura está muerta, así que un dedo menos. Aparte de ella, me quedan Yasmín y Sergio.

Yasmín es mi prima pequeña y hace años que no me habla (¿triste, verdad?). Yasmín, si llegas a tener acceso a estas líneas, de nuevo, lo siento. Siento mucho lo que pasó.

Así que solo me queda Sergio. Él es la única persona que diría que ha alcanzado galones de amigo en el transcurso de mi vida. Podría aburrir a quien lea esto a lo largo de varias páginas con historias sobre lo unidos que estábamos, Sergio y yo, durante la infancia y cómo lo

fastidiamos todo al terminar el instituto, pero no lo haré. No me siento de humor para revivirlo ahora mismo, estando su cuerpo todavía caliente. Bastará con decir que, de algún modo, Sergio me salvó de una vida solitaria entre los muros del instituto y que juntos compartimos algunos de los mejores años de nuestras vidas. Aun así, lo traicioné. Es así como se quiebran las relaciones más sólidas: perdiendo la confianza en el otro.

Como iba diciendo, hoy es mi cumpleaños, así que hace dos días contacté por separado con Sergio y Yasmín por correspondencia. Con mi prima utilicé el método convencional, la carta de toda la vida. Considero que tiene más impacto. ¿Quién no lee una carta que aparece a su nombre en el interior de su buzón? Con Sergio me vi obligado a tirar de correo electrónico, porque no conocía su dirección postal actual. Sabía que se había mudado a Talavera de la Reina, pero nada más.

En realidad, lo del cumpleaños no era más que una excusa. Necesitaba ver a ambos de manera urgente. Había descubierto algo muy gordo y tenía que contárselo a los dos. Sabía que mi hallazgo les destrozaría el corazón, como ha destrozado el mío, pero debían saberlo. Además, qué narices, necesitaba hablarlo con alguien. Una cosa así no te la puedes guardar para ti solo.

No quería sacar el tema en el pueblo, habría sido arriesgarse a que alguien se enterara, cosa bastante probable, sabiendo cómo vuelan los rumores por esta comarca. Y, por supuesto, no iba a meter a Sergio y Yasmín en Villa Pegaso, de modo que los cité cerca de aquí, en plena naturaleza. Pensé en el río, a su paso bajo el puente del Duque, como una buena opción para asegurarme de que conseguirían encontrar el lugar sin problemas.

Sergio ha llegado puntual. Ha sido extraño verlo de nuevo, como si tuviese frente a mí a un desconocido y al mismo tiempo como si nos hubiéramos visto ayer. No sabía cómo iba a reaccionar al verme. ¿Seguiría enfadado? ¿Estaría de luto por la muerte de su novia? Él siempre ha sido mucho más sensible que yo, así que estaba con pies de plomo en ese sentido. Los primeros minutos tras el reencuentro han sido tensos, pero enseguida hemos empezado a recordar por qué habíamos sido tan buenos amigos. Sergio era un bicho raro, no puedo decir lo contrario, pero también era un buen tipo. Honestamente, me he alegrado mucho de verlo.

Quien sí me ha dado plantón es Yasmín, algo que me ha hecho polvo en un principio. Mi prima siempre ha destacado por su orgullo y tozudez, pero algo en mí esperaba que apareciese. Me habría encantado verla. En cualquier caso, ahora me alegro de que haya ignorado mi invitación, porque, de haber hecho acto de presencia, lo más probable es que nos hubiera pillado a Sergio y a mí discutiendo.

O peleando. O, mucho peor, habría visto a Sergio sin vida.

Sigo dándole vueltas. ¿Cómo ha ocurrido? En un momento, Sergio y yo estábamos haciendo bromas como en los viejos tiempos y, sin verlo venir, se ha torcido todo. Creo que él ha dicho algo que me ha irritado. Sí, es algo que él hacía a menudo. Ahora lo recuerdo. Ha mencionado no sé qué sobre venir a vivir a Gredos para ayudarme a investigar la muerte de Laura. Definitivamente ha sido eso. Ayudarme a investigar la muerte de mi esposa. ¿Cómo ha podido decir algo así? ¿Intentaba provocarme? Como ya he dicho, Sergio era un bicho raro y a veces podía resultar demasiado… ¿cómo decirlo? Utilizaré la palabra *exasperante*.

Yo me he puesto a la defensiva y entonces han empezado los reproches. Laura siempre decía de mí que era de sangre caliente. Lorenzo también lo decía, así que supongo que es cierto. Aun así, todo habría ido bien si Sergio no hubiera empezado con sus típicas gilipolleces.

Él ha dicho algo sobre un email que yo le envié a su novia y en el que le hablaba sobre todo lo que le habíamos hecho a Joaquín Ortiz y que por culpa de ese email, ella había muerto y *bla bla bla*. Bajo mi punto de vista, eso no tiene ningún sentido, sobre todo porque fue él quien casi me obligó, tirando del chantaje puro y duro, a colaborar con él en la Operación Ortiz (el nombre es de cosecha propia).

Aun así, creo que hubiera perdonado su comportamiento si no me hubiese dado cuenta de lo que me he dado cuenta. Joder, casi me desmayo cuando he visto que le faltaba un botón en la cazadora. La policía encontró un botón exactamente igual en la habitación de Laura, la mañana que apareció muerta. Ya no sé qué pensar. Sigo creyendo que Sergio no mató a Laura, pero a veces solo hace falta una mínima duda y el calor de una discusión cargada de reproches, para que todo estalle por los aires.

Admito que lo he provocado a propósito. Quería sacarlo de sus casillas, ridiculizarlo. Pero no he llegado a ponerle las manos encima, que yo recuerde. Ha sido él quien me ha empujado, con tanta fuerza que he resbalado (recuerda que estábamos a la orilla de un río, donde hay piedras húmedas y el agua corre con fuerza) y he caído con la cabeza por delante. La ceja izquierda ha empezado a sangrar. Estaba asustado, así que me he levantado y he corrido a por él. No quería matarlo, eso que quede claro. Solo darle un escarmiento. Entonces él ha trastabillado. De repente sujetaba una piedra lo bastante grande para partir un coco por la mitad. Había perdido el juicio, podía verlo en sus ojos. Luego ha saltado hacia mí como un animal salvaje. Por suerte, he reaccionado en el último segundo y me he echado a un lado. No, eso es lo que diré en la versión oficial. Aquí diré la verdad y es que resbalé por los nervios. ¿Entiendes por qué te decía antes que

estoy vivo de milagro? Él había descargado el brazo con tanta fuerza, que sin duda me habría matado, pero al caer su brazo en vacío, su cuerpo ha perdido el equilibrio y ha aterrizado sin control.

Lo último que he visto ha sido su cráneo estampándose contra el borde del río. Es curioso como el agua puede teñirse de rojo tan rápidamente. Después he debido de perder el conocimiento, porque los siguientes minutos son un vacío negro en mi memoria.

Me ha despertado el sonido de un trueno. Cuando estás en el bosque a solas, un trueno puede retumbar como el estallido de una bomba sobre tu cabeza.

La tormenta había empezado. Yo estaba boca arriba, con las piernas sumergidas en el agua y una roca de la orilla clavada en la zona de los riñones. Al recuperar la consciencia, todavía hecho un cromo, me he llevado la mano a la zona de la cabeza (me palpitaba un montón) y al ver mi palma manchada de sangre he empezado a recordar. Y me he preguntado por qué no estaba muerto.

Al ser consciente de lo que había pasado, he constatado algo que me ha hecho muy feliz y también algo que me ha roto el corazón: yo había sobrevivido (¡gracias, Dios!) y Sergio había fallecido (¡maldición!).

Es cuando he sido consciente de que estaba jodido. Pero no podía quedarme con los brazos cruzados. Tenía que largarme de allí echando leches, antes de que Yasmín, si es que finalmente se presentaba, o cualquier excursionista, me pillara junto al cuerpo sin vida de Sergio.

He arrastrado el cadáver hasta mi coche. Cargar con más de setenta kilos (más el añadido debido a la ropa mojada) por un suelo irregular que era mezcla de gravilla, tierra, hierba y nieve, no es sencillo, puedo asegurarlo. Piensa en arrastrar cinco maletas medianas de viaje a la vez y podrás hacerte una idea. Por suerte, había aparcado mi coche relativamente cerca. Me ha costado lo mío aupar el cuerpo hasta el maletero, pero al final lo he conseguido. Ha sido una acción ruin y miserable, soy consciente, pero ¿qué alternativa tenía?

De vuelta en Villa Pegaso, me he desnudado, me he dado una ducha caliente y me he mirado por primera vez la herida de la ceja. Iba a necesitar puntos de sutura, porque la sangre seguía manando.

Por fortuna, Villa Pegaso cuenta con un excelente botiquín de emergencia y yo sabía dónde estaba. Una semana de aburrimiento en una gran mansión puede dar para mucho. Lo encontré por casualidad el martes, curioseando entre los armarios de la cocina. Fue el mismo día que descubrí esa cosa tan importante que quería compartir con Sergio y Yasmín. Me temo que el primero se ha quedado con las ganas de saberlo.

No tengo ni idea de primeros auxilios, pero cuando te ves en una emergencia, haces lo que sea por sobrevivir. Un lingotazo generoso de

tequila, limpiar la herida, tres grapazos y listo. La verdad es que me he hecho un buen estropicio, pero la herida ya no sangra. Tomaré antibióticos durante siete días y me quedará una fea cicatriz encima de la ceja, pero, aparte de eso, estaré bien.

Por extraño que parezca, una de las cosas que más me preocupaba era saber si Yasmín había acudido a la cita. Desde luego no había confirmado su asistencia y teniendo en cuenta lo enfadada que todavía debía de estar conmigo desde lo de Ortiz, no puedo decir que me extrañara. Pero soy un tipo optimista, de modo que no podía dejar de hacerme la pregunta. ¿Había asistido, finalmente? Y, de haberlo hecho, ¿cuál habría sido su reacción al no ver a nadie allí? De pronto se me ha ocurrido que quizá me había llamado o escrito. Todavía mareado, he salido del baño y he rebuscado en los bolsillos de mi ropa. Más preocupado, he vuelto al coche (evitando el maletero, ahora me da mal rollo) y he mirado en la guantera y bajo los asientos, por si se me hubiera escurrido del bolsillo del pantalón durante el trayecto de vuelta. Puedes imaginar el disgusto que me he llevado cuando he descubierto que he perdido el móvil.

Así que esta es la situación. Estoy solo en una mansión perdida en la sierra de Gredos. El cuerpo sin vida de mi amigo está en el maletero de mi coche y he perdido el teléfono móvil.

Si la policía lo encuentra, accederán a todo lo que guardo en él y después me detendrán, me condenarán por asesinato y me encarcelarán. Si encuentran restos de la sangre de Sergio, o de mi sangre, me buscarán aquí y encontrarán el cadáver, lo que derivaría en el mismo camino fatal. Si por alguna clase de milagro no encuentran nada de eso, en algún momento darán a Sergio por desaparecido, lo que activará un dispositivo de búsqueda que, eventualmente, los conducirá a mí. Y si salgo de la mansión y escapo con el cadáver, lo más probable es que me pillen; tengo que ser realista, no soy ningún Harrison Ford.

Así que sí. Estoy sentenciado.

Feliz treinta cumpleaños, chaval.

---

5 de enero de 2021
Villa Pegaso, Hoyos del Espino, Ávila

Vale, he dormido a pierna suelta esta noche y la cabeza ya no me duele tanto. Supongo que los antibióticos han empezado a hacer efecto. Mi frente tiene el aspecto de una calabaza, pero por suerte no hay nadie aquí para verlo. Por otro lado, no han venido a detenerme,

así que debo entender que nadie ha echado de menos a Sergio y si lo han hecho, no lo han relacionado conmigo. Como es lógico, el asunto me tiene bastante obsesionado, de modo que he puesto las noticias por si decían algo sobre lo sucedido ayer. Por lo que he podido ver, no han hecho referencia alguna. Bien.

Hoy he realizado una rápida inspección por la mansión para estudiar el estado de los suministros. La situación es optimista: el almacén está lleno de conservas y el congelador dispone de carnes, pescados, salsas y panes suficientes para que pueda subsistir aquí durante varios días sin necesidad de salir al supermercado del pueblo. No puedo arriesgarme a cruzarme con nadie que más tarde pueda identificarme, no, al menos hasta que decida lo que voy a hacer con el cadáver.

Fuera, la situación no es tan color de rosa. Ha empezado a nevar con fuerza y hace un frío del carajo. Menos mal que cuento con leña suficiente para prender la chimenea por unos cuantos días. En caso de necesidad, me trasladaré a las dependencias de los Castro, que cuentan con calefacción por suelo radiante, pero lo que tengo muy claro es que no pasaré frío en esta mansión.

Según termine de escribir, saldré a mover el coche y lo meteré en el garaje familiar, aprovechando que se han llevado el Porsche Panamera. Si la tormenta empeora, la nieve podría cubrir mi vehículo y no puedo permitirme tener bajo la nieve un cadáver al cual no disponga de acceso.

Acabo de caer en que todavía no he hablado sobre lo que encontré el otro día, aquello que quería compartir con Sergio y Yasmín, ayer. Supongo que no tiene sentido seguir ocultándolo, así que allá va.

Cuando falleció Laura, empecé a padecer de insomnio. La psicóloga me dio algunos consejos útiles para conciliar el sueño, pero aún hoy, hay noches que me cuesta. No es plato de buen gusto permanecer la noche entera con los ojos abiertos, fijos en los viejos travesaños del techo, mientras circulan por delante de tus retinas imágenes de tu mujer en la bañera y con las venas abiertas.

Gracias al insomnio, no obstante, me enteré de todo. Esa noche el viento soplaba con fuerza. En algún rincón de la mansión, una ventana mal cerrada imitaba el aullido de un animal herido, así que lo de dormir estaba más que descartado. Yo me encontraba completando mentalmente las alineaciones de España en la historia de los mundiales, cuando oí un ruido que provenía del exterior. Al principio di por hecho que el vendaval había arrastrado algo en el jardín, pero aun así decidí incorporarme y echar un vistazo a través de la ventana, por la simple razón de hacer algo.

Eran poco más de las tres y media de la madrugada, así que

imagina mi sorpresa cuando vi la sombra de una mujer atravesando el jardín. La luz de la luna, casi llena, me permitió identificar a aquella cuya falda de la bata se agitaba incontrolada por el viento. Era Carmen Castro y portaba una carpeta de anillas bien sujeta contra el cuerpo. Tuve que abrir la ventana y asomarme para conseguir el ángulo que me permitiera ver adónde se dirigía: el establo. Se perdió dentro y estuvo unos pocos minutos, no muchos. Cuando salió y volvió a cruzar el jardín para regresar al ala principal de la mansión, ya no llevaba la carpeta consigo.

¿Qué contenía esa carpeta para que doña Carmen decidiera guardarla en el establo?, me pregunté. Si lo había hecho a las tantas de la madrugada, solo podía ser por una razón: no quería que nadie lo supiera, puede que ni siquiera su marido.

Contaba con un nuevo motivo, esta vez uno de peso, para no pegar ojo esa noche. No podía quedarme así, tenía que descubrir qué se traía entre manos esa mujer.

Y lo hice, claro. Ahora te lo cuento.

Al día siguiente, aprovechando que el matrimonio Castro había viajado a Madrid de compras y que Cecilia se encontraba de ruta con la yegua, me acerqué al establo. Después de varios minutos buscando entre la mierda de caballo (literal), me di por vencido. Allí no había nada que se pareciera a una carpeta. ¿Qué estaba pasando?

Soy un tipo inquieto, curioso y tozudo. Cuando se me mete algo en la cabeza, es difícil hacerlo salir. Por eso, cuando al cabo de tres días, Carmen Castro irrumpió en el despacho de Fabián en mitad de una de nuestras sesiones para comunicar a su marido que esa mañana iría a Ávila a hacer unos recados, la punta de mi nariz detectó cierto tufo a chamusquina.

Puse una excusa a Fabián para terminar la sesión apresuradamente y seguí con mi coche a la señora Castro. Por supuesto, ella no reparó en mí (no soy un Harrison Ford, pero tengo mis momentos). Aparcó el Mercedes en el centro de Ávila y se metió en un hotel de poco lustre, si tenemos en cuenta su categoría. De nuevo, eso me olió mal. La seguí adentro.

No reservó una habitación ni llamó al ascensor. Se limitó a entrar en el bar junto al vestíbulo (cuatro mesas mal distribuidas junto a una barra de madera), donde pidió un café con leche. Se sentó a una mesa a esperar. Yo me quedé observando atento tras una columna, desde el otro extremo del bar. Me había dejado puestas las gafas de sol y llevaba mi gorra de los Yankees, así que me vi a mí mismo como un detective privado. Si has leído los cómics de Jessica Jones, en ese momento yo me sentía un poco como la versión masculina de Jessica.

Por poco lo mando todo al carajo con el grito que ahogué cuando apareció Lorenzo acompañado de Tomás. Es posible que hayas oído

hablar de Lorenzo Guirao. Es el presidente de la famosa editorial Papyre y también es mi padre adoptivo, con quien no me hablo por temas que no vienen a cuento. Tomás Moreno es su abogado. Un hombre de pelo grasiento, que ese día, en contraposición a su habitual vestimenta basada en un sencillo traje con corbata, calzaba unas repugnantes botas de piel de reptil y llevaba los gruesos dedos llenos de anillos. ¿Qué hacían Lorenzo y Tomás reuniéndose clandestinamente con la mujer de Fabián Castro? No me cuadraba. Con ellos iba un tercer hombre, bajito, panzón y con una sonrisa que invitaba a ser borrada de un bofetón a mano abierta. No me sonaba de nada.

Los tres pidieron en la barra y después saludaron a la señora Castro sin llamar la atención, casi mediante sutiles gestos faciales. Se sentaron con ella a la mesa. La misteriosa reunión no duró ni dos minutos. En ese tiempo, en el que ninguno probó su café, pude ver como ella entregaba un sobre del tamaño de un folio a cada hombre, para posteriormente recibir su propio sobre, este más pequeño, pero más acolchado, de manos de Tomás.

Apenas se despidieron cuando se levantaron de la mesa. A ojos de cualquiera, solo eran cuatro adultos apurando un desayuno antes de empezar el día. Estuve tentado de seguir a Lorenzo y Tomás de camino a su vehículo. Hasta pensé en seguir al tercer hombre, a quien Lorenzo había llamado Morata cuando se dijeron adiós. Finalmente opté por ceñirme al plan y conducir tras el Mercedes que manejaba la señora Castro. No hubo más donde rascar. Condujo hasta Villa Pegaso, donde volvió a reunirse con su marido, justo a tiempo para compartir mesa durante la comida.

Mira, te diré lo que pasaba por mi cabeza. Pasaba que esos cuatro se traían un chanchullo entre manos, del que Fabián no sabía nada. Que los sobres que ella había repartido contenían documentos de valor, lo que a su vez daba sentido a mi otra sospecha: el sobre que se había llevado doña Carmen estaba lleno de algunos buenos fajos de billetes. De ahí que volviera tan satisfecha. Dinero negro. Dinero sucio. Todo eso pasaba por mi cabeza. Y no me equivocaba, como confirmé después. Solo me faltaba descubrir el tipo de negocio con el que se estaban lucrando esos cuatro.

Demonios, estaba tan excitado que apenas podía contenerme. Afortunadamente, no tuve que esperar mucho.

A los pocos días, la familia Castro abandonó Villa Pegaso y me dejó aquí solo con el personal de servicio. Ya nos estamos acercando al final.

Aproveché mi relativa libertad en la finca para volver al establo. Ella había guardado esa carpeta en algún rincón de ese lugar y yo pensaba encontrarla. Algo me decía que la carpeta contenía

información sobre el misterio encerrado tras el enigmático encuentro en Ávila.

Pisé algo en la parcela destinada a Bella, la yegua de la hija de los Castro. Era como una anilla gruesa y dura, algo que no debería estar ahí. Los caballos me infunden mucho respeto desde que uno de ellos pudo con el mismísimo Superman (llámame friki), así que puedes creerme si te digo que casi me lo hago encima cuando me coloqué bajo su colosal cuerpo, aparté el forraje y descubrí la trampilla, que a su vez custodiaba una moderna escotilla con un panel digital que pedía una contraseña de seis caracteres. ¡Bingo! Sin saberlo, la imponente Bella se había convertido en la guardiana del secreto mejor guardado de Carmen Castro.

Ahora sé, porque conseguí abrirla, que la trampilla conduce a un búnker subterráneo. Me pregunto si Fabián es consciente de su existencia, o si por contra, el refugio forma parte del oscuro secreto de su mujer. Personalmente, apuesto por lo segundo. Fabián puede ser un verdadero cabronazo en lo que a temas de negocios y dinero se refiere, como ya quedó demostrado aquella vez que fue a por el cocinero por meterse con su hija, pero no es tan listo como ella. Para empezar, doña Carmen lo mintió el día que se reunió con Lorenzo, Tomás y el tal Morata en el hotel de Ávila. Además, Fabián llegó a confesarme, en alguna sesión de trabajo para la biografía, que la mansión había sido un capricho de su mujer y que ella se había encargado personalmente de diseñar la reforma que incluía (¡premio!) la construcción del establo.

Aunque estoy licenciado en periodismo, mi gran don es, aparte de la imitación, la resolución de jeroglíficos y acertijos. No es por fardar, pero, de existir una competición federada de sopas de letras, mi nombre estaría sin duda entre los favoritos de las casas de apuestas. El periodismo me trajo aquí y mis extrañas aficiones podrían ayudarme a salir.

Gracias a una de ellas resolví el enigma de la contraseña que abre la compuerta del establo.

Por lo que he podido comprobar, Carmen Calvo se cuida mucho de no repetir dicha contraseña en dispositivos electrónicos y otras cajas de seguridad. Lo confirmé una vez que había adivinado los seis caracteres de la contraseña. Dediqué toda una tarde a introducirla allá donde se solicitaba una combinación: la caja fuerte, el iPad… Efectivamente, esa contraseña solo abre la compuerta que hay bajo las pezuñas de Bella. Con lo que no contaba doña Carmen era con la grasa.

Sí, me has leído bien.

Toda piel humana, también la de los multimillonarios, está cubierta de una fina capa de grasa, en especial en los dedos de las

manos. Teniendo eso en cuenta, solo tuve que analizar la pantalla táctil de seguridad de la trampilla y encontrar los caracteres donde la pantalla estaba manchada de grasa. Eran seis. En orden alfabético: E-H-I-M-O-R.

A partir de ahí, ordenar las letras en una palabra que tuviera cierto sentido resultó pan comido para alguien que había pasado su adolescencia resolviendo anagramas, especialmente si la palabra resultante forma parte de un episodio imborrable, como fue mi caso. La combinación que abre la compuerta que da al búnker del establo coincide con la palabra que llevaba tatuada Joaquín Ortiz en el antebrazo, el día de la Operación Ortiz.

HIMERO

¡Demonios, pero si soy un genio! ¡Mucho ojo con mi memoria fotográfica!

No he vuelto a bajar al búnker desde esa vez. Según descendía los peldaños, pensé en el policía austriaco que en 2008 descubrió el sótano donde Josef Fritzl, más conocido como el Monstruo de Amstetten, había mantenido recluida durante más de dos décadas a su propia hija, a quien tenía sometida sexualmente y con la que además había tenido varios hijos. ¿Seré yo recordado también como un sádico villano, como Josef Fritzl, por asesinar a mi amigo de la infancia y guardar su cuerpo en el maletero de mi coche? A lo mejor me acaban llamando el Monstruo de Gredos. No me gustaría, la verdad. No me parecería justo.

El refugio de Carmen Castro no es más amplio que un cuarto de baño típico Una sala diáfana de cemento, con una triste bombilla desnuda y fundida oscilando en el techo. Es más bien un trastero subterráneo, en realidad. Con la diferencia de que en un trastero suelen guardarse cosas, normalmente cachivaches que nadie vuelve a utilizar jamás y este estaba vacío. Cuatro paredes vacías, sin estantes, sin ventilación ni iluminación. Imagina una caja lisa, blanca y hueca y tendrás una imagen muy aproximada de lo que me encontré ahí abajo. Si cerraba la trampilla, quedaba totalmente a oscuras. Por suerte, aún era de día cuando bajé, lo que me permitió ver la carpeta que alguien había dejado tirada en el suelo. Era la carpeta de anillas que doña Carmen llevaba apretada contra su pecho, la noche que la pillé cruzando el jardín de esa forma tan sospechosa. Ahora veía las dos iniciales que había impresas en la cubierta:

H.H.

No detallaré aquí el contenido de la carpeta, pues es algo que podría salvarme la vida, llegado el caso. Nunca se sabe quién acabará

leyendo esto y quiero guardarme ese As en la manga. Solo diré que me cambió de forma radical el concepto que tenía de Lorenzo, mi padre adoptivo. También de Tomás y de Carmen Castro, igualmente implicados. Así como lo están, ese tipo al que llaman Morata (ahora sé que se llama José Ramón; demonios, sé hasta sus gustos sexuales) y también Joaquín Ortiz (digamos que José Luis Cava tenía razón respecto a la muerte de su hija). Cinco nombres que, de hacer público el contenido de la carpeta, irían directamente a prisión y se quedarían allí hasta que estiraran la pata.

Es eso, el detalle de lo que hacían Lorenzo Guirao y los demás bajo el nombre de Hijos de Hímero, lo que intenté compartir con Sergio y Yasmín el día de mi cumpleaños, bajo el puente del Duque. Creo que a Sergio le hubiera gustado saber que José Luis Cava tenía razón respecto a lo que ocurrió las horas previas a la muerte de su hija Carlota y también que estábamos en el bando correcto cuando dimos caza a Joaquín Ortiz.

En cuanto a Yasmín, pobrecita, sé que le habría hecho polvo saber que su tío, aquel que le confió la librería, es en el fondo un ser despreciable, capaz de las fechorías más repugnantes imaginables. Pero merecía saberlo. Todavía merece saberlo.

Ojalá pudiera hablar con ella y contárselo todo. Estoy sin mi móvil, cierto, pero aún cuento con los teléfonos fijos que hay distribuidos por la mansión y también tengo mi ordenador portátil con conexión a Internet (por ahora, espero que la tormenta no me prive de eso también). Podría conectarme ahora mismo, o levantar un auricular y contactar con ella. Y si se negara a hablar conmigo, siempre podría enviarle un email explicándoselo todo. Pero no debo hacerlo. Ella no debe saber lo que pasó ayer. Nadie debe saberlo.

Ojalá nadie me busque nunca ni me eche de menos.

Ojalá pudiera desaparecer.

Se ha hecho tarde. Llevo escribiendo más de una hora y me duelen los dedos, así que voy a cenar algo. Es de noche y hace frío. No me apetece salir a meter el coche en el garaje. Ya lo haré mañana. Todavía no sé qué voy a hacer con el cuerpo de Sergio, pero hoy no me apetece pensar más, me encuentro cansado.

Ahora que lo pienso, esta noche es la noche de Reyes. Espero que me traigan un regalo en forma de milagro.

---

6 de enero de 2021
Villa Pegaso, Hoyos del Espino, Ávila

Los Reyes Magos me han traído una nevada colosal. No es el milagro

que esperaba, pero tampoco es carbón. Cuanto más inclementes sean las condiciones meteorológicas, más difícil lo tendrá la policía para buscar a Sergio. También para llegar aquí. De hecho, los caminos de acceso empiezan a estar bloqueados por la nieve. Hay que ser positivo.

Por poco la preparo buena con el coche. Nada más levantarme he salido a meterlo en el garaje y ¿con qué me he encontrado? Pues con que ya lo cubría una buena capa de nieve que me ha llevado más de una hora quitar. El segundo sobresalto ha sido cuando el motor no ha arrancado a la primera. Entre unas cosas y otras voy a morir de un infarto. Menos mal que al final ese viejo trasto ha respondido y ya está a buen recaudo dentro de las paredes de la mansión.

No me he atrevido a abrir el maletero. No quiero enfrentarme al cadáver de Sergio. Aun así, he percibido un leve tufillo que salía de ahí dentro. Como no decida pronto lo que hacer con él, voy a tener un problema serio de higiene.

La operación *Desentierra tu coche* me ha dejado agotado, así que he dedicado el resto de la mañana a hacerme con la mansión. Una de las pocas cosas positivas que tiene estar aquí solo es que puedo curiosear las pertenencias de una familia multimillonaria, sin miedo a que me descubran.

Casi suena como el argumento de un *reality* americano.

La primera estancia que he hecho mía es el despacho de Fabián. Ya había estado allí otras veces (es donde llevábamos a cabo las sesiones para el libro) y supongo que me llamaba la atención. Desde el primer día que atravesé esa puerta ya pensé que el mobiliario robusto tenía pinta de haber costado una millonada. La ventana muestra una vista increíble a la sierra, aunque esta mañana la panorámica de la zona se parecía a esos escenarios de las películas apocalípticas, donde se ve cómo quedará todo después de la bomba. Sé que solo es nieve, pero no soy muy amigo de la nieve, qué le vamos a hacer. Y luego están esas paredes. Me dan mal rollo, siempre me han provocado esa sensación. Están empapeladas en un color que probablemente tiene algún nombre elegante como «Rioja», pero que a mí me recuerda a la sangre.

Creo que la verdadera razón por la que he ido directo a ese despacho es el tablero de ajedrez que Fabián tiene junto a la ventana. Como aficionado al ajedrez y tipo de gustos sencillos en general, no envidio el Porsche de los Castro, la mansión familiar ni la colección de caballos, pero ese tablero de coleccionista ejerce algún tipo de atracción sobre mí. Sí, sin lugar a dudas me lo llevaría conmigo.

He echado un par de partidas contra mí mismo y me he deprimido un poco escuchando la colección de Los Bravos de Fabián. El hombre es todo un melómano de la música de los años sesenta. Tras curiosear entre sus vinilos, he decidido subir mi estado de ánimo con lo mejor de Nancy Sinatra. Resulta que el tocadiscos de Fabián está conectado

vía *bluetooth* a los altavoces de toda la casa gracias a un sistema de domótica que no soy capaz de comprender, así que he terminado bailando *Summer Wine,* al más puro estilo Travolta en su papel de Vincent Vega, sobre la mesa de comedor. Llamarlo patético es poco.

En fin, creo que ya basta de Ermitaño Abel por hoy.

Ah, dicen que han asaltado el Capitolio estadounidense. ¡Qué fuerte!

Solo una cosa más. Cansado de la música sesentera de Fabián, he terminado hurgando en el material que Cecilia guarda en su habitación. Así de bajo he caído, rebuscando como un perro callejero en el disco duro de una adolescente como si fuesen las sobras de la cocina de un restaurante de comida rápida. A ver qué gustos tenía.

Realities, programas de televisión basura y telecomedias para chicas. Esos gustos tenía el angelito. Infinidad de gigabytes de porquería.

Qué se le va a hacer. Los perros callejeros no podemos elegir. Que sea *Gossip Girl*.

---

7 de enero de 2021
Villa Pegaso, Hoyos del Espino, Ávila

Daría lo que fuera por un ceviche de salmón.

---

8 de enero de 2021
Villa Pegaso, Hoyos del Espino, Ávila

Hoy he tenido una idea magnífica. Mi obsesión por el ceviche me ha hecho soñar con pescado crudo, así que me he despertado pensando en pescaderías y en cómo mantienen los peces frescos en el mostrador. Utilizan hielo. El frío reduce los tiempos de descomposición de los cuerpos sin vida, es de primero de National Geographic.

Por suerte, hielo es lo único que me sobra aquí. ¡Será por hielo!

Así que he bajado al garaje con el cubo de la fregona y me he puesto manos a la obra. En menos de media hora ya tenía el maletero cubierto de nieve. Mañana se habrá derretido y tendré que volver a empezar, pero es mejor que quedarse de brazos cruzados.

De hecho, no sé si no he actuado demasiado tarde. El olor que ha salido del maletero y que casi me ha hecho vomitar, me indica que ha empezado a formarse vida en el cuerpo de Sergio.

La biología puede ser un verdadero asco.

En otro orden de cosas, esta tarde han llamado al teléfono fijo de la mansión, lo cual es raro, porque en todas las semanas que llevo viviendo aquí, no he oído el timbre de ese cacharro ni una sola vez.

No hace falta que diga que no lo he cogido y desde entonces me siento intranquilo.

¿Quién habrá llamado? ¿Sería alguien que buscaba hablar conmigo? De ser así, significaría que ya han empezado a notar mi ausencia. Mi móvil debe de estar echando humo. Es una forma de hablar, porque hace días que se habrá quedado sin batería. Me doy cuenta de que estoy divagando, escribiendo bobadas sin sentido y es porque estoy nervioso. ¿Estaré actuando como un paranoico?

Ya no sé qué pensar.

Por lo demás, creo que tengo una idea para esconder el cuerpo de Sergio y que nadie lo encuentre jamás. Es una locura hasta para plasmarlo por aquí. Tengo que darle vueltas. Todavía no sé qué haré.

Vaya. Me voy a acostar.

Me pregunto cuándo dejará de nevar.

---

9 de enero de 2021
Villa Pegaso, Hoyos del Espino, Ávila

Soy un pijo andaluz. Me educó una familia católica de clase alta y obtuve el grado de periodismo en la Cámara de Comercio de Sevilla. Unos pocos de los que estudiaban conmigo, los que menos, eran *hippies* que creían factible un sistema en el que todo es de todos. Pasaban la mayor parte del tiempo fumando maría e ideando maneras nuevas de cuidar el planeta y combatir el cambio climático. No nos llevábamos bien. Yo solo quería empezar a trabajar y construirme una carrera como periodista, no perdía el tiempo en esa bobada del Nuevo Orden Mundial.

Cuando organizaban huelgas y protestas si la policía desalojaba a algún *okupa*, me reía de ellos en su cara. «¡Mirad! ¡Pero si son los salvadores del mundo!», les gritaba.

Ironías de la vida, ahora yo soy uno de esos *okupas*. Estoy viviendo en la casa de otro durante su ausencia. Comiendo su comida. Bebiendo su vino. Y escuchando su música.

Los informativos dicen que el país atraviesa el mayor temporal de nieve de las últimas décadas. Hasta le han puesto nombre: Filomena. ¿De quién fue la manía de poner a todas las catástrofes nombre de mujer? Seguro que de un cornudo despechado. El Ministerio de

Interior ha activado la Fase de Emergencia y dicen que Madrid está colapsado y que el alcalde ha aconsejado a los ciudadanos no salir de las casas. Así que, si ese es el estado de la capital, puedes imaginar cómo está la sierra. Mirar por la ventana es como observar un manto blanco.

Aquí, en mi particular burbuja, las cosas se complican por momentos. Esta tarde han llamado a la puerta mientras me estaba metiendo trescientos gramos de solomillo de ternera entre pecho y espalda.

Ayer el teléfono y hoy directamente la puerta. Son demasiadas señales de alarma.

No he sido tan estúpido de acudir a abrir. En lugar de eso, he subido a la habitación de Cecilia Castro, en la segunda planta y he corrido las cortinas, con cautela, para ver qué se estaba cociendo ahí fuera.

Tras la verja había un hombre de pelo alborotado y tez enrojecida, que no me sonaba de nada. Mientras lo observaba, él trataba de estirarse por encima de la verja para distinguir algo (o a alguien), por supuesto sin éxito. Junto a él había un tractor. Cómo no, debí haberlo imaginado. Filomena ha puesto el país patas arriba y ha obligado a cortar prácticamente todas las carreteras, pero un tractor bien equipado puede con una capa decente de nieve. ¡Disponer de un tractor en estos días es como gozar de un superpoder!

Ha llamado una segunda vez antes de darse la vuelta, subirse a su tractor y perderse pendiente abajo.

No son para nada buenas noticias. Está claro que me están buscando. Por ahora estoy solo y puedo atrincherarme aquí dentro, pero en cuanto pase el temporal y la nieve empiece a derretirse, dejando libres las calzadas y los caminos, el personal del servicio volverá a instalarse en Villa Pegaso. Y más me vale que para entonces haya encontrado una manera de deshacerme del cuerpo, sin levantar sospechas.

Soy periodista, maldita sea. Se supone que dispongo de más ingenio que la media. Debería poder encontrar una forma de salir de este callejón sin salida. Si no lo hago, seré un periodista realmente jodido, dentro de muy poco.

Y sigo sin saber qué voy a hacer con el cadáver. Estoy empezando a agobiarme de verdad.

Da igual. Es un problema que afrontaré mañana.

Esta noche veré un nuevo capítulo de *Gossip Girl*. Anoche me quedé dormido en mitad del episodio en el que Jenny se ve expuesta, en el juego de *Verdad o desafío,* durante la *pijamada* de Blair.

10 de enero de 2021
Villa Pegaso, Hoyos del Espino, Ávila

¿Recuerdas que el otro día se me ocurrió una idea loca para esconder el cuerpo de Sergio? Es un plan terriblemente estúpido. Y digo estúpido en serio. Pero no tengo elección. Me estoy quedando sin ideas y sin tiempo. Si el temporal remite y la actividad vuelve a Villa Pegaso, lo encontrarán más pronto que tarde y será un humillante *Game over* para mí.

Llevo todos estos días obsesionado con un lugar donde llevar el cadáver de forma que nadie lo llegue a encontrar nunca. Pero es un problema con un fallo de base. ¿Dónde lo iba a esconder? Suponiendo que lograra la forma de mitigar el olor a causa de la descomposición, el cual, por cierto, empieza a ser insoportable, tarde o temprano acabarían encontrándolo.

Maldita sea, con la de películas sobre asesinatos que me he tragado a lo largo de mi vida, podría habérseme quedado algo.

Pero esto es la vida real, no Hollywood.

Veamos, ¿cuáles son las alternativas? Se me ha ocurrido que podría enterrarlo bajo la nieve, pero en cuanto llegaran las buenas temperaturas, esta se derretirá, dejando el cuerpo a la vista. *Game over*.

Otra opción es arrojarlo al río. Sería una buena idea si me encontrara cerca de la costa, pero es del todo imposible que la corriente del río arrastre el cuerpo hasta el mar a lo largo de cientos de kilómetros. Mucho antes de llegar, quedaría atascado entre alguna rama del cauce y alguien lo encontraría. De nuevo, *Game over*.

Y luego está, bueno, la idea estúpida.

Dicen que, si deseas esconder algo, debes ponerlo frente a los ojos de aquel a quien se lo quieres ocultar. Vale, me lo acabo de inventar, pero hay algo de verdad en ello. Es así como lo hacen los ladrones más habilidosos. En lugar de esconderse y actuar por detrás, lo que levantaría todo tipo de sospechas, van de frente, se hacen amigos tuyos y te roban en la cara, porque, ¿quién iba a sospechar de alguien así?

Recuerdo el caso del ejecutivo de la energía eólica al que secuestraron hace unos años. Yo me encargué de cubrir la noticia personalmente, fue uno de mis primeros trabajos para la redacción para la que curré nada más salir de la facultad. Lo habían embalado y almacenado en una caja de uno de sus propios contenedores. El ejecutivo en cuestión había muerto asfixiado. Yo estaba presente cuando lo encontraron. Desde entonces, siempre imagino que dentro de cualquier espacio cerrado puede haber personas vivas, esas que desaparecen sin explicación, a pocos metros del lugar donde se

encontraban, encadenadas en la oscuridad, luchando por librarse de la mordaza.

La gente suele decir que este mundo está loco. No tienen ni idea.

Siguiendo esta teoría, he pensado esconder el cuerpo de Sergio en Villa Pegaso. Bajo el establo, concretamente, donde nadie, salvo Carmen Castro, mirará nunca, porque solo ella conoce la existencia del búnker. Solo hay un pequeño problema: ¿qué pasará cuando ella baje y encuentre el cadáver de un desconocido? Aquí se plantean dos posibilidades:

Uno, que la señora Castro, por miedo a que la policía inicie una investigación que desembocaría en todo tipo de preguntas incómodas en relación con el sótano secreto, decida mantener silencio y no denunciar nada. Entonces el cuerpo de Sergio pasaría a ser su problema.

Y dos, que doña Carmen le hable del hallazgo únicamente a Lorenzo (él si conoce la existencia del búnker). En ese caso, Lorenzo acabaría deduciendo que yo sigo vivo. Me buscaría. Me encontraría. Y terminaría sabiéndose la verdad.

La opción uno me convertiría en un hombre libre. La dos, en un presidiario.

A lo mejor debería confesar. Contarlo todo. Explicar que la muerte de Sergio fue un accidente y que actué en defensa propia, cosa que es absolutamente cierta. El problema es que no puedo demostrarlo. Seguro que aún quedan huellas de sangre, tanto de Sergio como mías en el río y, teniendo en cuenta nuestro historial como amigos (no hemos sido precisamente Chandler y Joey), nadie creerá mi versión.

Ni hablar, no pienso entregarme. Son demasiados ingredientes para que me sentencien en un tribunal.

Como los problemas nunca vienen solos, hoy me he dado cuenta de que el coche de Sergio sigue en el bosque desde el día de mi cumpleaños. Es un contratiempo, porque cuando pase el temporal y el bosque vuelva a estar transitable, será cuestión de tiempo que lo encuentren. Y no puedo permitir tal cosa. Las llaves del coche y su documentación están en el pantalón de Sergio, así que tengo que hurgar en las posesiones de un cuerpo en descomposición, para salvar mi culo. Y tengo que hacerlo más pronto que tarde. Eso, o me pillarán. Puta vida. Solo espero que ese trasto siga teniendo batería.

Han vuelto a llamar al timbre. Joder.

Voy a comprobar quién es esta vez.

Hay un todoterreno de la Guardia Civil aparcado ahí fuera. Ahora sí que estoy en problemas de verdad.

No voy a conseguir que se rindan como pasó ayer con el tipo del

tractor. Llevan un buen rato fuera, llamando sin parar y no parecen dispuestos a marcharse. La cosa es más seria de lo que imaginaba. Supongo que Lorenzo y Yasmín estarán moviendo cielo y tierra para encontrarme. En parte, me siento mal por ellos.

Pero ahora tengo que pensar en algo… y deprisa. Oculto tras las cortinas de Cecilia los he visto hablar con alguien. Era una mujer. Se parecía a Marta, pero ¿qué pinta Marta con la Guardia Civil? No tiene sentido.

En cualquier caso, me parece que están preparándose para alguna acción, lo cual me acojona.

Espera… ¿qué ha sido eso?

¡La verja se está abriendo!

Dios…

---

11 de enero de 2021
Villa Pegaso, Hoyos del Espino, Ávila

¡Sigo aquí! Faltó muy, muy poco para que esa pareja de guardias civiles me pillara, pero ¿qué puedo decir? Supongo que actué rápido y tuve suerte.

Al final sí era Marta la mujer que estaba hablando con los oficiales tras la verja de entrada. No había caído en que ella tiene llaves de la casa. Es la clase de despiste que podría costarme muy caro. Seguramente la Guardia Civil llamó a Castro por teléfono, y él les dio el contacto de la asistenta. Puedo imaginarme la conversación.

«¿Sí?»

«Es la Guardia Civil. Llamamos desde su finca de Hoyos del Espino».

«¿Hay algún problema?»

«Abel Cardozo ha desaparecido».

«¿Quién?»

«Cardozo. Nos han dicho que vive en su mansión porque está escribiendo sus memorias. ¿No es así?»

«Ah… ese chico. Sí. ¿Y qué pasa?»

«Nos gustaría echar un vistazo en la finca, si no tiene inconveniente».

«Por supuesto, no hay problema».

«¿Cómo podemos entrar sin tirar la verja abajo?».

Que me cuelguen si la conversación no transcurrió más o menos así. Seguro que la amenaza de derribar el acceso de su preciosa mansión hizo que a Fabián se le apretara el culo y pensara en algo rápido. Supongo que se le ocurrió la solución más sencilla: involucrar

a Marta, poseedora de un juego de llaves, y permitir así la entrada de los agentes sin necesidad de utilizar la fuerza bruta.

Total, que ayer la Guardia Civil entró en Villa Pegaso de la mano de la asistenta. Por fortuna soy un hombre moderadamente ordenado, así que había pocas cosas a la vista que pudieran desvelar que llevo una semana viviendo aquí solo. Para cuando atravesaron la puerta principal, ya había recogido la mesa y silenciado a Dylan, que en ese momento ambientaba mi tiempo de almuerzo cantando a través del hilo musical, sobre una mujer que bebe champán en el regazo de un hombre que se encuentra atrapado en el lugar equivocado. Imposible dar más en el clavo, Bob. El solomillo todavía lo tenía a medio comer y no podía tirarlo sin más (comida caliente en la basura es sinónimo de una casa con vida en su interior), de modo que me metí la rodaja en el bolsillo del pantalón (¡qué desperdicio!).

Respecto a mí, conseguí esconderme en el último segundo. ¿Adivinas dónde? Exacto: bajo el establo. No sé cuánto tiempo estuve esperando ahí dentro, pero cuando salí ya era de noche. Los agentes se habían ido y la mansión volvía a ser toda mía. Me di una ducha y me acosté. No estaba de ánimos para nada. Tampoco para *Gossip Girl*, ahora que Dan y Serena han roto.

No hay duda, tengo que largarme de aquí ya mismo. Si la Guardia Civil puede entrar a la finca cuando quiera, ya no estoy seguro. Es decir, podría hacer guardia en la ventana de Cecilia las veinticuatro horas del día y esconderme en el refugio cuando alguien se acercara a la casa, pero eso no es vida. ¡Se acabó! Es momento de marcharse.

Esta mañana me ha despertado una idea para hacer desaparecer el cuerpo de Sergio. Atención, porque es importante.

En la primera temporada de *Breaking Bad*, serie de la que soy fan, Walter White y Jesse Pinkman descomponen el cadáver de un narcotraficante en su propia casa, metiéndolo en una bañera llena de ácido fluorhídrico. Lo recuerdo bien, porque es una escena icónica de la serie. Al final, el ácido no solo se come los restos orgánicos del narco, sino también la bañera y el propio suelo de la casa. Más tarde, Walter, que es profesor de química en el instituto, explica que lo único que el ácido fluorhídrico no puede traspasar es un contenedor de plástico específico.

Estarás pensando que no tengo ni ácido fluorhídrico ni un contenedor de plástico y tienes razón. Pero cuento con leña y una chimenea.

Lo he buscado en Internet. Durante el proceso de calcinación de un cuerpo, un horno crematorio puede alcanzar temperaturas de hasta novecientos ochenta grados centígrados. Vale, no dispongo de un horno crematorio. Sin embargo, se estima que, por debajo de

seiscientos, si bien el fuego no es capaz de desintegrar un cuerpo, sí puede dejarlo relativamente difícil de identificar.

He pensado que Sergio y yo compartíamos rasgos físicos, edad, sexo y raza. Él era un poco más alto y fofo y, siendo honestos, mi nariz es más respingona. Pero nada que un buen revolcón entre las brasas no pueda disimular. Cuando la señora Castro baje al búnker y encuentre el cuerpo calcinado, creerá que soy yo. Por su bien, imagino que no dirá nada, pero si lo hace, lo más que puede pasar es que me den por muerto. Supongo que un análisis riguroso de ADN en un laboratorio podría demostrar que el cuerpo es el de Sergio Palacios, pero quiero pensar que no llegarían a tal punto. En cualquier caso, merece la pena correr ese riesgo.

Tengo que estar muy seguro de lo que voy a hacer, porque cuando me vaya de aquí, no habrá marcha atrás. Abel Cardozo estará oficialmente muerto y yo tendré que empezar de cero, bajo una identidad nueva.

No se me puede olvidar hacer fotocopias de los documentos contenidos en la carpeta que doña Carmen guardaba en el búnker, por si acaso. Podrían ser mi pasaporte a la libertad, llegado el momento, y nunca está de más. Después de comer. Me he ganado un buen cuarto de cordero asado que pienso regar con un crianza.

---

12 de enero de 2021
Talavera de la Reina, Toledo

Ayer explicaba que Sergio y yo compartíamos rasgos físicos. La cosa va algo más lejos. Deja que te cuente una historia.

Cuando estábamos en primero de bachiller, él se cortó el pelo y se dejó el flequillo a un lado, tal como yo lo llevaba por aquel entonces. Una tarde que vino a casa a estudiar, mi propia madre lo confundió conmigo al cruzarse con él en el pasillo. Cuando me lo contó, no pude evitar sentirme algo decepcionado. ¿Mi madre confundiéndome con mi mejor amigo? No lo concebía, ¡yo era mucho más apuesto, dónde iba a parar!

La anécdota nos dio la idea para una apuesta. Esas fiestas de Halloween, Sergio y yo nos intercambiaríamos las identidades. Él se disfrazaría de Enigma y respondería al nombre de Abel y yo —esa noche, Sergio Palacios—, iría con el clásico atuendo blanco, raya de ojos pintada y bombín de *La naranja mecánica*. Si conseguíamos pasar el uno por el otro durante toda la noche y nadie se percataba del cambio de identidad, Sergio me daría veinte pavos. De lo contrario, se los daría yo a él.

Ese mismo lunes me di un homenaje en la fiesta de cómics.

¿Por qué te cuento esto?

Bien, hoy he salido de excursión. Después de ocho días encerrado en Villa Pegaso, se me ha hecho extraño salir al mundo exterior. Pero tenía que mover el coche de Sergio.

Hace algunos días que ha dejado de nevar y los caminos están moderadamente transitables. Se ve que las máquinas quitanieves han trabajado a destajo en las últimas horas. Hay tramos de la sierra donde el hielo es peligroso, pero solo hay que tener un poco de cuidado.

He tenido suerte y el coche seguía allí, a algunos metros del puente del Duque. Un Dacia con algunos años a sus espaldas que, de nuevo, he tenido que desenterrar. Los pocos segundos que el motor me ha tenido en vilo hasta que por fin ha arrancado se me han hecho eternos.

Solo podía hacer una cosa con el Dacia, para que nadie sospechara que Sergio desapareció en Gredos: llevarlo a su lugar de origen. En nuestra última conversación, antes de que una roca apagara las luces de su cerebro para siempre, Sergio me dijo que se había trasladado a Talavera de la Reina. Como tenía su cartera con toda la documentación, sabía la dirección exacta donde estaba afincado. Así pues, en algo más de una hora, en la que atravesé un impresionante paisaje nevado digno de otras altitudes, me planté en Talavera.

Allí he conocido a Iván.

«¡Eh, Sergio! —me ha gritado alguien desde detrás cuando estaba entrando al portal de mi viejo amigo—. ¿Qué tal las vacaciones?»

Me he girado con el culo más prieto que las tuercas de un submarino.

«¿Cómo?»

El tipo se ha acercado. Me ha visto la cara. Y aun así ha seguido como si nada.

«¿Has estado fuera, no? No te he visto desde hace más de una semana».

«Ah, sí. He estado con la familia, y eso. Ya sabes».

«Menudo temporal, ¿eh?»

«Y que lo digas».

«Oye, cuando tengas un rato hablamos de la web, ¿vale? Hay algunos cambios que me gustaría hacer. Ya te pillaré en la tienda un día de esta semana. Por cierto, se te ve bien sin gafas. ¿Te has pasado a las lentillas?»

Web… Tienda… Me costó comprender lo que estaba pasando. Por lo visto, ese extraño tipo que respondía al nombre de Iván era un cliente habitual de Sergio. Pero lo mejor, lo más alucinante de todo, es que se paró delante de mí, mantuvo una breve conversación conmigo

y en todo momento creyó que yo era Sergio Palacios. De acuerdo que el hombre no parecía ser el más listo de la clase y esas gafas de cristal ancho no hacían pensar en una vista de lince, pero, ¿qué puedo decir? Mi propia madre nos confundió una vez, el barrio entero creyó que Sergio era Alex De Large y que Abel era Enigma y no al revés, durante toda una noche de Halloween y ahora, más de una década después, un tipo llamado Iván me ha llamado Sergio.

Así que, *voila!* Creo que ya sé lo que voy a hacer. Me pondré gafas, usaré la ropa de Sergio y viviré en su casa. Tengo toda su documentación y nadie en Talavera ha llegado a verme nunca como Abel Cardozo, así que creo que podré empezar una nueva vida aquí, bajo el nombre de Sergio Palacios. ¿Qué me había dicho él junto al río, segundos antes de morir? «Yo nunca he pretendido ser lo que no soy, pero tú sí». Unas palabras tan poéticas como visionarias, no cabe duda. Ah, que no se me olvide: tengo que practicar la cojera habitual de Sergio.

En cuanto al verdadero Sergio, algún día encontrarán su calcinado cuerpo escondido bajo el establo de Villa Pegaso. Mañana volveré para dejar junto al cuerpo las evidencias suficientes para que todos den por hecho de que se trata de mi cuerpo y así evitar que llegue a ser analizado genéticamente en un laboratorio.

Si eso pasase, en efecto: *Game over*.

En fin. No me he traído la colección de DVDs de Cecilia, así que no puedo continuar sabiendo qué ocurre con las vidas de Dan y Serena esta noche. Por suerte, los gustos cinéfilos de Sergio eran más de mi rollo. He visto que estaba suscrito a Netflix. ¡Bien por ti, amigo!

Que sea la última de Superman. Hoy me siento un poco como Clark Kent.

---

4 de marzo de 2021
Talavera de la Reina, Toledo

Han pasado casi dos meses y nadie me ha encontrado todavía. Por lo que he podido leer en la prensa, la Guardia Civil sigue buscándome, aunque, cada semana que pasa, la fuerza del operativo es menor. Aun así, conozco a mi padrastro. Sé que no parará hasta encontrarme, ya sea vivo o muerto.

No puedo evitar sentirme culpable por él, a pesar de pertenecer a esa especie de secta a la que sus mismos miembros se refieren como Hijos de Hímero. No he encontrado nada que pruebe que Laura fuese una víctima más de los H.H., pero sí tengo documentación que explica, con todo lujo de detalles, no solo cómo está organizada la

secta y su método de financiación, sino las fechorías realizadas a todas esas chicas en los últimos años.

Te ahorraré los detalles. Carmen Castro, esa mujer a la sombra del gran millonario, es una sectaria. Quien mueve los hilos. Y parecía tonta. Entre bambalinas, ajena a los focos que atrae su marido, pero testigo directo de cada adolescente que firma un contrato con la productora de Fabián en el despacho de este, doña Carmen aprovecha su posición en Villa Pegaso para identificar posibles víctimas y después cazarlas. Apuesto a que hasta se gana la confianza de las niñas con el fin de conocer sus rutinas y sus puntos débiles. Casi puedo verla topándose con ellas *por accidente* en los pasillos de la residencia, cogiéndolas del brazo y diciéndoles cosas del tipo «si necesitas lo que sea, dímelo a mí, queremos que te sientas como en casa». Zorra. Después, una vez que las pobres chicas le han contado cada detalle de sus vidas, ella vende toda esa información a los hombres de la organización, quienes pagan gustosos a cambio de satisfacer su primitivo y asqueroso instinto sexual.

No solo la señora Castro es la encargada de identificar a las víctimas. Si las paredes de las oficinas de Papyre hablaran, alguien tendría de derribar el edificio. Mi padrastro, Lorenzo Guirao, ha hecho lo mismo que Carmen en alguna ocasión con alguna escritora menor de edad que fantaseaba con ganar un gran premio editorial. Siempre me ha extrañado que una sanguijuela como Tomás Moreno trabajara para un hombre tan recto como mi padrastro y ahora tengo la respuesta. Se abastecían mutuamente. No me cuesta imaginar a Tomás abusando de una menor de edad sin ningún reparo y el amor de Lorenzo por los billetes, no es ningún secreto. Me causa lástima, siempre tan tradicional, familiar y cristiano… y resulta que lleva una doble vida en la que engaña, droga y viola a jovencitas ingenuas. No puedo decir que me sorprenda. Ojalá hubiera sido consciente. No habría permitido que sucediera. Pero Lorenzo y yo, hace años que no llevamos buena relación, precisamente.

En cuanto a José Ramón Morata, policía de Madrid, ha hecho uso de la placa en numerosas ocasiones para engatusar a jóvenes recién llegadas a la capital y llevárselas a la *cueva*. Ellas no tienen la culpa. Si un agente de policía te dice que hagas algo, lo haces. Punto. ¿En qué momento se da cuenta una pobre adolescente de que el policía que está tratando de ayudarla es en realidad un violador? Joder, qué asco.

Y luego están Tomás y Joaquín Ortiz. No dispongo de documentos que prueben que ellos hayan colaborado en el reclutamiento de víctimas, pero sí de las ingentes cantidades de dinero que se han gastado para beneficiarse de ellas. Un ejemplo conocido en el caso de Ortiz fue el de Carlota Cava, la chica a la que atropellamos en el verano de 2009.

Resulta duro vivir sabiendo que tienes material suficiente para mandar a todos esos malnacidos a prisión de por vida, pero que no puedes darlo a conocer.

A menudo pienso en denunciarlo todo. Hacer público el paradero del cuerpo calcinado de Sergio, que la policía creería que es el mío y los documentos que prueban la existencia de la secta. Cualquier tribunal atribuiría mi muerte a la familia Castro, estando el cadáver enterrado en sus dominios y habiendo estado yo trabajando para ellos. Respecto a los miembros conocidos de Hijos de Hímero, no habría abogado que pudiera salvarlos de una larga temporada entre rejas. En cuanto a mí, pasaría el resto de mi vida siendo Sergio Palacios. No es lo que tenía pensado, pero, en fin, hay cosas peores. Debo recordar que estoy vivo de milagro y doy gracias por ello.

El problema es que no puedo hacer público todo eso, ni la ubicación del cadáver ni el dosier de la organización criminal, sin desvelar mi verdadera identidad. Aunque la policía creyera que está tratando con Sergio, me harían preguntas respecto a cómo sé todas esas cosas. Y son preguntas para las que Sergio Palacios no tiene respuesta.

En definitiva, no puedo inculpar a Carmen Castro, ni a ningún miembro de la organización, sin admitir que es el cuerpo de Sergio palacios, y no el mío, el que está escondido en el búnker secreto de la señora Castro.

Menudo callejón sin salida.

Aparte de eso, me he dado cuenta de que, desde que arrojé los restos de Sergio a la chimenea de mi estancia de Villa Pegaso, no puedo comer carne sin vomitar. Es imaginarme su cuerpo calcinado en las profundidades del establo y el estómago me da vueltas. Espero que sea pasajero. De lo contrario, mi conversión al veganismo será un nuevo efecto secundario a anotar en el listado de dramáticas consecuencias sufridas tras el incidente con Sergio.

Está claro que hay días en los que es mejor no levantarse de la cama.

Pero seamos positivos. Dejando a un lado mis fantasmas, la vida en Talavera es tranquila y amable. Sergio siempre ha sido un chaval sereno y enemigo de los sobresaltos, pero ni siquiera a él le pega tanta soledad. Supongo que, tras la trágica muerte de su prometida, se refugió en sí mismo. Por lo que he podido comprobar, aquí llevaba una rutina bastante casera, casi vivía en modo ermitaño, lo cual me está viniendo de perlas para pasar desapercibido. Y menos mal, porque no está siendo fácil vivir en la piel de otro. Cuando alguien me para por la calle y me llama Sergio, el corazón me da un vuelco. El otro día, por ejemplo, pedí comida china a un restaurante del barrio. Sergio guardaba algunos folletos de comida rápida por casa, y el pato

a la naranja de este en concreto tenía buena pinta. Cuando abrí la puerta, el repartidor de ojos rasgados se me quedó mirando fijamente durante varios segundos con una expresión que no supe identificar. Al parecer, Sergio pedía comida allí habitualmente. Nunca había visto a un chino frunciendo la mirada.

De todas formas, si hasta ahora nadie se ha percatado del fraude que representa mi falsa identidad, no creo que ocurra de aquí en adelante. ¿Qué puedo decir? Supongo que mis dotes de imitación y mi parecido físico con Sergio tienen más efecto de lo que esperaba.

Lo más difícil es llevar la tienda y aparentar que domino sobre temas de electrónica. Cada vez que viene un cliente con alguna pregunta y no sé qué responderle, me invento cualquier cosa y a continuación accedo a Google o a YouTube para conocer la respuesta. Silicon Valley me está convirtiendo en un técnico electrónico más que digno.

Lo que sí he cerrado es el negocio de diseño web. En realidad no lo he cerrado, pero no acepto encargos. Mi respuesta para aquellos que me escriben solicitando el diseño de un nuevo portal web es siempre la misma: «En estos momentos tengo mucho trabajo y no puedo aceptar más solicitudes». Otra mentira más.

Basta de escribir por hoy. Se está haciendo tarde y mañana madrugo para abrir la tienda. Además, todavía tengo que prepararme la ensalada de quinoa para cenar y entrar en Internet para buscar un restaurante chino que esté cerca de casa.

---

10 de octubre de 2021
Talavera de la Reina, Toledo

Aquí sigo. Hoy me he percatado de que hace varios meses que no escribo una sola línea por aquí, lo cual supongo que es una buena señal. Como dicen los ingleses: *No news, good news!*

La parte buena de mi nueva vida es que nadie me ha acusado del asesinato de Sergio. El otro día echaba la vista atrás y tuve la siguiente reflexión: a lo largo de mi vida adulta he matado a dos personas inocentes (una adolescente y mi mejor amigo), he robado al padre de la que más adelante se convertiría en mi mujer, arrastrándolo a la quiebra y al alcoholismo y he secuestrado a un violador. ¿Y qué me ha devuelto el karma? La muerte de mi chica y la condena de vivir siendo otra persona. Supongo que no puedo quejarme.

La parte menos buena es que mi vida actual es una mierda, para qué nos vamos a engañar. Vivo solo, en un piso viejo de una ciudad pequeña en mitad de la meseta castellana y no tengo familia ni vida

social. Fabuloso.

La parte redomadamente mala es que los miembros de Hijos de Hímero, a excepción de Joaquín Ortiz, cuyo destino quedó en su día a expensas de José Luis Cava, continúan libres. A saber si han vuelto a engañar a más niñas. Cada vez que lo pienso me entran arcadas.

Por lo menos he conseguido volver a comer carne. Dicen que el tiempo todo lo cura y este es un buen ejemplo, supongo.

He comprado un tablero de ajedrez y he retomado las partidas conmigo mismo. Sigo ganando siempre. Demonios, no puedo ser más patético.

Hoy he visto en las noticias que ayer se produjo un ataque terrorista en el teatro Kosta de Getxo. Jesús, cómo está el mundo. Hubo varios muertos y el número de heridos es altísimo. Uno de ellos es John Everett, el escritor inglés. No he leído nada suyo, pero recuerdo oír a Yasmín hablar de él en más de una ocasión. Sospecho que a mi prima le gusta más por el físico que por su pluma. Espero que se recupere.

También han dicho en la tele que, si no se habla ahora de muchas más víctimas mortales es gracias a la intervención en el caso de dos inspectores de la Jefatura de Madrid. Sus nombres son Mónica Lago, que curiosamente es la pareja de Everett, y Rayco Medina. Rayco. Qué nombre más extraño.

Una noticia así es lo típico que habría comentado con Laura durante la cena. Ella habría planteado una teoría conspiranoica al respecto y yo se la habría rebatido. Supongo que por eso me he animado a contarlo por aquí, porque ya no la tengo a ella. ¡Dios, cómo la echo de menos!

---

21 de diciembre de 2021
Talavera de la Reina, Toledo

¡Vaya! Es posible que se haya obrado el milagro. ¿Recuerdas que la última vez te hablaba de que unos terroristas habían atacado el teatro Kosta? Mencioné que una tal inspectora Mónica Lago había sido decisiva en la resolución del caso.

Pues bien, hoy esa misma inspectora ha vuelto a protagonizar una noticia del informativo del mediodía. No quiero aburrirte, pero resulta que, a raíz del caso Kosta, estalló una guerra interna entre la propia inspectora y un compañero de Jefatura. Por lo que me ha parecido entender, él la denunció por malas prácticas durante el desarrollo de la operación en Getxo, y ella contraatacó invadiendo su propiedad privada por la fuerza y dando un susto de muerte a una menor de

edad que se encontraba en ese momento en su interior. ¡A eso le llamo yo buen ambiente laboral! Posteriormente, Lago declaró que tenía motivos para pensar que la joven estaba siendo recluida en esa casa en contra de su voluntad, cuando, en realidad, la adolescente era la sobrina del policía; la pobre sufría de agorafobia y estaba en tratamiento, por eso no salía de casa.

Un error que puede costarle caro a la inspectora. Hoy se ha celebrado un juicio en el seno del Cuerpo Nacional de Policía y todo apunta a que Lago será sancionada sin empleo y sueldo por una buena temporada.

Te estarás preguntando qué importancia tiene todo esto. Pero eso es porque aún no te he dado el detalle clave. ¿Estás sentado? Allá va: el agente que declaró la guerra a la inspectora se llama José Antonio Morata. El mismo José Antonio Morata que aparece en el dosier que encontré en el búnker de la señora Castro y que lo incrimina como miembro activo de Hijos de Hímero.

En otras palabras, he encontrado a alguien que tiene el mismo interés que yo en que todo salga a la luz. Puede que la joven a la que Lago asustó irrumpiendo en casa de manera violenta fuera la sobrina de Morata, pero la inspectora tenía un pálpito respecto a las sucias aficiones de su compañero y no iba desencaminada. Apuesto a que ella, al igual que yo, ha sabido de la existencia de Hijos de Hímero y que, también al igual que yo, pero por distintos motivos, no es capaz de demostrar que José Ramón Morata forma parte de dicha organización.

No estoy solo en esto.

Ojalá pudiera telefonearla y contarle todo lo que sé.

Pero no puedo, porque ella es policía.

Mierda.

---

22 de diciembre de 2021
Talavera de la Reina, Toledo

Tengo un plan con escasas probabilidades de éxito para enviar a los cabrones de Hijos de Hímero a prisión sin acabar encerrado con ellos.

Se me ocurrió anoche, viendo un documental en Netflix sobre la Segunda Guerra Mundial. «La historia es redactada por aquellos que ganan las guerras». Es lo que suele decirse. He pensado que, si alguien externo fuera a Villa Pegaso y descubriera por sí mismo todo lo que yo sé, yo no tendría que desenmascararme.

Entonces me han venido a la cabeza dos datos que por separado no dicen nada, pero que, si los introduzco en la coctelera y los agito,

quizá, y solo quizá, me den la solución.

En primer lugar, Fabián Castro aún no ha publicado sus memorias. Llevábamos el trabajo más o menos por la mitad cuando me quedé aislado en Villa Pegaso y pasó lo que pasó. Desde entonces no ha retomado el libro y tampoco ha vuelto a contratar a nadie más.

El segundo punto tiene que ver con John Everett. Como ya dije, el *bestseller* inglés es la pareja de Mónica Lago. Actualmente vive con ella en Madrid y esperan un hijo. Además, parece que *Redhead* no pasa por su mejor momento profesional. Hace tiempo que no publica una novela y su popularidad está bajando en picado. Todo eso lo sé porque lo he investigado en Internet.

Si consigo que Everett viaje a Gredos y conozca a Fabián, a lo mejor él podría, de igual manera que hice yo, dar con el secreto de doña Carmen: el búnker subterráneo donde se encuentra el que se supone que es mi cuerpo y la implicación de la mujer, junto a los otros, en Hijos de Hímero. Él ya debe de conocer la existencia de la organización y, seguro, está familiarizado con el apellido Morata, porque vive con Mónica Lago.

El concepto es sencillo, pero la ejecución penderá de varios hilos peligrosamente finos. Para empezar, Everett tendría que descubrir por sí mismo todo aquello que descubrí yo, solo que ahora Villa Pegaso vuelve a estar ocupada por la familia y el personal de servicio.

Pero vayamos por partes. Antes de eso tengo que pensar cómo hacer que el escritor viaje a Gredos.

Hoy mi cerebro no da más de sí. Me voy a la cama.

---

23 de diciembre de 2021
Talavera de la Reina, Toledo

Así es cómo haré que John Everett desenrede la madeja. Básicamente seguirá los mismos pasos que di yo. En ocasiones es útil regresar al punto de partida.

Veamos, ¿por qué yo descubrí todo lo que descubrí en Villa Pegaso? Es simple. Porque estaba buscando. Oficialmente estaba allí para escribir la biografía de Fabián Castro, pero en realidad mi objetivo siempre fue saber quién había matado a Laura. Nunca me tragué la patraña del suicidio, por si te lo estabas preguntando.

Ahora, Everett podría seguir mis mismos pasos. Escribir el libro de Castro solo será su excusa para venir a la mansión. Al igual que en mi caso, su motivo real radicará en la investigación de un caso abierto de asesinato. Y da la casualidad de que en la actualidad existe en Villa Pegaso un caso de asesinato sin cerrar: el mío.

Sigo sin resolver el problema sobre cómo hacer que Everett viaje a Hoyos del Espino y trabaje con Fabián, pero tengo un principio de idea. Sé que mi prima Yasmín me está buscando, porque la conozco. Es testaruda y me quiere con locura. Haría cualquier cosa por saber lo que me ocurrió. También sé que a Yasmín se le cae la baba con Everett. Si consiguiera que ambos se conocieran, tendría mucho ganado.

Ahora necesito hacer llegar a Yasmín un mensaje. Algo que le indique que sigo vivo. Pero tengo que hacerlo sin hablar con ella, porque te recuerdo que oficialmente soy Sergio Palacios y nadie, ni siquiera mi prima querida puede conocer la verdad respecto a mi identidad. Además, en ese mensaje debo dejar claro que es John Everett y no otro, quien tiene la clave para encontrarme. Esto es importante, porque él ya conoce a Morata y a Hijos de Hímero, como apuntaba antes. Debe ser él.

Así que, recapitulando, tengo que hacer lo siguiente: transmitir un mensaje a Yasmín sin entrar en contacto directo con ella; asegurarme de que en dicho mensaje se menciona a Everett, así como la relevancia de este a la hora de resolver mi desaparición; encontrar la manera de que el mensaje sea unidireccional, es decir, que Yasmín no pueda bajo ningún concepto ponerse en contacto conmigo. Eso mandaría mi plan al garete antes de empezar.

Buf, son demasiadas cosas. No sé cómo voy a hacerlo. Pero al menos ahora tengo un propósito. Es una buena sensación.

Mañana madrugaré y dejaré todo resuelto. Palabra.

---

24 de diciembre de 2021
Talavera de la Reina, Toledo

Hoy he hecho grandes avances y creo que ya lo tengo. Pensándolo bien, es una locura, y aún hay un par de flecos que no sé cómo voy a resolver, pero, ¡qué narices! Funcionará.

He empezado por lo más sencillo: el medio de transmisión del mensaje.

No te he dicho que mi prima trabaja en una librería preciosa del centro de Sevilla. Una de las muchas particularidades del local es una sección que hay tras el mostrador, llamada *Los diez más vendidos*. La sección fue idea de Yasmín y resultó un éxito. A los clientes les encanta entrar por la puerta y darse de bruces con una estantería iluminada con luces de colores, en la que pueden encontrar de un simple vistazo los libros más populares del momento. Así pues, creo que, si doy con la forma de colocar en dicha sección un libro que

desentone, un libro en cuyo interior yo haya escrito previamente el mensaje, ella se dará cuenta. ¿Y qué libro podría ser? Ha de ser uno que jamás podrías encontrar en *Los diez más vendidos*. Lo he tenido claro desde el principio: un cómic de Spiderman, su superhéroe favorito. Es algo que no tiene sentido, porque Superman le da mil vueltas en todos los sentidos, pero, en fin, mujeres…

Resuelto ese tema, he pasado al contenido del mensaje en sí. He empezado por lo más sencillo: la firma. Es posible que Yasmín intuya que el emisor soy yo, nada más ver el cómic de Spiderman en su sección estrella, pero, dado que es posible que se me dé por muerto, no puedo dejar nada al azar. Tampoco debería firmar con mi nombre, eso sería jugar con fuego. A nada que cualquier cliente coja el cómic para curiosear y vea mi nombre escrito en él, podría atar cabos. Es un riesgo innecesario. Por suerte, hubo una época en la que Yasmín y yo usábamos nombres clave para comunicarnos. Formaba parte de un juego. Todo empezó con la fiebre que nos dio un año por el Scrabble. Ya sabes, ese juego de mesa de formar palabras con las letras que te han tocado y obtener una serie de puntos con ellas. Nos gustaba tanto que echábamos una partida casi todos los días. En esa época veíamos anagramas en todas partes y pasábamos el rato creando los nuestros propios. Así es como nacieron Roy S. Mancía y Debora C. Zola, nuestros nuevos nombres en clave, que eran anagramas de Yasmín Roca y Abel Cardozo. Creo que si firmo como D. C. Zola, ella sabrá entenderlo.

En cuanto al contenido del mensaje en sí, aún no lo tengo claro, pero sé que debo hacer referencia a…

Uno: John Everett.

Dos: una hora y un lugar concretos.

Y tres: algo que insinúe que, encontrándome, Mónica Lago quedará libre de cargos. Esto es vital para que Everett acepte venir a Gredos. Un inocente chantaje. A mí me gusta llamarlo satisfacción de intereses múltiples.

He pensado que, al igual que la firma, voy a redactar el texto del mensaje en forma de anagrama. Así pues, ¡Scrabble al rescate! Esta mañana he pasado por una juguetería y he comprado una versión moderna del juego, así que voy a pasarme un rato entretenido con las letras. Solo tengo que pensar bien qué quiero escribir para que todo salga como quiero. Y hallar la manera de entrar en la librería. Y escribir el mensaje en el cómic. Y cambiar este de sitio sin que mi prima se percate. ¡Ay, me estoy agobiando!

Creo que lo haré el próximo cuatro de enero. Es mi treinta y un cumpleaños y el primer aniversario de mi desaparición. Llámame atrevido o supersticioso, pero considero que son dos factores que harán que Yasmín se involucre más sentimentalmente cuando se tope

con el cómic.

Me acabo de dar cuenta de que hoy es Nochebuena. Y yo con la nevera vacía. He estado tan inmerso en mi plan, que ni siquiera he comido. Ahora mismo salgo a por una botella de un buen Rioja y una tabla de ibéricos para esta noche. Creo que me los he ganado.

---

25 de diciembre de 2021
Talavera de la Reina, Toledo

¡Feliz Navidad!

Al final, ayer también compré una deliciosa tarta Sacher de paso por la sección de dulces. Qué le voy a hacer, soy un goloso sin remedio. También me hice con un par de tabletas de chocolate con menta, mi sabor preferido. Yasmín decía que un verdadero amante del dulce no puede tener a la menta como sabor preferido. Era una de nuestras conversaciones cíclicas que siempre acababan con ella zampándose una *Milky way* y yo, una onza de *After eight*.

Ese recuerdo me ha dado la idea para establecer un día, una hora y un lugar para el momento en que se desvelará todo. Ahora tengo que conformar un anagrama que lo plasme todo y que no sea demasiado difícil para Yasmín. No me preocupa demasiado, ella es más lista que yo, y además, ya tengo alguna idea en mente para ese mensaje.

Solo me queda encontrar la manera de escribirlo en el cómic sin que llame demasiado la atención, pero de forma que Yasmín sea capaz de leerlo. He pensado en algo, pero antes necesito hacer algunas pruebas. No me preocupa, dispongo de tiempo de sobra hasta el día cuatro.

Ahora voy a seguir con las sobras de la Sacher. ¿No dicen que el chocolate es bueno para avivar la mente?

---

4 de enero de 2022
Vagón número siete del AVE Sevilla-Madrid

Ya está hecho. Como dijo Julio César al cruzar el río Rubicón, en sur de Francia: *alea jacta est*. Ahora toca esperar que todo salga bien y que Yasmín encuentre el cómic, lea el mensaje, sepa interpretarlo, busque a Everett y logre convencerlo. Son muchas cosas. Demasiadas. Pero confío en Yasmín.

Al final he usado nuestro viejo recurso del lápiz y el papel para

dejar el mensaje sin que se vea de un primer vistazo. Al igual que los anagramas y las chocolatinas, aquello forma parte de nuestra historia. Es como nuestro santo y seña. Si lo piensas, es incluso poético.

Dios, todavía sigo temblando. Ha habido un momento, al entrar en la librería, en que Yasmín me ha mirado desde detrás del mostrador. Ha sido menos de un segundo, pero casi se me para el maldito corazón. El hecho de que lleve todo el día lloviendo me ha facilitado las cosas. Me ha permitido cubrirme con una gabardina, una bufanda y una capucha, sin llamar la atención. Aparte de eso, me he puesto una peluca y me he dejado bigote. Tenía pensado seguir fingiendo la cojera de Sergio, pero lo he descartado en el último momento. Eso habría llamado la atención y lo último que quería era llamar la atención.

Creo que no me ha reconocido. No, estoy seguro. De haberlo hecho, me habría dicho algo, o al menos se hubiera quedado mirando durante más tiempo o me hubiese seguido por la librería. Pero solo ha levantado la vista un instante para después volver a clavarla en la pantalla de su teléfono móvil. No me ha gustado verla tan demacrada. Está excesivamente delgada y tenía los ojos hinchados y enrojecidos, como si hubiera estado llorando. ¿Será porque hoy es mi cumpleaños? ¿Porque justo se cumple un año de mi desaparición? No había pensado en eso. O quizá sea por algo totalmente ajeno a mí. A veces tengo la manía de creer que el mundo gira a mi alrededor.

Total, que al final he tenido que quedarme rondando los pasillos por más tiempo que el que hubiese querido. Pero es que mi prima no se movía del mostrador. Estaba ahí, clavada con el móvil, como la gallina que custodia a sus polluelos. Menos mal que al final ha entrado una cliente preguntando por uno de los antiguos de Camilla Läckberg. Mi prima no ha tenido más remedio que acudir al almacén a comprobar si lo tenía en inventario y ese instante lo he aprovechado yo para dejar el Spiderman en la sección estrella de detrás del mostrador.

El cómic, como no podía ser de otra manera, lo llevaba ya preparado y con el mensaje marcado desde Talavera. No podía perder el tiempo requerido para marcar el mensaje dentro de la librería y además, es algo que necesitaba hacer con cuidado y sin prisa.

Esperemos que todo el trabajo dé sus frutos. Es mi última bala, en realidad. Si esto no sale bien, habré perdido mi particular guerra contra Hijos de Hímero.

En otro orden de cosas, resulta extraño cumplir años cuando se supone que estás muerto y tu cuerpo se encuentra desaparecido. Como es lógico, no me ha escrito ni llamado nadie para felicitarme, pero no me importa demasiado. Me pregunto si mi nombre habrá vuelto a salir en las noticias, aprovechando el aniversario de mi desaparición.

7 de enero de 2022
Talavera de la Reina, Toledo

Estoy tan emocionado que casi no puedo escribir. ¡John Everett ha llegado a Villa Pegaso! Se ha entrevistado con Fabián y hasta lo han instalado en la que fue mi habitación. No me lo puedo creer. ¡Está funcionando! Todo esto lo sé porque aún poseo el manojo de las llaves que me dieron en su momento. Contiene a las que abren la verja principal, la puerta de entrada y mi habitación. O debería decir, la habitación del escritor. Pasar tantos días solo en esa finca hizo que ahora conozca los mejores rincones para esconderme sin ser visto.

Me preocupa Marta. Es lista y goza del oído de un halcón. De todas formas, no tengo intención de pasarme todo el día allí escondido. Solo el tiempo necesario para asegurarme de que Everett sigue las migas de pan que vaya dejándole.

Necesito que empiece a sospechar desde ya. Hoy es día siete, así que tengo cuatro días hasta el día once, que es cuando lo desvelaré todo. Eso, considerando que mi prima haya entendido el mensaje de las chocolatinas. Quiero pensar que sí.

Tengo mi cuaderno de notas de cuando trabajaba para Castro. He pensado que, si lo escondo en algún rincón de la habitación, de forma que no sea difícil encontrarlo, Everett dará con él. Sí, ese cuaderno será mi manera de comunicarme con el escritor.

Ahora tengo que pensar bien qué quiero que sepa. Debo ser cuidadoso.

Ah… y necesito colarme en su habitación en un momento en que él esté fuera, así que mañana a primera hora volveré a subir a la sierra.

Lo dejo aquí por hoy. Necesito estar lúcido, pues se acerca la hora de la verdad.

Sigo sin creerme que el escritor haya mordido el anzuelo.

---

9 de enero de 2022
Talavera de la Reina, Toledo

Yasmín está en la mansión. ¡Qué lista es! No sé cómo lo habrá logrado, pero el caso es que la he visto esta mañana con Everett. Bajaban juntos el camino que conduce al pueblo. Eso ayudará a que el escritor entienda todos mis mensajes y… lo admito, me siento

halagado. Mi primita está moviendo cielo y tierra para dar conmigo, un año después. La adoro. Solo que su presencia añade un contratiempo grave.

Me explico.

En la habitación que ahora ocupa Everett, mi vieja habitación, el alféizar de la ventana tiene un listón suelto. Ayer dejé mi cuaderno en el hueco que hay bajo ese listón. Entre algunas otras cosas anoté, en tinta roja, para que destaque, mi nombre (Sergio, no Abel) y mi número de teléfono actual. El objetivo es que me llame y venga a verme. Quiero que establezca una conexión entre Sergio y yo, que sepa de nuestra historia. Quiero verlo.

Pero el hecho de que mi prima esté investigando con él, lo complica todo, porque si ella lo acompaña en su viaje a Talavera, me reconocerá. Yasmín es quien mejor me conoce y también conoció a Sergio. Es imposible que no se dé cuenta cuando me vea. Bajo ningún concepto puedo permitir que ella venga a casa.

El escritor ha llamado. Es un tipo listo, o a lo mejor es que mi estrategia es buenísima. Antes de que lo preguntes: no, no tengo abuela. Pero debes admitir que todo lo que he planeado hasta la fecha ha salido sobre ruedas.

Bueno, salvo lo de que maté a Sergio. Eso no estaba planeado.

La mala noticia es que no he podido establecer un momento para que Everett y yo nos conozcamos. No hasta que piense en una manera de que Yasmín no viaje con él. Así que me he hecho pasar por un ayudante que no tengo y le he dicho que Sergio estaba en la oficina de un gestor del que tampoco dispongo.

La trola ha colado, pero dispongo de un día menos. Mañana necesito que el cielo me envíe una ayuda celestial.

Al final voy a hacerme creyente como el cabronazo de mi padrastro, verás.

---

10 de enero de 2022
Talavera de la Reina, Toledo

El cabronazo de mi padrastro ha muerto. No sé si es la ayuda celestial que supliqué anoche, pero el caso es que se ha intoxicado con esas semillas de sésamo con las que tanto daba el coñazo. Manda huevos que al final se lo hayan llevado las putas semillas.

Disculpa mi lenguaje, pero no tengo buen día. Vale que Lorenzo era un sectario y un violador, pero también fue mi padre. Gracias a él pude ir a la universidad y me hice periodista. Él me inculcó los valores

que me permitieron conquistar a Laura y casarme con ella, entre otros muchos logros de los que me siento orgulloso. Qué narices, Lorenzo Guirao me rescató de la puerta de una iglesia y me dio un hogar.

Pido un minuto de silencio en su memoria.

No me enorgullezco de decir esto, pero la realidad es que su muerte me viene de perlas para mi particular partida de ajedrez con John Everett.

Hoy es el funeral del viejo, al cual, por supuesto, ni puedo ni quiero acudir. Pero Yasmín sí que lo hará, lo que me da unas preciosas horas para llevar a cabo la cita con Everett.

Cuando termine mis cereales con leche, lo llamaré y le propondré vernos esta misma tarde.

Tengo toda la mañana para pensar en algo que conduzca al escritor al refugio subterráneo bajo el establo. Ahora que lo pienso, también necesito transmitirle, sin que él se dé cuenta, la contraseña de la escotilla.

Esto empieza a ser todo un reto mental.

---

11 de enero de 2022
Talavera de la Reina, Toledo

La visita del escritor ha resultado de lo más gratificante. Ahora que he hablado con él, me parece un buen tipo. Creo que podríamos haber sido buenos amigos, de haber coincidido en otras circunstancias.

Todo ha ido bien. Desde el principio se ha tragado el hecho de que yo sea Sergio y me ha gustado verlo tan involucrado en la resolución del caso de mi desaparición. El tipo es listo. Más listo de lo que me imaginaba. Me ha formulado buenas preguntas ante las que casi sucumbo. Tampoco ha probado mi cerveza, supongo que por precaución. ¿Los autores de misterio se creen que la gente va por ahí envenenando a extraños constantemente, o qué? Hasta ha sacado el nombre de Joaquín Ortiz y el suceso que protagonizamos, Sergio y yo, en 2018. En realidad, sabía todo nuestro historial. Se ha puesto al día en tiempo récord. Yasmín lo ha informado bien.

La parte buena, la parte recontrabuena, es que Everett me ha preguntado por Hijos de Hímero. Yo me he hecho el despistado, cómo no, pero lo importante es que él ya casi tiene el puzle completo.

Solo falta que descubra la verdad. La existencia del búnker de doña Carmen. Y dentro, el cadáver de Sergio, que de primeras pensará que es el mío. Entonces yo se lo explicaré todo y jugaremos la segunda parte del partido.

La negociación.

Pero antes, necesito que Everett dé el último paso. Ayer se llevó mi tarjeta. Espero que sepa entender mi último mensaje y acceda a la web falsa. Eso lo conducirá al establo.

Aunque no servirá de nada si no consigo hacerle llegar la contraseña de la escotilla.

Por suerte, tengo una idea magnífica.

¡Caballos, caballos por todas partes!

54

11 de enero de 2022
Villa Pegaso, Hoyos del Espino, Ávila

John apenas puede hablar. Trata de digerir lo sucedido desde que Guirao lo invitó a sus oficinas, en Sevilla. La llegada de Yasmín. Todo lo descubierto hasta el momento presente, en el que se encuentra en un zulo bajo tierra, acompañado de dos hombres con un pasado extraño.

Uno está muerto. El otro, a quien lleva días buscando, acaba de contarle lo sucedido desde que desapareció, el cuatro de enero del año pasado, hasta el día de hoy.

No sabe si creerlo. Es todo tan… novelístico. John piensa en utilizarlo en su propio libro. Sería un pelotazo. Líder de ventas asegurado. Piensa en Craig. En lo satisfecho que quedará. Luego piensa en despedirlo. La vida es demasiado corta para tener a un cretino como agente. Finalmente, tras algunas otras divagaciones que atraviesan su mente a la velocidad de la luz, piensa en si saldrá de ese búnker con vida.

Están un rato callados.

—Soy Abel Cardozo —dice por fin el hombre, girando su rostro hacia el que yace calcinado en el suelo—. Este era Sergio. Se trataba de él o de mí y no fue un asesinato. Si Sergio no hubiera tropezado, habría acabado conmigo. Pensaba matarme.

John lo mira con asombro.

—Llevas viviendo la vida de Sergio Palacios durante más de un año. ¿Cómo lo has logrado?

Ríe con ganas.

—Éramos algo parecidos. Yo algunos meses mayor que él y me encontraba bastante más en forma cuando ocurrió, pero eso era algo que podía disimularse. Unas semanas comiendo a base de fritos y grasas saturadas y me puse a punto. Aclararme un poco el pelo, dejarme flequillo, usar ropa más barata, todo era fácil. Aunque me resultó un poco duro, porque Sergio llevaba una vida peor que la mía. Mucho peor. Claro que tenía miedo de que me desenmascarasen en cualquier control policial, en el banco, en el médico, en todas partes, pero ¿sabes? Me di cuenta de que nadie conocía a Sergio en Talavera.

Y no tenía familia, a excepción de la rara de su tía, de quien no he tenido noticias en el último año. Ahora que lo pienso, es posible que haya fallecido.

John asiente. Así que nunca ha hablado con Palacios. Siempre fue Abel. Eso explica muchas cosas.

—En definitiva, bastaba con cojear un poco, era lo único en que se fijaban todos. Y mi colega, aquí presente, asumió mi identidad. Sabía que nadie bajaría aquí y si alguien lo hacía, sería Carmen Castro. En fin, sé que muchos me han estado buscando este último año, pero ¿qué alternativa tenía? ¿Entregarme e ingresar en prisión por un incidente del que yo era la víctima? No, John, ni hablar. Y ahora estamos aquí abajo, los dos, mientras toda la comarca busca a esa cría insoportable, obligados a llegar a un acuerdo.

Echa a reír, histérico, y es fácil adivinar el porqué. Ha desempeñado sin problemas el doble papel durante más de doce meses, pero ¿ahora qué? ¿A qué acuerdo se refiere?

Están un rato de pie, ante la mirada vacía de ese maniquí anteriormente conocido como Sergio Palacios y su incómoda presencia.

—Cuando salgamos de aquí, tendré que entregarte a la policía —observa John—. No sé qué pretendes con todo esto, pero tendrás que matarme a mí también si no quieres acabar entre rejas. Lo que has hecho es muy grave.

Abel sacude la cabeza.

—Esa es una posibilidad, desde luego. Me refiero a que me entregues a la policía, no a lo de matarte. Como te he dicho, no soy un asesino y no entra en mis planes acabar con un escritor famoso. Pero creo que deberías considerarlo.

—¿Considerar el qué?

—Hijos de Hímero. Solo yo tengo la documentación. Las transferencias. Las identidades de las chicas. Las pruebas que harán que esos hijos de puta se pudran en la cárcel.

John por fin lo entiende. De modo que Cardozo está ahí para negociar. Siempre ha sido eso.

«*Ocaso de H.H., pronto*».

«*No solo Castro*».

Ahora sabe que el comentario en el cuaderno se refería a Carmen Castro y no a Fabián, como ha estado pensando él todo este tiempo.

—¿Y qué propones?

—Es sencillo. Yo te doy acceso a esa información y tú me dejas escapar.

John nota que su rostro se arruga como una ciruela pasa.

—Piénsalo un momento —continúa Abel—. Serás el héroe. Habrás completado con éxito la misión de buscarme que te encomendó

Lorenzo, pues todos darán por hecho que este —vuelve a señalar el cuerpo de Palacios— soy yo. Además, podrás utilizar mi historia como base de un futuro libro de suspense. No hay de qué, por cierto. Y por último, serás el artífice de la detención de Hijos de Hímero al completo. Piensa en las crías cuyas vidas salvarás con tu decisión. Joder, John, vas a ser más querido que el puto Rafa Nadal.

Hay otra razón para que John colabore con ese monstruo. Él ya lo ha entendido, pero quiere que sea Abel quien se lo mencione. Mientras tanto, continúa tratando de armar el puzle.

—¿Y qué pasa con Yasmín?

Cardozo hace una mueca.

—Me temo que ella continuará su vida pensando que su querido primo murió asesinado por los Castro. Pero es mejor así, créeme. Al menos podrá enterrarme en un sitio al que llevar flores. Es decir, será el cuerpo de Sergio a quien entierren, pero ella no llegará a saberlo nunca.

—¿Es de fiar?

—¿Yasmín? Le confiaría mi vida. En cierto modo, es lo que hice dejando el cómic en su librería.

John lo observa con interés. Ese entusiasmo con el que lo cuenta todo. Esa risita autosuficiente tallada en la cara… no es propio de alguien que acaba de perder a un padre y cuya mujer se quitó la vida hace poco más de un año. Se lo comenta.

—El viejo Lorenzo era un violador, simplemente ha recibido su merecido y no hay que estar triste por ello. Le agradezco todo lo que hizo por mí y todo eso, pero soy un firme creyente del karma. Por eso él está criando larvas y yo estoy salvando el mundo contigo.

«Salvando el mundo». Curiosa manera de ver las cosas.

—En cuanto a Laura —aparta la mirada. La sonrisa ha desaparecido y su voz es ahora más grave—, alguien la mató. No me cabe duda. Todo lo que he hecho desde ese día, todos los líos en que me he metido, han sido para hacer justicia en su nombre. Y no me arrepiento. Ella era toda mi vida.

—¿Quién la mató?

Levanta los hombros. Una señal de impotencia.

—No lo sé.

De nuevo, pasa un rato largo sin que ninguno de los dos hable.

—Se te acaba el tiempo, escritor. En cualquier momento alguien descubrirá que hay una escotilla abierta en el establo. Seguramente el tipo que tienen contratado para cuidar de los caballos, quien no tardará en devolver a la yegua de la cría a su sitio. Entonces nos verán aquí y ya será tarde para actuar.

—Querrás decir que se te acaba el tiempo. Yo no tengo nada de lo que esconderme.

Cardozo da un paso hacia él. Desde esa distancia, John puede verle una cicatriz asomando por el cuero cabelludo y que termina en la frente. Seguramente, causada por el impacto con la roca que recibió de Palacios, el día que este murió. «*Fue un accidente. Soy inocente*».

—¿Has pensado en la madre de tu futuro hijo, John?

John da un respingo. Ahí está. Por fin han llegado a lo hondo de la cuestión.

—¿Qué pasa con Mónica?

—Pasa que es muy lista y que tenía razón respecto a ese compañero suyo llamado José Ramón Morata. Al igual que yo, es una víctima. Otra alma incomprendida.

—Sé muy bien quién es. No la metas en esto.

—Se metió ella sola, ¿recuerdas? La han despedido por ello.

—Solo la han apartado temporalmente. Suspendida de empleo y sueldo.

—Llámalo como quieras. Pero eso puede cambiar. Si colaboras y dejas que me escape siendo Sergio Palacios, no solo meterás entre rejas a Hijos de Hímero. También probarás que ella tenía razón respecto a Morata.

John mastica las palabras. ¿Está en lo cierto? Si de verdad ese hombre posee información suficiente para responsabilizar a Joserrata, es muy posible que este acabe procesado y entre rejas. En cuanto a Mónica, la lógica dice que el Cuerpo, al comprobar que su teoría era cierta, la readmitiría. A lo mejor hasta le harían un homenaje. Mónica pasa de esas chorradas de placas y medallas, pero a nadie le amarga un dulce. Y menos después de un año duro.

Resulta irónico hablar de lógica cuando está en un refugio subterráneo con un hombre a quien todos dan por muerto y con su viejo colega achicharrado en el suelo.

John señala con el mentón el papel que sobresale del bolsillo de la camisa del cadáver.

—¿Se lo dejaste tú? —pregunta.

—Claro.

—¿Qué es?

Abel sonríe y sus ojos parecen hundirse en sus cuencas, como si de pronto estuviera viendo otra dimensión. Una en la que iba al colegio con su amigo Sergio y resolvía anagramas con su prima.

Se agacha junto al cuerpo y extrae el papel. Se lo muestra a John.

—¿Un sobre?

Abel sonríe sin alegría.

—Dentro hay una foto. Un simple recuerdo para que Sergio se lleve al otro barrio. Llámame sentimental si quieres, pero, ahora que se ha ido, todo el rencor que sentía por él se ha esfumado. No quedan más que buenos recuerdos.

John saca la fotografía del sobre y la observa. Tres chavales que rondarán los catorce años posan en la imagen descolorida, con los brazos por encima de los hombros de los otros, formando una trenza humana. Seguramente están en mitad de una celebración de cumpleaños, fiesta de fin de curso, o algo por el estilo. El de la izquierda, más alto pero no demasiado, lleva el peinado en punta como si acabara de atravesar un túnel de viento. Blande una pistola de juguete que no casa nada con los coloretes de sus mejillas. Los ojos le brillan como si fuera consciente de que, más de una década después, se casaría con una preciosa y sensual estrella del *pop*. John enseguida lo reconoce como Abel. En el medio está precisamente la estrella del *pop*, solo que en su versión nada preciosa y sensual, porque aún no ha desarrollado esas virtudes. Los colores de su vestido son en tonos pastel y está posando de lado, tratando en vano de seducir a la cámara como, seguro, ha visto hacer en los programas de la tele. «Ibas a aprender muy rápido y muy pronto, Sol Monroe». Lleva dos coletas rubias y una sonrisa que poco más tarde pasaría por una buena sesión de ortodoncia. El niño de la derecha, que por descarte tiene que ser Sergio Palacios, tiene el pelo peinado a lo casco bajo un sombrero de vaquero y luce con orgullo una camiseta Kappa del Real Betis Balompié, que le está grande. Los tres sonríen a la cámara como si alguien, quizá el fotógrafo, o un cuarto niño que no aparece en la imagen, acabara de decir algo muy divertido. Pero en cuanto John se fija en el espejo que hay tras ellos, no puede dejar de mirarlo. Ahora que lo ve, comprende que la foto fue sacada en el salón de una casa. El papel estampado de la pared del espejo es el típico de la época. Un adulto es quien está sacando la foto, su reflejo se ve en el espejo. Es una mujer. Demasiado mayor para ser la madre de uno de los críos. Su pelo lacio es más gris que rubio y los dientes, tras una sonrisa que a John le parece siniestra, piden a gritos una revisión en el dentista. Pero su mirada es dura. Es como si no hubiera oído eso tan divertido que alguien acaba de decir, o como si lo hubiera oído pero no le hubiera hecho gracia. John la observa fijamente. Se fija en todo, el cabello, pómulos, nariz, barbilla y labios. Rasgos que cambian rápidamente durante el paso a la vejez. Un crucifijo dorado cuelga de su cuello. John reconoce algo en ella, pero no es hasta que acerca la cara la imagen para concentrarse en su mirada que se da cuenta de quién es.

¡No sois más que escoria!

Esos pequeños y azules ojos juiciosos. Justo después de propinarle una bofetada con una mano raquítica bajo una zamarra roja.

Ahora la reconoce con claridad, pero es tan imposible, que no tiene sentido. Cuando acepta que realmente es ella, lo primero que piensa es que están en el lugar equivocado.

55

11 de enero de 2022
Hoyos del Espino, Ávila

El santuario de Nuestra Señora del Espino se alza en lo alto de un cerro próximo a Hoyos, en el mismo sitio en el que fueron levantados varios edificios de los que actualmente solo se conservan la iglesia y el campanario. Construido en el siglo XV, el santuario, una mole de piedra de estilo gótico tardío, cuenta con un espino en la puerta principal.

Al contemplar el austero edificio, recortado contra el cielo encapotado y cuya fachada está iluminada por diversos focos colocados a su alrededor, John siente como si se encontrara dentro de una de sus novelas. «Estoy en el clímax». Le gustaría que Yasmín estuviera allí con ellos.

Cuando John Everett y Abel Cardozo se apean del taxi, donde la carretera se abre a los pies de un sendero que asciende hasta el santuario, su sobrio campanario proyecta sombras alargadas. El corto trayecto desde Villa Pegaso hasta el pueblo ha sido rápido. Nada más reconocer John a la anciana de la zamarra roja en el reflejo del espejo de la fotografía, ha preguntado a Abel por la mujer.

—Es Nati, la tía de Sergio. Se ocupó de su educación tras morir sus padres —ha sido la explicación de Cardozo.

John ha revivido entonces el momento en que la vio por primera vez en el Café Maite. Cómo lo observaba, sin quitarle ojo. Al principio pensó que se trataba de esa clase de lugareños pasados de rosca a los que la presencia de cualquier forastero incomoda su rutina. Más tarde, cuando, estando John con Yasmín, la anciana se acercó a su mesa y le cruzó la cara, dio por hecho que simplemente se trataba de una chiflada. La típica solterona mayor que alimenta a gatos callejeros por el simple motivo de no sentirse sola.

Ahora sabe que no. No es una chiflada, al menos no una chiflada lugareña. La anciana es la mujer que educó a Sergio Palacios desde que este era un niño. Y el hecho de que ahora se haya mudado a Hoyos del Espino, habiendo vivido ella toda su vida en Sevilla, deja una cosa clara: está allí por ellos. Vigilando sus pasos. Puede que con el objetivo de que ciertas cosas no salgan a la luz.

Abel se ha quedado de piedra cuando John le ha comunicado que la tal Nati vive ahora en el pueblo.

Entonces John ha recordado que Agustín conoce a la señora y sin pensarlo dos veces, ha llamado a su chófer de confianza para que los recogiera en el camino que sube a la mansión de los Castro.

—A estas horas, la mujer suele estar rezando en el santuario —ha explicado Agus—. Sube casi todos los días. Lo sé porque, cuando llueve o nieva, me llama para que la lleve. Es una mujer peculiar, la Fajardo.

—Hoy está lloviendo —ha señalado Abel, que para el taxista seguía respondiendo al nombre de Sergio.

—¿De dónde crees que vengo, muchacho? Hará media hora que la he dejado allí.

—¿Cuánto tiempo suele pasarse rezando? —ha preguntado John, que esta vez no iba en el asiento del copiloto y ha preferido ir con Abel en la parte trasera.

—De la hora no baja. Todavía debe de quedarle un rato de charla con Dios. ¿Puedo preguntar qué se os ha perdido allí? No es normal que una señora tan peculiar acapare el interés de dos hombres de vuestras características.

—Un pequeño asunto pendiente —se ha limitado a responder John.

—Peculiar, tremendo eufemismo —ha musitado Abel al oído de John—. Esa mujer ha sido una miserable desde que era joven. Yo me quejaba de mi padre, pero esta lo ganaba por goleada.

—¿Era estricta con Sergio? —John ha empezado a susurrar también.

—Estricta es poco. Se pasaba todo el día en la iglesia y obligaba a Sergio a acudir a misa con ella cada domingo. Y en su casa, que no se te ocurriera soltar un taco. Al mínimo «joder» ya te estaba pegando una bronca.

—¿Sergio te hablaba así de ella?

—Sergio estaba hasta los cojones. Me consta que, incluso ya siendo adulto, cuando se fue a vivir con Eva, su prometida, recibía la llamada de su tía todas las noches. Y cada dos por tres se presentaba en su casa de visita, seguro que para asegurarse de que todo estaba en orden. Ya sabes, para ver si encontraba alguna píldora anticonceptiva en un cajón, o algo por el estilo. Era una auténtica toca huevos.

—¿Qué crees que hace aquí?

—No lo sé. Pero ten cuidado con ella.

Tras tomar la escalinata de piedra que conduce al santuario, empujan el portón de madera de la entrada, que se abre con facilidad. Del interior se escapa una bocanada de aire tibio, como si el antiguo edificio suspirara de fastidio por la inesperada visita.

—No tengáis prisa. Os estaré esperando aquí mismo —ha prometido Agus, con el taxímetro ya pausado—. Seguro que doña Fajardo quiere que la baje al pueblo también.

John y Abel recorren el espacio con la mirada, abarcándolo todo. Dos filas de alrededor de quince bancos de madera ocupan la nave central, terminada en un pequeño altar y un recargado retablo cubierto de símbolos que atraen la atención. El templo está completamente vacío, salvo por la presencia de una mujer vestida toda de negro. De rodillas y con la cabeza gacha apoyada sobre las manos entrelazadas, en el tercer banco de la mitad izquierda, Natividad Fajardo reza en silencio.

No parece percatarse de que goza de visita hasta que tiene a ambos hombres a un metro de ella. John la ha abordado por la derecha, mientras que Abel se ha aproximado desde el lateral izquierdo del santuario.

De repente, se santigua y se sienta en el banco con la mirada baja.

—Aún recuerdo el día que nació Sergio —arranca a hablar la anciana sin que ellos abran la boca, dejando claras dos cosas: que no es mujer de perder el tiempo en conversaciones banales y que sabe que quien está con John es Abel y no Palacios—. Yo estuve en la sala de espera del hospital con Jorge, su padre. Paseando de aquí para allá, hojeando números atrasados de revistas. Él nunca me cayó bien, era un patán y un bocazas, pero tampoco podía decirse que estuviéramos todo el día con el hacha de guerra levantada. Nunca se me olvidará la cara del doctor cuando salió a darnos las noticias. Primero, la buena: el niño estaba sano. Ya habían decidido el nombre: Sergio, como nuestro padre. La mala noticia nos pasó por encima como un tren de mercancías. Mi hermana había muerto en el parto. Fue una sensación rarísima, chicos. En cuestión de un segundo había ganado un sobrino y perdido una hermana. Sentí que algo nacía dentro de mí, como si fuese a estallar. Es una sensación que nunca se me ha ido del todo. Imposible eludirla, pero imposible también de soportarla.

Se calla un segundo. La mujer habla hacia el frente, con la vista fija en el altar. Por sus mejillas no resbalan lágrimas, pero la voz le tiembla como si lo hicieran. John permanece inmóvil. Al otro lado del banco, Abel la observa como quien mira una bomba sin desactivar.

—Jorge no era buen padre para Sergio. Desde luego que no. Trabajaba hasta tarde, llegaba bebido a casa y cada dos por tres me dejaba al niño a mí, para irse a hacer el golfo con fulanas del tres al cuarto. Me he arrepentido de muchas cosas en mi vida, pero no de lo que hice esa noche.

—¿Qué hizo, señora Fajardo? —pregunta John. Su voz resuena extraña entre los muros de la nave.

—Dieron por hecho que el incendio fue un accidente. —Abel se

endereza de pronto, adelantándose a lo que ella está a punto de revelar—. Lo cierto es que pudo haberlo sido, porque ese idiota se dejó la colilla medio encendida al borde del cenicero. Iría bebido, como de costumbre. Es curioso como un simple empujón con la punta del dedo puede prender fuego a todo un chalet. La vida es extraña.

—¿Se está confesando, señora? —pregunta John.

Ella mueve la cabeza, negándolo.

—Ya he dicho que no me arrepiento de lo de esa noche. Quizá lo habría hecho si la fulana no hubiese logrado escapar. Cuando subí al primer piso y atranqué la puerta del dormitorio por fuera, temí por su vida. Pero me alegro de que al final lograra salir por la ventana. Fulana o no, todas somos hijas de Dios.

—Sin embargo mató al padre de Sergio —interviene Abel, cuya respiración va ahora más deprisa.

—Esa es una manera negativa de verlo. Yo prefiero pensar que salvé la vida del chico. No le esperaba nada bueno con ese hombre. Viviendo conmigo, sin embargo, tuvo la oportunidad que le habría ofrecido mi hermana. Yo ocupé la figura materna que todo chiquillo necesita y de la que Sergio, por desgracia, no pudo disfrutar en sus primeros años de vida.

La anciana tiene un nudo en la garganta. El silencio en el santuario es tal, que hasta el repiqueteo de las llamas de los candiles se aprecia.

—No he tenido hijos, pero quería a Sergio como si fuera mío. Desconozco si todas las madres lo sienten, pero aquello me sobrepasaba. Era algo nuevo, como si me fuera a explotar el corazón del amor y la responsabilidad hacia el niño. Un regalo que Dios me había hecho. No supe qué era exactamente, hasta el primer día que Sergio fue a la escuela. Yo le tenía cogida la mano mientras esperábamos el autobús escolar. Él levantó los ojos y me miró de aquella manera que miran los niños a esa edad. Llevaba unos pantalones de chándal nuevos, impecables, que llenaría de agujeros y remiendos durante los primeros meses de clase. Recuerdo que Sergio me soltó la mano cuando el autobús frenó delante de nosotros y que la puerta hizo un ruido como hidráulico al abrirse. Me entraron ganas de cogerlo en brazos y llevármelo a casa, pero me quedé clavada en el sitio. Subió al autobús y volví a oír el chirrido de la puerta al cerrarse. «Ahí va todo mi mundo», dije para mí, según el vehículo torcía la curva. En aquel momento comprendí qué había sentido el día que me concedieron su custodia: terror. No simplemente miedo, sino un pánico frío e implacable. No tengo miedo a la muerte, ni a la enfermedad. Pero ese día se tambalearon mis cimientos. ¿Se entiende lo que digo? Sergio era todo mi mundo, pero desde que se subió a ese autobús, yo dejé de ser el mundo de él.

John asiente con un ademán.

—¿Por qué nos está contando esto, señora? —interrumpe Abel.

—Porque ese fue el momento en el que supe que, por mucho que yo lo cuidara y vigilara, podía ocurrirle algo malo. Como conocer a esa chiquilla, Laura Estiarte. O como conocerte a ti. —Cardozo traga saliva cuando la anciana lo señala con un artrítico dedo acusador—. No sé cómo mi Sergio pudo juntarse con un chiquillo tan maleducado como tú, ¡hijo de Satanás! —Se calla para coger aire. Después continúa con un tono de voz más calmado—. ¿Veis a lo que me refiero? Una vez que mi Sergio salió de mi casa y empezó a ver mundo, no podía impedir que obstáculos como tú, o como Estiarte, se cruzaran en su camino.

John advierte que Abel tiene los puños cerrados.

—Pero dicen que el demonio es más sabio por viejo que por diablo, así que me puse manos a la obra.

Al ver que Abel frunce el ceño, John pregunta:

—¿A qué se refiere? ¿Qué hizo?

—No creas que Laura se casó contigo por tus méritos. —Natividad Fajardo vuelve a mirar a Abel a los ojos—. Si no llego a dejar esas horribles revistas en el dormitorio de Sergio, ella nunca lo habría abandonado.

—¿Que hizo qué? —reacciona Cardozo alzando la voz.

—Una tarde cualquiera de los más de dos años que mi Sergio se pasó internado en ese terrible centro para menores, Laura Estiarte vino a casa a buscar no sé qué en el dormitorio de él. Yo sabía que iba a venir, porque me había avisado por teléfono, así que antes de su llegada, bajé al quiosco y compré algunas revistas para gays. Cuando esa fresca vio las revistas en el cajón, debió de llevarse una buena desilusión. Por eso empezó a acercarse a ti. No porque tú fueras mejor que mi Sergio, más quisieras, sino porque yo le hice pensar que su novio era homosexual. La jugada me salió redonda.

John intenta digerirlo.

—No me lo puedo creer —farfulla Abel—. ¿Cómo pudiste hacerle eso a tu propio sobrino? Se quedó destrozado al enterarse de que Laura lo había dejado para irse conmigo.

—¿De verdad te crees en posición de darme lecciones de moral, chico? —Alza de nuevo la voz y a John, el sonido le recuerda el gorjeo de un ave rapaz—. Tú atropellaste a esa chiquilla estando bebido. ¡Tú y solo tú debiste ingresar en ese centro!

John se queda mirando a Abel sin comprender. Por un momento, Cardozo se ha quedado sin palabras.

—¿Cómo puedes saber eso? —responde al fin.

Como si dispusiera de un interruptor que pasa del estado «cólera» a «euforia» con un simple movimiento de dedo, la anciana explota en una carcajada que rebota en los muros del templo.

—¿Acaso crees que no os oía hablar? Perdona que te lo diga, pero no erais la discreción personificada, precisamente. Yo lo oía todo, muchacho. —Tras un prolongado silencio que a John le provoca un escalofrío, añade—: También supe lo del secuestro.

John revive la historia que le contó Yasmín. Ahí está de nuevo, el oscuro pasado de los dos amigos. Solo que ahora cuenta con una espectadora inesperada.

Entonces la mujer se adelanta en el tiempo para hablar de cosas que John no es capaz de ubicar, temas que no entiende, pero que, por algún motivo, a Abel le hacen hervir la sangre. Habla de un email que envió a Eva, la prometida de Sergio, en el que explicaba con pelos y detalles lo sucedido esa mañana con Joaquín Ortiz bajo la pasarela de la autopista. De nuevo, un maquiavélico movimiento maestro para alejar a Sergio, *su Sergio*, de cualquier mujer que osara alejarlo de ella. Eso no acabó bien, pues la prometida de Sergio acabó siendo arrollada por un camión, sumiéndolo a él en una espiral de depresión y afán de venganza que a punto estuvo de empujarlo a matar a Laura Estiarte, ya convertida en Sol Monroe, al pensar Sergio que había sido ella quien había enviado el email.

Suerte que Natividad estaba ahí, como siempre. Salvando a su Sergio. Sacrificándose por él. Eliminando a la reina del tablero.

—¿¡QUÉ!?

Abel se abalanza sobre ella y, de no haber intercedido John, la habría matado allí mismo, frente a la mirada de un Dios en el que John está empezando a perder la fe.

—Sí, Abel. Yo maté a tu chica. Estaba muy guapa cuando me abrió la puerta de la *suite*. Y tú después mataste a mi sobrino. La luz de mi vida. Creo que estamos en paz, ¿no te parece?

«Así que, después de todo —razona John—, Sol Monroe no tenía nada que ver con Hijos de Hímero. Solo fue la víctima de una lunática obsesionada con sobreproteger a su sobrino».

—¡Fue un accidente! —Abel se retuerce entre los brazos de John, que sabe que, si se le escapa, estrangulará a la anciana con sus propias manos—. ¡Era Sergio quien iba a matarme a mí, no yo a él, maldita bruja!

Ella, con una voz que parece invocada por el mismo demonio, sentencia:

—Ojalá lo hubiera hecho.

—¡Bueno, ya está bien! —John siente que debe acabar con la conversación si no quiere añadir una nueva mueca a la lista de víctimas de la historia. Tras tranquilizar a Abel y asegurarse de que no cometerá ninguna estupidez, agarra a la anciana del brazo y la obliga a levantarse—. Ahora mismo nos vamos a comisaría.

Ella no protesta y no abre la boca hasta que salen al exterior. La

lluvia está cayendo ahora con más fuerza si cabe, como si el cielo estuviera desatando su ira contra la sierra.

El Toyota híbrido continúa en el mismo sitio donde Agustín los ha dejado hace un rato y, tal y como ha prometido, él espera al volante.

—A la comisaría del pueblo, por favor —dice John, sin más explicaciones.

Agus se vuelve hacia los asientos traseros, con la expresión de quien ha visto a un gato con dos colas.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Por favor, Agustín, arranque y no pregunte. No es un buen momento.

El chófer enciende el coche con Abel, John y Natividad Fajardo erguidos en los asientos traseros. Está orientándolo hacia el camino que baja el cerro cuando se oye un ruido de origen impreciso. John lo atribuye a la tormenta, seguramente una rama de algún árbol que ha caído sobre la carrocería.

Un segundo impacto le lleva a John a pensar en el maletero. Su mirada se cruza con la de Abel, que también parece haberlo oído.

Y en ese momento se da cuenta. Desde donde se encuentra, sentado, en la parte trasera del Toyota, antes ha podido ver la licencia de Agus pegada a la guantera por dos tiras de cinta adhesiva. Hasta entonces no la había visto. ¿No se había fijado, o es que acababa de colocarla? En ella, como en todas las licencias, había un primer plano suyo, la típica fotografía que uno se saca para renovar el documento de identidad y en la que todos parecemos terroristas o enfermos mentales. Pero era él, no cabía duda. Puede que tuviera algunos años menos, porque se lo veía más delgado y con más cabello. Aunque la flacidez de la cara, no, esa se ve que vino de serie. Junto a la imagen había un nombre con su apellido que difícilmente alcanzaba a leer. Y ahora que vuelve a fijarse, movido quizá por los ruidos surgidos del maletero, sigue sin acertar a leer lo que pone. Es un nombre acabado en «ín», aunque está seguro de que no es Agustín. Pero eso no es lo que le da escalofríos. La causa del pavor que lo invade de repente es que el taxista que lleva toda la semana conduciéndolo de un sitio a otro, escuchando sus conversaciones y atendiendo a sus desvelos, lleva ahora la camisa remangada. Nunca la había llevado así, John está seguro, porque de haberlo hecho, se habría fijado en que el hombre luce un tatuaje en el antebrazo derecho. Dos majestuosas alas de animal desplegadas en torno a una palabra de origen griego: HÍMERO.

56

11 de enero de 2022
Sierra de Gredos, Ávila

El tiempo no va más rápido cuando te están apuntando con una pistola.

Al contrario, se enlentece. Cuando, en el interior del coche, Natividad lo apunta —¿de dónde demonios ha sacado el arma?—, John espera tener tiempo para reaccionar. Empieza a levantar las manos, una demostración primitiva de que no ofrecerá resistencia. Su boca empieza a abrirse para intentar convencerle de que lo deje, para decirle que cooperará, que hará lo que le pida. El corazón se le acelera, la respiración se detiene y sus ojos solo ven la pistola, nada más que el cañón, abierto como una boca gigantesca dispuesta a engullirlo, un enorme agujero negro que mira hacia él. Difícil apartar los ojos de ese túnel frío y oscuro.

No hay mucho que hacer. Agustín —o debería empezar a llamarlo Joaquín Ortiz— mantiene el vehículo en marcha mientras ella balancea el arma; un pequeño arco que une los pechos de Cardozo y el suyo.

Abel permanece en silencio a su izquierda, como si se supiese derrotado. Lleva más de un año trazando el plan perfecto para llevarlo a él hasta Gredos e invitarlo a cooperar, pero seguro que esto no lo veía venir. «Sergio no tenía familia, a excepción de la rara de su tía, de quien no he tenido noticias en el último año. Es posible que haya fallecido», ha dicho antes, bajo el establo. No, definitivamente no esperaba este giro de los acontecimientos.

Por cómo mira la coronilla de Ortiz, él también lo ha reconocido. La palidez de su rostro termina de confirmarlo.

John consigue apartar la mirada de la boca del arma para fijarse en el conductor. Ahora entiende a qué se deben sus rasgos casi monstruosos, su cojera al caminar, su respiración fatigosa. Si la historia que Yasmín y Abel le han contado es cierta, José Luis Cava le propinó una paliza de muerte cuando Abel y Sergio se lo entregaron aquel día, bajo la autopista. Muchos creyeron que había muerto. Pero ¿a quién le importa el destino de un pederasta violador? Ese hombre era el responsable de que Carlota Cava fuera atropellada, y cualquier

castigo que recibiera pasaría a considerarse el mismo karma en funcionamiento.

Pero resulta que no está muerto. Ahora es un taxista que clama venganza. Y John solo es alguien que pasaba por ahí y se ha visto salpicado hasta la médula.

No como Abel, que, atendiendo al velo oscuro que cubre su expresión, sabe que ha llegado la hora de pagar por sus pecados.

Los gritos y golpes provenientes del maletero, ahora constantes, obligan a John a centrarse de nuevo en el arma que continúa apuntando a su pecho. John ya no tiene duda de que es Yasmín quien está encerrada en la parte trasera, porque ha reconocido su voz. A su modo de ver, ella no merece estar ahí. No participó en el secuestro de Ortiz. Al contrario, por poco lo ayuda a huir. No se le escapa lo poético de la situación, sin embargo. Hace cuatro años, la joven librera, una universitaria por aquel entonces, abría el maletero del coche de Sergio y se topaba con el cuerpo magullado del hombre que lleva ahora el Toyota.

Vuelve a mirar al frente. La aguja del cuentakilómetros está más inclinada de lo que debería, teniendo en cuenta las condiciones meteorológicas. John no sabe adónde los llevan ni cuál es la intención de esos dos, pero, por la manera en que conduce ahora Ortiz por la carretera de doble sentido que baja de la sierra, no tardarán en salirse en alguna curva y despeñarse precipicio abajo. La calzada está helada y hay montículos de nieve acumulados en el arcén. Cualquier volantazo podría ser el último. Piensa que a lo mejor es lo que buscan. Lanzarse al vacío y acabar con la vida de los cinco, para siempre.

Hace unos tres años, John escribió en un libro una teoría científica, que a su vez había visto en una conferencia en YouTube. Ya no lo recuerda al detalle, pero la esencia de lo que escribió es que hay una parte del cerebro, el sistema límbico, que ayuda a mantenernos vivos al evitar situaciones, personas u objetos que puedan poner en peligro nuestra existencia. Es nuestra arma contra el miedo. Aquello que nos ayudó al inicio de los tiempos para evitar ser devorados por otros depredadores. El funcionamiento de esta zona cerebral es curioso, revisa constantemente toda la información que le llega a través de los distintos sentidos, con el fin de detectar rápidamente cualquier elemento que pueda influir en nuestra supervivencia. Una vez que detecta ese peligro, orquesta una respuesta rápida de todo el cuerpo, que nos empuja a alejarnos de la amenaza, lo cual aumenta nuestras posibilidades de supervivencia. Tal vez es lo que está pasando ahora. Tal vez algo en la postura de Ortiz, o en su respiración, o en la forma en la que sostiene el volante, hace pensar a John que no van a ningún sitio concreto, que simplemente pisará el acelerador en cualquier momento y saldrán volando.

Es el sistema límbico de John el que le plantea la opción de luchar. Si opta por ello y se revuelve, la anciana disparará y él morirá. Aun así, merece la pena intentarlo. Si logra hacerse con la pistola, a lo mejor, solo a lo mejor, consigue que Ortiz detenga el vehículo.

Sobrevivir ante todo.

Está a punto de aferrarse al arma y disputársela con la anciana, cuando, a través de la luna delantera, ve los deslumbrantes faros de un coche que aparece en sentido contrario, desde detrás de la siguiente curva.

Es un Porsche Panamera blanco. Y va directamente hacia ellos.

57

11 de enero de 2022
Sierra de Gredos, Ávila

Al mismo tiempo que John Everett descendía los peldaños del refugio en el establo de Villa Pegaso y enfocaba con su linterna el cuerpo sin vida de Sergio Palacios, Fabián Castro se abrazaba con su hija, quien, estremecida y tiritando de frío, lloraba en el interior de la ambulancia, a pocos metros del cuerpo de Juan Luis Gallardo.

Unos minutos después, mientras Abel Cardozo explicaba a John cómo se las había arreglado en el último año, Cecilia era trasladada al hospital Nuestra Señora de Sonsoles, en Ávila. Fabián fue acercado en coche a la mansión por uno de sus trabajadores, donde cogió las llaves de su vehículo personal, sin percatarse en ningún momento de que sus dos últimos escritores estaban manteniendo una conversación bajo su propiedad. Después condujo hasta el hospital.

Una vez llegado allí, no se separó de su hija. Los médicos enseguida lo tranquilizaron. Con un poco de descanso y atención, la adolescente superaría la hipotermia en unas horas. Las marcas en las muñecas y la hinchazón de la nariz tardarían unos días en irse del todo. En cuanto al trauma de haber sido secuestrada, eso le llevaría más tiempo. Abel y John se encontraban subiendo las escaleras que dan acceso al santuario de Nuestra Señora del Espino, cuando Fabián entró en la habitación de su hija, se sentó al borde de la cama y cogió su mano, con ganas de conocer la verdad.

—Hija, tenemos que hablar.

Ella asintió con la cabeza. Sus ojos transmitían el mismo miedo que Fabián había visto en su pequeña muchos años atrás, cuando era una mocosa que se levantaba algunas noches, desorientada y abrazada a su poni de peluche, asegurando haber tenido una pesadilla.

—¿Qué ha sucedido antes con Juan Diego en el bosque, cariño?

Cecilia cerró los ojos y una lágrima escapó de entre sus párpados. Los labios le temblaban, como si sus pupilas estuvieran reviviendo el horrible momento.

«Ahora tiene que descansar, no es tiempo de atosigarla a preguntas», había dicho el médico. Pero él quería saber. Necesitaba saber.

Everett y Cardozo estaban empujando la puerta del santuario, cuando Fabián insistió:

—Hija, por favor. Es importante. ¿Qué pasó?

—Un ruido… muy fuerte… desde los árboles —balbuceó ella.

Él le acarició la mano, animándola a seguir.

—¿Un disparo?

Cecilia asintió.

Su padre asintió con ella.

—¿Acertó en Juan Diego? —quiso saber con el enigma todavía en la cabeza, porque, desde que vio el cadáver de su antiguo cocinero, supo que no era posible que alguien zurdo se suicidara con un disparo en la sien derecha. Estaba a punto de obtener la respuesta.

—Juan Diego cayó… ¡cayó muerto! ¡Había mucha sangre!

La joven rompió a llorar en los brazos de su padre. Era demasiado para ella. Pero él no iba a detenerse ahí.

—Hija, haz un esfuerzo. —La separó de él y colocó las palmas de las manos en torno a su cara para mirarla a los ojos, ahora inundados en lágrimas—. ¿Viste al autor del disparo?

En el mismo momento en que tía Nati confesaba haber provocado el incendio que en 1997 acabó con la vida de Jorge Palacios, Carmen Castro recibía una llamada importante en la sala de espera del hospital, sin saber que su hija estaba aportándole una información valiosa a su marido.

—¡Fue el taxista, papá! —dijo Cecilia, tragándose las lágrimas—. Ese hombre tan feo apareció entre los árboles y mató a Juan Diego.

—¿El… taxista? —repitió Fabián, como si fuese lo último que esperaba oír.

—Yo salí corriendo, pero él no estaba interesado en mí, así que no me siguió.

—¿En qué estaba interesado, entonces?

—En una cabaña. Había alguien allí. Alguien… pequeño. Joven. Creo que era una chica.

Fabián pensó en las huellas de mujer que encontró en los alrededores de la cabaña cuando el teniente coronel Zafra le había mostrado el lugar. Sus pensamientos, inmediatamente se detuvieron en la figura de Yasmín Roca, esa joven que se había hecho pasar por traductora para entrar en la mansión. Por alguna razón, ese taxista dejó marchar a Cecilia, para ir a por Yasmín. Eso significaba que su objetivo no era hacerle daño a él, sino a la joven malagueña. Pero ¿por qué? ¿Qué tramaba ese hombre?

Castro besó a su hija en la frente —«estoy muy orgulloso de ti, ahora descansa»— y corrió al aparcamiento, sin percatarse de que su mujer también abandonaba el hospital a toda prisa, aunque por distinto motivo.

Los gruesos neumáticos se quejaron cuando Fabián hizo girar el volante con violencia para surgir de las profundidades del hospital. Poco después, en cuanto tomó la carretera comarcal que subía de la ciudad a la sierra, puso a prueba el motor del Porsche pisando el acelerador a fondo.

En este momento, en el que, a algunos kilómetros de distancia, Natividad, John y Abel están subiendo a la parte trasera del taxi de Joaquín Ortiz, Fabián Castro conduce con la mirada fija en el horizonte.

«Tengo que encontrar a ese cabrón de Agustín», se repite, ignorando aún que el hombre usa una identidad falsa para moverse por la comarca.

Conoce bien la ruta que sube hasta Hoyos del Espino y aun así, tiene que pisar el freno antes de tomar algunas curvas cerradas, para no perder el control del coche. La calzada no está en el mejor estado en esa época del año y un error de cálculo en esas condiciones podría resultar fatal.

Cuando lo ve, es tarde. Al completar un giro de ciento ochenta grados, casi se lo encuentra encima. Otro vehículo que circula en sentido contrario, a más velocidad de la que debería y por la mitad de la calzada, ocupando parte de los dos carriles. Pero esos son detalles en los que Fabián no tiene tiempo de reparar. Solo actúa por instinto. Frenar en seco. Hacerse a un lado —el lado interior, pegado al muro de piedra—. Cerrar los ojos.

Entonces lo oye. Oye ese chirrido tan característico que producen los neumáticos al intentar adherirse al asfalto. Y después, espera a que llegue. El qué, no lo sabe. Puede que un fuerte impacto frontal contra el otro coche. Quizá la sensación de caer al vacío. O morir aplastado contra la montaña.

Pero no ocurre nada, así que abre los ojos. Justo a tiempo para darse cuenta de que sigue vivo, en la carretera y con el Panamera aún en marcha. A tiempo para orientar el volante y evitar chocar contra el quitamiedos.

Y también a tiempo para ver, a través del retrovisor, el taxi de Agustín dando dos vueltas de campana.

58

11 de enero de 2022
Villa Pegaso, Hoyos del Espino, Ávila

Tomás Moreno siempre ha disfrutado trabajando de abogado para Papyre. Defender los intereses de la editorial ante acusaciones por plagio y ocasionales rupturas anticipadas de contrato es pan comido para alguien de su experiencia, y además, Lorenzo pagaba bien. Pero engañar a jovencitas y abusar de ellas sin que haya ningún tipo de consecuencias le gusta todavía más. Por eso no dudó en borrar del mapa a Lorenzo y por eso, esta mañana ha madrugado para tomar un vuelo hacia Madrid, desde donde ha alquilado un Range Rover que lo ha llevado a Hoyos del Espino.

No puede reprimir un suspiro de asombro cuando Carmen abre la compuerta y juntos descienden al refugio subterráneo que ella misma mandó construir bajo el establo. Carmen les habló de ese sitio a todos los miembros de la organización, pero Tomás no había llegado a verlo en persona. Está fascinado.

—¡Joder, Carmen! —Se le escapa una risotada al ver el cuerpo en el suelo—. ¡A este tío lo han pasado por la parrilla!

—¿Me crees ahora? Te dije que estaba muerto —responde ella desde la escalera.

Carmen no tiene buena cara, Tomás se ha percatado nada más verla tras el muro lateral de la residencia, el punto de encuentro escogido por ella. Lucía ojeras y su cabello, siempre brillante y cuidado, como si cada día acabara de salir de la peluquería, estaba mojado y enredado. Restos de rímel moteaban sus pómulos, esos que a Tomás siempre se le han antojado tan sensuales, pero que hoy parecen los de una indigente y desde que lo ha saludado hasta ahora, bajo el establo, no ha pronunciado una palabra que no transmitiera agotamiento físico y mental.

Aunque nunca ha tenido la oportunidad de llevársela a la cama, esa mujer siempre se la ha puesto dura. Será por el morbo de que se trate de la esposa de un exitoso hombre de negocios, o por el fascinante hecho de que sea una mujer quien maneje los hilos de una organización de interés sexual. O quizá se deba simplemente a que el sexo es una más de sus muchas adicciones y cualquier mujer que tenga

menos de cincuenta años y huela más o menos bien, le vale. Además, Tomás no olvida que Carmen fue Miss Málaga hace muchos años y aunque el tiempo pasa para todos, quien tuvo, retuvo. Pero esta tarde, no. Esta tarde, Carmen Castro le resulta de todo, menos apetecible.

Como casi todo en la vida, su lamentable estado tiene una explicación. Hace solo unas horas, su hija Cecilia ha desaparecido en el bosque. Eso explica por qué no le devolvía las llamadas. Lo ha hecho a la cuarta, desde el hospital donde habían llevado a Cecilia. Él ya estaba al volante del Range Rover, a menos de cien kilómetros de Villa Pegaso y empezaba a ponerse nervioso, al no saber nada de ella. Cuando por fin han hablado, Carmen estaba llorando como si acabara de sufrir un ataque de nervios. Visto en retrospectiva, no es para menos. Tomás no tiene hijas, ni piensa tenerlas —¡Dios lo libre!—, pero puede imaginar la zozobra por no saber dónde se encuentra tu niña y pensar que le ha podido pasar algo terrible.

—Tomás. Estoy en el hospital —le ha dicho ella, entre susurros entrecortados. Seguramente Fabián se encontraba cerca y ella no quería que se enterase de la conversación.

—¿Cómo que en el hospital? ¿Va todo bien?

Entonces ella le ha hecho un confuso resumen de lo ocurrido con Cecilia, desde que la habían echado en falta hasta ese momento, en el que la joven se encontraba recuperándose en la cama de hospital.

—Nuestro encuentro… ¿sigue en pie? —ha querido asegurarse Tomás.

—Sí, no te preocupes. Te veo donde dijimos.

—Llegaré en menos de una hora.

—Allí estaré. Quiero enseñarte el cuerpo.

—Estoy deseando verlo.

—Debemos ser cautelosos, Tomás. Si alguien te ve o llega a saber de la existencia del búnker, estamos perdidos.

—Descuida.

Al colgar, con toda la sierra de Gredos dándole la bienvenida al final de la autopista, imponente, amenazadora, Tomás se ha puesto a pensar. Carmen parecía estar realmente afectada por lo que le había pasado a su hija, y eso que, por fortuna, al final no ha habido nada que lamentar. ¿Cómo se debieron sentir las madres y los padres de todas esas criaturas a las que habían drogado y violado en los últimos años? Fueron decenas. Tomás se ha sorprendido al darse cuenta de que no había reflexionado sobre ello hasta ahora. Va a ser verdad que es un ser despreciable. No es una conclusión que le llegue de nuevas, sin embargo, porque él es el primero que no se soporta a sí mismo.

—¿Es Abel Cardozo? —pregunta, sin poder apartar la vista del cadáver. Si lo mira de frente, es como si le estuviera sonriendo. Eso, sumado a la camisa de cuadros que lleva puesta, hace que Tomás esté

tentado de alargarle la mano para presentarse.

—¿Quién va a ser si no?

—¿Seguro que no lo mataste tú?

—No, ya te lo dije. ¿De verdad me ves capaz de quemar a un desconocido en mi propia chimenea?

«No me hagas responder a eso», piensa Tomás.

—¿Quién fue, entonces? —pregunta, intrigado y maravillado a partes iguales. Tanto, que se atreve a rozar el muñón chamuscado que tiene el muerto en la mano derecha—. ¡Uau! ¡También le cortaron un dedo!

Carmen, de brazos cruzados junto a la entrada del zulo, resopla. Ha sido un día duro y nunca ha llevado bien el ácido sentido del humor de él.

—No sé quién hizo esto —responde—. Al principio pensé en Fabián. Deseaba con todas mis fuerzas que no fuera él, pero sé que, unas semanas antes de la muerte de Cardozo, mi marido le había ofrecido una alta cantidad de dinero para que no se fuera de la lengua, tras un caso complicado que tuvimos con el antiguo cocinero, así que podía tener motivos.

—¿Y cómo sabes que no fue él?

—Una mujer sabe cuándo su marido le oculta algo. Hablé con Fabián y le saqué el tema de Abel repetidas veces. Estaba consternado por su desaparición, la verdad. Solo el mejor de los actores puede mostrarse tan preocupado por alguien a quien acaba de asesinar. Y mi marido es experto en muchas cosas, pero cuando se trata de mentir, es un auténtico zoquete. Te lo digo yo, que puedo enumerarte cuántas veces, cuándo y con quién me ha puesto los cuernos desde que nos casamos…

—Vale, vale, Carmen, coño. No me incumben tus problemas maritales, ¿de acuerdo? —le corta la frase Tomás, mostrando las palmas de las manos—. ¿Qué me dices del personal de servicio?

—También hablé con todos ellos. Con Marta especialmente.

—¿Quién es Marta?

—La asistenta. Tampoco sabe nada, confía en mí.

Tomás se lleva la mano a la boca y se frota los labios, meditabundo.

—El problema es que, quien lo haya hecho, quien haya matado a este pobre hombre para después depositar su cuerpo aquí abajo, debió de ver mi archivador con toda la información de *Hijos* —señala Carmen.

—Sí, me lo dijiste por teléfono. ¿Dónde está ahora? No lo veo por aquí.

—Tranquilo, lo guardé en un lugar más seguro. No podía seguir dejándolo aquí, como comprenderás, ahora que saben de la existencia

de este sitio.

El comentario estremece a Tomás, que de pronto siente que no están seguros allí abajo.

—¿Sabes lo que opino? —dice.

—Dime.

—Que si la hubiera encontrado, ahora tú y yo estaríamos en la cárcel. ¿No te parece?

—La tuvo que ver seguro, Tomás. La dejé aquí en medio, a solo unos pocos centímetros de donde ahora está el pie requemado de este hombre.

—Bien, puede que la viera pero que no le diera importancia. Piensa que, quienquiera que fuese, debía de estar muy consternado por estar transportando un cadáver secretamente. Quiero decir que hasta los mayores psicópatas se ponen nerviosos en situaciones así.

—¿Lo dices por experiencia?

—Joder, mujer, qué golpe más bajo.

Ella se lleva las manos a la cintura y vuelve a resoplar.

—En fin, puede que tengas razón. En la cubierta del archivador solo se leen los acrónimos «H.H.» No es algo que llame la atención.

—Seguro que sí. Y por lo que me dijiste, la carpeta seguía aquí, con el cuerpo, cuando volviste a bajar. Creo que, si ese hombre hubiera descubierto el contenido de la carpeta, se la habría llevado consig… —Algo lo obliga a callar—. Espera, ¿qué coj?…

Acaban de rozarle la cabeza desde arriba. Es esa sensación, como cuando pasas por debajo de una tela de araña, aunque más sólida. Instintivamente se lleva la mano a la zona y se revuelve el pelo, porque así es como se libra uno de las telas de araña y de los mosquitos tocapelotas. Pero lo que palpa es más duro. Duro y frío. Tras su manotazo, la bombilla fundida que cuelga del techo ha empezado a balancearse como un péndulo descontrolado. Entonces se fija en que Carmen tiene la mirada clavada en su coronilla. Su expresión de auténtico terror no hace pensar en nada bueno. Ella grita. Luego se lleva las manos a la boca y vuelve a gritar aún con más fuerza. Tomás sigue la dirección de su mirada y lo ve. Un dedo humano cuelga del cable de la bombilla unido por un hilo.

—¡Joder! —vocifera—. ¡Es un puto dedo!

Vuelve a mirar la mano cercenada del hombre muerto y realiza una rápida deducción: al tipo le cortaron el anular antes de quemarlo, porque el dedo que ahora da vueltas sobre su cabeza mantiene hasta la capa más superficial de la piel. Incluso se puede ver la sangre coagulada en la zona del corte, de un color granate oscuro, bajo la luz del móvil.

—¡Podías haberme avisado de que había un dedo colgando del techo!

—¿Crees que lo sabía? —le grita Carmen, con el rostro contraído —. Eso no estaba cuando bajé la última vez.

Un rumor se oye arriba, cerca del establo. Alguien optimista pensaría que son los caballos, hablando el idioma que sea con el que se comuniquen esas bestias y no un grupo de hombres descubriendo una compuerta secreta abierta en el suelo, como es evidente que ocurre. Pero Tomás, ni una cosa ni la otra, porque está demasiado ensimismado asimilando el hecho de que alguien haya vuelto a bajar para dejar el dedo de Cardozo colgado del cable de la bombilla.

Suelas de botas pesadas descienden por las escaleras. Carmen ha retrocedido y ahora está junto a él, abrazándolo. En un momento normal, Tomás aprovecharía la situación para meterle mano, pero ahora ni siquiera se le ha levantado. ¿La razón? Un grupo de cuatro hombres vestidos con el uniforme de la Benemérita acaba de ocupar el búnker. Van armados con linternas y fusiles y sus miradas no presagian nada bueno cuando estas se deslizan por el cuerpo en el suelo, por Carmen y Tomás y, por último, por el dedo que sigue dando vueltas sobre sí mismo como una veleta siniestra.

Tomás hace ademán de llevarse la mano al bolsillo interior de su abrigo de piel, donde guarda la pistola, pero los agentes levantan las armas antes de que pueda siquiera rozar la empuñadura. No le queda otra que llevarse las manos a la cabeza y gimotear como un niño. Acaba de comprobar que hasta el hombre más fiero y carente de escrúpulos se caga de miedo cuando tiene las bocas de tres fusiles apuntando a su cabeza.

El mayor de los hombres, el único que no lo amenaza con ningún arma, habla por fin y lo hace con la autoridad que se le presupone a alguien de su rango:

—Aquí el teniente coronel Zafra, de la Guardia Civil. ¿Qué está pasando?

59

20 de abril de 2022
Madrid

—¿El dedo? —John se inclina sobre la mesa con manteles individuales. Aún le duele el costado cuando hace movimientos bruscos, pero no ha podido evitarlo. Está perplejo—. ¿Dejaste el dedo de Sergio colgando del cable de la bombilla?

En un principio, Abel sonríe, como confirmando su travesura. Hasta que su expresión se vuelve plana, insondable y cualquiera diría que está bajo los efectos de la hipnosis. Entonces se quita el guante derecho y deja a la vista una mano con cuatro dedos. Donde debería estar el anular, hay un muñón.

—No, John. Era mi propio dedo el que colgaba de ese cordel.

Rompe a reír al ver la cara de perplejidad que seguramente tiene John en este momento. Una pareja joven que ocupa la mesa contigua se gira atraída por la contagiosa risa y al reparar en el muñón, se vuelven, molestos para centrarse en su cena.

—Un momento. —John se endereza en su silla y da un trago de agua. De pronto ya no le apetece la ensalada que ha pedido de primero y que hace un minuto, cuando el camarero le ha dejado el plato sobre la mesa, le ha parecido tan apetecible. La imagen del muñón le ha cerrado el estómago—. ¿Me estás diciendo que te cortaste el dedo a ti mismo?

Abel mira de reojo a su alrededor y baja la voz como el reportero que está a punto de soltar una exclusiva *off the record*.

—Se me ocurrió después de tu visita a Talavera. Esa tarde supe que al día siguiente nos encontraríamos en ese búnker, y simplemente me vino la idea. Tú no te pudiste dar cuenta porque ese día, el día en que me mostré ante ti como Abel, bajo el establo, llevaba guantes, al igual que hoy. La tarde del once de enero, unos minutos antes de que descubrieras el refugio subterráneo, guiado por las pistas que yo te fui dejando, bajé allí aprovechando que no quedaba nadie en la residencia, porque todos estaban en el bosque buscando a la cría. Me dio tiempo a cercenar el dedo requemado de Sergio y atar el mío, al que previamente había anudado a un hilo, al cable de la bombilla. Por poco me pillas con las manos en la masa. O con el dedo en la masa, en este caso.

Se echa a reír de nuevo. Realmente se lo ve disfrutando.

—¿Por qué hiciste algo así? —John trata de comprender, incómodo por compartir mesa con alguien capaz de desmembrarse a sí mismo. Su cerebro no deja de dibujar imágenes de ese hombre armado con unas tijeras podadoras. Acercándolas a su propio dedo mientras se lleva una toalla a la boca. Dando un largo trago de whisky antes de apretar con todas sus fuerzas y separarse el anular como quien corta la chistorra para una barbacoa.

—No me mires así, John, no estoy loco. Lo hice con toda la intención.

—¿Qué intención? —pregunta John, cuya mente de escritor ya se le ha adelantado y empieza a entender.

—Pues que, de esa forma, me aseguraba de que, cuando la policía bajara al búnker y encontrara un cuerpo calcinado al que le faltaba el dedo anular derecho, darían por hecho que el dedo colgante pertenecería a ese cuerpo. Solo tendrían que analizar genéticamente mi dedo, como de hecho hicieron, para confirmar que la identidad del fallecido era la de Abel Cardozo, es decir, la mía. Fue así como conseguí que cerraran el caso de mi desaparición y por fin me convertí en un hombre libre.

Alza su copa de Albariño en el aire.

—*¡Chin, chin!*

John emite un chasquido con la boca. Desde que salieron del hospital, tras el accidente con el Toyota, y desde que leyó en las noticias que la Guardia Civil había encontrado un búnker secreto bajo los establos de Villa Pegaso, en el cual Carmen Castro tenía escondido el cadáver de Abel Cardozo, lleva consigo una duda que está a punto de resolver.

—¿Cómo dio la Guardia Civil con el búnker? Tu plan siniestro del dedo solo tenía sentido si ellos bajaban y lo encontraban en ese preciso momento.

—Realicé una llamada anónima a la comisaría. Tú no te diste cuenta, estabas demasiado emocionado por haber descubierto el reflejo de la tía de Sergio en el espejo que aparecía en nuestra foto.

—¿Mientras esperábamos el taxi?

Abel vuelve a sonreír. John siente un estremecimiento.

—Exactamente.

—¿Qué les dijiste?

—Solo que conocía el paradero de Abel Cardozo. Luego les di las coordenadas, la contraseña para abrir la escotilla y colgué.

John mastica la explicación, porque ya no le queda pan en la mesa, tratando de buscarle el sentido.

—Sí, ya sé lo que estás pensando —continúa Abel—. Cómo demonios pude yo saber que Carmen Castro y el abogado de Lorenzo

estarían allí abajo cuando llegara la policía. ¿A que te lo estás preguntando? Casi puedo ver a través de tus pensamientos.

En realidad no está pensando eso, pero le dice que sí, porque ahora tiene curiosidad.

—Admito que eso fue suerte. Una maravillosa coincidencia. La Guardia Civil ni siquiera tuvo que hacer uso de la contraseña, al encontrarse la escotilla abierta. Madre mía, con gusto me habría cortado los otros nueve dedos por haber visto sus caras cuando llegó la Guardia Civil y los pilló ahí abajo, con el cadáver y el dedo.

Lo que John realmente se está cuestionando es por qué él no se fijó en el dedo colgante cuando bajó al búnker. No puede pensar en otra cosa que en ese cacho de carne con uña dando vueltas en el extremo del hilo. Le plantea su inquietud.

—No te martirices, eso obedeció a algo muy común en el comportamiento humano. No acostumbramos a fijarnos en los techos ni en las lámparas cuando entramos a un sitio nuevo. Y menos si hay un cuerpo muerto y requemado en el suelo. Nuestro cerebro está entrenado para filtrar información del entorno que cree irrelevante y centrarse así en lo importante, en este caso, el cadáver hallado.

Los segundos platos llegan a la mesa. Un apetecible ceviche de salmón con crujientes de plátano hace que Abel se relama mientras se coloca la servilleta en el cuello a modo de babero. «Es mi plato favorito. ¿Sabes que soñaba con esta maravilla durante el tiempo que estuve viviendo solo en Villa Pegaso?», le ha comentado a John, antes, cuando han revisado la carta. En cuanto a John, ha optado por tirar para casa: merluza rebozada con patatas fritas. El *fish and chips* de toda la vida.

Sigue antojándosele extraño estar cenando con ese hombre. Hace solo dos meses no sabía de su existencia. Después lo dio por muerto. Y ahí están ahora, comentando la jugada, como dos chavales traviesos que acaban de pegar un chicle en la silla del profesor.

Hace tres días, Abel se puso en contacto con él. Ocurrió por teléfono. A John, en un principio le sorprendió la llamada, pero luego supuso que era para informarle sobre el estado de Yasmín. A lo mejor había salido del coma, pensó John entonces, esperanzado.

Ella se había llevado la peor parte tras el aparatoso accidente. El Toyota había salido volando y tras dar dos vueltas de campana, aterrizó boca abajo, a menos de un metro del abismo. Ese día, John volvió a nacer. Ortiz había sido un insensato al circular a tanta velocidad por esa carretera, o a lo mejor era lo que buscaba, acabar con las vidas de los cinco. Pero se toparon con el Panamera de Castro, eso no estaba en el guion. El fuerte volantazo no fue la mejor decisión posible. John puede darse con un canto en los dientes por solo haber tenido que lamentar un brazo roto. Yasmín no tuvo la misma suerte.

Al ir maniatada dentro del maletero del vehículo, su cuerpo rebotó como una pelota de *pinball* durante los segundos que duró el accidente. El parte: varios huesos rotos, una hemorragia interna y traumatismo craneoencefálico severo. Los médicos consiguieron cerrar la hemorragia a tiempo, pero no saben cuándo despertará del coma, si es que llega a hacerlo algún día.

En realidad, lo peor se lo comió Natividad Fajardo. A diferencia de Abel y él, ella no llevaba puesto el cinturón de seguridad. Seguramente no pensaba que el deportivo de Fabián se cruzaría en el camino. Un único golpe en la cabeza bastó para que se le apagaran las luces para siempre. Nadie reclamó nada suyo y no se celebró funeral.

En cuanto a Ortiz, una pierna rota y una brecha en la cabeza —otra más a añadir a su colección de taras— impidieron que escapara del lugar del accidente. Cuando llegaron las asistencias, el hombre estaba tan encajonado entre los hierros de la carrocería, que ya era de noche cuando los bomberos lograron liberarlo. Y le espera el juicio por el que lo condenarán por asesinato, secuestro y conducción peligrosa.

Fue Abel, con dos costillas rotas y una brecha en la cabeza, quien llamó a emergencias y ayudó a Fabián Castro a sacar a John y a Yasmín del vehículo. El millonario estaba tan impactado por lo sucedido, que no se dio cuenta de que el chico que decía llamarse Sergio Palacios era en realidad Abel Cardozo, el escritor que desapareció en su mansión durante la tormenta del Filomena. Nunca un cambio de peinado y algunos retoques estéticos dieron tanto resultado.

«Tenemos un asunto pendiente que tratar, John», le dijo Abel a través del auricular. Nada de «hola, cómo va tu brazo». Ni siquiera dijo quién era. Quizá supuso que su *tenemos un asunto pendiente que tratar* hablaba por sí solo.

Y el hecho es que así era, porque ya solo quedaba un tema por resolver. Los pósits de John, cuyas notas pasaron a formar parte de un contenido mucho más elaborado en un cuaderno durante la estancia del escritor en Gredos, son ahora el borrador de una historia basada en hechos reales, que promete alcanzar los primeros puestos de los rankings. Esto se lo dijo Craig cuando lo llamó por teléfono tras leer el primer manuscrito. John solo pretende contar la verdad, plasmar en negro sobre blanco una historia increíble que, a su modo de ver, merece ser conocida por el público.

Se lo debe a Laura, Sol Monroe, que no se suicidó en la bañera, como contó la prensa, sino que fue asesinada por Natividad Fajardo, tal y como ella misma confesó. Tía Nati, como la llamaba Sergio Palacios, decidió borrarla del mapa cuando se enteró de que este iba a ir a verla al hotel. ¿Por qué lo hizo? John tiene sus teorías, basadas en

la última conversación mantenida con ella en el santuario de Hoyos. Una opción es que lo hiciera porque no quería que Sergio supiera que había sido ella quien había enviado el email a Eva, la prometida de Sergio, contándole lo que Abel y él hicieron con Joaquín Ortiz el mediodía de 2018. Ese email provocó que ella lo abandonara y unos minutos después, un camión la arrollara. Si Sergio hubiera sabido que había sido cosa de su tía, jamás la habría perdonado. Pero John se inclina a pensar, porque lo vio en los ojos de la anciana, que simplemente quiso mantener a Laura alejada de Sergio para siempre. Esa mujer sufría de un trastorno obsesivo compulsivo en todo lo relacionado con la protección de su sobrino. En cualquier caso, los fans de Monroe merecen conocer la historia tal como ocurrió. John cree que se alegrarán de saber que su Sol no era una mujer infeliz que simplemente se cansó de luchar.

También ha reservado un papel importante en la novela para Juan Luis Gallardo, porque de alguna manera llegó a sentir empatía por él y porque alguien tiene que contar la verdad sobre lo sucedido con Cecilia Castro, la noche de la fiesta. El último acto del cocinero fue secuestrar a Cecilia, con el objetivo de vengarse de ella y de Fabián por haberle arruinado la vida. Así lo ha plasmado en el libro. John sabe que Castro arrojará a toda su legión de abogados contra él, pero no le importa. Craig está al tanto y cree que el dinero recaudado gracias a una historia de corrupción de tal magnitud, la cual involucra a un conocido magnate discográfico, compensará con creces la indemnización que tendrá que pagar a Fabián. John solo espera que este no le mande a sus matones, porque todo multimillonario que se precie tiene matones en nómina y Fabián no parece ser una excepción.

Pero la verdad es la verdad y no admite medias tintas. El once de enero de 2022, Juan Diego Gallardo tenía pensado llevar a Cecilia Castro a una cabaña en el bosque, que había adquirido unos meses atrás, como demostró el material que encontró Yasmín en el piso del cocinero. No llegó a ejecutar su plan. Al final se arrepintió y liberó a la adolescente en mitad del bosque. John supone que iba a entregarse y así lo ha contado en el capítulo treinta y tres de la novela, pero no llegó a hacerlo, porque antes de que llegaran las autoridades, se cruzó con un hombre en el bosque. A Joaquín Ortiz, convertido en un simple taxista que iba y venía por los pueblos de la sierra, pasando desapercibido bajo el nombre de Agustín, no le tembló la mano. Le metió un tiro en la sien y preparó la escena del crimen de forma que pareciera un suicidio. Pero cometió el error de dejar escapar a Cecilia, porque su objetivo era Yasmín Roca, testigo silencioso de lo sucedido, a quien metió en el maletero del taxi, de igual forma que, cuatro años antes hicieron Abel y Sergio con él. De alguna manera, Ortiz había conocido a Natividad —John prefiere la versión contraria, en la que la

tía de Sergio dio con él tras conocer lo sucedido en 2018— y juntos trazaron un plan para atraer a Abel hacia ellos —y de paso a John, aunque su rol va a ser sustituido en la novela por una mujer de carácter inspirada en su Mónica, sin duda mucho más carismática para el lector—. Si no llega a ser porque el Porsche de Fabián se cruzó en su camino, ahora Yasmín, Abel y John estarían, probablemente, muertos.

El papel de Ortiz cobra especial relevancia en la historia cuando se descubre que fue él quien, a modo de venganza, encontró a José Luis Cava mientras este daba uno de sus paseos por el centro de Sevilla y lo empujó puente abajo. John nunca sabrá si fue así como ocurrió realmente, o sencillamente Cava decidió tirarse, que es lo que publicó la prensa. Pero él prefiere inclinarse por lo primero. Y apuesta a que los lectores le alabarán el gusto.

Todo esto, no obstante, no obedece más que a las subtramas de la obra. Historias que mantendrán al lector pegado a las páginas desviando al mismo tiempo su atención de la trama principal.

Para esa trama, John ha escrito dos versiones, las cuales guarda en el disco duro de su ordenador.

En la primera, un misterioso periodista inspirado en Abel Cardozo mata por accidente a su amigo de la infancia y le suplanta la identidad, al mismo tiempo que finge su propia desaparición.

En la segunda, la protagonista destapa una red secreta de tráfico de menores en la que están envueltos: el presidente de una prestigiosa editorial, su abogado, la mujer de un exitoso productor musical, el directivo de un club deportivo reconvertido a taxista y un agente de policía de la Jefatura de Madrid.

Cualquiera de las dos historias haría las delicias de los lectores, de eso no le cabe duda. Pero tiene que elegir, no puede usar las dos, porque el protagonista de la primera, aquel cuya mentira quedaría destapada públicamente si John opta por su trama, atesora la información que prueba la existencia de Hijos de Hímero, la organización que cimienta la segunda.

John lo sabe tan bien como Abel, quien se encargó de recordárselo el otro día, por teléfono.

«Tenemos un asunto pendiente que tratar, John».

—No puedes mencionarme en tu novela —dice Abel, llegado el momento, llevándose un pedazo de salmón marinado a la boca. Ya no sonríe.

—Pensaba usar nombres ficticios.

—Eso no me sirve. Hablarás de mansiones en la sierra. De tormentas de nieve. Convertirás la desaparición de un periodista que investigaba la muerte de su mujer en la premisa de la historia y casi al final de la novela desvelarás el pastel: el periodista no estaba muerto

ni desaparecido, solo llevaba un año viviendo la vida de su viejo amigo, a quien había asesinado.

John se mantiene en silencio.

—No dices nada, así que he acertado. No puedes hacer eso, John. Hasta un imbécil sabrá que estás hablando de mí. La policía reabrirá el caso. Investigará. Me interrogará. Y finalmente dará con la verdad.

—No sé qué decirte, Abel. Ya te lo avisé bajo el establo, tendrías que haberme matado si querías evitar que tu historia saliera a la luz.

—Vamos, John, no me jodas.

—No puedo ser cómplice de lo que hiciste, Abel. Fueron cosas muy graves. Y estoy a punto de casarme con una agente de policía.

—Precisamente por eso, deberías escuchar lo que te propongo.

Ahí está otra vez. La negociación.

—A ver.

—Tienes en tu mano la absolución de tu chica. Como te dije, guardo en mi poder documentos suficientes para empapelar a todos los miembros de Hijos de Hímero de por vida. Eso incluye a José Ramón Morata.

De nuevo ese nombre. El cabrón que ha complicado la vida de Mónica estos últimos meses. Como tantas otras veces, John vuelve la cabeza hacia la ventana. Fuera del local, el corazón del barrio de Malasaña late con vida propia en la calle que lleva el mismo nombre. Esta tarde no llueve, unos veinte grados sin viento invitan a la gente a salir. John piensa mejor con lluvia, pero solo apartar la inquisidora mirada de Abel ya lo ayuda a clarificar su mente. Se ha formado cola a la puerta del teatro que hace esquina. En la otra acera, un *pub* irlandés llena la caja registradora a cambio de deliciosos brebajes espumosos y grasientas tapas que acompañarán los tragos de los comensales. Un hombre bien entrado en los sesenta está de pie frente a la puerta, pero no parece tener intención de entrar. John lo mira con desdén. El hombre es panzudo y desgreñado, aunque sin llegar a la indigencia. Solo es un transeúnte más esperando a que el semáforo cambie de color. Seguramente ha quedado con alguien para disfrutar de la obra de teatro, porque hay algo en él que no casa, como si no acostumbrase a transitar esa zona de la ciudad y se sintiese desorientado.

El semáforo se pone en verde, pero el extraño no cruza. Simplemente se queda mirando hacia el restaurante, aunque no parece que mire nada, en realidad. John está sopesando un posible trastorno del hombre cuando la voz de Abel lo trae de regreso al interior del local.

—¿No dices nada? —insiste.

—No sé qué decir.

—Si no lo haces por tu chica, hazlo por las víctimas. Esas menores

merecen justicia. Piensa en todas las chicas cuyas vidas podrías salvar en el futuro si desenmascarásemos a la organización.

—Ya no hay organización que desenmascarar. Guirao está muerto. Carmen Castro y Tomás Moreno ya han sido encarcelados después de que la Guardia Civil encontrara fotos antiguas de algunas de las chicas y evidencias de pagos fraudulentos entre las pertenencias de ella. Y Ortiz lo estará pronto.

—Pero falta Morata, John. ¿Es que no ves lo que te ofrezco? Tienes la oportunidad de atrapar a un delincuente y a la vez salvar la carrera de tu futura mujer.

—A cambio de encubrir a un criminal.

Nuevas arrugas aparecen en el entrecejo de Abel. El brillo de sus ojos ha desaparecido. Ha tratado de mantener un tono distendido desde el principio de la cena, pero su voz ahora deja entrever un matiz amenazante, casi de desesperación.

—De nuevo te lo digo, fue un accidente. Sabes que no miento. Lorenzo te habló de mí. Yasmin te habló de mí. Y si mi mujer estuviese viva, te hablaría de mí. Ellos me conocían. —Clava los codos en la mesa y se inclina hacia delante—. Mira, he hecho cosas en mi vida de las que me arrepiento, admito que no he tomado las mejores decisiones. Pero Dios sabe que nunca pretendí quitarle la vida a nadie. Y, en el fondo, tú lo sabes también.

John le aguanta la mirada.

—¿Y Sergio Palacios? ¿Hablaría de ti si estuviese en esta mesa? ¿Y qué diría, Abel? Me parece que nada bueno.

—¡Te equivocas! Creo que Sergio perdió la perspectiva después de que su mujer sufriera el accidente. Se dedicó a buscar respuestas, alguien a quien culpar de todo lo malo que le había pasado en la vida. Se centró en Laura y después en mí, supongo que herido por la historia que tuvimos los tres durante los años de instituto. Todos cometimos errores y cada uno de nosotros los asumimos como pudimos. Rehicimos nuestras vidas y seguimos adelante. Sergio también lo hizo. Pero luego Eva, su prometida, murió, y eso acabó con él. No llegó a superarlo. Pero si alguien es responsable de que su vida no fuera como él había pensado, esa es su tía.

No añade nada más. Se queda mirando fijamente a los ojos de John como quien espera el veredicto en un tribunal. Como este no dice nada, arroja la servilleta sobre la mesa y se pone en pie.

—Voy al servicio. Te dejo solo para que te lo pienses. —Ahora que mira desde arriba, a John le parece un gigante—. Solo te pido que no lo hagas por orgullo. No sería bueno para nadie. Creo que tomarás la mejor decisión, de lo contrario ya me habrías entregado. Hablamos en los postres. Dicen que aquí los hacen deliciosos.

John deja escapar el aire cuando Abel se pierde entre las mesas,

rumbo a la zona de los aseos. Da un pequeño sorbo a su copa de vino y deja que el sabor despeje la maraña que son sus pensamientos.

El dilema yace sobre la mesa, Abel está en lo cierto. A menudo, John se enfrenta a todo tipo de encrucijadas a la hora de decidir el destino de sus personajes. ¿Matar o no matar al protagonista? La pareja, ¿acabará junta o volará cada miembro por separado? ¿Final abierto o cerrado? Son preguntas que forman parte del oficio de escritor y cuyas respuestas disfruta sopesando. Le hacen sentir que tiene el control, que todo está en sus manos.

La decisión que se le plantea ahora, sin embargo, no repercutirá en personajes ficticios, sino que concierne a la vida real.

Tal y como hace siempre que le cuesta tomar una decisión narrativa, realiza un listado mental de pros y contras:

La salida sensata, lo que le dicta la razón desde que abandonó ese búnker en la sierra, es entregar a Abel a la policía. Plasmar en papel la verdad sobre lo que le hizo a Palacios y empaquetarla en el libro que contará, desde un punto de vista narrativo de ficción, los detalles de cómo el periodista empezó a trabajar en la residencia de los Castro, quedó aislado en mitad de la tormenta después de matar a su amigo de la infancia y consiguió hacerse pasar por él durante más de un año.

Si tomara ese camino, se haría justicia respecto a Cardozo. Pero no respecto a José Ramón Morata, que saldría indemne de sus fechorías en la organización y seguiría ejerciendo de policía capullo. ¿Acaso sería eso justo? Mónica, por su parte, continuaría suspendida de empleo y sueldo, con todo lo que ello conlleva: cambios de humor, desvelos nocturnos, malas contestaciones e incertidumbre respecto a su futuro como familia. No es un buen escenario para concebir a un hijo.

Como no podía ser de otra manera, John todavía no ha hablado de esto con Mónica. Ella no sabe que Cardozo guarda información valiosa sobre Hijos de Hímero, ni que esa información mandaría a Joserrata directamente al trullo. En lo que a ella respecta, quien escapó tras el accidente entre el taxi y el Porsche de Fabián fue Sergio Palacios, mientras que Abel es aquel cuyo cuerpo encontró la Guardia Civil en los subterráneos de Villa Pegaso. Es la versión oficial. John tenía la esperanza de que el tiempo suavizara la impotencia que invadió a Mónica cuando el tribunal interno de la Policía Nacional falló en su contra. Que la ayuda que le había prestado a John, Rayco mediante, para obtener información sobre el caso de Juan Diego Gallardo y avanzar en la investigación, animaría a su futura mujer. Pero tuvo el efecto contrario. Gestos como colaborar con John desde casa, a través de un auricular, o pedir ayuda a Rayco para realizar un movimiento tan sencillo como acceder al histórico de la base de datos de la policía, la habían hecho sentir como una ciudadana más. Fueron meros

recordatorios de que ella, ahora, ya no es policía.

Abel acaba de decir algo importante. «De lo contrario, ya me habrías entregado». ¿Por qué no lo ha hecho? Porque, si bien la razón le dice una cosa, el corazón lo empuja a la contraria. Quiere que Morata pague por lo que hizo, sí, pero también debe ser honesto consigo mismo. Esa no es la razón principal. Lo que realmente busca es que Mónica retome su vida. Ser feliz junto a ella.

Está tan sumergido en su conversación consigo mismo, que no se ha percatado de que el extraño de fuera ya no está en su sitio. ¿En qué momento se ha movido? A John no le importa, porque acaba de tomar una decisión. Cuando Abel regrese del aseo, formalizarán el trato. John no lo mencionará en su libro, no denunciará nada a la policía y a cambio publicará la versión del libro que retrata a los miembros de Hijos de Hímero. Eso, junto con la documentación que Abel fotocopió de la carpeta de Carmen Castro y que guarda en algún lugar que solo él conoce, abrirá la caja de Pandora. La desarticulación de la secta por parte de un escritor inglés será el bombazo del año. Harán reportajes, grabarán documentales y los libros se venderán como rosquillas. Morata ingresará en prisión y Mónica será readmitida en el Cuerpo. John ya lo tiene claro, la decisión es firme. Tomará el postre con Abel, pagará la cuenta y no volverá a saber de él hasta que se reúnan para que Cardozo le entregue el dosier. Entonces desaparecerá de su vida para siempre y sus caminos nunca volverán a cruzarse.

«Que así sea», sentencia John, feliz por haber decantado la balanza hacia el lado que beneficiará a su futura familia.

La mesa que les han asignado no solo está junto a la ventana, también tiene cerca la puerta del restaurante. Gracias a ello, el escritor es capaz de ver al extraño de antes entrando al local, con una mirada dispar que transmite confusión. También de oír la conversación que el hombre mantiene con el camarero que ha salido a atenderlo. La maquinaria del destino acaba de entrar en funcionamiento.

—¿Tiene usted reserva, señor?

—Sí. Para una persona. Gracias.

—Perfecto. ¿A nombre de quién?

—Miguel Estiarte.

John pestañea. Sabe que ha escuchado ese nombre en alguna parte. Mientras le da vueltas, el señor es conducido a su mesa, no muy lejos de la suya. No llega a sentarse y va directo a la zona de los baños.

Pronto lo identifica. Estiarte era el apellido real de Sol Monroe. Laura Estiarte, la mujer de Abel.

Un John de otra época, alguien que no negociaría con un asesino a la mesa de un restaurante de moda en el centro de la capital, lo habría atribuido a una coincidencia. Pero el John actual lleva muchos meses

conviviendo con Mónica y ella, con buen criterio basado en años de experiencia, no cree en ellas. «No seas ingenuo, John. —Es la voz de ella, dentro de su cabeza, tan clara y vívida como si la tuviera enfrente comiendo ceviche—. Alguien que se apellida igual que la viuda del hombre con el que estás cenando llega solo. Pide mesa para uno. Ha entrado al restaurante después de permanecer un buen rato mirando hacia el local desde la acera contraria. En dirección a vuestra mesa. Al hombre que hizo que lo despidieran del trabajo y a quien seguramente culpe de la muerte de su hija. ¿Y te atreves a llamarlo coincidencia?»

John podría dejar hablar a la voz de Mónica por un buen rato más, pero algo pasa de repente, interrumpiéndola. Un petardeo que lo impulsa a refugiarse debajo de la mesa. Dos segundos después, que a John le parecen horas, porque el tiempo se ha detenido, un segundo petardeo.

Lo primero en lo que piensa es que no son petardeos, sino disparos. Ya ha oído antes uno de esos, de cerca.

Lo segundo, que provienen de los baños. Abel no ha regresado y la mesa del recién llegado sigue libre.

Con el tercer pensamiento, que se asentará en su cabeza una vez que los comensales hayan dejado de gritar y de correr despavoridos hacia la calle, entenderá lo que ha pasado. Y las consecuencias repercutirán en él, de igual manera que el aleteo de una mariposa en Japón repercute en las mareas de la costa de Los Ángeles.

60

13 de mayo de 2022
Madrid

Han pasado cuatro meses desde que John regresó de la sierra de Gredos y menos de uno desde el incidente en el restaurante de Madrid. Él sospecha. No quiere que Mónica haga este viaje. Cree que le está mintiendo.

—Estaré en casa el domingo por la tarde, John —le dice, justo antes de partir hacia el garaje, donde espera su Mini Cooper—. Solo voy a ver a Marian.

Marian es una amiga que posiblemente Mónica se acaba de inventar, porque John no ha oído pronunciar ese nombre en todo el tiempo que lleva viviendo con ella. Aun así, no insiste. Se limita a cogerla entre sus brazos y asentir con la cabeza.

—Pásalo bien, ¿vale? Te estaré esperando.

—Más te vale —dice ella y le guiña un ojo. A John, el guiño de ojos de Mónica le vuelve loco, lo desarma. Y ella lo sabe.

Diez minutos después, el Mini se ha perdido calle abajo y John mata el tiempo fregando los cacharros utilizados en el desayuno. En las últimas semanas, la vida ha vuelto casi a la normalidad. El caso Abel Cardozo dio unos cuantos giros inesperados antes de alcanzar su dramático final. Algunas cosas las ha plasmado en el libro, que ya está en manos de la editorial, pero otras no. No pudo incluir la trama de secuestro y abuso de menores por parte de Hijos de Hímero, porque no tiene pruebas que confirmen todo lo que le contó Abel. Y es una auténtica pena, porque esa historia vende sola. Aunque lo que más le duele a John, lo que lo despierta cada día en mitad de la noche, es que tuvo a su alcance la prueba para inculpar a José Ramón Morata y lograr la absolución de Mónica y la dejó escapar.

Le gustaría volver atrás en el tiempo, a la noche de la cena con Abel en el restaurante de Malasaña. Pero no puede. De poder hacerlo, evitaría que Miguel Estiarte entrara en el local. Haría lo imposible para que Abel no acudiera al baño en ese momento. Y desde luego, habría aceptado la oferta de Abel mucho antes. El agua caliente del fregadero corre por sus dedos jabonosos mientras él revive el instante de los disparos una y otra vez.

Miguel Estiarte, padre de Laura Estiarte, entró al baño de caballeros del restaurante, sorprendió a Abel lavándose las manos, lo apuntó con el revólver que llevaba bajo la cazadora y disparó. Acto seguido, se llevó el cañón del arma a la boca y volvió a apretar el gatillo. El valiente camarero que entró al baño en primer lugar se encontró una escena espeluznante: dos hombres en el suelo, con sendos agujeros en la cabeza que todavía emanaban sangre. Las paredes estaban salpicadas de rojo como si acabasen de activar un aspersor recién traído del infierno.

De todos los protagonistas que rodearon la historia de Abel Cardozo, John nunca pensó en Estiarte, pero era, con total seguridad, el hombre que tenía más motivos para sentir un odio intenso hacia él. Resumiendo, fue Abel quien, con solo diecisiete años, planeó el robo a la tienda en la que trabajaba el señor Estiarte, provocando así su despido y la posterior caída al abismo. Aquello desencadenó una espiral de errores que lo condujeron a la depresión, la adicción al alcohol y el gusto por las máquinas tragaperras, lo que a su vez hicieron que su mujer, la madre de Laura, lo dejase. Por si esto fuera poco, años después, ese chico que le había arruinado la vida se casó con su hija.

Cuando Estiarte fue despertado un sábado de madrugada por el timbre del teléfono y recibió la noticia de que su querida hija, lo único que le quedaba en la vida, había sido encontrada con las venas abiertas en la habitación de su hotel, pensó en suicidarse.

Si John se pone en su piel, casi puede comprender que ese hombre atribuyera todos sus males, incluida la fatídica muerte de su hijita, a Abel Cardozo, porque todo lo malo que le había sucedido en la vida —y había sido mucho—, llevaba su firma. Todo habría acabado mejor para él y definitivamente, para Abel, si Estiarte se hubiera quitado la vida en ese momento. Pero no lo hizo y poco después saltó la noticia de que Abel Cardozo había desaparecido. Miguel Estiarte debió de comenzar su propia búsqueda, porque todos, hasta los que ya no quieren pertenecer a este mundo, necesitan un propósito para levantarse de la cama. Y para él, al igual que para el difunto Lorenzo Guirao, encontrar a Abel era lo único que lo movía por dentro. Aunque los dos hombres tenían motivos muy distintos.

John se pregunta si llegó a encontrarlo antes que nadie. Si era consciente de su periplo en la residencia de los Castro durante la borrasca de nieve, así como de la suplantación de identidad a Sergio Palacios. Se pregunta si aquello lo enfureció aún más. Puede que estuviera esperando a que la policía lo encontrara y lo capturara. A lo mejor estaba esperando ese pequeño triunfo de ver a Cardozo entre rejas antes de acabar con todo. Pero eso no fue lo que pasó. Abel, bajo el nombre de Sergio Palacios, logró engañar a todos. John entiende

que Estiarte no pudiera soportarlo. Ver a ese hombre, la causa de todas sus desgracias, disfrutando de un delicioso ceviche junto a un escritor inglés de renombre, en un local de moda de Madrid, fue la guinda del pastel. Estiarte no pudo aguantar un segundo más viendo a Cardozo saliéndose con la suya. Y John no se siente capaz de reprochárselo.

Aunque su acto haya complicado su relación con Mónica.

Una hora después, Mónica está atravesando la meseta al volante del Mini Cooper. John está raro, sabe que ella no le está diciendo toda la verdad. En cierto modo, Mónica se enorgullece del que será el padre de la criatura que lleva en su interior. A este paso, si lo de los libros no sale bien, podría llegar a convertirse en un gran policía.

A decir verdad, John lleva raro desde que volvió de la sierra. No puede culparlo. Ella misma se ha estado comportando como una cretina desde que la suspendieron de empleo y sueldo. A veces, cuando mira en su bola de cristal, Mónica no ve mucha felicidad en torno a la familia que están a punto de formar. Solo espera que John no pierda la paciencia con ella.

Lo que más le gustaría ahora es procesar a Morata. Eso lo cambiaría todo, aunque hasta hace unos días pensaba que no lo conseguiría jamás. Estaba a punto de darse por vencida, cuando recibió ese extraño mensaje al correo electrónico:

> Hola. Tú no me conoces, pero el pasado invierno trabajé con tu novio, John, en la sierra de Gredos. No te ha contado toda la verdad. Tenías razón respecto a José Ramón Morata. Si quieres más detalles, búscame en el hospital Nuestra Señora de Sonsoles, Ávila.
>
> Si te decides a venir, pregunta por Yasmín Roca.

¿Quién era esa mujer y por qué sabía tanto de su vida? En su corto email decía haber trabajado con John, pero él no le ha hablado nunca de una compañera. ¿Qué más le estaba ocultando él? ¿Y qué tenía que ver Joserrata con ese asunto? Esas son algunas de las preguntas que se hizo nada más leer el email y que aún ahora, en su viaje a Ávila, siguen bailando dentro de su cabeza.

Por supuesto, una parte de ella se niega a creer a una desconocida. Pero sí piensa que hay algo. El hecho de que mencionara a Morata significa que sabe algo. Y que dudara de la transparencia de John… sí, eso es lo que más la asusta.

John y ella no han llegado a hablar en detalle sobre lo ocurrido en Gredos. Sabe que hubo muertos, porque así lo presentaron los medios.

Al final, Juan Diego Gallardo, cuyos antecedentes conoce porque Rayco le ayudó a buscarlos en el historial, no llegó a culminar su venganza contra los Castro. Según los datos recogidos por la Guardia Civil, pensaba quitarse la vida cuando alguien, al parecer un taxista de la zona, se adelantó y le voló la tapa de los sesos.

John está escribiendo una novela, según parece, basada en los hechos que tuvieron lugar esa semana y Mónica se alegra por él, porque por fin ha retomado el hábito de sentarse a escribir, pero desde el principio supo que había cosas que él no le quería contar. Entonces llegó ese misterioso email y terminó de confirmar sus sospechas.

Todo ello explica que él se mostrara raro cuando ella le dijo que iba a hacer un viaje. Por supuesto, no existe ninguna Marian. Mónica creía que se le daba mejor mentir, pero enseguida vio en los ojos de John que ese rollo de la vieja amiga de la adolescencia no había colado.

En cualquier caso, ahí está, en el hospital de Ávila, esperando enterarse de algunas verdades.

Yasmín Roca es una jovencita de mirada despierta y sonrisa pizpireta, que, aun llena de magulladuras, vendajes y rodeada de vías, transmite una energía positiva desde la cama de hospital.

—Uau, en persona eres todo un cañón —observa sin quitarle los ojos de encima, a medida que inclina el cabecero de la cama para quedar sentada—. No me extraña que John esté loco por ti. —Saca la mano de debajo de las sábanas para señalar el vientre de ella—. Felicidades, por cierto.

—¿Quién eres? —Mónica da un paso adelante, el suficiente para entrar en la sala sin acercarse demasiado a esa mujer—. En tu email mencionabas que trabajaste con John en Gredos, pero él no habló de ti en ningún momento.

Bajo las sábanas, la respiración en el pecho de Roca se nota más rápida y Mónica se pregunta si no es mala señal, dado su delicado estado de salud.

—La versión oficial es que acudí a la residencia de los Castro como traductora, en nombre de la editorial. Mi trabajo era ayudar a tu novio con el libro.

—¿Y la versión real? —El instinto inspector de Mónica ya trabaja en piloto automático.

—En la versión real fui a encontrar a mi primo, Abel Cardozo.

Mónica pestañea. No quiere que se le note que no sabe de qué está hablando ella, porque odia quedar como una idiota.

—¿John no te habló de Abel?

Ahí está. El secreto de John. Por fin.

—Te escucho —se limita a responder, porque se niega a admitir que no tiene ni idea de lo que estuvo haciendo el padre de su hijo.

—¿Dónde estaba John la noche del pasado veinte de abril? ¿Te lo dijo?

Mónica trata de hacer memoria. Eso fue hace menos de un mes. John salió una noche. Dijo que había quedado con Craig, que se encontraba de visita en Madrid, para hablar del nuevo libro. Cuando volvió a casa, ella ya estaba en la cama. Notó que la respiración de John estaba más acelerada de lo normal cuando él se echó junto a ella. Son cosas que una mujer detecta en su pareja. Al día siguiente, una noticia fue titular en todos los informativos. Dos hombres habían fallecido durante un tiroteo, en un restaurante del centro de Madrid. John, que no había podido conciliar el sueño en toda la noche, palideció al ver la noticia. Decía no saber nada, que simplemente se había puesto nervioso porque Craig y él habían estado cenando relativamente cerca de ese restaurante.

Ahora, esa mujer de acento andaluz le pregunta por lo que hizo John esa misma noche. Nota que le tiemblan las rodillas.

—¿Qué estás intentando decirme? —pregunta.

—¿De verdad quieres saberlo?

Mónica tiene la sensación de que la joven está disfrutando.

—Quiero la verdad.

Ya no sonríe. Tampoco habla. Pero sus ojos claros dicen mucho. A Mónica no le gusta lo que insinúan. Ahora le tiemblan tanto las piernas que piensa en sentarse al borde de la cama. No lo hace.

—John tampoco te habló del cómic, ¿verdad?

—¿Cómic? ¿Qué estás diciendo? ¿Te refieres a un tebeo?

—¿Te has preguntado por qué John está a punto de publicar una gran novela ambientada en la sierra durante un temporal de nieve?

Mónica se encoge de hombros. No sabe adónde quiere llegar.

—Es novelista. ¿Qué tiene de malo?

Yasmín entorna los ojos. De pronto parece una mujer de mucha más edad.

—Pero se supone que su trabajo era escribir una biografía. ¿Dónde está la biografía?

—No la escribió.

—Exactamente. ¿Por qué crees que no lo hizo?

—Supongo que porque él no se dedica a eso.

—*Psé* —se limita a soltar Roca, arrastrando la vocal.

Mónica espera. La joven no dice nada más.

—¿Así que se trata de eso? ¿Tu email era porque John incumplió el contrato? ¿Acaso buscas algún tipo de indemnización para la editorial, o algo así?

Ella sacude la cabeza. Al tragar saliva, dibuja una mueca de asco, como si la boca le supiese a ceniza, seguramente debido a los fármacos.

—Estás olvidando tu papel en la historia, inspectora.

Entonces Mónica recuerda la alusión a Morata en el email. Contiene el aliento. No puede hablar.

—¿Mi papel?

—Sigues sin captar la idea.

—¿Qué idea?

—Piensa. John acudió a esa mansión a pesar de no ser biógrafo.

—Sí, yo le animé a hacerlo. Y Guirao, presidente de Papyre, le ofreció una pasta.

—Pero Guirao murió.

—¿Y qué? ¿Quién es Abel, Yasmín? ¿Y qué pasa con el cómic?

La joven acomoda la espalda en la almohada doble. Su voz ahora es un susurro.

—Antes contéstame a esto: ¿por qué crees que John te ha ocultado todo lo que pasó en la sierra de Gredos?

Yasmín se muere de dolor. Ha esperado a que la inspectora abandonara la habitación para emitir unos cuantos gemidos que la ayudan a desahogarse. Al poco rato, entra la enfermera, a quien le suplica por una nueva dosis de analgésicos. Desde que despertó del coma vive en un infierno de dolor, soledad y tristeza del cual no ve la salida.

Cuando por fin lo hizo, estaba en la misma cama de hospital en que yace ahora. Los médicos le dijeron que había estado cinco semanas en coma. Que sobrevivió de milagro a un accidente de coche. Ella iba en el maletero. Estaba siendo la víctima de un secuestro. Ahora sus captores están, una en el infierno y el otro en la cárcel. Esto último se lo contó un tipo serio y adusto, vestido con un uniforme de la Guardia Civil lleno de insignias, que fue a interrogarla al hospital al día siguiente de despertar. Ella tardó días en recuperar sus propios recuerdos.

Lo peor es la soledad. Ya no le queda nadie. Lorenzo ha muerto y en cuanto a John, no ha vuelto a saber de él. Si la ha visitado mientras ella estuvo dormida, nadie se lo ha comunicado. Ilusa de ella, creía que habían llegado a construir algo importante durante los días que estuvieron resolviendo el misterio del cómic en la sierra.

Pero lo más doloroso fue saber la verdad. Hay quien dice que el secreto de la felicidad está en la ignorancia. Yasmín pudo confirmar dicha teoría el veinticuatro de abril. Fue el día en que un trabajador del hospital dejó una carta sobre la almohada.

—¿Qué es esto?

—Un sobre. ¿No ves?

Yasmín se fijó en que venía sin remite.

—¿De quién?

—Ni idea. Yo solo reparto la correspondencia que llega al hospital.

La misiva tenía una extensión de cinco folios escritos a mano por las dos caras. En un primer folio, el autor de la carta había escrito:

> Si te ha llegado esto, es que estoy muerto. Puedes dejar de buscarme. Mereces saber la verdad.

Yasmín se estremeció cuando reconoció la letra de Abel . Solo tuvo que leer hasta el segundo párrafo para confirmar que, en efecto, el texto que tenía ante sí lo había escrito su primo, a modo de diario, durante los días previos a su desaparición.

Sabiendo esto, volvió a empezar a leer desde el principio, poniendo mucha atención en cada una de las palabras. No aguantó y rompió a llorar en la tercera línea:

> Estoy sentenciado.
>
> No es una manera de hablar, sino la más cruda e irrefutable verdad.
>
> Sentenciado del todo.

Mónica y John están en el taxi de camino al hotel. Allí, en una sala de conferencias, va a celebrarse la presentación de *Misterio en la nieve*, la nueva novela de suspense que John escribió durante su estancia en la sierra. A petición de la editorial, Craig y él se han mantenido herméticos respecto a la trama, aunque Craig se ha encargado de filtrar a la prensa el detalle más importante: que el libro contiene tramas inspiradas en hechos reales. El viejo truco para generar expectativa, que nunca falla.

Según el agente, esta novela promete resucitar la carrera de John.

Mónica está fabulosa a su lado. Lleva un vestido granate, amplio, que se ciñe a la altura del vientre, donde el hijo de ambos crece cada día. Tiene el pelo recogido en una coleta. Se ajusta un mechón detrás de la oreja. Esta noche lleva pendientes largos y a John le gusta cómo le quedan.

Él le guiña el ojo con una sonrisa de emoción que no es capaz de quitarse de la cara. Ella le devuelve la sonrisa y gira el cuello para mirar por la ventanilla, tras la cual las luces de la capital desfilan sin cesar.

Han pasado casi dos meses desde que ella volvió de visitar a su

amiga Marian. John no es estúpido. Aunque ella se ha estado esforzando por disimular delante de él, en forzar un humor amable, sabe que le oculta algo, de la misma manera que está seguro de que no existe ninguna Marian.

La posibilidad de que se la esté pegando con otro hombre queda completamente descartada, Moni no es de esas. La sanción que la mantiene apartada de Jefatura con el sueldo congelado sigue vigente, pero ella ahora está de baja por el embarazo, así que igualmente no podría ejercer. En cuanto al dinero, pronto dejará de ser un problema. Si Craig está en lo cierto, el nuevo libro traerá consigo grandes ingresos en la cuenta.

Entonces, ¿qué le ocurre? ¿Dónde estuvo ese fin de semana?

John la coge de la mano y acaricia sus nudillos. Sin dejar de mirar por la ventanilla, ella suspira y aparta la mano. Con elegancia pero con la fuerza suficiente para dejar claro que ahora no quiere mimos.

—¿Por qué aceptaste ese trabajo en la sierra, John? —Ella no lo mira, habla sin apartar la mirada del cristal—. Últimamente pienso mucho en ello. Al principio creía que era por el dinero. O que yo te había animado a hacerlo. Pero claro, yo no sabía nada de un cómic.

John no responde. Se ha quedado perplejo. Ella sigue sin mirarlo.

—Conocí a Yasmín Roca. Te envía saludos —le dice la mujer a la que ama. John siente que se encoge—. Me lo contó todo. Que había trabajado contigo en la mansión. Que el presidente de Papyre te estaba pagando por resolver la desaparición de su hijo. Y que acabaste encontrándolo.

El vehículo se ha detenido en un semáforo. El hotel donde todo el mundo los espera se ve al final de la calle. El rostro sonriente de *Redhead* Everett cubre la fachada del edificio. John espera. De repente oye un pitido en el tímpano.

—Nada más volver de ver a Yasmín, investigué un poco. Abel Cardozo, el hijo del editor de Papyre, a quien buscabais, fue una de las víctimas del tiroteo en el restaurante, hace unas semanas. —Por fin, vuelve la cabeza para mirarlo. Tiene los ojos brillantes y las mejillas húmedas—. No estuviste con Craig esa noche, ¿verdad, John?

El corazón de John se parte en dos al verla llorar por su culpa.

—Por eso llevas raro desde que volviste —continúa ella—. Por eso te sientes como si cayeras por un vacío infinito. No es por lo que te sucedió en Gredos, ni porque viste la muerte de cerca. Es porque mentiste a la mujer a la que supuestamente amas. Tenías al alcance de la mano la prueba que me hubiese dado la razón en un juicio contra José Ramón Morata y la dejaste ir.

John baja la cabeza. Se lleva las puntas de los dedos a los ojos, como si apretando muy fuerte pudiera despertar de la pesadilla que está viviendo en el interior del taxi. Oye a Mónica llorar a su lado. Su

corazón se parte en dos. Ella tiene razón. Ha sido un estúpido. Y ahora no hay marcha atrás.

—Ese hombre, Abel, no era de fiar —dice con la intención de arreglarlo, de que ella deje de llorar. Fuera del taxi, Craig los espera sonriente. Han llegado a la entrada del hotel, donde todos se arremolinan tras las vallas de seguridad. Pero a John solo le interesa Mónica en este momento—. Lo vi en su mirada en cuanto lo conocí. Pensé… Estaba seguro de que no era trigo limpio, que solo intentaba jugármela.

No es verdad. John había tomado una decisión. Pensaba aceptar el trato de Abel en cuanto él hubiera regresado del aseo. Pero Miguel Estiarte había aparecido de la nada chafando sus planes.

—No es Abel a quien encontraron muerto en ese subterráneo.

John agita la cabeza. Mónica sabe demasiado. «Maldita sea, Yasmín. ¿Por qué tuviste que contárselo?»

—Era Sergio Palacios, un viejo amigo de Cardozo. ¿Voy bien?

—Mónica…

—¿Voy bien?

John asiente.

—Abel lo asesinó.

—Yasmín asegura que fue un accidente —dice Mónica—. Abel lo dejó todo por escrito. Mató a su amigo por accidente y solo quería salvar el tipo. Por eso escribió eso en ese cómic. Porque te necesitaba para que descubrieses la verdad y lo ayudaras.

—Sí.

—Y por eso mi nombre aparece en los mensajes. Porque tenía información valiosa sobre lo que había hecho Morata, que podría ayudarme. —John no responde, porque no hay nada que añadir. Ella lo sabe todo—. Era su carta para convencerte de que jugaras en su equipo. Pero pasaste de ella. Te olvidaste de mí.

—No, Moni…

Ella vuelve a sollozar. Señala a la multitud tras la ventanilla.

—Y ahora tienes tu libro soñado. Pero yo sigo en el fango.

¿Tiene ella razón? ¿Era todo, el dilema moral, hacer lo correcto, en realidad una excusa para publicar el mejor libro posible? Tenía la posibilidad de encerrar a un violador y salvar a su chica, pero prefirió escribir la mejor novela, esa cuya trama da un giro final que desvela que el desaparecido estaba vivo y llevaba una doble vida. ¿Era eso? ¿Se debía todo a un tema de ego?

Mónica abre la puerta de su lado con una mano mientras lo mira a los ojos. Él ve su belleza. Ve su dolor. Quiere acercarse a ella, abrazarla, besarla. Pedirle perdón. Pero no puede. Quiere viajar en el tiempo y hacer lo correcto. Pero no puede.

En lugar de eso se quedan mirando por un segundo que se alarga

en el tiempo. Ella abre más la puerta y los gritos de la gente se cuelan en el vehículo, mezclándose con el pitido, ahora más intenso, que sigue torturando a John. Él los odia, porque no le permiten oír las últimas palabras de Mónica. Sus labios se mueven. «Adiós John». Saca una pierna fuera del coche. La falda del vestido se abre, mostrando sus preciosas rodillas. De un impulso, ayudándose con las manos, sale del coche. Craig se acerca a ella para decirle algo, pero Mónica lo ignora y se abre paso entre la multitud. Después se pierde por la acera, calle abajo.

Cuando la ha perdido de vista, John deja car el peso de su espalda trajeada sobre el asiento trasero del coche. Se pregunta si ella estará en casa cuando vuelva esa noche. Se pregunta si seguirán siendo una pareja o si esa sierra se habrá cobrado una última víctima.

Fin

GRACIAS POR LEER
SECRETOS ENTRELAZADOS

Si has disfrutado de esta historia, no olvides dejar tu comentario al final de este ebook o en la página de compra de Amazon:

Valora la novela en Amazon

Tu opinión es importante para mí. Te estaría muy agradecido y ayudaría a que otros lectores conozcan la novela.

Como muestra de mi gratitud, aquí te dejo un regalo extra. Solo te adelanto que es gratis, directo, y que muestra una parte de mi rincón creativo más personal:

Accede al regalo

UN LIBRO GRATIS

Consigue un ejemplar gratis de *El secreto de Oli*, novela que ya acumula más de 4.000 reseñas en Amazon, uniéndote a mi lista de correo:

Lista de correo de Luis A. Santamaría

También estarás al día de los nuevos lanzamientos, promociones y contenidos exclusivos.

AGRADECIMIENTOS

Cuenta Stephen King que, antes de ser el monumental *bestseller* que es ahora, tuvo el manuscrito de *Carrie* en el cajón de su escritorio durante semanas. Un día, convencido de que la historia no merecía la pena, lo arrojó a la papelera.

A punto estuvimos de quedarnos sin su magia.

Pero ese día una mariposa batió sus alas en algún rincón del planeta, haciendo que Tabitha Spruce, la mujer de King (novia, por aquel entonces) encontrara el manuscrito en la papelera y lo rescatara. Decidió leerlo a escondidas, sin que Stephen supiera nada. Cuando terminó, fascinada, prácticamente obligó a su novio a terminar la novela y a moverla entre las editoriales. Finalmente, tras más de treinta rechazos, *Carrie*, ópera prima de King, fue editada. El resto, es historia.

Todos necesitamos a una Tabitha. John tuvo a Patrick y después a Mónica. Y yo tengo a Silvia y a Alfonso. El segundo es mi amigo, pero también un revisor implacable. Tiene el don de aterrizar una escena de ficción y convertirla en real, verosímil.

Silvia lo hace todo. No es broma, creo que su nombre debería figurar en la portada en lugar del mío. Es un generador infinito de ideas y siempre tiene preparado ese toque que hace que una escena cobre vida. Esta vez, además de revisora y *guionista*, como yo le digo, ha dado un paso más sacándose de la manga la idea para la imagen de cubierta.

Lo que me lleva a mi portadista, Pedro Tarancón. Una tarde de agosto recibió de mí un *whatsapp* que contenía una imagen adjunta. Era un boceto que Silvia y yo hicimos en cinco minutos en el mismo teléfono móvil. Cuatro rayas mal pintadas que pretendían representar la escena que Silvia había imaginado. Pedro aceptó el desafío, y en unas semanas me entregó la preciosidad que hoy pone cara a esta historia. Todavía no sé cómo lo hace.

No puedo olvidarme de Ana Vacarasu, mi correctora ya habitual por su profesionalidad, talento, y sentido del humor. Sus comentarios al margen hacen que la tediosa tarea de revisión se vuelva menos tediosa.

Gracias a mi familia. Cada día más importante. Cada día más necesaria.

Y por último, gracias a ti, querido lector. Estoy muy contento de que, una historia más, me hayas acompañado en la aventura. Espero

que la hayas disfrutado.

¡Hasta la próxima aventura!

Puedes encontrarme, entre otros sitios, en mi web de autor:

www.luisalbertosantamaria.com

ACERCA DEL AUTOR

Luis A. Santamaría (España, 1985) ganó el Premio Literario Amazon Storyteller con su novela *Entre líneas*. Desconoce si llegarán más premios, pero no le importa demasiado mientras se lo pase en grande poniendo en apuros a sus protagonistas desde su escritorio con vistas a la sierra de Madrid. Siempre que nuevas ideas sigan haciendo cola en su cabeza clamando por salir, como afirma, seguirá haciendo lo que más le apasiona.

Vive en Madrid con su mujer, la verdadera artífice de las mejores ideas pero demasiado tímida para admitirlo públicamente, y Yoda, su perezoso perro mestizo que se asegura de que su dueño no procrastine.

Luis es miembro del jurado del Premio Amazon Storyteller desde el año 2022.

Secretos entrelazados es el noveno título de su catálogo.

www.luisalbertosantamaria.com

Sígueme en redes sociales:

OTROS THRILLER DE LUIS A. SANTAMARÍA

SERIE MÓNICA LAGO

1. Entre bambalinas

2. Entre líneas (premio Amazon 2021)

3. Entre viejos desconocidos

4. Secretos entrelazados

SERIE OLI

1. **El secreto de Oli**
2. **El aleteo de la mariposa**
3. **Veinte veintitrés**

MÁS SUSPENSE

Mensajes ocultos

Reflejos en el espejo